

# LOS SALESIANOS Y LA AMAZONIA

TOMO I  
Relaciones de Viajes  
1893-1909



Juan Bottasso  
(Compilador)







# LOS SALESIANOS Y LA AMAZONIA

TOMO I

Relato de Viajes 1893-1909



# LOS SALESIANOS Y LA AMAZONIA

TOMO I  
Relato de Viajes 1893-1909

Juan Bottasso  
(Compilador)

Abya-Yala  
1993

## LOS SALESIANOS Y LA AMAZONIA

Relato de Viajes 1893-1909

*Juan Bottasso (Compilador)*

1ª Edición:       © Ediciones Abya-Yala  
1993               12 de Octubre 14-30 y Wilson  
                      Casilla: 17-12-719  
                      Teléfono: 562-633  
                      Quito-Ecuador

Traducción del italiano: Victoria C de Vela

Revisión:        José Juncosa

Autoedición:    Abya-Yala Editing  
                      Quito-Ecuador

Supervisión de autoedición: Martha Vinuesa M.

Foto de la Portada: P. Francisco Mattana

Fotografías:    Taller Visual, impresas por Imprenta Técnica Don Bosco

Impresión:       Talleres Abya-Yala  
                      Cayambe-Ecuador

ISBN:            9978-99-039-9



Taller Visual:    Veintimilla y 6 de Diciembre. Casilla 17-12-672  
                      Télf.: 233-143. Fax.: (593) 2 504-735

Las fotografías incluidas en el texto han sido elaboradas por el Taller Visual sobre materiales de distintas fuentes.

## INDICE

	Pág.
PRESENTACION .....	5
INTRODUCCION .....	7
<i>Luis Calcagno</i> .....	17
<i>Agustín Bruzzone</i> .....	25
<i>Jacinto Pancheri</i> .....	29
<i>Joaquín Spinelli</i> .....	103
<i>Francisco Mattana</i> .....	119
<i>Félix Tallachini</i> .....	227
<i>Abraham Aguilera</i> .....	229
<i>Calogero Gusmano</i> .....	315
<i>Luis Giaccardi</i> .....	349
<i>Juan de María</i> .....	355
<i>Antonio Fusarini</i> .....	363
<i>Miguel Allioni</i> .....	369
ANEXOS .....	385
MAPA. Sitios nombrados en los viajes .....	401



## PRESENTACION

Los Salesianos del Ecuador estamos celebrando el primer centenario de la llegada de los Misioneros al Vicariato de Méndez. Es un motivo de alegría y de gratitud a Dios y de felicitación a todos los Misioneros, que han llevado a cabo la evangelización de los Shuar y Achuar de nuestra Región Amazónica.

Para celebrar el centenario de las Misiones Salesianas en el Ecuador es preciso ser conscientes de lo que se celebra, de lo que se agradece a Dios y de aquello por lo cual se le pide perdón. Para todo esto es de gran ayuda la historia. No puede, pues, haber auténtica fiesta ni celebración sin historia.

Son dignas de grata memoria, de celebración e imitación muchas gestas heroicas de tantos Misioneros que en nuestro Vicariato pusieron generosamente su vida al servicio del Evangelio: abrieron caminos de fe, sembraron la semilla de la Palabra de Dios y promovieron en todo sentido a los destinatarios de su acción misionera.

El amor que les profesamos a nuestros Antepasados Misioneros exige que no dejemos perder sus valiosas y siempre actuales enseñanzas.

Ellos nos ayudan hoy a mantener y dinamizar el espíritu misionero. Nuestra fe en la comunión de los Santos nos hace intuir su alegría y gratitud al constatar que la doctrina actual de la Iglesia va en la línea de las convicciones y vivencias que ellos tuvieron; que la promoción humana, que impulsaron con entusiasmo y sacrificio, es ahora exigencia y parte integrante de la Nueva Evangelización.

Muchos aspectos del espíritu misionero de nuestros Pioneros están contenidos en tantos documentos, especialmente crónicas y cartas, que por

fortuna, se conservan. Vale la pena que su gran riqueza sea bien aprovechada por todos los que deseen beber en esas fuentes de Misionología.

Para que se puedan realizar estos objetivos, la Comisión Histórica recién constituida vio la conveniencia de recopilar y publicar los documentos existentes de nuestras Misiones Amazónicas.

A esta iniciativa está respondiendo el P. Juan Bottasso, con su conocido cariño a las Misiones, dedicación y optimismo. Es un buen aporte que está dando, a fin de que esas Fuentes Salesianas presten un servicio a todos los que deseen. Es también una buena ayuda para la elaboración de la Historia de los Salesianos en el Ecuador, obra que está realizando el P. Pedro Creamer.

En nombre de todos los Salesianos de la Inspectoría, agradezco al P. Juan Bottasso por este trabajo realizado. Que la labor sea fecundada por Jesucristo, el Primer Misionero.

*P. Luis Sánchez Armijos*  
*Inspector*

Quito, 15 de mayo de 1993

## **Agradecimientos**

Esta edición ha sido posible gracias al aporte de la Inspectoría Salesiana del Ecuador, del Vicariato Apostólico de Méndez, de los Padres Carlos Zamutto, Silvio Broseghini, Ambrosio Sainaghi y el P. Carlos Valverde, Director de Edibosco-Cuenca.

El Hno. José Ruaro, del Colegio Técnico Don Bosco Quito colaboró con la impresión de las fotografías.

## INTRODUCCION

Los Salesianos entraron al escenario de las Misiones americanas en la fase que podríamos denominar moderna. La primera fase coincide con la época colonial, pero no se prolongó hasta la independencia, en cuanto había entrado mucho antes en un proceso de agotamiento, por lo menos en lo que se refiere a las Misiones amazónicas. Aún antes de la expulsión de los Jesuitas por orden de Carlos III, en 1767, las famosas Misiones del Mainas no conservaban más que una sombra de su antigua vitalidad, que por otro lado, nunca había alcanzado los niveles conocidos entre los Guaraníes de Paraguay y ni siquiera entre los Moxos y Chiquitanos de Bolivia.<sup>1</sup> Con los Shuar los contactos de los Jesuitas coloniales fueron solo marginales.

Evidentemente la independencia asestó a las misiones el golpe de gracia y, aunque a lo largo de todo el siglo XIX no faltaron hombres preocupados por reemprender la actividad evangelizadora, esta conoció muchas décadas de abandono.

Pasada la mitad del siglo algo empezó a cambiar en el Ecuador. El Gobierno central fue afirmando su autoridad y un hombre de la energía de García Moreno dedicó todo su talento a unificar el País, con resultados tangibles, aunque con métodos a veces criticados. Su empeño se extendió también a la reforma de la Iglesia: por un lado trabajó para elevar el nivel cultural y moral de las Ordenes religiosas presentes en el país y por otro trajo nuevos contingentes de religiosos de Congregaciones que nunca habían trabajado en el Ecuador, con la finalidad prioritaria de fomentar la educación. Los Jesuitas fueron nuevamente llamados al país con tareas de gran responsabilidad.

---

1 Porras, Ma. Elena. *La Gobernación y el Obispado de Mainas*, Quito, 1987, p. 53.

La paciente obra de Pío IX para reconstruir los cuadros de la Iglesia latinoamericana comenzaba a dar frutos visibles.

La mayor presencia del Estado y la nueva vitalidad de la Iglesia poco a poco se volvieron manifiestos en un renovado interés por las poblaciones amazónicas. Tanto más que asomaba al horizonte un factor totalmente nuevo: la explosión del auge cauchero, que atraía una verdadera invasión de aventureros cosmopolitas. Remontando el Amazonas y sus afluentes ellos no dejaban un palmo de la selva sin explorar con el fin de esclavizar indígenas para obligarlos a la extracción del codiciado latex.

Esto pedía con urgencia al gobierno ecuatoriano definir claramente sus fronteras orientales y, sobre todo, promover presencias estables que las hicieran respetar.

Evidentemente no fue este el único factor que llevó a la erección de los Vicariatos Apostólicos, pero tuvo su peso en crear opinión y motivar a las autoridades.

El *Bollettino Salesiano* de Turín, la revista que San Juan Bosco había fundado para dar a conocer su obra y las actividades de los misioneros, tiene páginas interesantes sobre los antecedentes de la entrada de los Salesianos a la Amazonía Ecuatoriana. El interés no se debe solo a los datos históricos que los relatos proporcionan sino a la mentalidad que revelan, una mentalidad entonces tan universalmente aceptada, que no conocía contestaciones ni críticas. He aquí lo que publicaba la revista de Turín en 1887:

Los lectores saben que se está cortando en estos días el Istmo de Panamá, que une las dos Américas. Esta obra gigantesca pondrá en comunicación el Océano Atlántico con el Gran Océano o Mar Pacífico, y acortará y facilitará mucho el viaje de Europa a la República del Ecuador. Esta República, en la cual ya se encuentran muchos italianos por el viaje facilitado, la salubridad de su clima, la bondad del Gobierno, las razones del comercio, será popularísima.

Justamente en esta República está pensando en estos días, el sacerdote Juan Bosco. Después de sembrar Italia de Colegios para los

hijos del pueblo, después de llevar, por medio de sus alumnos, embebidos de su sabiduría y espíritu, la luz del Evangelio y los beneficios de la civilización en los últimos rincones de la tierra, como Patagonia y la Tierra del Fuego; después de instalar en Argentina, Uruguay, Brasil y Chile, escuelas y laboratorios para los niños indígenas y lo pobres desheredados de Italia: después de estas y otras obras, se prepara ahora a hacer otro tanto en aquella parte de Sudamérica.

A Quito, capital de esa república, el enviará en el próximo octubre un grupo de salesianos para abrir una casa de artes y oficios para los jóvenes pobres de la República, y también para italianos que residen allá. Y por otra parte don Bosco, en ese país, además de proveer a las necesidades presentes, prepara la providencia para necesidades futuras. De esta manera precede a la cantidad de italianos que después del corte del Istmo, emigrarán, de manera que los adultos encontrarán a unos hermanos, y los jóvenes a unos maestros, consejeros, Padres Salesianos, que los cuidarán, hablarán su idioma, los adoctrinarán y mantendrán viva en sus mentes la memoria de la Madre Patria. ¡Qué pensamiento tan acertado!

Pero su actividad no se limitará a tales cosas. Habrá también actividades con las tribus de los salvajes, que existen todavía en los valles de las altas montañas, e ignoran a Dios y a todo principio de civilización. Desde la capital de la República, que será como el centro de las operaciones, o un cuartel general, los Salesianos se desplazarán para explorar otras tierras, y las conquistarán enseñándoles la civilización y la religión, beneficiando de tal mane a la prosperidad del Estado, agregando al seno de la Iglesia nuevos hijos, alegrando el Cielo con el ingreso de elegidos.

Como puede verse, el Boletín insiste bastante en lo de la atención a los emigrantes italianos. De hecho nunca se dio este tipo de dedicación de parte de los salesianos, tanto más que tales emigrantes fueron muy pocos. Pero se trataba de tocar un tema al que era muy sensible la opinión pública (y, por ende la de los Cooperadores) en los años del máximo flujo migratorio de la Península hacia América.

El esquema argentino en Ecuador fue reproducido solo parcialmente.

En 1894, aparecerán en la revista estas páginas:

La República del Ecuador está dividida, de norte a sur, por la altísima Cordillera de los Andes, que como lo afirma un explorador de esas regiones, el R.P. Pierre, de la orden de los Dominicos ("Viaggio d'esplorazione fra le tribú selvagge dell'Equatore". Milán, Tipografía Pontificia San Giuseppe) se extiende como una gigantesca muralla o una fortaleza insuperable. Al oeste, en los fértiles valles, en las mesetas que se encuentran entre las dos secciones de la cordillera, y luego en las planicies inclinadas que bajan de la cadena occidental hacia el Pacífico, se encuentra la parte civilizada, las provincias con sus metrópolis, Esmeraldas, Guayaquil, Cuenca, Loja, Riobamba, Ambato y Quito, la reina de las provincias. Al este en cambio hay la barbarie: pueblos numerosísimos, embrutecidos, feroces, que yacen todavía en las tinieblas y sombras de la muerte, a pesar de los esfuerzos indecibles hechos por innumerables Misioneros, entre quienes sobresalen los hijos de San Francisco, los primeros evangelizadores del Ecuador y América, después del descubrimiento de Cristóbal Colón.

Por el deseo de sacar de la ignorancia y barbarie estas numerosas tribus salvajes, que viven en las lejanas e inmensas selvas del Amazonas, el Gobierno del Ecuador se ha esforzado mucho para que se establecieran allá también los hijos de San Ignacio, de Santo Domingo y las Monjas del Buen Pastor (Carta del Pres. A. Flores al Santo Padre León XIII, del 6 de octubre de 1888).

Gracias a estos saludables esfuerzos se obtuvieron las florecientes Misiones del Napo, Canelos, Macas, donde por medio de la constante predicación de los obreros de Cristo y las escuelas infantiles para niños y niñas, la civilización evangélica poco a poco toma un rumbo de desarrollo consolador. Pero para contribuir aún más, y en la forma más eficaz, a la rápida y universal difusión de nuestra Santa Fe en esas lejanas soledades, los representantes de la nación, las dos Cámaras reunidas en Congreso, el 11 de agosto de 1888,

decretaron que se suplicara a la Santa Sede para que se dignara fundar cuatro Vicariatos Apostólicos en el territorio Oriental de la República, el primero del Napo, el segundo de Macas y Canelos, el tercero de Méndez y Gualaquiza; y el cuarto de Zamora, suplicando también que los dos primeros siguieran estando a cargo de la Compañía de Jesús y de la Orden de los Predicadores, el tercero fuera confiado a los Sacerdotes de la Pfa Sociedad Salesiana, o a otro Instituto Religioso, y el cuarto a los Misioneros Franciscanos, y que los cargos de Vicarios Apostólicos nunca fueran confiados a simples sacerdotes, sino a Obispos Titulares o "in partibus", quienes por la plenitud de favores sacerdotales que les corresponden, comunican al apostolado un poder y una fuerza irresistible.

Este Decreto Legislativo fue mandado al Santo Padre con una súplica adjunta, de ese presidente, Antonio Flores, el 6 de octubre de 1888, y tal súplica está llena de inspiración piadosa, amor hacia los pobres salvajes que viven allá, y devoción para con la Santa Sede; en ésta se explicaba mejor que el tercer Vicariato, de Méndez y Gualaquiza, debía ser asignado a los Sacerdotes de la Pfa Sociedad Salesiana de Don Bosco, de feliz memoria.

El Santo Padre León XIII, que solo desea ampliar en la tierra el reino de Jesús Cristo y extender lo más posible entre los pueblos, la benéfica influencia de nuestra Santa Religión, alabó la fe, piedad y sabiduría del gobierno Ecuatoriana, le felicitó que por este fervor "haya entrado al camino que conduce a la verdadera y sólida gloria", y con una carta del 3 de enero de 1889 aseguró al Pres. Flores que la petición de aquel gobierno era objeto de su más grande cuidado y que ya había encargado a personas prudentes y escogidas, que examinaran el asunto y encontrarán el medio mejor para llevarla fácilmente y en la forma requerida, al éxito. Y en efecto pocos años después, el 8 de febrero de 1893, la Secretaría para la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios preparó el decreto de fundación del Nuevo Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza, y lo envió a Don Rua justamente en los gratísimos días de la apertura del Jubileo Episcopal de León XIII.

Los límites generales de este Vicariato, según el Decreto del que hablamos, serían los siguientes:

Al norte, el río Apotenoma, que desemboca en el río Morona, y este a su vez en el Marañón; al sur, el río Zamora, que desemboca en el Santiago, y este a su vez en el Marañón; al este, los ríos Morona y Marañón; al oeste las diócesis de Cuenca y de Loja. Sin embargo sabemos de fuente segura, que se harán algunos cambios en la división de estos cuatro Vicariatos.

Cuenca, empero, está en las puertas del nuevo Vicariato Salesiano. Aquí los hijos de Don Bosco, en el mes de marzo del año pasado, como consta en el Boletín de Junio de 1893, plantaron sus carpas para tener un lugar donde les sea posible prepararse para la difícil tarea de misioneros, y donde puedan guarecerse cuando sientan la necesidad de un poco de descanso, después de cansarse y agotarse en la subida y bajada de esos altos montes, en el cruce de las impenetrables selvas y ríos inmensos.

Para esta importante misión estaba destinado nuestro querido Don Angelo Savio, fallecido, quien ya estaba acostumbrado al trabajo del campo. Pero Dios quiso quitármolo. Hágase su voluntad. Hubo pues que esperar un poco, y luego se puso en su lugar un sacerdote joven, pero robusto: Don Francisco Spinelli, quien vivió unos años en Quito y el año pasado se estableció en Cuenca en nuestra nueva casa. Se le dio como compañero al valioso Catequista Jacinto Pancheri, quien había salido de Turín con Don Savio.

Este libro no se propone ser una historia sistemática de las primeras dos décadas de las Misiones Salesianas entre los Shuar de la Amazonía Ecuatoriana. Se propone tan solo reproducir unas fuentes que ayuden a escribir esa historia. En su mayoría se trata de las relaciones que los misioneros enviaban al *Bollettino Salesiano* de Turín.

Este hecho es indispensable tenerlo en cuenta si se quiere disponer de la clave de lectura de un peculiar género literario. Así es importante ubicar históricamente los hechos.

Estamos en el período inicial de la Congregación y de sus misiones, período de gran expansión. Se trata de entusiasmar a los jóvenes, con finalidades de reclutamiento. Los problemas, peligros y dificultades se relatan solo para resaltar el entusiasmo de los misioneros que los afrontan. Las dudas, el cansancio, la desesperanza no afloran, a pesar de que no debían faltar, como es fácil ver en ciertas cartas personales a Superiores y amigos. El modelo en que se inspira esta literatura son las famosas "Cartas Edificantes" de los Jesuitas del siglo anterior.

Otros destinatarios son los Cooperadores, aquellos amigos que sintonizan con la obra salesiana y la apoyan económicamente. Estos relatos miran a motivar la cooperación. Se intenta conmover, impresionar, despertar admiración. A veces la redacción del *Boletín* mete mano a los relatos, para embellecerlos literariamente.

Los misioneros que escriben no acaban de salir del asombro por encontrarse en un ambiente completamente distinto al que conocían. Ellos vienen directamente de Italia o han tenido una breve experiencia en Argentina. Son casi todos hombres del campo: duros, decididos, grandes trabajadores, muy parecidos a sus paisanos, que, por aquellos mismos años, estaban roturando y poblando la Pampa argentina. Tienen del indio una visión ingenua: compasiva para con la miseria de los andinos; romántica para con los amazónicos, en especial por los míticos "cortadores de cabezas".

Recorriendo los textos resulta evidente que algunos detalles no son de primera mano, sino que han sido cosechados de publicaciones anteriores especialmente de los Dominicos (François Pierre, Giuseppe Magalli, Enrique Vacas Galindo). Hoy no es fácil leerlos sin experimentar una notable incomodidad. Sobre todo los lectores shuar deben hacer un gran esfuerzo de paciencia y comprensión.

Cada bloque de relatos lleva el nombre del autor y unos brevísimos rasgos biográficos del mismo. Al pie de la página se señala el año en que el texto fue publicado en el *Bollettino Salesiano*, con la indicación de las páginas de la edición italiana. La traducción al castellano se debe a la señora María Victoria Cavinato de Vela. El volumen llega hasta 1909 y

termina con el relato del P. Miguel Allioni, que murió de fiebre amarilla en 1912, año que cierra la primera fase de la actividad misionera.

El apéndice recoge varios documentos de interés, recabados de los Archivos de la S. Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios (Vaticano) y del Archivo Central de los Salesianos (Roma). La búsqueda y transcripción de dichos documentos se debe al trabajo paciente del (+) P. Telmo Carrera, a quién va nuestro recuerdo agradecido.

Probados por dificultades de todo tipo, en aquella época los Salesianos dejaron momentáneamente el campo. Pesaba sobre ellos, de manera casi insoportable, la impresión de chocar contra el muro de una indiferencia total y de no cosechar el menor fruto. "Estamos regando un palo seco" dirá todavía años más tarde Mons. Comín al Papa Benedicto XV. Los Jesuitas, por el mismo motivo, habían abandonado Gualaquiza en 1871; los Dominicos, Macas en 1892 y los Franciscanos, Zamora en 1896.

La etnia shuar estaba todavía demasiado segura de sí y demasiado firme en su cultura como para abrir fisuras a la entrada de formas de vida totalmente distintas.

Pero después de retirarse unos meses en Cuenca, los misioneros volvieron a sus sitios. En 1914 Mons. Costamagna recibió la autorización para entrar a su Vicariato y llevó consigo nuevos refuerzos. Aunque el prelado ya estaba físicamente agotado (renunció en 1918), su presencia infundió nuevos bríos y comenzó a abrirse camino la esperanza de que lo que la escuela y la evangelización no habían logrado, tal vez se obtendría de manera indirecta: facilitando la entrada de colonos desde el Azuay, para que, con su ejemplo, arrastraran a la población local hacia formas de vida "civilizada" y cristiana. Hubo misioneros, como el P. Albino del Curto, que dedicaron la vida entera a abrir caminos que facilitarían la migración de colonos desde la Sierra al Sur-Oriente.

A la luz de una larga experiencia se puede afirmar que, en efecto, en el cambio cultural profundo que experimentó al pueblo shuar, más que los misioneros fueron los colonos los que ofrecieron patrones de conducta y se constituyeron en modelos.

Para captar los aspectos ambiguos y negativos de este proceso, tuvieron que pasar muchos años, pero fue suficiente un lapso de tiempo mucho más corto para advertir que la colonización se convertiría muy pronto en una amenaza para la etnia, al ocupar las tierras que un día le serían indispensables, para su proyección futura. Pero esto ya nos ubica en décadas y problemas más cercanos a nosotros. Es tiempo de dejar la palabra a los protagonistas de la primera hora.

*P. Juan Bottasso  
junio de 1993*



## LUIS CALCAGNO

*Nació en Voltri (Génova-Italia) el 21 de Julio de 1857. En 1878, siendo aún seminarista, salió para Uruguay, donde trabajó unos años. En 1887 encabezó la primera expedición de los Salesianos a Ecuador y en 1891 acompañó los primeros misioneros que se instalaron en Perú.*

*El empuje que imprimió a las obras en el Ecuador mereció que el Superior General en 1894 las constituyera en Provincia independiente. Pero el año siguiente la revolución liberal expulsó del país a todos los salesianos. Las penalidades del viaje quebraron su fibra. En 1897 tuvo todavía la fuerza de capitanear la primera expedición a El Salvador, pero allí murió al poco tiempo, a los 42 años.*

*El relato que envía a la S Sede, describiendo las futuras estrategias misioneras, se basa en observaciones de segunda mano, porque nunca pudo visitar los lugares que describe.*



## Proyectos Misioneros\*

Turin, 30-07-91

Exmo y Revmo. Monseñor Segna  
Secretario de la Congregación de las AA.EE. EE.

Como S.E. Rvma. Mons. Ferrata nos encargó que hiciéramos una relación acerca de nuestras misiones de Méndez y Gualaquiza, tengo el honor de presentarla ahora a S.E. Rvma, digno sucesor del mencionado Monseñor.

### *Relación acerca de las misiones de Méndez y Gualaquiza*

Por las noticias que hemos podido recabar de los intrépidos y celosos misioneros de la Compañía de Jesús y de la Orden de Predicadores, que desde años laboran en esa provincia del Oriente, hemos comprendido que aquellas misiones pueden considerarse de las más difíciles y peligrosas. Esta misma opinión nos la confirmaron las relaciones personales de individuos que conocen aquellos lugares.

---

\* Archivo de la Congregación de los Asuntos Eclesiásticos, Extraordinarios, Eq. 277  
Esta relación, el P. Luis Calcagno, superior de los Salesianos del Ecuador, la escribió durante una estadía que realizó en Turín al regresar momentaneamente a Italia, para buscar refuerzos.

Estas dificultades vienen 1º de los lugares. 2º de los salvajes. Y he aquí Monseñor cómo los salesianos piensan superarlas, con la ayuda de Dios.

### *1. Dificultad de los lugares*

Los Misioneros de Méndez y Gualaquiza se encuentran a Oriente de la Provincia del Azuay y las separan de la misma las altísimas cordilleras orientales. El camino que deben recorrer los salesianos para superar la cordillera y alcanzar las selvas amazónicas es el que sale de la ciudad de Cuenca, se dirige hacia N.E. y bordea el curso del río Paute, hasta la aldea de Guarainag; desde allí, rodeando la peligrosa cumbre de Alco-Quiro, entra en el Valle de Méndez, tierra poblada por salvajes.

Ahora bien, en Cuenca, capital del Azuay, que deberá también ser el centro de las Misiones, nos ofrecen una Casa de Artes y Oficios y la Conferencia de S. Vicente de Paul nos ofrece un terreno ubicado casi en las faldas del baluarte formado por dicha montaña de Alco-Quiro. Hasta allí se podrá llegar a caballo, sin graves dificultades, pero después habrá que subir la cumbre a pie. La montaña de Alco-Quiro, según una relación escrita que nos mandaron, tiene en la parte más alta hondas quebradas y está sembrada de extensos pantanos, de numerosos precipicios y sus cumbres elevan sus picachos tal vez hasta la altura de 4000 metros. Su aspecto es el de un lugar selvático que incute terror, y es casi imposible de superar, teniendo a sus faldas unas pendientes muy empinadas.

A pesar de eso la Divina Providencia dejó una depresión del terreno, donde la montaña alcanza la altura de 3640 metros. Este sitio, llamado Bolarumi, es próximo a una población de cristianos, llamado Chacalay. La subida a pie hasta allá no sería demasiado difícil, porque existe un sendero que pasa por el bosque. Se cruza aquella garganta en tres o cuatro horas; la temperatura no es excesivamente rígida, antes bien es algo abrigada y no existen pantanos. Se entra luego a un valle donde nace el río Méndez. Bordeándolo se llega a una cascada, después de la cual el río dirige su curso hacia N.E. Desde este punto sale el sendero que rodea las faldas del monte por el lado oriental. Abriéndose camino con el hacha, porque lo tupido de la vegetación impide avanzar, se trazó una pica en 1878, pero

ahora debe haberla sin duda cerrado de nuevo aquella exuberante vegetación.

El valle de Méndez sigue siendo casi desconocido y los misioneros salesianos en la excursión que proyecten realizar, deberán explorarlo en su totalidad, bajando en canoas y balzas por el río Paute que, desde aquí toma el nombre de Santiago, hasta el Marañón. Desde allí, al ser posible, deberían regresar a Cuenca por el difícilísimo y peligrosísimo camino de Gualaquiza, ubicado al Sur de Méndez.

Para el viaje a la floresta el misionero se hará acompañar en parte por indios cristianos y en parte por salvajes que habitan en aquellos parajes. Teniendo el sacerdote que cruzar los ríos a nado, trepar por las montañas, someterse a las interperies y, sobre todo a la lluvia tropical, tendrá que quitarse no solamente el hábito talar sino también el traje que utilizan los seglares a este lado de la Cordillera. En efecto los Jesuitas y Dominicos nos dicen que su traje de viaje en la montaña se compone de unos pantalones cortos y livianos, una camiseta delgada y un par de zapatos de sogá (alpargatas).

El altar portátil, la vituallas, etc. las llevan a hombro los indios en pequeñas cajas, pero la carabina del misionero no pocas veces debe suplir a la falta de comida. Las noches hay que pasarlas bajo los árboles y hay que defenderse de la lluvia en chozas improvisadas, construidas con ramas y cubiertas de grandes hojas. Estas y otras dificultades no ha cerrado el paso a los hijos de S. Ignacio y de Sto. Domingo y tampoco con la ayuda divina amedrentarán a los Salesianos, llamados a llevar la luz del Evangelio a aquellas pobres almas.

## *2. Dificultad de los salvajes*

Si es difícil penetrar en las florestas amazónicas, cosa mucho más ardua será introducir en los rudos corazones de los salvajes la primera semilla de la religión y de la civilización. En efecto, si las labores apostólicas que los misioneros sostuvieron en aquellas regiones no tuvieron los éxitos esperados, esto se debe al estado de empobrecimiento en el que están sumidos aquellos pueblos y sobre todo a la dificultad de llevar a los

adultos, aún ya bautizados, a abandonar ciertas abominables prácticas, que para ellos son muy comunes. De aquí nació la idea expresada por algunos misioneros, de trabajar preferentemente con los niños, alejándolos de los escándalos de sus parientes, reuniéndolos y acogiéndolos en la escuela, en algún taller, en la iglesia, y así echar la buena semilla en aquellos tiernos corazones, antes de que los vicios los corrompan.

La educación de los niños salvajes es exactamente el ideal del misionero salesiano. Es verdad que el salvaje no aprecia nada la civilización y que será difícil persuadir a los padres para que entreguen a sus hijos al misionero, pero este, abriéndose camino con regalos, adaptándose (hasta donde le es posible) a sus costumbres, haciéndose pequeño con los pequeños, entrenándose para fabricar ciertos utensilios, por ellos tan apreciados, podrá con menos dificultad y más provecho, trabajar para los salvajes de aquellas tribus.

En el terreno que no ofreció la Conferencia de S. Vicente de Paúl (S. Rita., Tuban) y exactamente en el camino utilizado por los salvajes, que desde la selva viajan a las poblaciones civilizadas para sus compras, se podría construir una estación. En ella se ofrecería a los salvajes viajeros una generosa hospitalidad, se les podría pedir que dejen a sus hijos con el misionero, para entrenarlos en el manejo de las herramientas del herrero y del carpintero, hasta el regreso de sus parientes.

Con este medio se espera que, con el tiempo, esos pobrecitos lleguen a aprender algún oficio, se instruyan en los principios de la religión etc, hasta llegar al punto que ellos mismos rueguen al misionero a que entre a la selva, para instruir más comodamente a sus hijos. Esta tentativa no parece difícil de ponerse en práctica y ofrece esperanzas de éxito, porque, estando a lo que se nos dice, los Mendeños (salvajes de Méndez) hace tiempo pidieron ellos mismos al Gobernador de Cuenca que les mandara un sacerdote católico y ofrecieron su colaboración para abrir un camino y levantar una iglesia en la floresta.

Los salvajes mendeños generalmente tienen un talante afable y no se tiene noticia de que hayan cometido aquellas crueles matanzas que come-

tieran los Jivaros de Gualaquiza, tribus de nuestra misión entre las cuales aún reina la antropofagia.

Intentar entrar a la selva por el lado de Gualaquiza es más difícil y peligroso que por el lado de Méndez.

Con respecto a los privilegios que S.E. Rvma. se encargó de pedir a favor de los misioneros salesianos que irán a aquellas misiones, no sabría decirle otra cosa, sino pedirle que conceda los mismos privilegios que ha concedido a los misioneros jesuitas y dominicos del Napo y de Canelos, porque nuestras misiones se hallan en las mismas condiciones que aquellas.

Con los sentimientos más profundos de mi aprecio y gratitud tengo el honor de suscribirme.

*De S.E. Rvma.  
Demmo. y obmo. Servidor  
Sac. Luigi Calcagno, M. Salesiano.*



## AGUSTIN BRUZZONE

*Su relación con las misiones orientales fue muy corta, desde que, después de un breve período, fue destinado a trabajar en Perú. El P. Spinelli y el sr. Pancheri salieron en 1893 a explorar por primera vez la región de Gualaquiza. El P. Bruzzone, siendo superior de la Casa de Cuenca, acompañó a los viajeros hasta el Sigisig.*

*Murió en Lima en 1940, a los 78 años de edad.*



## A punto de ir a la selva\*

Cuenca, 20-08-1893

Veneradísimo Padre don Rua:

Por fin llegó de Quito nuestro hermano Giacinto Pancheri, quien en pocos días se unirá a nuestro querido don Spinelli para comenzar la exploración de la selva de Gualaquiza.

Oh! Si viviera D. Savio, seguramente no hubiéramos esperado hasta ahora para comenzar este viaje; y sin duda no nos encontraríamos en tantas dificultades. Pero, paciencia, ¡hágase siempre la voluntad del Señor!

Hasta el territorio de Gualaquiza, probablemente les acompañe yo también. Pero mi viaje será de unos quince días, o máximo, de un mes, porque no puedo dejar por largo tiempo este caso de Cuenca que todavía está en formación: ellos probablemente deban quedarse varios meses para explorar las zonas más cerca de Gualaquiza. Esperemos que en sus peligrosos viajes, sean protegidos por los rezos de todos nuestros hermanos y jóvenes, y que vuelvan sanos y buenos con la protección de nuestra S. Auxiliadora.

Muchos nos aconsejan que comencemos nuestra primera excursión en el valle de Méndez, que nos describen como un paraíso terrenal, cuyos

---

\* B. S. 1893, p. 216. Con las iniciales B. S. se citará en todo el libro el Bollettino Salesiano.

habitantes, a pesar de ser salvajes, son más dóciles y dispuestos a aceptar a los sacerdotes. Si no se puede, eventualmente, penetrar a la zona de Gualaquiza para llegar a los Jívaros, intentaremos introducirnos por la de Méndez.

Tenemos que suplicar continuamente al dueño de la Mies, que mande muchos obreros "in messem suam". Estos hermanos nuestros están dispuestos a todo sacrificio, con la ayuda de la gracia divina, pero esperan a otros, de Europa, más fuertes y robustos, para que los ayuden en la difícil empresa de la conversión de aquellos salvajes, ya convertidos tantas veces y otra vez pervertidos por los malos ejemplos y escándalos de los falsos misioneros del tráfico.

Entonces, desde este año, se nos abre el amplio campo de las misiones al Oriente Ecuatoriano, pero ¿cuándo podrá decirse que todos los indios estarán convertidos? ¡Dios quiera que este momento se acerque pronto!

Entretanto Ud. buen Padre, encomiéndenos a todos al Señor y a María Auxiliadora, bendíganos a todos y en particular a su afectísimo

*Agostino Bruzzone*

## JACINTO PANCHERI

*Salesiano laico, nació en Romallo (Trento-Italia) en 1857. Se lo suele citar con la grafía Pankeri, para que su apellido suene en castellano como en italiano.*

*Hombre extraordinario por inteligencia y voluntad, tenía el título de maestro de primaria, pero su capacidad cubría los campos más variados: mecánica, ingeniería, arqueología, arquitectura... El naturalista turinés Enrico Festa lo tuvo como compañero en su expedición a Gualaquiza a fines del siglo pasado y le demostró un aprecio extraordinario. Fue cofundador de la Academia Ecuatoriana de Historia y Geografía. Después del destierro de los Salesianos del Ecuador (1896), él, por no ser sacerdote, logró quedarse en el país, y se hizo cargo de la obra salesiana de Quito.*

*El obispo de la ciudad, Mons. G. Calisto, le encargó muchos trabajos para la diócesis, como el diseño del santuario del Quínche. Construyó el Colegio Don Bosco de la Tola, abrió un acueducto debajo de la loma Itchimbía en Quito e hizo un contrato con la municipalidad de Ibarra para dotar a la ciudad de electricidad. Tendió sobre el río Paute un puente de cables de 80 metros de luz, cerca de Méndez.*

*Murió en Méndez a los 90 años.*



## Primer viaje de exploración\*

Cuenca, Noviembre 20 1893

Rvmo Sr. Don Rua:

Alabado sea Dios y mis óptimos Superiores, quienes se dignaron elegirme a mí, pobre autor de la presente carta, como acompañante del querido Don Spinelli en su viaje de exploración al Vicariato de Méndez y Gualaquiza. Estoy con el corazón lleno de dicha y gratitud por este favor tan grande, y le notifico inmediatamente a Ud. que ya hicimos la primera excursión a Gualaquiza, donde fuimos recibidos con entusiasmo no solamente por los cristianos que existen allá, sino también por los Jívaros (salvajes) que viven en los alrededores, tres de los cuales quisieron acompañarnos de vuelta a Cuenca.

Este primer viaje duró 36 días. Antes de ponernos de viaje, mientras esperábamos las necesarias cabalgaduras del valle de Gualaquiza (donde las había pedido nuestro buen amigo y cooperador Dr. D. Matovelle), para asegurarnos mejor la protección del Cielo nos retiramos a hacer diez días de ejercicios espirituales en la casa de los Padres Oblatos de Cuenca, y pudimos admirar la gran piedad y virtud que los anima. Luego hicimos los últimos preparativos, y el 9 de Octubre, día consagrado al gran Misionero de América S. Luis Beltrán, después de la celebración de la Santa Misa hecha por los Padres Spinelli y Bruzzone, montamos en nuestras mulas y

---

\* B. S. 1894 ps. 75-79; 99-105

empezamos el viaje. Incluso don Bruzzone, Director de esa Casa, quien quiso acompañarnos hasta Sigsig.

*De Cuenca a Gualaceo. Un error que resultó provechoso*

La primera etapa que habíamos fijado era Gualaceo, el jardín de Azuay, al este de Cuenca y a un día de distancia. Durante algunas horas el camino fue muy bueno, pero cuando llegamos al monte las cosas empezaron a hacerse difíciles.

Un estrecho camino cavado en la estrechísima roca forma el majestuoso sendero por el cual pasó nuestra comitiva; estábamos en la profunda y despeñada guala de Gualaceo. Muy abajo corre ese majestuoso río del cual oíamos el fuerte estruendo y el impetuoso movimiento de las olas, lo que llevaba a dificultarnos el recorrido del camino y hacía la situación más miedosa.

Entre paréntesis les cuento que casi todos los pueblos que encontramos en ese viaje se llaman con el mismo nombre del río que los atraviesa o pasa al lado.

El pueblo de Gualaceo no se encuentra en la orilla del río del mismo nombre, sino a más de veinte metros y a la altura absoluta de 2320 m. En la mitad de la vía que recorríamos hay un puente, después dos caminos se unen: uno de estos lleva a Gualaceo. Nuestro guía, menos práctico que nosotros en esos lugares, tomó el camino equivocado y nos hizo caminar en vano por largo trecho. Y viendo que ese dichoso Gualaceo no aparecía, empezamos a dudar. Nos acercamos a la única casita que asomaba por ahí en esas soledades, y nos dimos cuenta del error. ¡Paciencia! dijimos, equivocándose se aprende. Volveremos atrás.

Entonces el buen dueño de la casita nos dijo: "Perdonen, Uds. son acaso Hermanos de las Escuelas Cristianas?". "Somos amigos de esos amadísimos hermanos: somos misioneros Salesianos". "Hijos de Don Bosco, del gran Don Bosco?" "Justamente" "Oh! Si supieran con qué placer estoy leyendo la vida de este santo varón, que mi esposa me dio!

Ella es Cooperadora Salesiana... Pasen, pasen un rato a mi casa... ella también está..."

Nos dimos cuenta de que habíamos encontrado a unos amigos.

Cansados y, por qué no decirlo, también hambrientos, porque todavía no nos habíamos detenido a comer algo, no nos hicimos rogar y seguimos enseguida a esa buena persona, que con esas palabras suyas "pasen a la casa" quería decir todo lo que podíamos desear. Su digna esposa es una óptima cooperadora salesiana de Cuenca, y conocía personalmente a don Bruzzone, y ahora agradecía al Cielo que nos había hecho equivocarnos de camino "porque -dijo- así puedo ayudar a los hijos de Don Bosco también en el campo". Nosotros también agradecemos de corazón a esos buenos amigos y a la Providencia Divina, porque ese pequeño descanso y la óptima comida nos repusieron tanto las fuerzas, que luego pudimos seguir sin cansancio hasta Gualaceo y encontramos bien frescos el día siguiente, para irnos a Sigsig.

En Gualaceo fuimos cortésmente alojados en la casa del Párroco, Sr. Dr. don Nicolás Cisneros, quien quiso que lo inscribiéramos entre los Cooperadores Salesianos, porque deseaba desde ese momento ser considerado nuestro hermano, y deseaba que nosotros usáramos su casa como casa nuestra cada vez que tuviéramos ocasión de pasar por ahí. Pudimos conocer en esa ocasión al dueño de muchos "entables" en Gualaquiza, el Sr. Jesús Vásquez. De ese encantador pueblito son dos chicos que ya se encuentran en la casa de Cuenca.

#### *En Sigsig. La Virgen de Gualaquiza*

El día siguiente, temprano, después de la celebración de la Santa Misa por los Padres Spinelli y Bruzzone, agradecemos a nuestro comedido anfitrión y luego pasamos a la otra orilla del río Gualaceo, para empezar de nuevo la subida del monte

En Chordeleg tuvimos que quedarnos un momento para dar gusto a ese óptimo Párroco, quien quiso ofrecernos un exquisito café. Cuando llegamos a la cuesta desde la cual se ve, en el valle, el pueblito de Sigsig,

vislumbramos un grupito de personas a caballo que venían a nuestro encuentro. Era la flor y nata del pueblo, guiada por el Párroco Don José Piedra, y venían para llevarnos casi en triunfo al pueblo. "Mal comienzo", me dije, "después de las rosas vendrán seguramente las espinas". Pero luego, pensando que tal vez el Señor quería levantarnos el ánimo, aún afligido por la pérdida de Don Savio, me consolé, confiando en la bondad divina. Llegando al pueblo, lo encontramos lleno de movimiento, de fiesta por nuestra llegada. Arcos de triunfo, lluvia de flores, música y canto de una multitud de niños que aclamaban a los Misioneros, a los hijos de don Bosco: estas fueron las manifestaciones de dicha de esta buena gente por nuestro paso por allá. Nos alojamos en la casa del Párroco, quien nos llenó de cortesías.

Sigsig es el último pueblo cristiano civilizado antes de Gualaquiza. En línea directa, estaría solamente a un día de viaje de Cuenca, pero como nosotros pasamos por Gualaceo, empleamos dos días. Se encuentra en las faldas de la Cordillera de los Andes Orientales, precisamente en las faldas del Matanga. Hace muchos años aquí estaba la sede de la Misión: aquí vivían dos sacerdotes, que alternativamente se iban a Gualaquiza por algunos meses. Ahora tiene unos 8.000 habitantes, todos bautizados. Los numerosos cristianos que se encuentran al otro lado de la Cordillera y esparcidos en las selvas, son de este pueblo. Aquí además, llegan todos de la selva, incluso los pocos Jívaros civilizados, para hacer sus compras.

También tenemos dos chicos de Sigsig en el colegio de Cuenca.

Nos quedamos en Sigsig todo el día 11 para hacer todos los preparativos necesarios. Entretanto, pudimos asistir a un espectáculo de fe y devoción por María SS. y San José. Los cristianos de Gualaquiza, hace unos meses, habían llevado allá a Cuenca dos estatuitas, una de la Virgen y otra de San José. El último día de agosto cinco personas, incluso el Jefe Político, habían ido a recogerlas después de su reparación. Como supieron que nosotros teníamos que ir allá, fueron a buscarnos y para apremiarlos nos dijeron que dejarían en Sigsig las dos estatuitas hasta que nos fuéramos para Gualaquiza. Y los habitantes de Sigsig, antes de despedir a estos huéspedes celestiales, quisieron llevarlos en procesión, con música y cantos y un gran grupo de acompañantes, hasta la cumbre de una colina

cercana donde les ofrecieron varios dones, que en Gualaquiza honran bellamente a estos dos grandes Protectores de la Misión.

Precedidos por tan noble y poderosa vanguardia, salimos de Sigsig con el corazón lleno de confianza, como se puede fácilmente imaginar; en el pueblo el Sr. Miguel Moscoso, de Cuenca, se comprometió a encontramos mulas y caballos nuevos, y nuestro buen amigo y bienhechor, el Sr. Guillermo Vega, gran propietario de Gualaquiza, fue con otro fervoroso cristiano hasta Sigsig, asegurándonos que podíamos ir con él y alojarnos bien en su casa. Después de recibir la bendición de Don Bruzzone, quien a pesar suyo y nuestro debía volver a Cuenca, con esos dos buenos cristianos comenzamos el cruce de la cordillera y la selva.

*El cruce del Matanga. Granadillas. El tambo arruinado*

No me detengo a describir el viaje del primer día. Entre los viajes que se pueden hacer con acémilas en el Ecuador, los propios ecuatorianos consideran este como el peor de la república, y, en mi opinión, acertadamente. Esos altos montes que hay que dejar atrás, esos profundos valles que hay que cruzar, esos bosques espesísimos, esas mesetas llenas de hierbas, esos ríos rapidísimos hacen el camino pésimo, literalmente. Es cierto que de vez en cuando se ven magníficos paisajes que alegran la vista, pero más a menudo uno se topa con barrancos empinados que asustan mucho. Además nos llovió ininterrumpidamente todo el día.

Al anochecer llegamos al tambo de Granadillas. Se trata de un poblito medio arruinado, colocado sobre una lomita, al pie de la larga y empinadísima bajada del Matanga, alto (altura absoluta) 1.800 m., pero perdido en un estrecho valle cubierto de tupidísimas selvas. No estamos todavía en la selva virgen, pero abundan los bananos, la chonta, el café. Años atrás en este pueblo vivían varias familias blancas, y actualmente solo hay una familia que vive allá todo el año, y es la del Sr. Jesús María Torres, de Sigsig. Si se podrá establecer bien la Misión de Gualaquiza, seguramente este pueblo se poblará nuevamente, especialmente con gente que posee allá tierra cultivable.

Esa buena familia nos acogió caritativamente en su casa. Pero qué casa... cuatro paredes viejísimas y asustadoras de palos enlucidos con lodo. Pero nos dimos valor, pues era de noche, llovía, y cualquier tugurio era mejor que pasar la noche al aire libre.

Nos había precedido a esa casa nuestro guía, él que en tantos años de ausencia del Misionero de Gualaquiza, hacía de Párroco. Sus funciones eran de bautizar a los niños en peligro de muerte y, en las festividades, reunir a los pocos cristianos de la zona para recitar el Rosario. Él había hecho detener a las dos estatuas que dije, y las había bellamente colocado en la parte de la casa que nos estaba destinada, con varias velas. ¡Qué contraste ver la bella estatua de la Virgen toda pura, y la de su casto esposo, rodeadas de luz, en un tugurio horrible, lleno de manchas de humo, lleno de rendijas y fisuras a todo lado! Nos parecía encontramos en un Nacimiento, en la faustísima noche de Navidad, con la diferencia de que en Belén se oían los cantos angelicales y en Granadillas el graznar de ciertos animales anfibios que festejaban la abundantísima lluvia caída durante el día.

Pero la Virgen Santísima y San José, a lado de los cuales dejamos encendidas toda la noche algunas velas, quisieron mostrarnos visiblemente su protección, manteniendo de pie el misero tugurio hasta nuestra salida. Nosotros descansamos en la parte mejor, sobre madera, y los dueños de la casa se recogieron en una esquinita con todos los animales domésticos que poseían. Por la mañana temprano don Spinelli deseaba decir Misa, pero no había llegado todavía la mula con el vino necesario y decidimos por tanto salir enseguida. Pero ¡Dios mío! Ni bien estuvimos montados en las mulas, el viejo tugurio cayó y se convirtió en un montón de ruinas, dejando tiempo a todos los inquilinos de ponerse a salvo.

### *La selva virgen. Flora y fauna. Dificultades para el viajero*

Poco más abajo de Granadillas, el camino baja bruscamente hasta el río Blanco, que se cruza sobre un puente de madera. Luego se encuentra el río Tigrepungo, que a pesar de sus aguas impetuosas, se puede cruzar sin peligro. Se vuelve a subir por algunos cientos de metros por una cuesta

empinada, y luego, por largo trecho, el camino sigue bajando casi constantemente, manteniéndose a la izquierda del río Blanco.

A este punto, ya nos encontramos en plena selva tropical. Árboles gigantescos de toda clase cubren literalmente las faldas de los montes y los valles, angostos y profundos. A lo largo del camino se ven monstruosos cedros que miden, a la base, más de "quince" metros de circunferencia, pero a pocos metros del suelo, disminuyen rápidamente de ancho, llegando a unos dos metros, y con esa circunferencia se elevan a enormes alturas. Pero estos árboles colosales son muy escasos, porque cuando llegan a un desarrollo mediano, generalmente son sofocados por una enorme cantidad de plantas parásitas o trepadoras.

No encontramos una fauna igualmente abundante. Si se quiere creer a las fantásticas descripciones de algunos viajeros, se piensa, como nosotros lo hicimos, encontrarse en selvas llenas de trinos y cantos de pájaros y pajaritos, o de aves enormes, de toda clase y color. Pero quedamos decepcionados, los pájaros que pudimos ver fueron muy pocos: varias bandadas de loros y un número limitado de aves más pequeñas, casi todas con variadas plumas de brillantes y magníficos colores. Creo que esta escasez de pájaros se debe a las abundantes lluvias, muy frecuentes, que deben impedir también el desarrollo de las culebras, rarísimas en el territorio de Gualaquiza. En cambio en esas selvas viven algunas clases de monos, y hay jabalíes, tapiros, venados y animales carnívoros.

A las nueve a.m. del mismo día llegamos a Chigiüinda, pequeña población situada en la orilla del río del mismo nombre, y formada por varias propiedades poco cultivadas y casi abandonadas. Solamente tres familias viven allí constantemente y las otras van solamente para sembrar y cosechar. Chigiüinda se encuentra a una altura absoluta de 1.750 m.

Continuamos nuestro viaje hacia el sur-este, por el único camino que atraviesa esa espesa selva. De vez en cuando se encuentran aquí también puntos difíciles, empinadas cuestas y espantosas bajadas. Enormes troncos de árboles caídos impiden el paso, y muchas veces, como no se puede pasar sin grave peligro, es conveniente desviarse, subir la cuesta del monte, pasar por la intrincada hojarasca y las ramas entreveradas, pisando

terrenos que son lodazales, resbalosos y cubiertos por redes de raíces, que son un verdadero peligro para las uñas de las pobres mulas.

A eso de medio día llegamos a otra pequeña población, llamada Rosario.

### *Una garganta espantosa y una horrible masacre*

Aquí también el camino serpentea en una cuesta larguísima y espantosa: el angostísimo valle baja hasta el río Blanco, que se cruza pasando por un puente peligrosísimo, ya en mal estado. Se sigue por la orilla derecha del río hasta la hacienda de Cuchipamba, siempre con penosas subidas y peligrosísimas bajadas y pasos difíciles. En este punto el río corta la cadena de la cordillera, que unía las montañas de su orilla derecha con las de la izquierda. Esta estrecha garganta abierta por las aguas del río Blanco, debe tener unos mil metros de profundidad, calculando desde la cumbre de la montaña de la derecha. En su parte inferior es realmente espantosa, y en algunos puntos es tan estrecha, que no se alcanza a vislumbrar el fondo, y se puede decir en este caso lo que dice el poeta: Era profunda, oscura y nebulosa tanto, que aún mirando bien el fondo, yo no lograba ver ninguna cosa.

Solo se oye el fuerte estruendo de las aguas, de cuyo ímpetu se entiende que deben caer desde una altura considerable.

Es espantoso para el pobre viajero pasar por ese estrecho camino al filo de esa horrible quebrada, cuyas paredes en algunos puntos son perpendiculares sobre el abismo. Pero, después de cruzar esa garganta tremenda, el horizonte se abre; las montañas de la derecha van bajando hacia el occidente y se van perdiendo en la gran llanura cerrada entre el río Zamora y el Bomboiza; los montes de la izquierda siguen el curso del río, pero van bajando también.

Hacia la mitad de la bajada de Rosario, se encuentra una pequeña explanada. Es aquí donde existía la antigua y numerosa población de Rosario con su capillita, donde el Misionero, que pasaba por allá de vez en cuando, celebraba la Misa, confesaba y predicaba. Actualmente no hay

ninguna huella ni de la capilla, ni de las casas. Solo se encuentra una burda cruz, adornada con flores, donde los pocos habitantes van a recitar el S. Rosario, siempre añorando a los misioneros y esperando que llegue alguno. Estos humildes habitantes viven en chozas poco distantes de la cruz.

Frente a Rosario, al otro lado del río, se encuentra otra pequeña población: Aguacate, que tiene pocos habitantes más que Rosario. Ambos pueblitos, calientes y fértiles, podrían ser cultivados muy provechosamente por colonos que los cuidaran.

Pasamos una noche en el tambo de Cuchipamba, donde fuimos recibidos y tratados estupidamente por el Sr. Quintanilla.

Cuando supo que nos quedábamos allá una noche, toda la población de Rosario, Cuchipamba, San José (otro pueblito que vimos más tarde) fueron corriendo a recibir la bendición del Sacerdote y reconciliarse con Dios. ¡Es indecible la dicha que probó en esa ocasión el querido Padre Spinelli, satisfaciendo estos santos deseos de esa gente! Desde ahora, esperamos poderlos recibir a menudo y detenernos entre ellos también unos días.

Cuchipamba, como ya lo dije, está situada a la derecha del río Blanco. Aquí, más de veinte años atrás, sucedió esa tremenda masacre tan tristemente famosa por estos lugares

El horrible acontecimiento me fue contado así: tres Jívaros de Guaquiza habían pedido alojamiento debajo del portal del "tambo": parecían amigables y se les dio permiso. Pero en la oscuridad y silencio de la noche, cuando el mayordomo recostado en su hamaca, y treinta jornaleros recostados sobre las tablas estaban durmiendo profundamente, los tres salvajes se levantan silenciosamente, cogen sus terribles lanzas, se lanzan como rayos sobre los imprudentes trabajadores. La primera víctima fue el mayordomo, que con el corazón traspasado por una lanza, murió casi instantáneamente. Se hacen más audaces por la muerte del jefe, y se lanzan como tigres sobre los jornaleros, y 26 de ellos caen muertos bajo las lanzas de los tres salvajes! Solo cuatro de ellos pudieron fugar. Este

trágico acontecimiento, y otro parecido que sucedió en la hacienda de Bomboiza, del Sr. Guillermo Vega, llenó de terror a los habitantes de Gualaquiza y fue la causa principal de la decadencia de esos pueblitos.

Frente a Cuchipamba, entre el río Blanco y el río San José, en clima saludable y terreno fértil, se encuentra el pueblito que lleva este mismo nombre, formado por unas veinte familias. Su altura absoluta es 1.150 m. Cuando esté establecida la Misión en Gualaquiza, San José se transformará seguramente en pueblo importante.

Dejando Cuchipamba pasamos al otro lado del río Blanco y del San José; el camino sube hacia el sur-este hasta llegar a la punta de las Tres Cruces. El municipio de Sigsig hizo construir algunas leguas de este camino, y volviendo más tarde de Gualaquiza encontramos a los obreros del Sr. Guillermo Vega que estaban por terminar un nuevo tramo, con el cual se evitará pasar por el otro lado del monte San Joaquín. Desde la punta de las Tres Cruces se entrevé el lindo paisaje del Valle de Gualaquiza.

#### *El Valle de Gualaquiza. Primer encuentro con los Jívaros*

¡Qué estupendo aspecto tiene el valle de Gualaquiza visto desde la Punta de las Tres Cruces! Este extensísimo valle, tan famoso en el Ecuador, está formado por la unión de dos valles secundarios que vienen uno del norte y otro del este, y a lado se encuentran pequeñas montañas o colinas, de suave declive, y está todo cubierto de una vegetación extremadamente abundante y gigantesca. El río Gualaquiza, de aguas cristalinas, y majestuoso también éste, serpentea en medio del valle entre cañaverales de caña de azúcar, y plantaciones de café, palmeras, naranjos, limones, etc., pertenecientes a los pocos cristianos que viven por ahí. Estas propiedades se llaman entables. El verde claro de estas plantas cultivadas, en medio de las cuales se encuentra la mísera choza del colono, presenta un contraste agradable con el verde oscuro de los espesos bosques que cubren la mayor parte del valle y montañas cercanas. Las casas de los Jívaros no se pueden ver todavía, porque se encuentran desparramadas en las selvas de las colinas.

Contemplando estas maravillosas bellezas, el alma del viajero se recrea y olvida los peligros pasados. Pero, para llegar a esa zona paradisíaca, el viajero debe prepararse para pasar todavía por un tremendo sendero lleno de ciénegas, troncos de árboles caídos, nudos formados por raíces que serpentean, se cruzan y tuercen en esos lodazales, en los cuales de pronto se hunden las pobres bestias, saliendo de allá estropeadas y con el jinete cansado.

Cuando Dios quiso, a eso de las dos y media de la tarde, del día sábado 14 de octubre, llegamos bien a la primera choza de Gualaquiza, llamada Yumaza. Encontramos aquí a unos veinte cristianos blancos, quienes habían sabido de nuestra llegada y habían ido a nuestro encuentro para darnos la bienvenida. Pero nuestras miradas se dirigieron pronto y con satisfacción, hacia algunos Jívaros, que estaban allá parados, vestidos con sus trajes típicos, con su indispensable lanza en la mano, en actitud que pudiera yo llamar llena de dignidad. Cuando saltamos de nuestras acémilas, fueron hacia nosotros y dándonos la mano derecha preguntaron: ¿"Cómo estando?"

Ya sabíamos que los Jívaros de Gualaquiza, por contacto con los blancos en el pasado y actualmente, saben todos hacerse entender bastante bien en castellano, usando siempre los verbos en gerundio; por tanto nosotros también intentamos hacerlos entender hablando de la misma forma y por medio de oraciones interrumpidas y truncadas por todo lado. Fue una conversación de lo más curiosa. Explicamos que habíamos llegado a Gualaquiza para ocuparnos de ellos, para enseñarles a trabajar el hierro, para hacer espadas, lanzas, cuchillos y que les habíamos llevado muchos regalitos muy lindos y que a ellos les gustaban mucho... Totalmente felices, se miraban el uno al otro manifestando su dicha, y cuando estuvimos a punto de montar de nuevo en nuestras bestias, corrieron para dar la buena noticia a sus compañeros que nos esperaban en la explanada de la colina, donde existía la Iglesia y la Casa Misión construida más de veinte años atrás por el famoso Misionero Jesuita, el Rvdo. P. Pozzi.

*En el centro de Gualaquiza, la antigua Iglesia y la capillita improvisada*

Esta bonita loma, que se eleva en la meseta a la altura relativa de unos treinta metros, a la derecha del Rfo Gualaquiza, y en su mitad superior está separada de la montaña de a lado por un pequeño valle, parece un cono trunco muy poco inclinado. De allá se domina todo el valle de Gualaquiza, de la unión de dos pequeños rfos que forman el río de este nombre hasta su desembocadura en el Bomboiza, que se encuentra a más de diez km. al sur-sur este. El panorama más hermoso es el que se admira desde el oriente: a los pies de la colina se presenta antes de nada el valle con sus chozas o casitas rodeadas de platanales, cañas de azúcar, naranjos, limones, arbolitos de café: esas son las pobres casas de los cristianos que viven allá, algunos durante todo el año, otros solo en época de siembra y cosecha; más arriba se encuentran colinas pequeñas, luego otras más altas, luego los montes, cubiertos de espesísimos bosques de color verde oscuro, que dan un aspecto severo y majestuoso a todo el panorama.

Sobre la explanada de la colina de que hablé, nuestro último predecesor había fabricado una linda y gran iglesia con un hogar a lado. Pero cuando él se fue ambos quedaron abandonados y muy pronto se encontraron en escombros. Con las sobras de esos edificios los cristianos de Gualaquiza edificaron una modestísima capilla con dos cuartitos para los Misioneros, que como ellos sabían, debían llegar después de poco. Nos dirigimos allá siguiendo los pasos de nuestros precursores y pasando debajo de dos arcos de triunfo hechos con ramas de árboles, adornados con flores y pájaros disecados con plumas de muchos colores. En un instante nos vimos rodeados por otros cristianos y por una multitud de Jívaros, hombres, mujeres y niños, que habían oído rumores de nuestra llegada y habían ido a saludarnos y ofrecernos "yuca", plátano y pájaros disecados.

Después de presentarnos así varios regalitos, con su salvaje sencillez nos preguntaron: "¿Y vos qué regalando?" Contestamos que los baúles con las cosas que teníamos para ellos habían quedado atrás, pero que volvieran los días siguientes y les daríamos muchas lindas cosas. Satisfechos por esas promesas, volvieron muy contentos a sus casas. Y

nosotros obedeciendo a los repetidos ruegos del Sr. Guillermo Vega, al cual le parecía demasiado modestos y estrechos los dos cuartitos preparados para nosotros, nos alojamos en su casa, donde nos quedamos durante todo el mes que pasamos en Gualaquiza, y fuimos tratados por el dueño de casa siempre con exquisita cortesía.

En los días siguientes los Jívaros demostraron habernos entendido perfectamente, porque llegaron por grupos a visitarnos y recibir los regalos prometidos, o sea bambalinas, agujas, hilos de lino o cáñamo, alfileres, cuchillos, tijeras, pañuelos, camisas etc., que ellos recibían siempre con grandes señales de dicha y gratitud.

Estos salvajes no tienen solo muchas pretensiones, sino son también muy curiosos. Quieren ver y observar todo, preguntan todo, pero debemos confesar que no nos dimos cuenta de ninguno que tocara alguna cosa sin permiso. Al contrario, se nos asegura que entre Jívaros, los que no han sido contaminados por los pésimos ejemplos de los blancos, es considerado "malo" el que miente y roba.

Con estos regalos, se convirtieron tanto en amigos nuestros, que no dejaban de exclamar y contar a todos que "los Padres muy buenos siendo", y el rumor se difundió y vimos llegar no solamente a todos los Jívaros de Gualaquiza, sino a algunos de Méndez y de las mesetas del Zamora.

#### *Retrato de los Jívaros*

Viendo que ya estaba tan bien preparado el terreno, dejamos de tener ese poco de temor de los Jívaros que nos quedaba y, con gran satisfacción suya, empezamos a visitarlos de casa en casa.

El carácter fundamental del Jívoro es su manera de ser suspicaz, desconfiado, traidor. Solamente unos años atrás incluso los de Gualaquiza cometieron tales crímenes, que se justifica perfectamente lo mucho que les temen los blancos. Pero parece que respetan mucho al Misionero, sabiendo que puede y quiere beneficiarlos, pero el misionero también necesita mostrarse con ellos decidido y capaz de defenderse en caso de necesidad.

Por eso yo nunca salí de la casa sin el rifle al hombro, y a veces les hice ver su terrible fuerza y seguridad de estampido. Así tuvimos confianza en ellos en varios encuentros, varias veces nos dejamos transportar por el río en sus canoas y varias noches dormimos a su lado, a veces en la selva, a veces en nuestra casa o en sus chozas.

Los Jívaros son de estatura mediana, que tiende más bien a baja, pero son anchos y musculosos. El color de su piel varía del rojo cobre a morena, con dejos amarillos. La forma de su cabeza no tiene ninguna característica notable, salvo las temillas, que son un poco aplastadas y anchas, su ángulo facial es recto, la línea de los ojos horizontal, como en el tipo caucásico, y los pómulos son un poco salidos. En general les falta por completo la barba, pero algunos, bastante ancianos, tienen un mínimo de huellas de bigote y vello, y una ligera barbita. El pelo, que lo mantienen bien arreglado, lo tienen todos negro y abundante, y la parte delantera del pelo está cortada cuidadosamente hasta la mitad de la frente. Las partes laterales de la melena son siempre largas, y por medio de una cinta adecuada están envueltas en la cabeza formando como una corona. La parte posterior, muy larga, está trenzada como una cola, y en su extremidad en los días de fiesta cuelgan muchos pájaros disecados de varios colores, que se bambolean detrás de la espalda como piedras preciosas. Usan llevar las orejas huequeadas, y agrandan el hueco de tal forma que a la final pueden introducir un pedazo de caña grueso como un pulgar en algunos casos. En este trozo de caña tienen unas agujas larguísimas, de coser, que a veces miden más de 25 cm. Todo el vestido masculino se llama *itipi*, y se trata de un trozo de tela rojiza de rayas amarillentas y negruzcas que se envuelve en la cadera y llega a la rodilla. El pecho, los anchos hombros y los fuertes brazos, la parte inferior de la pierna y los pies, anchos y cortos, siempre quedan desnudos. Usan además pintarse la cara con tiras transversales rojas, y el cuello, pecho y brazos con curiosos dibujos negros. Llevan muchos collares de una piedra que parece granate negro, o de semillas, como las que usamos nosotros para hacer coronas, o también hechos con una serie de dientes de monos ensartados. Estos collares a veces cubren una buena parte del pecho y espalda, y llevan a veces, estos también, unos pajaritos disecados con colores muy brillantes.

Algunos llevan en la cabeza, unas coronas trenzadas de plumas de pájaros de mil colores. Cuando pueden tener camisas o chalecos rojos, se los ponen encantados, sobre todo en los días de fiesta. Las mujeres visten un poco más decentemente, llevan una especie de camisa del mismo color del *itipi*, pero más café, que baja del cuello a los pies, y está apretada en la cintura con unas especie de sogas. Las niñas, incluso cuando son chiquitas y hasta cuando todavía van amarcadas por la madre, llevan un vestido que se parece al de las adultas, y en cambio los niños varones, hasta los siete años, no llevan ningún vestido.

#### *Casa, muebles, ocupaciones de los Jívaros*

Las casas de los Jívaros, esparcidas en la selva y casi todas de la misma forma, son grandes y espaciosos corberizos ovalados con techo en punta, rodeados por una espesa cerca alta de tres a cuatro metros, con dos puertas en los vértices a lo largo, y todo este conjunto es tan proporcionado y simétrico, que presenta un aspecto elegante y hermoso. El techo está hecho de hojas bien entrelazadas y sostenidas por travesaños de caña. Las medidas de estas casas son las siguientes: de 25 m. de largo, y un ancho en proporción. El amplio patio interior está dividido por una cerca en dos partes: uno solo para hombres, el otro para las mujeres.

Los muebles del "tambo" son pocos. El más importante es la cama. La de los hombres es una especie de estera dura, de caña, a un metro más o menos del suelo, y tan corta que las piernas cuelgan al fondo y deben arrimarse a un palo, colocado adrede, delante del cual, siempre se encuentra un pequeño fuego encendido para que queden secos los pies, que los cuidan muchísimo. No usan cobijas ni sábanas, ni colchones, ni almohadas, y se acuestan con la ropa que llevan puesta, teniéndose la cabeza bastante levantada, con la ayuda de las manos.

Otro mueble es el *tunduli*, aparato conocidísimo en el Ecuador para dar señales de alarma; hay también el escudo de madera ligera para la defensa personal en las luchas, y la lanza, compañera inseparable del Jívoro cuando sale de la casa; la bodoquera con flechas, a veces envenenadas, para cazar animales; los husos y telares para hilar y tejer el algodón, con el cual fabrican su sencilla ropa.

Las ocupaciones de los hombres son: hacer la casa, cuando no la tiene aún, cortar y quemar los árboles para hacer la huerta, hilar ese poco algodón que usan, cazar, pescar, usar las armas de defensa y ofensa. Su arma principal es la lanza, pero la mayoría posee también armas de fuego, que usan en la caza y rara vez en la guerra. Las mujeres casi siempre viven en su sección de la casa, se ocupan de los niños, la cocina, el cultivo de la huerta que rodea la casa, y tejen el algodón hilado por los varones, hacen la chicha etc. etc.

*Costumbre barbárica. Una noche de borrasca. Taita Naranja*

Los Jívaros son tremendamente vengativos, y esta pasión suya es y ha sido siempre su peor causa de desgracias. La alta y sólida cerca que rodea las casas demuestra que se trata de tribus feroces y guerreras, porque se sabe que donde no hay guerra, el tambo queda abierto por los cuatro lados. Los Jívaros de Gualaquiza parecen que se han refinado un tanto, por ese poco de religión católica que aún queda en sus corazones, y los largos contactos con los blancos. Pero las tribus más internas hacia el Marañón, deben ser más feroces y sanguinarias. Para vengarse de sus enemigos, estos salvajes tienen la costumbre barbárica de cortarles la cabeza, sacar los huesos, despellejándola en forma tal que quede entera todo lo posible. Luego ponen la cabeza en agua hirviendo, mezclada a veces con hierbas que ellos conocen, y luego la colocan sobre una pequeña piedra redonda muy caliente, y por el calor las fibras de la piel se contraen poco a poco y el volumen de la cabeza se reduce muchísimo, pero conserva intacta la melena y más o menos los rasgos del individuo. Esta momia, reducida al tamaño más o menos de una naranja, es llamada, *shantsa*.

Pero por lo visto en Gualaquiza esta costumbre barbárica parece completamente desaparecida, después de los castigos eclesiásticos y civiles amenazados a los compradores, y hasta se puede decir que es considerada aquí una mala persona la que todavía se atreve a hacer *shantsas*, inducido por la ganancia que sacaría vendiéndolas. De las tribus cercanas hay algunas que son todavía tan feroces, que por un mísero rifle matan a enemigos lejanos y hacen con sus cabezas otras tantas *shantsas* que entregan a los bárbaros compradores.

Nosotros vimos una sola *shantsa*, en la casa de Taita Naranza, pero pertenecía a un salvaje de Méndez.

Taita Naranza es el Jívaro más viejo de Gualaquiza, pero sigue siendo esbelto y robusto. Nuestra primera visita fue a su casa, al otro lado del Bomboiza. Fuimos con dos misioneros franciscanos, quienes se habían enterado de que estábamos por llegar a Gualaquiza, y quisieron darnos la agradable sorpresa de llegar desde Zamora para vernos y saludarnos. No pudimos llegar a la casa del viejo Naranza ese mismo día, porque cuando llegamos al Bomboiza lo encontramos muy crecido y no pudimos cruzarlo. Tuvimos por tanto que pasar la noche en la selva. Hicimos muy rápidamente, con ramas y hojas, una chocita para repararnos de la lluvia; preparamos un gran fuego para secarnos la ropa completamente mojada, y luego, sobre la brasa, asamos unos pedazos de yuca, que por suerte encontramos en una huerta abandonada, y que junto con unas sardinas que los franciscanos tenían, nos sirvieron de sabrosa merienda esa noche. Estábamos muy cansados, y después de rezar fervorosamente, nos pusimos a dormir sobre la hierba húmeda debajo de nuestra choza improvisada.

No tengo reparo en confesar que me demoré mucho para alejar ese miedo que me nacía adentro por el silencio y la oscuridad de aquella selva. Mi memoria volvía insistentemente a aquellas numerosísimas y lóbregas descripciones sobre los Jívaros, y la fantasía, aumentando y ensombreciendo tales recuerdos, los hacía más oscuros, tristes, espantosos. Poco lejos de nuestra choza había sucedido la famosa matanza de los obreros del Sr. Vega, y uno de nuestros guías contaba que esa zona era frecuentada por culebras venenosas... Esta confusión de ideas, que me calentaba la cabeza cada vez más, impedía que me cogiera el sueño, no dejaba descansar mis miembros cansados. Pero por fin el cansancio ganó y yo también, como los otros fui sorprendido por un sueño afanoso. Pero de pronto una lluvia torrencial se descargó sobre nuestra choza y nos atormentó toda la noche. Y a la madrugada un terrible estruendo nos hizo brincar a todos: había caído un árbol grueso a pocos pasos de la choza. Resolvimos salir enseguida y acercamos al Bomboiza.

Después de larga espera vimos a dos robustos salvajes que se acercaban con una canoa corta y estrecha para llevamos al otro lado. Todos dudamos: nadie quería entrar en esa peligrosa chalupa, y arriesgar nuestra vida en esas aguas peligrosas. Pero yo, primero, me di valor y encomendándome a mi Ángel de la Guarda salté en la lancha. Los dos Jívaros me preguntaron si sabía nadar, y yo dije que no importaba y que se alejaran de la orilla. No tuve que repetir la orden: de inmediato cogieron los remos y en un instante me llevaron a la otra orilla. Lo mismo se hizo con los demás y nos dirigimos todos a la casa del viejo Naranza.

La casa del viejo Jívaro era limpia, simétrica en todas sus partes, y hasta elegante. Además de los muebles de que hablé antes, que se encuentran en todos los tambos de los Jívaros de Gualaquiza, aquí encontramos un objeto especial: una *shantsa*. Cuando la vi, me horroricé y pregunté enseguida a Taita Naranza de quién era. Casi ofendido por esa pregunta me contestó que no era suya, sino de un Jívaro de Méndez que se hospedaba en su casa. Había cierto resentimiento en sus palabras. Se presentó entonces el tal Jívaro y con gran arrogancia dijo: "Esta *shantsa* mía siendo; Jívaro Pongo matando a mi hermano, yo matando él, cortando cabeza, haciendo *shantsa*". ¡Hasta este punto llega la barbarie y crueldad de un pueblo sin Religión!

Fuimos tratados con cortesía por el viejo Naranza, y antes de que anocheciera nos despedimos para volver a Gualaquiza. El viejo Jívaro se opuso tenazmente a nuestra salida diciendo que el agua del río era muy alta todavía y que cruzar en canoa hubiera sido afrontar el riesgo de ahogarse. Pero viendo que estábamos decididos, de mala gana nos concedió dos remeros quienes, con la agilidad de siempre, en un instante nos hicieron cruzar el río. Llegamos a Gualaquiza, al anochecer.

Visitamos luego todas las otras casas de la zona de Gualaquiza, y yo llegué al punto de unión del Bomboiza y Zamora, especialmente para ver si este último río era navegable al menos en canoa, hasta el territorio de Gualaquiza.

*Ignorancia y superstición*

Entretanto, pudimos conocer cuánta ignorancia y superstición domina a estos pobres salvajes.

¿Sucedee que alguien se enferma? Sus parientes mandan a llamar al médico, que en su lenguaje es llamado el brujo. Si este brujo ve que puede curar al enfermo, comienza su tratamiento, que hace, empero, solo por la noche. Consiste, para empezar, en una serie de cantos rarísimos y bailes, durante noches enteras; luego el brujo se acerca al enfermo y hábilmente le coloca sobre la parte enferma un gusanito, que finge extraerlo del cuerpo, y lo enseña a los presentes diciendo que algún enemigo se lo había hecho penetrar. Entonces los parientes y el propio enfermo se dedican a pensar y meditar para descubrir quién será este enemigo insolente y malvado; y de esto derivan odios implacables y venganzas que no terminan nunca. Si luego, y a pesar del simulado tratamiento, el enfermo muere, toda la ira se lanza contra el brujo, quien a menudo paga con la vida sus mentiras y engaños.

Cuando alguien deja de vivir, siempre es porque alguien más lo ha brujeadado, o sea que le han hechado el mal de ojo, y están tan profundamente convencidos de esto, que resulta inútil aducir razones o pruebas en contra. Y por tanto surgen sospechas, desconfianza, y a veces guerras que duran siglos de una tribu contra otra que vive cerca.

Si muere un adulto, lo entierran en el mismo tambo, donde murió. Los sobrevivientes, más por el horror que sienten por la muerte que por respeto al muerto, después de enterrarlo abandonan esa casa y van a construir otra lo más lejos posible. Queda todavía en muchos de ellos la costumbre de poner, sobre la sepultura, una gran cantidad de comidas y bebidas, probablemente por la convicción de que esto pueda ayudar al difunto.

Estas y otras numerosas supersticiones, por lo visto, son restos del antiguo paganismo que aquí también reinaba y que, a pesar de los esfuerzos de los misioneros, no se ha podido eliminar completamente.

*Religión y Moral*

Los Jívaros de Gualaquiza son casi todos cristianos si son adultos, pero lo son solo nominalmente. Hace más de veinte años, un infatigable misionero, previendo que debía irse de Gualaquiza sin esperanza de volver pronto, en aquella circunstancia pensó que era apremiante instruirlos lo mejor que se podía y bautizarlos. En efecto, tuvo que irse, y esos Jívaros, abandonados completamente a sí mismos por años y años, recuerdan a duras penas el nombre de cristianos que llevan. Ninguno de ellos actualmente sabe santiguarse. Toda su creencia consiste en saber que existe Dios Padre (Taita Dios) que vive en el Cielo; que los buenos, muriendo, van donde él, y los malos con Iguanchi, o sea el espíritu malo, el diablo.

Una noche fue a visitarnos un viejo Jívoro llamado Chacaima. El tiempo era horrible y ya era muy de noche, y no le dejamos volver a la casa esa misma noche y a duras penas aceptó pasar la noche en nuestro mismo cuarto. Pero, antes de acostarse, salió afuera, y desde el corredor de la casa empezó a soplar duro y a murmurar no sé qué palabras entre dientes. Don Spinelli, que lo observaba, le preguntó el significado de aquellos soplos y palabras. El viejo Jívoro contestó: "Chacaima soplando, lejos mandando muerte e Iguanchi; rezando Taita Dios porque muerte e Iguanchi lejos mandando".

Otra noche se quedó a dormir con nosotros un brujo, de Méndez. El también antes de acostarse hizo las mismas ceremonias: soplos y rezos que siguieron por mucho tiempo. A él también se le preguntó por qué lo hacía, y dijo: "Buenos Jívaros todos, antes durmiendo, rezando".

Para juzgar lo que es bueno y lo que es malo, lo lícito y lo ilícito, a pesar de estar bautizados no tienen en absoluto nuestras reglas. En Gualaquiza por ejemplo consideran como cosas malas solamente el homicidio, el robo y la mentira pero si es que hay una mínima causa, el homicidio se vuelve sagrado: la venganza para ellos es obligatoria. Y la poligamia es practicada por algunos como cosa lícita y los otros no se asombran por eso.

Celebran algunas fiestas con ceremonias religiosas, prolongadas por varios días, pero, por lo que pudimos entender, estas fiestas vienen a ser algo peor que nuestras farras de carnaval. No tienen sacrificios, ni algo que realmente pueda llamarse ídolo, y se arrodillan solo delante de la *shantsa*, cuando es el aniversario de esa muerte.

Los Jívaros de Gualaquiza han sido diezmados varias veces, en estos últimos tiempos, por las frecuentes guerras con las tribus cercanas y las enfermedades contagiosas como la viruela y el sarampión, importadas de los blancos.

Sin embargo llegan a ser unos quinientos. Se me asegura que en Méndez debe haber varios miles de ellos, y se me dice también que varias tribus viven en el Pongo, en el Paute inferior y en la orilla derecha del Morona. Se sabe que los salvajes escogen siempre lugares solitarios, normalmente cerca de los ríos, donde nadie pueda verlos ni oírlos ni molestarlos en sus orgías, por esto podrían ser más numerosos de lo que se cree.

Terminamos nuestra excursión y empezamos a pensar en volver. Como ya lo dije al comienzo de esta carta, tres Jívaros adultos nos acompañaron hasta Cuenca, donde todos se asombraron mucho de nuestra confianza en salvajes considerados extremadamente feroces. Estos tres Jívaros se quedaron cuatro días en nuestra casa de Cuenca, felices de cómo los tratamos a ellos y a sus jóvenes hijos, y luego, no pudiendo aguantar más el clima de Cuenca, demasiado frío para ellos, volvieron a su país, donde pronto los veremos de nuevo.

En Gualaquiza encontramos que la temperatura máxima es de 23 a 27 grados centígrados, y la mínima de 17 a 20. Su altura absoluta respecto al mar es 730 m., y durante el mes que pasamos allá, 26 días fueron más o menos lluviosos, a pesar de que era verano; en un clima tan húmedo y cálido el suelo debe ser extremadamente fértil, y en realidad Gualaquiza es tan rica de vegetales, que no me parece posible desear algo mejor. Pero faltan brazos para cultivar, o mejor dicho, para limpiar el suelo de malas hierbas y plantas dañinas.

*Necesidad de esta misión*

Durante el breve período pasado en Gualaquiza, pudimos convenarnos de que se necesitan grandes ayudas espirituales y materiales para poder continuar en forma eficiente esta Misión.

Antes de nada, necesitamos extremadamente la asistencia de Dios. Sin esta no se podrá hacer nada porque grandes son las dificultades y graves los peligros que se presentan. Recomendamos calurosamente a nuestros óptimos superiores y hermanos que recen para nosotros, y también lo pedimos a los jóvenes de las casas Salesianas y los beneméritos Cooperadores y Cooperadoras de nuestra Pfa Sociedad. Durante nuestros recorridos en estas regiones inhóspitas, en todos los rincones de la Tierra donde haya salesianos, rogamos que todos recen ardientemente al Cielo, para que nuestros humildes trabajos sean bendecidos y logren buen éxito.

Luego se precisa personal eficiente. El único medio que hay para evangelizar y civilizar a los Jívaros, según la opinión de todos los que conocen a estos salvajes, parece ser la fundación, en los centros más poblados, de varias casas con laboratorios y escuelas, para preparar al trabajo e instruir a los jóvenes que parecen muy inteligentes.

Estos salvajes, hombres y niños, aman infinitamente la libertad. Pasan gran parte de su tiempo jugando en los ríos y divirtiéndose en los bosques; y nosotros tendremos muy buen cuidado de no encerrarlos en jaulas u obligarlos de pronto a trabajar. Pero, después de divertirse como quisieron en bosques y ríos, resultan tener momentos de buena voluntad; y nosotros usaremos esos momentos para darles un poco de instrucción y de educación cristiana.

La primera casa que debería fundarse, sería indudablemente la de Gualaquiza, donde se encuentran también muchos cristianos que necesitan al misionero tanto como los Jívaros, luego en Méndez, luego en el Pongo, y una talvez, en el Paute inferior.

Pero sobre estas últimas casas, no podemos aún decir nada positivo, porque el Director de Quito, el Sr. don Luis Calcagno, por miedo de

que nos sucediera alguna desgracia por parte de los salvajes, nos prohibió rebasar los límites de Gualaquiza.

Tales casas deberán ser abastecidas, por lo menos con todo lo necesario; para una humilde capilla, con enseres indispensables para comenzar a hacer funcionar un laboratorio de herreros y carpintero y con muchos vestidos y otros objetos también, de los que despiertan la gula de los Jívaros. Son salvajes muy egófstas e interesados, y se podrá conquistarlos solo con cosas materiales. Son avidísimos de camisas rojas escarlata o moradas, chalecos y pañuelos del mismo color. Las camisas deberían ser de un tejido fuerte, pero delgado y ligero; otras, sin mangas o de manga de unos 10 cm. para los niños, otras de manga larga para los adultos, y todas larguísimas, que lleguen a los pies. Desean también tener hachas, machetes, rifles, lanzas, cuchillos, tijeras, agujas, espejitos, y otros juguetes parecidos. Regalando a los padres estos objetos, podríamos inducirlos a dejar que sus hijos vayan donde nosotros, y ellos mismos acercarse a oímos y hacer lo que les decimos.

El P. Magalli cuenta de un misionero dominico, quien llegó a una tribu de Jívaros y -por supuesto con regalos- llegó a hacerse buscar tanto, que iban encantados a oír sus instrucciones. Pero llegó el día en que el no tuvo más juguetes ni objetos para regalarles. Y los Jívaros preguntaban insistentemente: "Padre, ¿ya no tienes nada para darnos?" "No" contestó el buen Misionero con un profundo suspiro "todo lo que poseía, ya se lo di..." "En este caso eres muy pobre" añadieron esos salvajes "nosotros no queremos un Padre pobre, y por eso lo mejor que puedes hacer es alejarte enseguida de nosotros". Y diciendo así, todos lo abandonaron y no fueron nunca más a oír sus palabras de vida eterna.

Las tribus que debemos cuidar son también jívaras, no diferentes de las de ese padre dominico, y entonces es necesario fundar bastantes estaciones, y mantenerlas siempre bien abastecidas con todo lo necesario. Así, poco a poco, conquistando las almas de los adultos e instruyendo bien a los jovencitos, con el tiempo se podrá obtener algún resultado.

Que llegue pues pronto, el tan deseado Vicario Apostólico, con un buen número de sacerdotes, clérigos, artesanos y abastecido de una buena

cantidad de objetos como los mencionados. El camino ya está trazado, y hasta se puede decir que la primera estación está fundada. Prometimos volver a Gualaquiza por Navidad, y haremos lo posible para mantener la promesa y obedecer a los deseos de aquellos cristianos y de los Jívaros.

Yo tendría aún muchas cosas que decirle sobre las dificultades y necesidades de esta Misión, pero ya escribí mucho en una sola carta. Encomiendo de nuevo a los rezos de todos los Salesianos y sus amigos, la causa de esta Misión, y me despido humildemente de Ud. Su de. y ob. hijo en nuestro Señor.

*Giacinto Pancheri*

## Una excursión al sur de Gualaquiza\*

Cuenca 15-04-1894

Rev. y amadísimo Padre:\*\*

Seguramente Ud. habrá sabido del P. Francesco Mattana que el mes pasado volvimos a Gualaquiza para fundar definitivamente la Casa de la Misión, con dos sacerdotes, dos catequistas, dos carpinteros, un herrero y varios ayudantes que deben ayudarnos a construir la capilla con el hospicio.

Después de unos pocos días de nuestra llegada, cuando los trabajos estaban empezados, recibí una carta de D. Calcagno, que me sugería que emprendiera un viaje de exploración al sur y este de Gualaquiza, para poder completar el mapa de ese país, todavía casi completamente desconocido, y poderlo presentar al próximo congreso, que tendrá lugar en Quito el próximo mayo. Habría salido enseguida después de recibir esta orden, pero estábamos en la semana de Pasión, y a mi superior don Mattana le pareció conveniente postergar la salida al día siguiente de la Pascua de Resurrección, incluso porque los Jívaros en esos días se encontraban celebrando a su manera bárbara, la solemne fiesta de una *tzantza*, hecha con la cabeza de una pobre india que los Jívaros de Zamora, en una expedición de guerra al Pastaza, se habían llevado consigo como prisionera, y que los habitantes de Gualaquiza, para vengar unas ofensas

---

\* B. S. 1895, págs 17-22

\*\* Se trata del superior

recibida muchos años antes por los parientes de esa pobre cautiva, habían matado pocas semanas antes de nuestra segunda llegada allá. Estas fiestas, o mejor dicho, estas horribles orgías, duran cinco días, y en esa temporada ningún Jívaro, seguramente, me hubiera acompañado, y sin Jívaros acompañantes no se puede ni siquiera salir de Gualaquiza, sin peligro de perderse en aquellas espesísimas y tremendas selvas. Fue más conveniente por tanto, esperar hasta el lunes después de Pascuas.

Ese día, después de la comunión, y la bendición, me despedí del amadísimo don Mattana y del otro hermano nuestro, Jurado. Don Spinelli se había ido el sábado Santo a San José, para facilitar a sus habitantes la celebración de la Pascua.

Tengo que confesar que partía bastante afligido. No tanto por las fatigas y peligros, sino porque me vi obligado a partir yo solo sin otros salesianos.

¡Dios sostuvo mi valor! En compañía de dos robustos hombres que llevaban un poco de comida para mí, con otras cosas de primera necesidad, me fui a pie hacia el sur, con intención de visitar el Pongo y Méndez. Pasamos la primera noche en la casa del Jívaro que debía guiarnos en esa excursión. Se habían reunido allá otros Jívaros también, de Méndez, quienes quisieron aprovechar la ocasión para irse allá con nosotros. Yo creo que la gente más bulliciosa del mundo son estos jívaros. Se ponen a gritar y alborotar por cualquier tontería.

Por tanto esa noche, entre los griteríos de los adultos, los lloriqueos de los niños y el ladrido de muchos perros, no pude dormir ni un minuto.

El día siguiente gracias a Dios logré que se pusiera de viaje. Nos acercamos al río Bomboiza donde estaban listas dos canoas, con las cuales pudimos avanzar unos kilómetros, pero por partes, porque éramos muchos y todos bien cargados. Mis dos cargueros llevaban cada uno más de setenta libras de cosas, yo, entre trajes y ropa interior indispensable para cambiarme, el teodolito, varias cosas que debían servir de regalo a los indios, y la indispensable carabina, llevaba encima más de cuarenta libras. Así hubo que gastar mucho tiempo para transportar todo hasta el lugar

donde comienza un camino que se encuentra a lo largo de la orilla izquierda del Bomboiza. Después de unas horas de viaje, quedó con nosotros solo una familia jívara: los otros creyeron más conveniente seguir el río a la derecha para llegar a su casa. Nosotros seguimos por el camino ya empezado.

*Fatigas de este viaje. El misionero termina de contar sus peripecias*

No quiero, ahora, darle una descripción detallada de esos lugares. Es mi intención enviarle más tarde todos los apuntes geográficos de viaje, recogidos en un cuadernito con mapa adjunto, que Don Calcagno quiere presentar al Congreso. Es cierto que esos lugares están todavía muy lejos de las llanuras amazónicas; nos encontramos en cambio en medio de profundos valles rodeados por altísimos montes, cuyas cumbres llegan a una altura absoluta de tres mil metros. El Río Zamora baja precipitadamente en unos de estos valles, excavando un lecho estrecho y profundo en la dura roca de greis y pórfido. El camino por el cual pasamos nosotros, recorre su orilla izquierda: Es tan resbaloso y estrecho, que sin el tacto fino y la vista bien experta del Jívaro que nos acompañaba, seguramente no hubiéramos podido recorrerlo. En ciertos puntos a duras penas se puede entrever algo entre arbustos, ramas, hierbajos y espinos. Seguramente pocos seres humanos han podido pasar por allá, y menos, según creo, europeos o americanos civilizados.

Frecuentemente conviene bajar a valles profundos y angostos, llamados aquí quebradas, para subir luego por otro lado, pero sus paredes son tan empinadas, que hay que usar manos y pies para trepar, agarrándose de plantas y raíces, justamente como harían las cabras. A todo esto hay que añadir un clima tan cálido, que a pesar de que hay que viajar siempre debajo de la hojarasca de viejos árboles, que tapan el sol, enseguida, a los pocos minutos de viaje, no solo la camisa, sino el chaleco y la chaqueta ya están empapados de sudor. Por suerte, cada rato se encuentra abundante agua para quitarse la tremenda sed, que provocaría tan fuerte fatiga y sudor. También tuvimos que vadear varias veces grandes ríos, que por suerte se encontraban en la época de nivel más bajo, sin embargo el agua en algunas ocasiones nos llegaba a los hombros, a pesar de no encontrarnos en época de lluvia. Pero todas estas fatigas, estos sudores,

no eran más que el comienzo de nuestro viaje. En la segunda mitad de éste tuvimos dificultades y peligro muchísimo mayores.

Pero, para qué contarle todas estas cosas ¿Acaso para que Ud. me compadezca? seguramente no, porque esto no haría ningún bien a mi alma. Yo antes de nada sé que estoy hablando con un superior, con un padre que desea saber qué hacen sus hijos lejanos. Y además siento que tengo obligación con SS. María Auxiliadora: es Ella quien me dio salud y fuerza y en forma prodigiosa me ha ayudado en peligros gravísimos: siento por tanto un fuerte deseo de agradecerla y exaltar su gran potencia y bondad. Estos son los motivos que me inducen a narrar las dificultades que tuve que superar, para agradecer las ayudas que tuve.

*Cómo se pasa el día y dónde se duerme por la noche. Encontramos jabalíes, que nos proporcionan la cena*

Al amanecer, después de desayunar, siendo también este desayuno un almuerzo, que luego no podíamos hacer, salimos de viaje y seguíamos hasta la noche, con pocas y cortas interrupciones para mover un poco los hombros, cargados duramente todo el tiempo, y respirar mejor, especialmente en las durísimas subidas de cuestras, donde se llegaba muerto de cansancio. Al anochecer había que construir primeramente la necesaria choza, llamada rancho, hecha de algunos palos plantados oblicuamente para sostener luego una cierta cantidad de hojas de caña que servían como tejas, y colocadas como tales, para repararnos de las muy frecuentes lluvias. Después de cenar algo y rezar los rezos de la noche con mis hermanos, nos recostábamos sobre unas brazadas de hojas, con un maletín u otra cosa dura como almohada, y encargábamos al Angel de la Guarda que nos defendiera de culebras y fieras de la selva, y de cualquier otro peligro. Por ahí la temperatura es como la de Gualaquiza, Y por tanto la brisa nocturna no molesta en absoluto, incluso cuando hay que dormir con los trajes humedecidos por el sudor y las lluvias. Sin embargo, siempre encendíamos un poco de fuego para mantener alejados a los animales feroces, especialmente los osos, que frecuentan esas zonas.

Pasamos así cinco días sin que nos pasara nada extraordinario, pero sin encontrar ninguna casita ni choza. Un día nos encontramos con una

gran manada de jabalíes, quienes por suerte, cuando sintieron que les disparábamos, se separaron del grupo y ni siquiera intentaron asaltarnos. En efecto, estos feos animales tienen la costumbre de lanzarse contra el cazador, quien si no está bien armado o no puede subir rápidamente trepando a una planta, es despedazado en un instante. Eso pasó hace cinco semanas a un pobre Jívaro que se encontró solo contra unos cincuenta jabalíes. Para nosotros ese encuentro, gracias a Dios, no fue dañino, sino útil, porque un perrazo de los Jívaros agarró por el lomo a un jabalí chiquito, y corriendo el riesgo de ser despedazado, no lo soltó hasta que llegamos para ayudarlo con un largo y fuerte cuchillo, y lo liberamos, preraándonos luego una excelente cena con el jabalito. Con mi carabina maté también a unas "pavas" y a otros gruesos pájaros que nos proporcionaban carne muy sabrosa para nuestras comidas

Cuando nos acercamos a un grupo de casas, nuestro guía quiso a toda costa volver atrás, porque dijo que allá vivía un enemigo suyo, quien seguramente se vengaría en su persona, por las ofensas recibidas de su padre, que había matado a un hermano suyo. Mis palabras no sirvieron para nada, no hubo cómo convencerle a seguir con nosotros. Pero él recomendó a dos Jívaros que me cuidaran y volvió a Gualaquiza con su hijo.

*En Indanza. El Capitán Sanchima. Deseo de Bautizo. Necesidad y conveniencia de una Casa / Misión*

Entretanto nos íbamos acercando a Indanza, lugar habitado por varias familias jívaras, y donde vive el llamado capitán Sanchima. El más robusto Jívaro de nuestra caravana estimó más conveniente adelantarse para avisar a este capitán de nuestra llegada, y él fue a recibirnos con un gran zapallo lleno de chicha, yuca, plátanos y otras regalos, hasta un ranchito donde él y los suyos suelen tomar el *natema*, o sea la bebida de las visiones. Cuando nosotros también llegamos allá él se movió y fue a saludarnos.

Sanchima es un hombre cuarentón, de estatura mediana, pero robusto y ágil, de aspecto valiente y vivo. Habla, o mejor dicho se hace

entender, en castellano. La primera pregunta que me hizo, fue si yo llevaba alguna enfermedad.

Le contesté que mis compañeros y yo estábamos muy cansados, pero en buena salud, porque sino no hubiéramos podido hacer ese viaje tan malo.- “Bueno: ¿y qué buscas entonces por aquí?” Le contesté que había ido allá, y tenía intención de llegar hasta el Pongo y Méndez, para visitar a los Jívaros y enseñarles la manera de vivir felices en este mundo, y, después de la muerte, ir con Taita Dios.

-“¿Y qué hay que hacer? ¿Iglesias acaso?” -Si tu quieres, dije yo, vendré aquí con otros padres, y traeremos camisas, pantalones, cuchillos, lanzas, trapiches para moler, y te enseñaremos a rezar, a vivir como buen Jívoro, y si estarás contento de hacerlo, te bautizaremos, y cuando mueras irás con Taita Dios.

Me contestó enseguida que ya había sido bautizado, y que deseaba vivamente que fueran los padres, y que los ayudaría a sembrar la huerta, les daría yuca, plátano y chicha, así como me dio a mí una gran fuente de ésta. Luego me llevó a su casa.

La casa del capitán Sanchima es más grande que todas las demás. Allí se encontraban reunidas más de cuarenta personas, divididas en cuatro familias. El capitán tiene dos esposas, y así su sobrino y varios hijos. Sobra decir que todos me rodearon con curiosidad, que especialmente los más jóvenes se me acercaron con su ruda familiaridad y franqueza para medirse, y ver cuánto más baja era su estatura respecto a la mía, y se asombraban mucho viendo que el más alto de ellos, era unos dedos más bajo que yo; luego me tiraban la barba, la median con los dedos, comparaban el color de mi piel con el de sus brazos... igual a como lo hacen los chiquillos. Y su asombro llegó al máximo cuando vieron mi reloj con sus manecillas, el péndulo, que se movía por sí solo... Todos querían oír cerca de su oído, el acompasado ruido y se repetían entre sí: tic, tic... Quisieron luego saber cómo se llamaba aquello. Les contesté, luego pregunté cómo lo hubieran llamado ellos. Después de pensarlo un poco, me contestaron: “janéndey” o sea: corazón. Algunos en efecto me preguntaron si realmente ese reloj tenía vida propia, si tenía corazón...

Pero estaban esperando otras cosas: los regalitos de siempre. Comencé entonces dando al Capitán un lindo cuchillo, y a los demás varias cositas: a uno una aguja, a otro hilo, a otro un encendedor para la yesca, a otro un espejito: a todos di algo. Había llegado hasta allá la fama de que los cristianos de Gualaquiza solían regalar muchas cosas: yo tenía muy pocas y quedaron un poco resentidos y yo intenté animarlos diciendo que pronto llegaríamos de nuevo con muchos regalos.

Luego comencé a enseñar a los niños a persignarse, y pronto quisieron imitarlos también los adultos, y en poco tiempo lo aprendieron casi todos. Cuando vieron el crucifijo quedaron asombradísimos, y me preguntaron qué significaba esa cosa, y a quien representaba. Me las arreglé para explicarles que los primeros hombres se habían portado mal, habían sido malos y por su culpa, nosotros también teníamos que ir a quemarnos con Iguanchi (el diablo), pero que Taita Dios, de lo cual ellos tienen una vaga idea, mandó del cielo a su único hijo a morir para nosotros, para llevarnos todos al cielo; y que si lo querían ellos también después de la muerte podían ir al cielo con Taita Dios. Todos me contestaron que deseaban mucho ir al cielo con Taita Dios, y que querían que yo bautizara enseguida a los que aún no habían recibido este sacramento. Contesté que pronto volveríamos allá para bautizarlos a todos. Esperemos que ese deseo suyo no sea solamente un entusiasmo pasajero, sino la verdadera llamada de Dios.

Estuvimos en esa casa un día entero y dos noches, para descansar un poco del cansancio del viaje. Luego fuimos a visitar otras casas esparcidas por ahí; en todas encontramos más o menos las mismas costumbres, todos nos acogieron amigablemente y se mostraron deseosos de recibir instrucción en lo religioso. Pero, cuando se trate de reformar sus costumbres bárbaras, la cosa será muy diferente y allá también será necesario fundar una casa-Misión, para cuidar sobre todo a los jóvenes.

Y la fundación de una casa será muy conveniente para nosotros también, porque según me aseguran los Jívaros, poco más abajo el río Santiago comienza a ser navegable, y tuviéramos así un fácil camino de comunicación con el Marañón y por consiguiente, con el Atlántico. Y además una casa aquí serviría muy bien como estación camino a Méndez,

que se encuentra a pocos kilómetros. Pero hay más: actualmente varias personas de Gualaceo, que está a un día de Cuenca, están formando una sociedad para construir un camino que debería ir directamente a Indanza, y allá piensan fundar varias haciendas; y así resultaría formado un bonito pueblo como Gualaquiza. Si este proyecto llega a realizarse, nuestros misioneros, incluso los de Cuenca, podrán muy bien ir por el Marañón, con gran ventaja de tiempo y dinero, y así se resolvería el problema que intentó solucionar nuestro queridísimo D. Savio. Yo espero que esta solución llegue pronto, especialmente si Ud. señor Don Rua, podrá mandarnos mucha ayuda en personal y dinero, sin lo cual con los Jívaros no se podrá hacer nada.

*Los guías ya no quieren continuar el viaje: Hay que cambiar de rumbo. -La civilización barbárica. Cuántos peligros se encuentran!*

Después de visitar las casas de Indanza, pensaba ir hacia el Pongo, pero dificultades insuperables me obligaron a cambiar de rumbo. Uno de estos obstáculos fue el comienzo de las lluvias. Las selvas amazónicas tienen muchos ríos, pues desde los altos Andes bajan en número inmenso, ríos grandes y pequeños, que reuniéndose en los valles que se encuentran abajo forman unos ríos enormes, y estos, en la región de que hablamos, y a pesar de que ésta tiene mil metros de altura absoluta, son todavía muy rápidos. En la estación seca dichos ríos se pueden cruzar sin grave peligro, pero en la de lluvias se vuelven espantosos: y si uno se deja sorprender en esta temporada entre dos de estas crecientes, como lo hubiera sido en nuestro caso, seguramente se encontraría secuestrado allá por meses y meses, aiejado de cualquier compañía humana, sin poder salir por ningún lado de aquellas espesísimas selvas, y corriendo grave peligro de morir de hambre.

Otro obstáculo, no menos grande, se me presentó con los Jívaros. Ningún Jívoro práctico de la región del Pongo quería aceptar acompañarme hasta allá, pues todos tienen gran miedo de los indios de Patacuma, que según dicen son muy feroces. Estos indios desde hace algunos años son el terror de las "jivarías" del Santiago. Pero la causa principal de las matanzas que hubo fueron los blancos, o sea los que se dicen civilizados y civilizadores de los pueblos. En Iquitos, Borja y otras poblaciones del alto

Marañón, se han establecido muchos comerciantes peruanos, brasileños y también europeos, que están dedicados a la extracción del caucho, y tienen allá también haciendas, con grandes plantaciones de café, cacao etc. Como no podían encontrar fácilmente los obreros para ese trabajo, recorrieron el Napo, el Pastaza y otros grandes ríos de ese gran país, matando y robando y poniendo esposas, como feroces piratas, a esos pobres indios, a quienes querían llevar a sus haciendas para obligarlos a los trabajos forzados. Cuando se trató de robar a Záparos, Andoas, Canelos, podían hacerlo sin gran peligro propio. Pero con los Jívaros las cosas son muy distintas: éstos supieron defenderse muy bien. Pero la astucia humana, o mejor dicho diabólica, encontró otra solución. Se acercaron a los Patacumas, que son los Indios más violentos, entre los Jívaros; les ofrecieron unos *Remigtons* y otros fusiles recién inventados, para que les procuraran unos esclavos. Esos feroces salvajes, que siempre desean poseer armas de fuego recorrieron las "jivarías" más cercanas, quemando las casas, matando a los que intentaban defenderse, y llevando a los presos, incluso mujeres y niños, a esos pérfidos comerciantes, quienes se atreven a llamarse a sí mismos filántropos y amigos del progreso. Los Jívaros con quienes había hablado para que me llevaran al Pongo, contestaron todos que no irían, porque, decían, "estamos seguros que o nos matarán o seremos vendidos como esclavos a los blancos a cambio de un rifle, o una caja de pólvora, o cápsulas de *Remigton*". No quisieron aceptar, no importa lo que yo les ofreciera.

De estos relatos pude comprender una vez más lo necesario que es fundar allá también, en ese territorio que pertenece a nuestra misión, una casa para intentar poner algún freno a tanta impiedad. Oh! sí amadísimo Padre: Mándenos pronto un buen número de personas y los correspondientes materiales para convertir en establecimiento estable la fundación de Gualaquiza, fundar en Indanza otra, y correr luego al Pongo para ver cuál es el lugar más eficaz para luchar contra el diablo y ganarle también en esa fortaleza suya, inexpugnable hasta ahora.

Viendo que se interponían tantos obstáculos a mis planes, pensé que era prudente y necesario, por lo pronto, abandonar la idea de ir al Pongo, postergándola hasta el próximo verano, y entretanto, si Dios quiere, espero tener más ayudas materiales que las que tuve en esta ocasión. Pensé

entonces volver a la montaña, recorriendo un camino trazado por una persona de Gualaceo, que había llegado allá pocos meses antes para ver si podía poner una hacienda. Pero qué camino: si el recorrido hasta entonces había sido malísimo, ahora se volvía impracticable. Hasta los Jívaros me dijeron que ni siquiera los osos podían pasar por allá en esa estación de lluvias; solo tres Jívaros quisieron acompañarnos por día y medio, con una buena hacha en mano, para cortar los árboles que se nos interponían. Pero viendo luego los grandes peligros de ese sendero tan resbaloso, ellos también nos aconsejaron que volviésemos. Más mis compañeros de viaje no aceptaron recorrer de nuevo ese pésimo camino, y se imaginaban que podía mejorar: fuimos tremendamente desengañados. Nos encontramos en un espesísimo conjunto de árboles y arbolitos entreverados. Muchas veces había que trepar agarrándose de algún arbusto o raíz, a menudo tuvimos que construir unas sogas con las ramas de plantas trepadoras y subimos jalándonos uno al otro, con el riesgo de caer en algún barranco y rompernos todos los huesos.

En esos momentos yo acudía fervorosamente a María SS. Auxiliadora y a todos nuestros santos protectores. Y esos queridos amigos que tenemos en el cielo nos ayudaron varias veces y nos salvaron de muchos peligros. Nunca nos sucedió nada realmente grave, y solo tuvimos caídas ligeras, rasguños a la cara y manos, a las piernas, moretones en todas partes, pero no lesiones graves.

Después de difícilísimas subidas de cuestras, asomaban otras bajadas más terribles todavía, y luego el paso del río correspondiente, que a menudo era muy ancho; además nos acompañaba todo el tiempo una lluvia ininterrumpida que nos empapaba y penetraba hasta los huesos, y por la noche, sobre todo las últimas noches, un frío intenso no nos dejaba en paz ni un minuto. Y ese desastroso camino no daba señas de terminarse en esas altas y rocosas montañas, y yo temía mucho que los víveres nos faltaran allá, en medio de aquella selva. Pero la Auxiliadora Celeste nos ayudó una vez más: el último trozo de carne de cerdo comprado a un Jívoro de Indanza, se terminó en la última cordillera a eso de las tres de la tarde, y a las nueve de la misma noche pudimos llegar a Gualaceo, donde el buenísimo párroco se esmeró en darnos todo lo que pudo para alimentarnos en forma excelente. Y por la noche, el día siguiente, él mismo fue

tan bondadoso, que me prestó una mula y pude encontrarme en la casa de Cuenca, donde mis queridos hermanos, llegan a abrumarme con sus cuidados fraternales. Qué dulce y consolador es, después de un viaje largo y peligroso, encontrarse en medio de personas amigas, entre hermanos que nos quieren y nos proporcionan todos los cuidados necesarios.

Pero acabo de darme cuenta que mi deseo de ser breve no se realizó, y me salió un relato muy largo. Pero no me siento capaz de terminar, antes de rogarle de nuevo y calurosamente a Ud. Revmo. Padre señor don Rua, y a los buenos superiores, que nos envíen las ayudas personales y financieras que tanto pedimos.

Si Uds. vieran de cuántas necesidades nos vemos rodeados. Y Ud, los hermanos y los jóvenes del Oratorio seguramente seguirán rezando siempre delante del altar de Marfa Auxiliadora, por las necesidades de esta misión y del que tiene la suerte de poderse llamar su afectísimo hijo.

*Giacinto Pancheri*

## La fiesta de la *tzantsa* y la guerra entre los Jívaros\*

Después de la mitad de octubre, algunos Jívaros de los alrededores de Gualaquiza, quisieron celebrar una segunda fiesta de la *shantsa* de aquella pobre mujer de Méndez que fue asesinada por orden del capitán Ramón, sobre la cual, si no estoy equivocado, ya escribí en otra ocasión.

Para celebrar la fiesta de la *shantsa*, éstos salvajes acostumbran prepararse algunos meses antes. El asesino del indio o india es el protagonista, si puedo expresarlo así, de la fiesta; él se prepara pues con mayor esmero.

Esta preparación consiste, antes de nada, en un riguroso ayuno, y el protagonista no come más que vegetales; abandona completamente el uso de la carne y de cualquier bebida alcohólica. Entretanto, se preparan varias cosas para adornar bien la casa, y se abastece la despensa con una gran cantidad de carne de puerco, gallinas, pavos, pescados, varias clases de frutas, como yuca, plátano, chonta, y un buen número de ollas llenas de la alcohólica "chicha". Cuando se han reunido tantas comidas y bebidas, como para poder alimentar y emborrachar a todos los indios de las cercanías, el protagonista manda a alguien que los invite a todos a la fiesta, incluso él que funciona como sacerdote.

---

\* B. S. 1905, pgs. 83-90

Todos llegan pronto, hombres y mujeres, vestidos de fiesta. El sacerdote, lujosamente adornado con plumas y bambalinas, se sienta en la mitad de la casa.

Entra entonces el matador, con la lanza micidial en la mano y la *shantsa* que preparó en la otra. Se levanta el sacerdote, y le quita la *shantsa* para ponerla antes en una gran olla repleta de agua de tabaco, y luego en otra llena de chicha, y luego la lava con agua pura. Hace sentar luego al matador en el escabel; éste tiene que estar con la cabeza hacia arriba y la boca abierta de par en par, y en esa boca el sacerdote va poniendo sucesivamente el agua de los lavados de la *shantsa*, o sea primero la de tabaco, luego la chicha, y luego el agua pura, hasta que le salga por la nariz. Con esta ceremonia el matador se cree liberado de todo crimen, que eventualmente pudo haber cometido con la matanza del enemigo.

Así purificado, se levanta, vuelve a tomar su *shantsa* y va a colgarla en la columna principal del tambo, donde la adorna con flores, pajaritos disecados y plumas de varios colores, y muchísimos otros adornitos. Todos se colocan al rededor en actitud de devoción y el sacerdote pronuncia un discurso. Este sermón contiene alabanzas del valor del matador, buen Jívaro capaz de vengar las ofensas, y una invectiva contra la tribu a la cual pertenecía el pobre indio matado. Todos lo escuchan atentamente y, cuando termina de hablar, se colocan en procesión, uno tras otro, saliendo de un lado del tambo y entrando por otro, arrodillándose todos frente a la *shantsa*. Después de dar algunas vueltas de esta forma, el sacerdote declara que la ceremonia religiosa ha terminado. Entonces comienzan las farras, la gran comilona, las borracheras, el baile y las orgías, que duran nada menos que cinco días y no terminan nunca sin "el mañana", o sea sin dolorosas consecuencias.

#### *Causa de la guerra. Asalto nocturno. Cristiana muerte del brujo*

Esta vez, en efecto, en la fiesta surgió una tremenda guerra. Un Jívaro llamado Mashanda salió de estas orgías con un empacho tan fuerte, que en pocas horas se encontró moribundo. Sin embargo, gracias a su constitución física muy robusta, pudo reponerse y mejorarse bastante. Pero esta mejoría duró solamente pocos días, porque luego, probable-

mente por las acostumbradas bestialidades de los que querían curarle, desgraciadamente se enfermó de nuevo. Entonces fue llamado un brujo de nombre Andrés, pariente del capitán Ramón. El médico salvaje, con cantos, saltos y un montón de otros actos ridículos por el estilo, intentó curarlo, pero sus esfuerzos fueron inútiles, porque dos días después murió. Los parientes del muerto, según su costumbre, atribuyeron su muerte a las brujerías del brujo y juraron matarlo. Y, para lograr mejor sus bárbaros fines, se unieron a los enemigos del capitán Ramón, que son numerosos, por las atrocidades que éste cometió. Uno de éstos, y de los más feroces, en esta ocasión, fue un Jívaro de Chuchumbleza (Zamora) al cual Ramón había ignominiosamente ofendido. Los Jívaros guerreros de Gualaquiza, pensando que no eran suficientemente fuertes para asaltar la casa del odiado capitán, pidieron secretamente ayuda a otros de Méndez y Zamora, y se reunieron todos en la casa del viejo Naranza, jefe del partido contrario a Ramón. Aquí se pusieron de acuerdo sobre el momento y la forma de asaltar la casa de Ramón.

La mañana del día 10 de Diciembre, se oyeron en las selvas fuertes y groseras carcajadas de salvajes, y comprendimos entonces fácilmente que entre los Jívaros había sucedido algo extraordinario. Los niños jívaros que estaban con nosotros, lo comprendieron antes que nosotros, y mejor, porque al primer grito, asustados, se alejaron corriendo. La bulla continuaba y resolvimos acercarnos personalmente para informarnos de los hechos. Mientras estábamos a punto de salir, salieron de entre árboles de la selva dos jóvenes salvajes, que corrieron hacia nosotros y febrilmente gritaban: "Vos viniendo pronto, pronto casa Ramón; esta noche malos Jívaros matando Andrés, atacando Ramón con lanza!"

Ensilamos inmediatamente las mulas para correr, Mattana y yo, allá donde se requería tan insistentemente nuestra presencia. En ese momento llegaron también cinco de los principales propietarios de Gualaquiza, o sea los Srs. Vega, Dávila, Vásquez, etc. quienes habían sido avisados de los hechos por los mismos Jívaros.

Estos estimables señores quisieron ir con nosotros, para defendernos contra cualquier peligro en el campo de batalla. Partimos pues todos juntos, dirigiéndonos al lugar de la guerra.

Llegamos a la casa de Ramón y encontramos en el suelo, esparcidos, los restos de las chamizas que los Jívaros habían encendido para romper la oscuridad de la noche e incendiar la casa de su enemigo. Para tal cosa ellos acostumbran preparar varios palos con una de las puntas bien agudizadas, y con otra cargada de hojas secas ligadas y dispuestas en forma de gruesa flecha; los lanzan encendidos contra el techo de la casa formado de hojas de caña, y de esta manera intentan incendiar la casa lanzando contra todos sus lados sendas mechas encendidas.

Pero los que estaban adentro fueron tan rápidos, que apagaron el fuego antes de que consumiera e incluso se pegara a la casa.

Entramos en la casa y encontramos al pobre Ramón recostado sobre su cama de estera, agitado, con una fiebre altísima, causada no tanto por las heridas recibidas, cuanto por el susto y la rabia de no poderse vengar de inmediato. Las heridas en realidad eran ligeras y escasas. Un poco más allá estaba el desgraciado brujo Andrés, sumergido en la sangre, cubierto de heridas entre las cuales una era mortal, en el costado, del cual colgaba un pedazo de pulmón lacerado. Cuando nos vio hizo esfuerzos para sentarse en su camita ensangrentada, pero volvió a caer sobre ésta, oprimido por mil dolores. Don Mattana se le acercó y le tomó el pulso. El enfermo le preguntó: "¿Qué pensando vos? ¿cuándo yo muriendo?" El sacerdote le habló de Dios y le preguntó si estaba bautizado. Le contestó que sí.

En la duda de que Andrés ya hubiera recibido el bautizo anteriormente, le administró el bautizo *sub conditione*. Poco después el pobre Jívoro murió, sin lamentos ni palabras de venganza contra sus enemigos.

Los parientes pidieron que se enterrara el cadáver cristianamente, en el cementerio, lo que nos sorprendió, por las costumbres contrarias de los Jívaros.

La madre del muerto, viendo el cadáver de su desventurado hijo y los partidarios de Ramón presentes a ese fúnebre espectáculo, se derritieron en lágrimas, lamentos, gritos de insultos y venganza; querían vengarse inmediatamente pero don Mattana y todos nosotros intentamos disuadirlos y lo logramos, especialmente después de prometerles que los asesinos

serían capturados y castigados. Después de calmar así a los corazones de los salvajes, volvimos a la casa.

### *Los Jívaros en la casa de los misioneros*

Pero los Jívaros de Naranza, se enteraron de nuestra ida a la casa de Ramón, y supieron que habíamos decidido llamar a la fuerza armada. Se llenaron de coraje y empezó a esparcirse el rumor de que atacarían la casa de la Misión

En vista de la probabilidad de semejante asalto, juzgamos conveniente custodiar por unas noches la casa, haciendo turnos nosotros mismos para la guardia.

De día no hay peligro de ser asaltados por estos salvajes. Los Jívaros asaltan siempre a traición, y casi siempre aprovechan la oscuridad de la noche: ésta es su forma de guerrear. El asalto a la casa de Ramón fue justamente a la medianoche; y como la casa estaba bien construida y no podían entrar fácilmente, habían seducido previamente a un cuñado del capitán, quien en el momento establecido, abrió la puerta y dejó entrar a los enemigos, quienes después de asesinar, fugaron rápidamente.

Una mañana, se presentó a la casa de la misión el jefe Naranza con todos sus partidarios bien armados, para cerciorarse si de veras teníamos intención de hacer llegar a los soldados, y nos dijo lo que sigue: "¿Por qué vos llamando soldados? ¿Acaso nosotros matando blancos o siervos de blancos? Así haciendo, mucha razón teniendo; pero nosotros no haciendo daño a cristianos, nosotros castigando a malos Jívaros. ¿Acaso vos no teniendo cárceles y soldados para castigando a malos cristianos? ¿Y nosotros, cómo castigando a malos Jívaros?"

Les reprochamos duramente la bárbara acción que habían cometido, y la saña y crueldad que habían manifestado contra un Jívoro de su misma tribu. Oyeron los reproches sin alterarse, pero estuvieron muy lejos de cualquier convicción de haber mal obrado. Al contrario, comenzaron a contar las atrocidades cometidas por Ramón y sus compañeros, que realmente son muchas. Sin embargo les hicimos comprender que si no guar-

daban las armas y se atrevían a cometer otros crímenes, seguramente llamaríamos a los soldados, para que los amarraran a todos y los llevaran al monte. Nos prometieron que cesaría toda hostilidad y habrían obedecido, pero con la condición de que no llamáramos a los soldados, lo cual se lo prometimos.

Así terminó esa conversación, y los salvajes se retiraron. Pero se supo luego que no volvieron a sus casas, y que vivían afuera en el bosque en miserables chozas, porque tenían ser atacados por el partido del capitán Ramón.

¡Pobres salvajes! viven en continuos temores y angustias, sin gozar de un momento de paz ni de día ni de noche, y sin embargo, no quieren convencerse que deberían dejar esa vida de amarguras y abrazar definitivamente la paz evangélica.

El demonio de la venganza y del vicio los tiene miserablemente esclavizados.

Sin embargo, parece que van comprendiendo las inmensas ventajas que la vida civilizada y cristiana tiene, con respecto a la del salvaje. El mismo capitán Ramón y un hermano suyo, llamado Nuñinga, resolvieron ir a vivir entre cristianos y nos pidieron un pedazo de terreno para construir una casa. El hijo de Ramón, con dos o tres chicos Jívaros, se presentó personalmente, y todos pidieron que les cortáramos la larga melena, porque "querían vivir siempre con los Misioneros"...

#### *Las tumbas de los Jívaros y la primera sepultura eclesiástica*

Este acercamiento de los Jívaros de Ramón a nosotros, había comenzado tiempo atrás, cuando don Mattana, por sus ruegos, había decidido sepultar cristianamente los huesos de un capitán de ellos, bautizado.

Un día se presentó uno de los Jívaros más influyentes de Gualaquiza, y nos preguntó por qué no íbamos a recoger los huesos de un hermano suyo, muerto cinco años antes, para sepultarlo en el Cementerio,

porque unas horas antes de morir había sido bautizado por un cristiano que en aquel entonces se encontraba por allá. Esta propuesta nos pareció extraordinaria en cierta forma, porque los Jívaros no quieren absolutamente entregar a los cristianos los cuerpos de sus muertos. No nos hicimos rogar y prometimos ir pronto a recogerlos. El día siguiente, en efecto, yo mismo me fui temprano al lugar donde vivía el Jívoro, para que me indicara el sitio donde su hermano estaba enterrado.

Los Jívaros no acostumbran poner a sus muertos bajo tierra, y los entierran en cambio en una hermosa choza cuadrada, construida ordinariamente en una esquina de la huerta que rodea su casa. Esta choza, que mide dos metros de lado y uno y medio de alto, está formada con una espesa y fuerte estacada de chontilla vacía cubierta de anchas hojas duraderas. Al interior de este cuartito, en la mitad, colocan el cadáver, sentado sobre un escabel con respaldo, con los pies y las manos cruzadas, vestido con la mejor ropa que tenía en vida, y adornado con todos los adornos que poseía. Rodean luego el cadáver, con otra palizada circular tan estrecha, que no puede caerse del escabel. Esta segunda palizada es todavía más tupida que la anterior y está tapada, interior y exteriormente, por hojas anchas que cierran la entrada hasta a las ratas. Como tapa de la segunda palizada, que se eleva y termina casi en forma de tubo, ponen encima una especie de disco de madera muy maciza, y encima colocan una gruesa piedra. En la parte vacía que queda entre la primera y la segunda serie de estacas, ponen mucha yuca, plátano, carne etc., y cuelgan en las paredes varias ollas de barro llenas de chicha y otros licores narcóticos, convencidos de que esto puede ayudar al muerto.

El indio, en efecto, me llevó a una de estas sepulturas. Con un arma cortante rompí la primera palizada, y encontré colgadas bastantes ollas de chicha. Abrí luego la segunda, y encontré los huesos del capitán Huambachi, dispuestos como lo describí, y con algunos trapos, restos de vestidos. Un enjambre inmenso de hormigas que recorrían el cuerpo, de la cabeza a los pies, habían contribuido a la destrucción de aquel cuerpo, y morfan horriblemente. Con mucho cuidado recogí los huesos en un costal y los llevé a la iglesia de la misión. Y el buen don Mattana, después de cerciorarse bien sobre la muerte cristiana del difunto capitán, el día siguiente quiso celebrar solemnes funerales en sufragio de su alma. Muchos

Jívaros participaron en tal ceremonia, y con el lujo que nos permitió nuestra pobreza, llevamos en procesión esos restos mortales al cementerio.

Esta fue la primera sepultura eclesiástica solemne que se hizo con los salvajes de Gualaquiza: este acontecimiento marcó una importante etapa en el camino de la confianza que los Jívaros del Capitán Ramón tenían con nosotros. A partir de entonces, nos visitaron con más frecuencia y nos entregaron a varios de sus chicos para que los educáramos y cristianizáramos.

De este primer hecho, y de la paz lograda después de la guerra mencionada, comenzábamos a sentir aduladores sentimientos de esperanza en cuanto a la penetración de la civilización de estos pobres salvajes. Pero de pronto se esparció la noticia de que había aparecido la viruela, enfermedad tan justamente temida por los Jívaros, porque no saben y por tanto no pueden curarla, y dejan por tanto casi siempre morir a los que la contraen. El primer atacado por esta enfermedad fue un propietario (entablador). Bastó este triste suceso para que casi todos los Jívaros, disgustados con unos blancos, se alejaran de nosotros. Si este tremendo flagelo se difundiera, la Misión quedaría desierta, ¡quién sabe por cuánto tiempo!

Estas no fueron las únicas desgracias acaecidas a nuestra Misión al final del año pasado. Nuestro Señor Dios quiso ponernos a prueba con el incendio de la casa de la Misión, del cual ya hemos hablado.

¡Nuestra posición no podía ser más dolorosa! Sin techo, sin alimentos, sin ningún socorro, en medio de salvajes en guerra entre sí, no tuvimos valor de abandonar el campo que la Providencia nos había ofrecido. El Sr. Guillermo Vega nos acogió en su casa y nos ayudó mucho. Esperemos que Dios y las personas caritativas nos permitan reconstruir una nueva casa, mejor que la anterior, y los laboratorios, para amparar nuevamente a tantos niños de la selva, que comienzan ya a saborear las dulzuras de la vida cristiana!

*Giacinto Pancheri*

## Noticias de Gualaquiza\*

Méndez 22 -04- 1894

El autor de este informe, consciente del bien inmenso que hace a las almas la publicación del Boletín de las Misiones Católicas, y de la santa y saludable voluntad de los Directores de tan apreciado Periódico de tener noticias de las Misiones de todo el mundo, se atreve a enviarles algunas noticias de las misiones entre los infieles, a ls cuales fue llamado a trabajar por gracia de Dios y de sus Superiores.

Esta modesta narración contiene los primeros relatos que el autor se atreve a enviar a la Dirección del apreciado periódico anteriormente citado. Pero, si aun en su sencillez serán bien acogidos, sin duda no serán los últimos, ya que el terreno de trabajo que se nos confió es bastante amplio, y no podrá cultivarse tan pronto. Desgraciadamente deberemos trabajar años y años antes que se puedan recoger abundantes frutos. Si los cortes lectores de tales páginas tendrán aguante, yo los llevaré en pocos minutos a ver con los ojos del alma esta nuestra región inmensa, este viñedo que, una vez conocido, podrán ayudar a cultivarlo, y mucho, con sus plegarias y limosnas.

Sin tardanza, empiezo el relato. Un barco sumamente veloz de la compañía TRANSATLANTICA nos llevó al Istmo de Panamá. La locomotora parte velozmente: no nos detenemos a ver las obras del Canal.

---

\* Archivo central de los Salesianos, Roma. S.369.  
Informe enviado al Boletín de las Misiones Católicas de Lyon.

Ya estamos en Panamá, donde otro barco grande del Pacífico nos espera, y en un abrir y cerrar de ojos se nos lleva al golfo del Guayas. Qué espectáculo magnífico... A la derecha y a la izquierda se contemplan islas llenas de verdes palmeras, bananos, naranjos, limones y varios otros árboles de toda clase y tamaño: eso es capaz de producir un terreno fertilísimo de la zona ecuatorial. Al frente las aguas del golfo van perdiéndose al pie de un sistema de altísimas montañas, cuyas cumbres están cubiertas de nieve casi todo el año; las montañas a veces se cubren completamente de nieve a pesar de que estamos en el Ecuador! Bajamos del barco, que a pesar de ser muy veloz y bien firme, varias veces nos provoca dolor de cabeza y mareos. Unas robustas mulas nos esperan en el camino a las montañas. Cruzamos la calientísima llanura y emprendemos la empinadísima cuesta. El camino, por supuesto, no puede compararse con las anchas carreteras militares francesas, pero es transitable. Al lado del camino encontramos con frecuencia unas casitas muy humildes, que en Francia las llamarían pajares: sin embargo, allá viven unos seres racionales, que a pesar de no ataviarse con trajes a la moda parisiense, en su burda sencillez demuestran poseer un alma pura, acaso mucho más que los señoritos de nuestras civilizadas ciudades europeas. Llegamos ya las altas cumbres de los Andes: un viento helado penetra en cada fibra de nuestro cuerpo y nos da unos escalofríos semejantes a los que se sienten cruzando el Gran San Bernardo, cuando llega el otoño. El cielo está sereno, el espectáculo del conjunto, sumamente imponente: a ambos lados se elevan al cielo unas cumbres en aguja altísima, cubiertas de nieve a pesar de que nos encontramos entre la línea equinoccial y el grado 4 de latitud austral. Delante de nosotros, vemos una serie de valles más o menos amplios cubiertos en la parte superior por inmensos pastos recorridos por numerosas manadas de bueyes, caballos, ovejas etc.; en las parte baja se entrevén los mismos campos verdes con sus mieses y las cabañas, unos bosquezuelos, unas casas. Más allá, en una gran llanura rodeada de altos montes, se vislumbra una pequeña ciudad, que, a pesar de no tener la elegancia y grandiosidad de París u otra poblada ciudad francesa, sin embargo no es nada despreciable: hablo de la capital del Azuay, Cuenca. No podremos encontrar aquí los enormes monumentos de Roma ni las riquezas enormes de los grandiosos almacenes de Lión o Burdeos, sino solamente algunas contrucciones sencillas, bonitas, hechas casi completamente de adobe, que adoman a los largo las plazas y calles, que por otra

parte son muy regulares y casi todas en línea recta. Además, en vez de los numerosos y nefastos teatros de nuestras ciudades europeas, se encuentran, numerosas, las Iglesias donde se adora al Cristo con corazón sencillo y recto: en lugar de ver los descarados triunfos de la audaz Masonería se observa enseguida y con absoluta claridad que aquí reina el Corazón de Jesús, honrado y venerado por el indio más pobre así como por el más pudiente caballero, tanto en privado como el público. Es tanta y es tal la religiosidad y emoción para el Corazón de Jesús, que dominan en esta ciudad, que ya se está construyendo un templo para la adoración perpetua de este santísimo Misterio. Pero no es este el campo que quiero mostrar a mis lectores; este es un terreno y muy bien cultivado, donde se cosechan abundantísimos frutos. Sigamos un poco más hacia oriente: debemos cruzar otros bellos valles llenos de chozas rodeadas de pastos y campos color de oro por la mies madura. Subimos los montes de la Cordillera Real. El apuro que nos impulsa no nos impide detenernos a contemplar al menos los bosquecillos, las fuentes, los riachuelos limpidísimos que bajan de las montañas de peñascos, formando unas bellísimas cascadas. Ya llegamos al llamado páramo: estamos en los confines occidentales de la zona de trabajo que se nos asignó; estamos en el límite de nuestro Vicariato de Gualaquiza. Sería imperdonable dejar de contemplar el paisaje a nuestros pies: pero antes de nada, imitando a nuestro San Francisco de Sales en la puerta del Chablaís, saludamos al Ángel de la aldea, que está frente a nosotros. Le pedimos que interceda ante Dios para que llegue la hora de la auténtica conversión de miles de habitantes colocados bajo su protección. Terminada la plegaria, nos paramos para contemplar un poco a nuestro alrededor. Al sur sigue y sigue una corona de esbeltas y altas cimas que van en ese rumbo casi hasta el polo. Lo mismo, hacia el norte. En cambio, al oriente, las cadenas de los montes siguen por un largo trecho pero en escalones, bajando gradualmente y terminando muy, muy a lo lejos, allá donde la mirada ya no puede llegar, en las extensísimas llanuras amazónicas. Estos escalones son recorridos en infinitos rumbos por interminables ríos, torrentes, riachuelos que bajan rápidamente a los profundos valles, formando esos ríos inmensos que alimentan al río más grande del mundo, el Marañón. Pero en esa región tan extensa no se puede vislumbrar ni una lomita que no esté cubierta de tupida vegetación ecuatorial. Aquí también, árboles de toda clase: cedros muy distintos del libano, colosales y con más de 12 metros de circunferencia abajo, y

enormemente altos. Entre estos cedros, cubren el suelo innumerables árboles, arbolitos, matorrales, yerbas malas que forman un obstáculo casi infranqueable para cualquier viajero que deseara cruzar esa zona sin un camino ya trazado.

Esos inmensos bosques son habitados por aves de toda especie, que alegran esas soledades con sus melodiosos cantos. Pero se encuentran también algunos reptiles venenosos que con cierta frecuencia pueden poner en peligro incluso la vida del hombre, y algunas fieras que, especialmente por la noche, te asustan con sus ruidos.

Pero si yo siguiera describiendo las inmensas riquezas vegetales, animales y minerales de esta región, mi relato se alargaría mucho. Lo que nos importa son las almas salvadas con la Sangre Preciosísima de Jesucristo: "Da mihi anims, coetera tolle". (=denme las almas; quítenme todo lo demás).

En aquellas solitarias selvas, viven dispersos miles de seres humanos, creados, como nosotros, para el Paraíso. Sin embargo, son siglos que viven allá como las bestias que los rodean, desconociendo las verdades de nuestra Santa Fe y esclavos del más cruel demonio que habita los abismos infernales. ¿Y quienes son esos desdichados hijos de Adán? ¿De dónde llegaron? ¿Cómo se asentaron en aquellas regiones? A todas estas interrogantes que surgen espontáneos en esta ocasión, contestaré con pocas palabras. Pero antes invito a mi lector a que descanse un poco del largo viaje. Yo, para llegar de Italia empleé 50 días exactamente. Y ahora termina el camino transitable con mulas, y solamente un estrecho y resbaloso, sendero baja de esa empinada montaña por despeñaderos y barrancos espantoso, penetrando luego en esas asustadoras selvas, en medio de matas y espinas. Por eso aconsejo a mis pacientes lectores, que vuelvan a lugares menos terribles para escuchar las cosas tremendas que los misioneros vieron en esas desafortunadas aunque riquísimas regiones, y luego me ayuden a llevar al Cristo hacia esa parte de su grey que hasta ahora porfiadamente se le escapó.

Los Jívaros (así se llaman los infieles y feroces habitantes del Vicariato de la Misión oriental de esta República Ecuatoriana), provienen

con casi absoluta seguridad de Asia Meridional, llegando a estos parajes por el archipiélago del Océano Pacífico.

Su conformación antropológica difiere poco de los tipo medo-persa, pero la posición de sus ojos los hacen más semejantes a los chinos. Las ventanas de la nariz son un poco más anchas y aplastadas, pero mucho menos que en los negros; de igual manera, sus labios son un poco gruesos, pero no deformes. El color de la piel es un rojo cobrizo un poco amarillento; tienen poca o ninguna barba, y su pelo es siempre muy abundante y negro. La lengua tiende a ser ligeramente aglutinante, con muchas aspiraciones y sonidos ambiguos y nasales, pero es, en realidad, muy sonora y susceptible de tener declinaciones y conjugaciones. Parece que los Jívaros al comienzo se asentaron en la costa del Pacífico, pero se retiraron luego por la llegada de otras poblaciones, refugiándose en las montañas y luego en las selvas orientales. Sus costumbres eran horribles y feroces. Pero a mediados del siglo XVI, la llegada de misioneros católicos que vinieron con los primeros conquistadores españoles, logró convertir a muchos. Pero la sed insaciable de oro de los dominantes políticos de aquellos tiempos arruinó por completo esa floreciente misión. Los Jívaros, que adoran la libertad, viéndose en realidad convertidos en esclavos de los españoles, se reunieron, y eran más de 30.000, y se rebelaron contra sus opresores destruyendo con fuego y armas todos los establecimientos europeos que se encontraban en aquella zona. Mataron a todos los hombres blancos que encontraron en esa horrible degollina. Se cuenta que respetaron solamente a las mujeres y niños.

Este terrible acontecimiento histórico sucedía en el año 1559 después de Cristo.

Después de esa época, ningún europeo pudo penetrar ya, sin arriesgar su vida, entre aquellas feroces tribus hasta la mitad del siglo pasado. Fue entonces cuando los Jesuitas, a costa de la vida de algunos de sus valientes elementos, pudieron penetrar nuevamente entre ellos. Pero muy pronto la masonería intentó impedir los pasos de esos santos campeones de Cristo, suscitando la conocida persecución de los Jesuitas en Nueva Granada y países limítrofes. Esta fue la causa de la eliminación de los nombrados santos religiosos de todos los territorios sometidos al rey de

España: ese rey que en esa ocasión, en vez de cristianísimo, podría denominarse ítere de la Masonería.

Después de entonces, casi ningún misionero penetró nuevamente entre los Jívaros. Solamente en estos últimos años, unos pocos Jesuítas y unos Dominicos penetraron ocasionalmente (1), pero solo por poco tiempo, casi de paso. Hace dos años la Santa Sede confió la conversación de los Jívaros del Vicariato de Gualaquiza a los Salesianos de Don Bosco, y en octubre del año pasado hubo la primera entrada.

Cuán feroces son las costumbres de esos salvajes, cuán grande su perversidad obstinada contra la evangelización, a pesar de tantos intentos de civilización, vamos a demostrarlo con el relato de nuestras excursiones.

Partimos de Cuenca el 12 de Octubre del año pasado; no éramos más que dos religiosos de la congregación de S. Francisco de Sales, un sacerdote y un laico, y luego de cuatro días de trabajoso viaje llegamos a Gualaquiza, una pequeña población de Jívaros, quienes tienen sus casas desparramadas en el inmenso valle del homónimo pequeño río, poco lejos del Bomboiza. En ese mismo lugar llegaron, muchos años atrás, algunos colonos blancos atraídos por la gran fertilidad del suelo y el clima caliente pero no malsano: allá se asentaron varias haciendas donde se cultiva caña de azúcar, café y otras plantaciones propias de los países ecuatoriales cálidos. Estos pobres colonos, a pesar de las riquezas naturales, se encontraban desde ya algunos años totalmente privados de cualquier asistencia religiosa, y si se hubiese esperado más en establecer la misión, acaso hubieran perdido toda idea de religión. Los Jívaros de las cercanías, que tienen un vivo deseo de poseer los productos de la industria de los blancos, los respetaron bastante, aunque, dentro de su carácter evidentemente traidor, no dejaron varias veces de mostrarse tales cuales son en realidad. Una noche un Jívoro con su hijo y otro pariente llegó a la hacienda de un señor de Cuenca; fingiendo ser su amigo pidió al mayordomo hospedaje para esa noche. Fue aceptado y cuando todos estaban sumergidos en un sueño profundo, se levantó, se acercó cautelosamente a la cama del mayordomo, y con un golpe de lanza en el corazón lo dejó muerto, luego ayudado por sus dos compañeros, en un instante mató a otros 26 obreros blancos que habían ido allá para trabajar en dicha

hacienda. Hace ocho años, otro Jívvaro mató en minutos a otro mayordomo de otra hacienda, con la esposa y 14 obreros. Ellos también fueron matados a traición, y por la noche. El instinto belicoso y sanguinario está tan arraigado en los Jívaros, que se calcula que entre los adultos es mayor el número de individuos que mueren de muerte violenta que los mueren de muerte natural. Entre ellos la venganza es sagrada, y muy a menudo los padres recuerdan a sus hijos la obligación de vengar la muerte o las ofensas recibidas de Fulano o Zutano, su antepasado o pariente. De aquí surgen tradiciones, matanzas y venganzas que duran años y años, de generación en generación, de esta manera ellos se matan mutuamente, y a pesar de vivir en sitios sumamente saludables y de desconocer casi por completo las enfermedades, siguen disminuyendo de número.

A nuestra llegada a Gualaquiza, fueron a nuestro encuentro los cristianos de esa población, en fiesta y alegres por nuestra llegada entre ellos. Pero se unieron también, voluntariamente, algunos Jívaros, que apenas nos entrevieron, se nos acercaron, bien rectos, con sus lanzas en las manos, vestidos de fiesta. Altivamente nos dieron la mano y averiguaron cómo estábamos y cuál era el objeto de nuestra llegada allá. Era la primera vez que veíamos a esos salvajes y por tanto ellos nos llamaron la atención enseguida. Hablé anteriormente de la configuración general de su cuerpo; aquí tengo que agregar solamnete algo sobre sus estatura y vestuario. Respecto de la estatura, observé que en general son de un tamaño mediano, más bien pequeños, especialmente las mujeres, pero todos son robustos y musculosos. Hasta la fecha nunca pude ver a alguno con defectos corporales. En cuanto a su vestimenta, es sumamente sencilla: los hombres llevan un pedazo de tela de algodón colorado con rayas amarillo-rojizas, denominado *itipi*.

Lo envuelven alrededor de las caderas hasta la rodilla. No llevan nada más. El pecho los brazos, las mejillas, los pies siempre están desnudos. Además, acostumbran tinturarse las manos y los dientes y en ocasiones los brazos y el cuello de negro. Pero cuando están de fiesta se pintan la cara de tiras rojas y el pecho con tiras negras, formando unos adornos en greca y otras figuras extrañas. Además, acostumbran perforarse las orejas haciendo un hoyo tan grande que puede contener un trozo de caña del diámetro de un centímetro y medio y largo más de un palmo:

allá llevan las agujas que les regalan. Llevan siempre en el cuello un collar o más, de dientes de mono enhebrados. Si están de fiesta llevan también un buen número de collares de falso granate o de pepas, parecidos a nuestros rosarios, y cuelgan en ellos casi siempre unos pajarillos disecados de plumaje bellísimo. Su cabellera siempre está bien peinada; envuelven la parte de a lado entorno a la cabeza y unen la parte posterior al cordón por medio de una piola, que parece la cola de los chinos: pero los Jívaros cuelgan allá un buen número de colas de ave de mil colores. Cuando están con su traje típico llevan una especie de corona entrelazada con plumas de ave y piel de mono. Con todos estos adornos tienen un aspecto extraño pero no del todo desagradable, que quita la siniestra impresión de su desnudez. Las mujeres se visten más modestamente, y con ellas tampoco las modistas de París hicieran grandes negocios. Llevan una especie de camisa o camisón del cuello a los pies. Usan ellas también unos aretes en las orejas, pero no con caña, como los varones, sino aretes a la europea si pueden, o élitros duros de un gran coleóptero resplandeciente, muy común en Gualaquiza y alrededores. Los chicos, incluso crecitos, van desnudos como Adán.

A las preguntas y primeros saludos de los Jívaros contestamos que el jefe de todos los cristianos nos ordenara llegar a ellos para enseñarles el conocimiento del verdadero Dios, para enseñarles la forma de vivir bien, y después de la muerte ir a la felicidad en el cielo con "Taita Dios". Agregamos que no llevábamos ninguna intención de injerencia: que en este aspecto podían quedarse tanquitos ya que nuestra principal tarea era ocuparnos de sus hijos, enseñándoles varias cosas además de la religión: la música, la lectura, la escritura y algún oficio, como fabricar cuchillos y tijeras, cosas que ellos desean ardientemente. Su respuesta fue: si ustedes no traen ninguna enfermedad y si hacen como dicen que harán, vendremos a escucharles, les respetaremos y les daremos yuca y plátano (banano) para su alimentación. Pero en este momento, ¿no nos traen nada? Contestamos que pronto llegarían varios baúles donde teníamos objetos que podríamos regalarles: camisas, pañuelos, hilos, agujas, tela roja, espejitos etc. Les dijimos que regresaran en pocos días y les daríamos todas esas cosas. No hicieron oídos sordos a nuestro aviso: unos días después se presentaron todos, uno tras otro, para que les regaláramos muchas cosas. Ellos, por su

parte, fueron de palabra y nos trajeron las cosas necesarias para nuestro sustento.

Después de unos pocos días de descanso, fuimos a visitarles en sus casas desparramadas en las selvas circunstantes. Allá pudimos observar de cerca sus costumbres que, como era de esperarse, nos parecieron bastante desmoralizadoras. Empecemos con la descripción somera de sus casas. Se llega a ellas por un sendero a menudo impedido por matas y espinos, cubierto de viejos árboles que no dejan ver a un paso de distancia, y siempre cubiertos de tupida hojarasca, de manera que se forma una verde galería. A menudo se encuentran grandes troncos de árboles caídos que cruzan el camino, y para seguir viaje hay que pasar por encima o por debajo, arrastrándose en el suelo en las cuatro extremidades. Alrededor de la casa se encuentra siempre un terreno grandecito, en el cual los árboles fueron tumbados y el suelo cultivado con yuca, plátano, hortalizas etc. Llegando cerca de la casa se siente un gran bullicio de perros que, ladrando furiosamente, anuncian la llegada del forastero. El dueño de la casa se presenta a la puerta para ver al recién llegado, y si es amigo, lo hace entrar y lo invita a sentarse en un taburete de madera maciza. Si el nuevo huésped es un blanco (ellos lo denominan apachi) enseguida le pregunta quién es, de dónde viene, si trae enfermedades, qué busca, y le hace muchas más preguntas inútiles pero, muy importantes para él. Luego llama a la esposa y le ordena que lleve allá la chicha de siempre, y si el recién llegado la toma enseguida empieza a participar en la confianza del dueño del casa y en su familia. En caso contrario, es más difícil hacerse amigo de ellos. Terminada la chicha, llevan yuca y plátano, y si tienen carne, también llevan un trozo, que lo ponen sobre un hoja de banabo tendida en el suelo. Después de estas primeras formalidades, conviene darles los regalitos que siempre se les da: entre lo Jívaros no se puede nunca ir con las manos vacías, ya que de otra manera no se puede lograr nada, ni para el alma ni para el cuerpo.

En esta distribución de regalos están todos: hombres, mujeres, niños, y no se contentan hasata ver la maleta vacía. Después, se puede estar por fin un poco en paz y observar su casa.

Los Jívaros no aman en absoluto vivir en sociedad con muchas casas unidas, sino muy alejadas una de otra. Una vez escogido el terreno adecuado para fabricar la casa, cortan los árboles que se encuentran allá, y cuando están un poco secos los queman, para librarse de los troncos. Aplanan el piso de la nueva casa y lo golpean para hacerlo consistente. Lo rodean de una palizada alta de tres a cinco metros, de forma ovalada, cuyos vértices en muchos casos se encuentran alejados uno de otro veinte y más metros.

El ancho de la casa está en proporción con el largo del techo. En los focos del óvalo plantan dos arbustos de palma que sostenienen unos travesanos, y en estos y la palizada se arrima el techo con las hojas de cierta clase de caña muy, común en esos lugares, pero tan bien trenzada y tan simétricamente dispuesta, que el resultado es elegante. Los palos de las paredes alrededor están un poco alejados uno de otro, para que puedan entrar luz y aire, sin necesidad de ventanas. En los vértices de dicha elipse se abren puertas: una para que entren los varones, la otra para las mujeres. Aunque en el interior no existe ninguna separación entre los dos sexos, la mitad de la superficie está destinada a los hombres y la otra mitad a las mujeres. Los varones en su parte de la casa tienen unos pocos muebles: un canasto donde ponen el *itipi*, con otros trapitos obtenidos de los blancos, unos espejitos, cuchillos agujas etc. Además hay una canastita de algodón con algunos husos para hilar, una mochila de caña para las flechas envenenadas y la bodoquera (cerbatana), amén de la infaltable lanza. Alrededor de las paredes, en posición simétrica, están sus camas, que deben servir de silla, taburete, mesa, sofá etc.: son cuatro pedazos de palo altos unos palmos, sobre los cuales se coloca una especie de estera de gruesas cañas vacías, que forman casi una mesa hacia el centro de la casa, de largo y ancho adecuado para que un hombre pueda recostarse, pero con los pies colgados. Delante de dicha cama siempre arde, de noche y de día, un pequeño fuego, sobre el cual está un palo oblicuo: allá la persona recostada arrima los pies, que ellos siempre cuidan que estén secos al menos en la casa. No usan sábanas ni mantas ni almohada; se acuestan tal como están, teniendo la cabeza entre sus manos. Los catres de las mujeres son más o menos iguales, pero rodeados por una palizada de la altura de un hombre, que forma una especie de celdita, donde ellas duermen con

los niños pequeños y las muchachas. Cerca de las patas de la cama siempre hay un buen número de perros, amarrados, que ellos cuidan y alimentan.

En la sección de las mujeres se encuentran siempre numerosas ollas de barro para la cocina y la chicha, uns palanganas, calabazas vacías etc.

Normalmente son ellas las que tienen el telar para tejer los pocos vestidos necesarios para la familia. En las casas jívaras se ven también ciertos grandes discos de madera liviana: son los escudos para defensa en caso de guerra. Además hay el "tunduli" que es un tronco de árbol vaciado internamente con varios huecos: es una burda caja de resonancia que, golpeada según las circunstancias, produce un sonido bajo pero muy fuerte, tal que se puede oírlo de otras casas muy distantes.

Su arma de defensa y ofensa es la lanza, que se entrenan a manejarla muy bien. Usan también la cerbatana, consistente en un tubo de madera dura, de dos metros de largo e incluso dos y medio o más: tiene un hoyo estrecho y perfectamente regular, en el cual se coloca la delgada flecha de madera dura con la punta envenenada y armada detrás con una envoltura de "seibo", una especie de algodón delgadísimo. Con un soplo saben lanzarla hacia el objeto a atrapar, que por efecto del veneno, que no es más que un narcótico, pero muy fuerte, cae al suelo desfallecido. Si se trata de un animal grueso, se levantaría rápido. Pero el cazador aprovecha esos momentos para herirlo con la lanza.

Es muy raro encontrar en una casa jívara una única familia. Normalmente son dos, e incluso pueden ser tres o más. Entre los Jívaros sigue usándose la poligamia, pero muchos tienen una sola esposa. A pesar de ser salvajes, y por tanto bastante inmorales, observan escrupulosamente la fidelidad conyugal. Esta es la razón de esa absoluta separación que mencionamos anteriormente, entre los dos sexos, y la costumbre de nunca ir las mujeres en la sección de los varones, salvo cuando las llaman para llevarles comida o bebida. Pero no se observa ese rigor celoso que acostumbran tener los musulmanes. Sin embargo, entre los Jívaros también la mujer es casi una esclava. Es su tarea no solamente cuidar de los niños, sino de la huerta que da el necesario alimento: la cocina, la preparación de la chicha, la limpieza de la casa, el cuidado de los cerdos y perros, tejer,

hilar, etc. Los hombres se ocupan solamente de fabricar la casa si aún no la tienen, hilar un poco de algodón, cortar los árboles para preparar la huerta, de la caza y la defensa personal cuando hace falta. No hacen nada más. Pasan horas y horas recostados en sus catres sin hacer nada. Gastan gran parte del tiempo también en visitarse mutuamente y contarse sus cosas y las de los demás, y en tales narraciones así como en los saludos y despedidas, hablan con un énfasis, con palabras tan bien marcadas y fuertes, que uno, antes de conocerlos, puede pensar que están animadamente peleando: parecen obsesos. Su carácter es soberbio, más allá de lo imaginable, y desprecian a los demás: viendo que no pueden competir con los blancos en las industrias, se consideran superiores a cualquiera en el valor bélico. Pero el enorme temor que tienen a la muerte los acobarda tanto, que si no se ven obligados por absoluta necesidad, nunca se atreven a pelear frente a frente y lo hacen siempre a traición. El espíritu de libertad absoluta está tan arraigado en los Jívaros, que hasta la fecha ningún monarca ni gobierno pudo nunca someterlos. En los centros principales de población ellos mismos eligen a uno de los notables y lo denominan capitán. Pero tal capitán no tiene más que el título, ya que sabe que ni siquiera de sus propios hijos puede hacerse obedecer: los hijos cuando llegan a los 12 años, están ya completamente independientes de cualquier autoridad paterna o materna. En caso de peligro el "capitán" tiene solamente el honor de convocar a los Jívaros de las cercanías y tener en su casa la deliberación sobre lo que conviene hacer; luego, en compañía de los otros, se va a guerrear si hace falta.

El indomable orgullo y la ociosidad de los Jívaros son los obstáculos principales, y yo diría los únicos, para su evangelización. De allá viene el origen de su desenfrenado egoísmo, de allá las venganzas y la indiferencia más fría respecto de la fe: al punto que varios viajeros, que pudieron acercarse a ellos, los consideraron totalmente sin religión. Pero este juicio no me parece exacto. Es un hecho que ellos no tienen una religión constituida con templos y sacrificios, como la tenían sus antepasados, quienes según lo dicen los historiadores, adoraban en chozas especiales destinadas a tal uso, un ídolo de macho cabrío negro, para el cual siempre quemaban incienso y con frecuencia sacrificaban víctimas humanas, conservando empero la piel de la cabeza y del busto, que llenaban de paja y ceniza y conservaban en el templo como horribles

momias. Ahora ya no tienen ni templos ni sacrificios propiamente dichos, pero se conservó un claro recuerdo del uso de esas momias, en las llamadas *Shanzas*, de las cuales pienso hablar más adelante.

Entretando, puedo decir que pude convencerme de que tienen una vaga idea de un ser supremo que vive en el cielo. Pero tienen ideas burdas sobre sus atributos, ideas torcidas y muy discordes. Saben también que el hombre tiene un alma inmortal, cuyos destinos según ellos son muy extraños; algunos admiten la metempsicosis. Y todos creen en un espíritu maligno, llamado *Iguanchi*, del cual según ellos proviene todo el mal, pero a veces dicen que él les lleva algún bien, y por tanto lo invocan a menudo, y aseguran que muchas veces llega en su ayuda en los peligros y los salva de muchas enfermedades. Los misioneros de las tribus del Morona aseguran haber presenciado unos casos en que pudieron ver cosas prodigiosas actuadas por este genio maléfico. ¿Y sería acaso de asombrarse que el Señor, por su obstinada maldad en el rechazo del Evangelio, los hubiese abandonado en manos de ese perdido dragón infernal que desde ahace siglos es su absoluto tirano ?

De lo que pude cerciorarme y ver con mis propios ojos es que todos los Jívaros, incluso los de Gualaquiza cuando deben emprender alguna acción importante, salen a la montaña en un lugar especialmente preparado debajo de un "rancho" (techumbre de hojas): allí recitan y cantan primeramente alguna extraña plegaria de invocación al *Iguanchi*, para que vaya a iluminarlos, luego toman el llamado *natema*, una especie de poderoso narcótico que los sumerge en un sueño letárgico profundo del cual despiertan solamente en dos o tres días. En este sueño o visión, como ellos la definen, dicen que aparece siempre el *Iguanchi* para enseñarles cómo deben conducirse en tal circunstancia o tal otra; cuando vuelven en sí, actúan escrupulosamente según lo revelado en la visión. Los delitos horribles que continuamente se cometen entre los Jívaros muestran claramente que, de una u otra manera, el espíritu maligno, y no otros, puede sugerirles tales atrocidades. Dicen que cuando ese amo cruel quiere inducirlos a desistir de alguna empresa, les aparece en forma horrible, con cuernos etc..Y en cambio cuando quiere excitarlos a realizar algún acto terrible por supuesto les aparece con formas humanas bonitas, hasta en forma de misionero, vestido como tal. De estas supersticiones o

divinaciones, se queremos llamarlas así, derivó sin duda la creencia general entre los Jívaros, de que comer carne de animales con cuernos provoca enfermedad o muerte en ellos, o, sin duda, en sus hijos. Ningún Jíváro se arriesga a comer carne de venado o gamo, abundantes ambos en aquellas selvas, y cuando van a visitar a algún cristiano aceptan cualquier cosa de comer, menos carne, porque temen contaminarse con la carne de buey, cabra u oveja. Un día en que viajando atravesaba una selva guiado por algunos Jívaros, atrapé con el fusil un gran loro de la especie de *Ramphastos*, con el cual mi compañero de viaje (un cristiano) supo preparar un caldo excelente. Como es costumbre muy generalizada entre los Jívaros invitar a los presentes a compartir la comida, cuando se la tiene, yo ofrecí al jefe un trozo de carne de esa ave, pero, con sorpresa mía la rechazó casi indignado diciendo: "Tengo dos hijos a quienes quiero demasiado para que se me mueran tan pronto..." De esto comprendí que entre las carnes que ellos se autoprohíben hay también algunas aves, y especialmente la especie de loro que nombré; será acaso porque ese loro tiene un pico desproporcionado, muy largo; una figura lóbrega y extraña, con colores luctuosos como el negro, el amarillo y el rojo. Cuando alguien se enferma, nunca lo atribuyen a efecto natural, y culpan de inmediato a algún enemigo que de alguna manera pudo "brujearlo". Por tanto se dedican enseguida a pensar en quién puede ser ese enemigo; si no lo logran, van a la montaña para tener la acostumbrada visión del *Iguanchi* quien les sugiere tal o tal otro individuo. De ahí surgen odios y venganzas que nunca mueren. Si la enfermedad continúa, llaman al brujo quien, si ve que es conveniente, se dedica a hacer sus tratameintos al paciente: una serie de engaños. Dicho médico lleva a cabo sus operaciones casi siempre por la noche. Empieza cantando frases inexplicables, con la entonación más extraña que se pueda imaginar. Luego pega su boca a la nuca del paciente o en la parte que duele, y con toda la fuerza de sus robustos pulmones se dedica a chupar por horas y horas, y de cuando en cuando escupe con fuerza. Hasta aquí, no hay nada extraordinario. Lo extraordinario es que muchas veces los enfermos se curan; así mismo, es sumamente curioso algo que yo pude ver personalmente: que extraen de la nuca totalmente sana, sin ninguna herida, un buen número de gusanos<sup>1</sup>. Y cuando muere

---

1 Estos autodenominados médicos son unos astutos que preparan de antemano todas esa porquería que fingen sacar de cuerpo del paciente: gusanos, clavos, sapos etc

un adulto entre ellos, lo entieran en la misma casa , colocan gran cantidad de alimento y bebidas encima de la sepultura y demuestran su dolor rompiendo ollas y palaganas y todo lo que se encuentra en la casa, que abandonan para siempre, huyendo del lugar para buscar otro. Pero mi relato sería muy largo si quisiera enumerar y describir todas las costumbres extrañas y crueles de esos pueblos, considerados ateos, pero que están, en realidad, repletos de supersticiones y divinaciones. Sin embargo, no puedo dejar de mencionar una costumbre horrible, pero desgraciadamente muy vigente incluso ahora, a la cual puede llegar el hombre que vive bajo la tiranía del demonio: la de hacer *Shanza*.

Uno de los primeros días después de nuestra llegada a Gualaquiza, fui a visitar a una familia jívara que vivía en la orilla derecha del río Bomboiza en la parte mediana de su curso, y entre otros objetos, vi algo colgado de un palo, que atrajo mi atención. Era como una cabecita del tamaño de un puño, ennegrecida casi como una momia, pero que conservaba la fisonomía y todos los rasgos humanos. No era una calavera, sino solamente la piel de la cabeza de un Jívaro, muy reducida en volumen, pero muy bien conservada: cabellera espesa y negra amarrada como cola atrás, oreja perforada con su trocito de madera en los hoyos, ojerías semi abiertas, pero sin ojos, porque estos, por supuesto, no se conservan. Los labios estaban herméticamente cerrados por medio de cuatro trocitos de madera usados como clavos, de parte a parte; en ellos estaban colgados unos pedacitos de piola. En pocas palabras, era una *Shanza*. Pregunté enseguida al dueño de casa y se me contestó de inmediato que era de un Fulano de Méndez. Llegó enseguida el propietario que me contó, contento como si me contara un acto de heroísmo, que era suya, que la había hecho con la cabeza de un amigo que matara a su hermano, y que por tanto él, como valiente Jívaro, había sabido vengarlo y hacer con esa cabeza *shanza*.

Cuando un Jívaro puede lograr matar a un enemigo suyo y hacer una *shanza* con su cabeza, se considera ya feliz para siempre. Por tanto, para llevar a cabo tan horrible y arriesgada empresa, emprende incluso larguísimos viajes, y cuando llega a su destino queda, a veces por meses, al asecho, esperando la oportunidad de matar a la víctima designada. La mata, le saca enseguida la cabeza, saca de ésta la piel que coloca de inme-

diato en una olla de barro, preparada adrede, para hacerla hervir en agua con algunas yerbas aromáticas que él conoce; luego la seca perfectamente y calienta una pequeña piedra redondeada y la acerca a la piel, que con ese calor moderado se encoge mucho; repite tal operación hasta que la piel toma el tamaño pequeñísimo que él desea. La cabeza reducida de esta manera, se llama *shanza*, y él la apreciaba mucho, especialmente por el honor de celebrar la fiesta de dedicación si se puede llamar así esa horrible orgía que describo a continuación.

El matador que quiere celebrar dicha fiesta, se prepara por meses e incluso por años, a veces, antes de celebrarla. La preparación consiste primeramente en un largo y riguroso ayuno, durante el cual el protagonista no come más que unos pocos vegetales, abandonando completamente el uso de la carne y cualquier bebida alcohólica, y bebe solo agua. Entretanto prepara todos los objetos que puede para adornar su casa, y una semana antes, con sus parientes, procura abastecerse de mucha carne, es decir de caza y animales domésticos, que para los Jívaros son cerdos y aves, es decir gallinas y pavos. Se abastece también de mucho pescado, de frutas de la huerta: yuca, plátano, chonta etc, y prepara muchas ollas de chicha de distintas clases. Cuando todo está listo, invita a todos los Jívaros de la vecindad, incluso al que debe actuar como sacerdote, a su fiesta. Este llega ataviado para la fiesta (como todos los demás) y se sienta en medio de la casa. Luego entra el matador, con su lanza asesina en la mano, y la *shanza* en la otra mano. El sacerdote le quita la *tshanza*, la coloca en una gran olla llena de agua de tabaco, luego en una llena de chicha, y al final la lava con agua pura. Luego el matador se sienta sobre el taburete con la boca abierta, hacia arriba, y el sacerdote se la llena con las mismas aguas con que bañó la *shanza*, es decir el agua de tabaco, hasta que sale de las ventanas de la nariz. Repite la operación con chicha, y luego el matador se lava bien con agua pura. Con esta ceremonia se cree limpiado de toda la culpa eventual contraída, con el asesinato de su rival. Así que él coge la *shanza*, la cuelga de la columna principal de la casa, la adorna con flores, pajarillos disecados y otras bambalinas adecuadas para formar casi un altar. Todos se colocan alrededor, en actitud casi de veneración. El sacerdote pronuncia un discurso, que es una especie de panegírico del matador, diciendo que es un Jívoro valiente que sabe vengar las ofensas etc. etc., luego viene otro discurso lleno de desprecio por el individuo a quien pertenecía la cabeza.

Se va formando entonces una especie de procesión, saliendo de una puerta y entrando por otra, y arrodillándose delante de la *shanza*.

Una vez realizadas unas cuantas vueltas, se declara terminada la función religiosa y la gente comienza a comer y beber hasta reventar, y a bailar por cinco días sin interrupción. El protagonista, desde aquel día, agarra su *shanza* y no la deja nunca, llevándola a todas partes. Los parientes del asesinado, que muy pronto se enteran de todo, estudian, por supuesto, la forma de vengarse a su vez, y de ahí viene la interminable serie de crímenes.

En estos últimos tiempos las *shanza* son muy buscadas por nuestros tan ensalzados filántropos europeos, quienes por medio de sus sicarios, los masones de Guayaquil, las buscan, pagándolas un precio muy alto: incluso 100 escudos cada una.

Pero los Jívaros desconocen, o conocen muy poco, el dinero, y por una *shanza* reciben un fusil de los del antiguo régimen, que acaso valga unos diez. Los misioneros protestan contra tan infame comercio, que favorece el crimen, y la Iglesia de esta República, de acuerdo con el Estado, emanó una ley contra tales comerciantes, amenazando excomulgar los que la violan, que se castigarían también con gravísimas penas legales. Pero cuando se trata de ejecutar tales órdenes, los obstáculos son tales y tantos que sería pertinente lamentar, con nuestro poeta: ¿pero, quién se ocupa de hacer cumplir las leyes?.

Y así el infame comercio continúa como antes e incluso, según parece, aumenta. Y nuestros modernos reformadores de pueblos, los filántropos, no hacen más que hechar a gritos la culpa a los misioneros, porque intentan con todas sus fuerzas corregir tanto mal.

Y para ellos, los curas, frailes y misioneros siempre son los anticuados, los obscurantistas enemigos del progreso... Lindo progreso el que favorece la ferocidad de esos desgraciados, para que se maten mutuamente! Pero el mundo es mundo.

Respecto de las costumbres y religiosidad de estos salvajes tengo que agregar a este punto que los adultos de Gualaquiza y alrededores, han sido en gran parte bautizados.

Para complacer a un misionero llegado allá, hace algunos lustros y para tener algunos regalitos, se hicieron bautizar después de una breve instrucción. Pero cuando volvieron a sus casas vivieron como antes; faltándoles por años y años cualquier apoyo religioso, se olvidaron pronto de cualquier cosa religiosa; cuando nosotros llegamos, ninguno de aquellos bautizados sabía persignarse.

Por este motivo y muchas otras buenas razones, nos pudimos convencer con la evidencia, que una predicación a los adultos de allá, sería como sermonear en el desierto. Después de un mes de excursión volvimos a la Sierra a dar cuenta a nuestros Superiores de esa exploración nuestra entre los Jívaros. Unos meses más tarde volvimos con el personal necesario para fundar en Gualaquiza una Casa salesiana, con intención de abastecerla con todo lo necesario: música, canto, talleres, escuelas, etc., Es decir todo lo que puede atraer a los jóvenes hacia nosotros para poder así instruirlos, educarlos; en una palabra, formar una nueva generación cristiana y civilizada. Así su evangelización será más larga pero sin duda más segura. Actualmente varios obreros están trabajando para edificar la casa y la Iglesia.

Pero los medios pecuniarios escasean, y están reducidos a pocas decenas de escudos; y luego ¿cómo se podrá seguir trabajando en las obras? Claro que la Providencia de Dios es infinita; pero El en su bondad se sirve de otros hombres para conseguir sus proyectos más grandiosos, para dar a cada cual el premio de sus buenas obras. Así para la fundación de nuestra Iglesia y casa de Gualaquiza yo espero que Dios se servirá en gran parte de algún asociado o lector del Boletín de la Misiones de Lyon. ¿Se nos decepcionará? No, sin duda. Sé por experiencia de muchos años, en que me encuentro con los hijos de Don Bosco, que los franceses son demasiado generosos para defraudar mi esperanza. Y en pocos meses desde hoy, nos veremos libres de las necesidades y la escasez en que nos encontramos ahora, por los trabajos de la fábrica y por los jóvenes que ya piden insistentemente que les demos el pan corporal y espiritual.

Mientras estaba yo ocupado en Gualaquiza en la construcción de esa casa, recibí la orden de nuestro Superior, de marcharme al bajo Zamora para visitar las jivarías de esa región.

Yo me hubiera ido enseguida, pero ningún Jívoro quería acompañarme, ya que precisamente en esos días estaban celebrando la fiesta de la *shanza* de una pobre india, que los Jívaros de Zamora llevaron como prisionera de una expedición de guerra hecha en el Pastaza, y que los de Gualaquiza mataron para vengar las ofensas recibidas del padre de ella. Así, tuve que esperar, incluso porque estábamos en la semana de Pasión. El lunes después de Pascua, después de recibir la bendición con el SSmo. y del Superior de la Casa, que estamos construyendo solo para Salesianos, con dos robustos cargueros partí yo hacia el Sur. Pasamos la noche en la casa de un Jívoro que debía ser nuestro guía en el viaje. En realidad, sin ellos es imposible emprender un viaje aun corto, por el peligro de perdese en esos tupidísimos bosques. En la casa de dicho Jívoro estaban reunidas esa noche algunas otras familias de salvajes, que también debían ir con nosotros a la región baja; así que, con el vocerío de tanta gente, las conversaciones animadas de los adultos, el lloriqueo de los niños y el ladrido de los perros, no nos dejaron disfrutar de un momento de paz en toda la noche. Además, entre los niños había uno más enfermo que los otros, y uno de los nuevos huéspedes que se las deba de brujo, decidió cuarlo. Después de cantar la plegaria de siempre y repetir los bailes acostumbrados, puso sus labios en la nuca del niño y empezó a chupar duro, y así siguió haciendo por varias horas, interrumpiéndose solamente para escupir violentamente los gusanos que, según decía, llegaban a su boca. La mañana siguiente, después de una larguísima espera, finalmente logramos partir. Hicimos un breve trecho de camino en canoa en el río Bomboiza, hasta que asomó un sendero que baja por la orilla izquierda de dicho río y luego del río Zamora. Pero, ¡qué camino!. Solamente el fino tacto de los Jívaros puede darse cuenta de que por allá pasó, rara vez, algún salvaje, ya que hasta el momento ningún blanco penetrara en ese bosque tan espeso. De pronto se encuentran unas matas impenetrables, y para pasar por debajo hay que rasguñarse las manos y la cara. A menudo unos enormes troncos de árboles caídos cruzan el camino, y hay que pasar por encima, a veces con gran dificultad. Pero lo que más cansaba era la empinada bajada de las numerosas y profundas quebradas, que se encon-

traban en ese camino, y la trabajosísima subida al lado opuesto. Tantas fatigas del camino, bajo un clima ardiente y una buena carga en los hombros, cansaba realmente mucho, al punto que a los pocos minutos del comienzo del viaje estábamos tan sudados que nuestra ropa estaba empapada. Y a pesar de estar tan mojados de sudor, de cuando en cuando debíamos meternos en las aguas de algún río para cruzarlo. Por la noche nos amparábamos debajo de algún rancho, una especie de techumbre cubierta de hojas de caña, delante de la cual cuidábamos un fuego para alejar las fieras de la selva.

Después de cinco días de tan cansado viaje (que con un buen camino hubiera podido realizarse cómodamente en tres) llegamos ya cerca de las Jívarías de Indanza. Un Jívoro se adelantó para notificar al Capitán Sanchima que estaba por llegar a su casa un misionero. El capitán salió a nuestro encuentro hasta su "rancho" de las visiones, colocado en una lomita delante de su casa. Llegué cerca de él, pero tan cansado, que casi no pude hablar y casi me desmayaba por el cansancio. Cuando me sentí un poco mejor, intenté contestar las preguntas acostumbradas que ese Jívoro me hacía: quién era, de dónde venía y para qué, si traía enfermedades etc, etc. Satisfechas todas las preguntas él me brindó una palangana de chicha, el mejor regalo que podía yo recibir en esos momentos en que casi estaba muerto de sed. Aseguro que entonces no estaba pensando en cómo se había hecho esa "chicha", y por quién. Acaso mis lectores desean saber qué es la chicha de los Jívaros. Voy a darles gusto en pocas palabras.

Es una bebida ligeramente agria, pero sabrosa y refrescante, y opino que pocas bebidas pueden ser tan adecuadas para calmar la sed. La fabricación de la chicha entre los Jívaros está a cargo de las mujeres. Cogen la yuca, sacan la corteza externa, la cortan en trocitos que pueden caber en la boca, luego con admirable velocidad la mastican bien, luego la escupen dentro de grandes ollas de barro, agregan agua y la dejan fermentar.

La chicha está lista. Pero esta es como la sustancia; cuando la brindan a alguien cogen un poco de tal sustancia en una palangana, agregan agua, y meten sus manos negras para mezclarla bien, incluso bajo la mirada del convidado: así la presentan a sus maridos, a los amigos de la

misma nación, a los huéspedes forasteros que deberán tomar la chicha, como ya lo expliqué, para que los dueños de la casa tengan confianza en ellos y no los consideren delicaditos, a tratarse con desconfianza. Y ahora sigo con el cuento de nuestro viaje.

Sanchima, además de la chicha nos dio también yuca y plátano, y así nos repusimos y poco después pudimos emprender nuevamente viaje hasta su casa. Allí me rodearon muchos Jívaros, hombres, mujeres y niños de la numerosa familia del capitán y de las familias que vivían en esa casa y las vecindades más próximas: unas cien personas en total, que nunca habían visto en su vida a un misionero, y muchos ni siquiera a un blanco. Todo les asombraba. Los hombres se me acercaban, me cogían de la barba para observarla bien y medirla; otros comparaban su altura con la mía y quedaban admirados viendo que el más alto de ellos era más bajo que yo; otros seguían comparando el color de mi piel con la suya, y me costó bastante trabajo librarme (dócilmente, claro) de esas molestias. Su admiración no tenía límites cuando vieron el teodolito, la brújula con el aneroide y especialmente el reloj cronómetro: todos querían verlo y oír el tic-tac. Me preguntaron cómo se llamaba; contesté y les pregunté yo: ¿“Y ustedes cómo lo llaman?” Me contestaron: “No sabemos” y lo pensaron un poco, contestando luego: “Janendey”, que significa corazón. En efecto muchos me preguntaron si de veras ese objeto tenía vida, si el tic-tac era producido por las pulsaciones de “janendey”, del corazón. Intenté explicarles la construcción de un reloj, pero muy pronto pude ver que no servía de nada, porque ellos no tienen la menor idea ni de resortes, ni de ruedas, ni de engranajes de ninguna clase; así que postergué tal explicación para un momento más adecuado. Otra cosa despertaba su curiosidad y asombro, sin que yo pudiera encontrar alguna pista para suponer qué pensaban: el Crucifijo.

En esas tribus aún no tocadas por el contacto con los blancos pude convencerme de que tienen una imperfecta, claro, pero general idea de un Ser Supremo, de Dios; pero de la Trinidad, del Hijo de Dios, de su Pasión, del origen y pecado de los primeros hombres, nada en absoluto. Viendo que se quedaban oyéndome con gran curiosidad, intenté manifestarles hasta donde pude las ideas fundamentalísimas de esos santos misterios, y pude observar que les gustaba mucho oír que ellos también, si

lo querían, viviendo como buenos Jívaros, haciéndose bautizar, podían después de su muerte resucitar e ir, felices para siempre, al Cielo. Por eso querían que los bautizara de inmediato. Contesté que en ese momento no se podía, pero que si lo deseaban yo podía volver de nuevo con un padre, que los instruiría y bautizaría. Entretanto comencé a enseñar a los niños a persignarse y lo aprendieron enseguida; se unieron también los adultos que también querían aprender a decir alguna pequeña plegaria. Pero ellos estaban también esperando con impaciencia los regalitos inevitables, y tuve que abrir el maletín y hacer la distribución; pero con tanta gente hubiera necesitado muchísimas cosas. Algunos quedaron descontentos, e intenté reconfortarlos prometiéndoles que en poco tiempo volvería entre ellos llevando muchas y mucho mejores cosas.

Siendo tan grande mi cansancio, y también el de mis cargueros, decidí quedarme un día y medio en esa casa, y luego seguir viaje hacia el Norte. Visitamos otras casas y en todas partes encontramos las mismas costumbres y se hacía lo mismo casi en todas partes. Pero pude observar que en la medida en que nos alejamos de las casas de los blancos, se encuentra mayor sencillez, son menos exigentes, parecen más morigerados, o al menos menos corrompidos.

Cuando llegué al término del camino al Pongo, pregunté a varios Jívaros si querían acompañarme y guiarme allá, prometiéndoles recompensas, incluso importantes, pero de todos no obtuve más que una negativa, por varias razones: primeramente, ya había empezado la estación de las lluvias y muchos ríos hubieran presentado obstáculos muy serios tanto a la ida, como especialmente a la vuelta. En segundo lugar todos me decían: Yo no voy al Pongo, porque allá estoy seguro que me matarán o esclavizarán los Patacumas, o seré vendido a los blancos..." ¡Cómo! ¡Esclavizado y vendido a los blancos!" les contesté. Y todos me aseguraron que los blancos del Marañón compraban de los Patacumas a los Jívaros, hombres y mujeres adecuados para el trabajo; los cambiaban por fusiles incluso de retrocarga; cápsulas, pólvora y balas, al punto que dichos Patacumas poseen cajas enteras de cápsulas.

Mis buenos lectores podrán pensar qué harán esos salvajes con su instinto sumamente feroz, con esas armas. Se me aseguró que de vez en

cuando van a lo largo del Santiago y sus afluentes, quemando casas, matando a los habitantes que intentan defenderse, y llevándose cómo esclavos a los adecuados para el trabajo, para luego venderlos a los mercaderes de caucho y de *carne humana* que están establecidos en el alto Marañón.

Y estos pésimos sujetos que hacen un comercio tan infame, son los compañeros, mejor dicho los hermanos masones de aquellos que en la costa hacen acopio de *shantzás*, de aquellos que no dejan de cubrir con insultos a los religiosos llamándolos retrógrados, enemigos del progreso, atropelladores de las más sagradas leyes naturales etc. etc. Si para seguir el progreso hace falta volver a los siglos en los que estaba en pleno vigor la más dura esclavitud, si para seguir las leyes naturales hace falta promover la piratería, el asesinato y la destrucción, en este caso yo desconozco el progreso y las más sagradas leyes naturales, como las conocen nuestros más modernos escritores de los periódicos masones de Guayaquil y de nuestras ciudades europeas. Pero sigamos con nuestro viaje, porque los lectores del Boletín de las Misiones conocen perfectamente la malignidad y el egoísmo de los masones, que tanto contrastan con su cacareada filantropía.

Antes de continuar, no puedo dejar de mencionar una pregunta curiosa que me hizo un Jívoro sensato e inteligente, uno de esos que entre otras cosas, en un momento aprendió no solamente la señal de la Cruz, sino las cinco vocales y los números hasta 10. Me preguntó: ¿"Tú estás casado?" ¿Y tus cohermanos tienen esposa?" Cuando contesté que ni yo ni los otros sacerdotes y religiosos pueden casarse, quedó muy asombrado, y decía: "Por eso les tengo mucho cariño a los misioneros; que vengan pronto que yo les daré yuca y plátano, los escucharé y me haré bautizar yo y mi familia..."

Hablando ahora de la cantidad y gravedad de los impedimentos que se interponían a la ejecución de mis proyectos de viaje al Pongo, decidí volver a los pueblos civilizados de la Sierra, por un camino que según me dijeron no estaba del todo mal; pero en realidad lo encontramos horrible. Antes de comenzar el viaje a lugares desconocidos, donde estábamos seguros que no encontraríamos ninguna casa, era necesario llevar el

alimento, porque en caso contrario hubiéramos muerto de hambre, ya que también en las selvas de esos países no se puede encontrar suficiente caza para alimentarse. Y el inmenso número de animales salvajes y aves de las románticas descripciones de algún viajero, que acaso vio solamente de lejos (de las cumbres de los Andes o el puente de algún vapor del Marañón) estas espesísimas e inhóspitas selvas, en realidad no son más que una que otra bandada de loros que pasan chillando sobre tu cabeza; pero a enormes alturas. Claro que hay aves y de plumaje sumamente vistoso, pero pequeñas y no muy numerosas; las aves grandes son raras. Hay también venados, una que otra "danta" (una especie de tapir) y otros excelentes cuadrúpedos, pero para cazarlos haría falta conocer bien los parajes que suelen frecuentar, y tener perros adiestrados y sobre todo práctica de los senderos para poder penetrar en los tupidos bosques: cosas que, por supuesto, el misionero no puede tener. La caza de jabalíes sería muy útil, pero la enorme destrucción de ellos por obra de los Jívaros hizo que ahora ellos también sean escasos; además es una cacería un poco peligrosa. Son animales que acostumbran pastar en manadas numerosísimas, y cuando oyen el ladrido de los perros se reúnen y eso es muy peligroso para los cazadores, si nos son mcuhos y bien armados o si no se amparan de inmediato en algún árbol. Hace poco un pobre Jívoro del Zamora fue devorado por esos horribles animales. Nosotros también una noche encontramos una manada de ellos. Estaba yo buscando un lugar seco, o al menos no muy mojado, para poner nuestra carpa y refugiamos durante la noche, cuando el perro del Jívoro que nos guiaba con sus ladridos anunció que nos encontrábamos cerca de algún animal salvaje. Yo, cansado cómo estaba, no me sentía con fuerzas para ir de caza, y di mi fusil a uno de mis cargueros, quién encontró pronto una gran manada de jabalíes que, como de costumbre intentaban reunirse; pero dicho indio disparó contra ellos dos ruidosos balazos cuyo ruido los asustó y los dispersó enseguida en la selva. Nuestro cazador, sea por miedo que por el brazo inseguro, no agarró nada; pero el perro cumplió con su tarea mejor y agarró uno de los más pequeños por el lomo y no lo soltó hasta que lo saqué del peligro, matando su presa con un cuchillo. Así esa noche pudimos probar las carnes frescas del "jabalí", que son excelentes.

Así mismo, se encuentran pavas son gruesas aves parecidas a los buitres, pero la lluvia, casi interrumpida en aquellas selvas, y la cantidad

de hierbas y matorrales que las hacen casi impenetrables impiden que se pueda contar con la caza. Por eso, antes de comenzar el viaje, tan difícil, hacia la Sierra, pensé en proveerme de alimentos al menos para una semana. Un buen Jívaro, el que me dijo que quería mucho a los misioneros porque no se casan, nos dio un cerdito de tamaño mediano, yuca y plátano. Destinamos un día para cocinar la carne y los demás abarrotes, y el día siguiente ya estábamos viajando al Occidente. El camino era pésimo: empinadas cuestas, que por la lluvia continúa eran tan resbalosas que prácticamente resultaban intransitables. Sin embargo, el primer día, gracias a la diligente actividad de algunos Jívaros que se ofrecieron para acompañarnos por buen trecho, quitando los troncos de árbol caídos, que impedían el camino, la cosa marchó bastante bien. Pero en una empinada bajada rocosa y peligrosa, fui asustando por la caída de un carguero, que rodó, junto con la carga, hacia abajo, y por un buen trecho, pero gracias a Dios y a María Santísima Auxiliadora no se lastimó, salvo unos ligeros rasguños. Al anochecer llegamos al fondo de un profundo valle surcado por un gra río. Lo cruzamos sin que nos pasara nada malo, salvo el inevitable baño, al cual ya no dábamos importancia porque, especialmente en esta segunda mitad del viaje, de la mañana, a los pocos minutos de empezar la caminata, hasta la noche, siempre estábamos mojados de pies a cabeza por las lluvias continuas: había comenzado la estación de las lluvias, que dura al menos ocho meses. Al otro lado de ese río nos esperaban dificultades y peligros graves. La montaña opuesta subía empinada casi en vertical, y en algunos puntos sobresalía hacia afuera. ¿Cómo subir a ella? gracias a la agilidad y fuerza de los Jívaros logramos superar el primer escalón agarrándonos a alguna mata o raíz; pero el segundo escalón era más peligroso y decidimos intentar la escalada el día siguiente. Ya era muy de noche; pusimos la carpa, pero era pequeña para seis personas, y decidimos caber todos, acurrucados toda la noche y sin poder dormir, por supuesto, pero al amparo de la lluvia que seguía cayendo con violencia. Los Jívaros nos decían: "Ustedes tienen que rezar mucho para que "Taita Dios" mande el sol, porque si no mañana debere-mos encontramos en graves problemas subiendo esta empinadísima montaña. En efecto, rezamos como siempre el Santo Rosario y algunas otras plegarias, acompañados por los salvajes o al menos por su buena voluntad y admiración. El Señor nos escuchó y el día siguiente tuvimos buen tiempo al menos hasta las cuatro de la tarde. Al amanecer los Jívaros se dedicaron

con mucho empeño a construir una especie de escalera hecha de ramas de árboles y plantas trepadoras, así que pudimos subir con escaso peligro también en ese segundo escalón. Superado el peligro, parecía que el camino iba mejorando, por tanto lo Jívaros dijeron que ya no los necesitábamos y que querían volver a sus casas. Fue forzoso dejarlos ir, les regalé algunas cositas que me habían quedado y me despedí de ellos, los agradecí con toda el alma y seguí mi viaje con mis dos cargueros. En efecto, el camino ese día era malo, pero no peligroso como el del día anterior. Pasamos la noche en la cumbre de una montaña bastante alta, pero no pudimos dormir en absoluto porque, a pesar de mantener encendido un fuego en la entrada de la carpa, el frío era intenso. El fuego nos servía también muy bien para mantenemos alejados de las fieras, de las cuales de cuando en cuando se oía el tremendo rugido.

Luego el sendero bajaba de nuevo en un espantoso valle donde tuvimos que pasar varias veces un gran río rápido, con gran peligro de ser arrastrado por las olas. Había de nuevo una empinadísima cuesta dentro de un enorme enredo de árboles, matas, matorrales, cañas y hierbas: a duras penas pudimos hacer 10 km. en un día. Pero había que detenerse al menos una hora antes del anochecer, para secarnos un poco la ropa y hacer un intento de descanso -ya que no de sueño- por la noche.

Pero veo que sería demasiado largo querer describir un poco más este desatrosos viaje, y me tocaría narrar sufrimientos de toda clase, desde el calor sofocante de la parte baja hasta el frío intenso de la cordillera, a 3.500 metros de altura absoluta, con la lluvia casi todo el tiempo, espinos que me desgarraron por completo los vestidos etc. Digo que fue trabajosísimo, y punto; en cuanto a los víveres, la cosa marchó bastante bien, ya que sin que pudiéramos preverlo ni calcularlo, el Señor dispuso que tuviéramos alimento abundante hasta el final del viaje, pero calculado con tanta exactitud, que comimos el último trozo de carne que nos quedaba a eso de las cuatro de la tarde en unas montañas a cuyos pies se vislumbraban varias aldeas cristianas; cuatro horas después me encontraba en la casa de un buen párroco conocido nuestro, que viéndome en ese estado (¡paracía un asesino de carreteras con esa ropa desgarrada y repleta de lodo!) se esmeró con todas las cortesías que sabe sugerir la auténtica caridad cristiana para socorrerme y reponerme del viaje con una buena cena

y una buena cama; por la mañana pude por tanto seguir mi viaje (con una acémila) hasta Cuenca donde desde hace algunos días puedo descansar en medio de mis hermanos salesianos de esta casa; después de poco volveré, si Dios quiere, entre mis salvajes de Gualaquiza. ¿Y cuáles serán las ventajas que podremos sacar de este trabajoso viaje? Me parece que serán muchas. Para mí, será seguramente la de haber cumplido con la voluntad de mis superiores, y por tanto, la de Dios. Pero pude también conocer las necesidades, el carácter y forma de ser de los Jívaros de Indanza. Pude ver que allá también existe una necesidad de fundar una casa salesiana, para socorrer a esas pobres almas bien dispuestas; pero vi también que de ellos, por su carácter soberbio y voluble, no podrá lograrse una estable conversión si no se intentará, como en Gualaquiza, educar a la juventud y formar una nueva generación: una cosa imposible de lograr si no estableciendo allá también una Casa-misión. Creo que este viaje mío no será inútil para la ciencia geográfica. Los mapas del Ecuador que se han publicado hasta la fecha, incluyendo los más recientes, respecto de esta parte del Oriente son todos completamente equivocadas. Gualaquiza, Méndez, Pongo etc. están dibujados en la llanura amazónica.

¿Cuál llanura? Si es un conjunto de valles, colinas, montañas y cordilleras cuyas cumbres rebasan la altura absoluta de 3.200 metros. El rumbo de los ríos está también todo equivocado, y se omite la mayoría de ellos, hasta los más grandes e importantes. Pero deseo hablar a fondo sobre tal tema en un cuadernito que se imprimirá en nuestra Casa Salesiana de Quito, junto con la carta respectiva, para que en Quito esté a la orden de los que lo deseen leer. Sin embargo, lo que importa mucho más es haber visto la enorme necesidad de socorrer las tribus jívaras del Pongo. Parece que allá abajo se refugió el diablo como en una inespugnable fortaleza, de donde ejerce su cruel dominio sobre los Jívaros de los alrededores, y también sobre los egoístas comerciantes blancos allá asentados. Pero si Dios lo quiere, nosotros iremos a pelear contra él incluso allá abajo, y tarde o temprano deberá rendirse. Es cierto que nosotros somos poca y pobre cosa, pero nuestra Celesta Patrona María Santísima Auxiliadora, que venció al demonio, mejor dicho todos los demonios desplegados en batallón en Lepanto y en Viena y en mil otras ocasiones cuando fue invocada, ganará sin duda, y afortunados de nosotros si tendremos la gracia de ser humildes instrumentos de sus altísimas empresas. Sí: si Dios

quiere, el próximo verano partiré serenamente de nuevo al Pongo, y tanto si los Jívaros querrán acompañarme, como si no lo querrán, iré igualmente para ver cuál es el lugar y el nido más adecuado para dar el asalto, y en lo posible dismantelar esa diabólica fortaleza. Si no podremos convertir enseguida a esos feroces piratas, al menos intentaremos moderar su furor; si no podremos impedir por completo el infame comercio de esclavos, intentaremos comprarlos nosotros, instruirlos, bautizarlos y más adelante devolverlos al Señor libres, en el alma y el cuerpo. ¿Lo lograremos? Yo tengo la esperanza de que lo haremos, especialmente si también mis buenos lectores se unirán a tantos miles de hermanos salesianos y jóvenes de nuestras Casas Salesianas, para inducir con dulce porfía al Sagrado Corazón de Jesús a ablandar los corazones endurecidos de aquellos salvajes y hacerlos dóciles y humildes, capaces de recibir las impresiones de su Santo Evangelio. Rezos, muchos rezos. Si la evangelización de los pueblos en todas las partes del mundo es tarea difícil, e incluso totalmente imposible con las fuerzas solo humanas, lo es aún más entre los Jívaros, como lo demuestra la historia desde hace tres siglos. Es realmente del caso repetir con el profeta: "Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant ea". (= Si Dios no construyó la casa, trabajaron en vano quienes la construyeron) Sí, la conversión de los Jívaros será obra del Sagrado Corazón de Jesús, al cual la misión está consagrada; será obra grande que la obtendrá de Dios nuestra poderosa Abogada María Santísima por sus méritos y los de Su Celeste Esposo San José, Patrono especial de la cristiana universal Familia.

Y se deberá también a las plegarias de tantas almas inocentes que se lo suplican en nuestras Casas Salesianas, y no menos por la plegaria de todos ustedes que leerán estas noticias.

La conversión de los Jívaros marcará una época importantísima en la historia de Sudamérica. La enorme región que ellos infestan con sus atrocidades, me atrevo a afirmar que es un de las más bellas del mundo. Pero aquí no es mi intención hablar de los paisajes, de bellos panoramas etc., que a pesar de haber muchos, puede que existan otros mejores. Hablo de bellezas prácticas y afirmo que si la región del Santiago superior fuera exenta de la barbarie jívara, sería adecuadísima para una colonización europea, porque posee toda la fertilidad de los climas ecuatoriales sin sus

tristes consecuencias: se desconocen aquí las fiebres tercianas y otras enfermedades comunes en los países tropicales. Encontré a unos Jívaros que tienen más de 90 años, aún robustos y ágiles más que nuestros europeos cincuentones. En efecto, pude observar que incluso en las regiones más bajas la temperatura media varía entre los 24 y los 27° y además aquí hay la ventaja de poder escoger el clima que se quiere, porque se está en la zona llena de lomas, pequeñas montañas, montes altos, que llegan casi a las nieves perpetuas. Pero de esto hay quien tiene el encargo de interesarse y ocuparse mejor que nosotros. A nosotros nos toca la conquista de las almas, para la cual, gracias a Dios, estamos dispuestos a cualquier sacrificio. Por esas almas, por la eficaz gracia del Señor, dejamos patria y parientes y toda lisonjera esperanza mundanal, para ellas consideramos que ni los Jívaros ni la rabia masónica podrán quitarnos tantas vidas, cuantas deseamos dar para la gloria de Dios y la salvación de ellas.

Pero el Señor quiere justamente conservar para sí la gloria de tales obras, poco aparentes pero sin duda más grandiosas que la creación de los mundos: quiero decir que quiere para sí tal gloria, pero que en su inmensa bondad desea conceder el mérito de la misma a los hombres, que son criaturas. ¿Y el mérito de la conversión de los Jívaros a quién la dejara? En parte, sin duda, a los misioneros que harán la obra, pero lo más seguramente a quienes le suplicarán por tal conversión con humildad de corazón; también a aquellos que sustentan las misiones con sus limosnas. ¿Cómo podremos nosotros venir acá a socorrer las almas de los Jívaros sin la ayuda de nuestros bienhechores? ¿Cómo podremos fundar casas e iglesias, y proveerlas de las cosas necesarias sin sus limosnas? Nosotros aquí podremos estar dispuestos a dar la sangre y la vida, pero si no tendremos las ayudas necesarias, incluso materiales, prácticamente no podremos lograr ninguna ventaja para los infieles, ni para la religión y la sociedad. Estas ayudas, esperamos de nuestros cristianos católicos, hermanos en Jesucristo en Europa, ya que ellos, habiendo cooperando eficazmente en salvar las almas ajenas se habrán así asegurado la salvación de la suya: "Animan salvasti, animam tuam praedestinasti" (Si salvaste un alma y predestinaste la tuya)

Con la mayor estimación y gratitud

*Giacinto Pancheri*

## JOAQUIN SPINELLI

*Nació cerca de Imperia (Italia) en 1868. Llegado a Ecuador antes de ser sacerdote, fue el primero en entrar a Gualaquiza en 1893, juntamente con el hermano Pancheri.*

*A lado del P. Mattana fue el fundador de la misión de Gualaquiza, donde afrontó el aislamiento y las privaciones de los primeros años. Falleció en Cuenca el 26 de noviembre de 1949*



## El primer viaje a Gualaquiza\*

Relación al P. Calcagno

Sígsig 11-10-1893

Queridísimo P. Luis Calcagno:

No entiendo por qué no contestó a mis dos largas cartas y a mi último telegrama. Usted dirá: ¿por qué estas quejas? ¿por qué tantas explicaciones? Yo quería que usted supiera todo y no quería hacer sino obediencia. ¡Más carecemos de ayuda de los hombres más interviene la ayuda del cielo! Hemos salido antes de ayer, día en el que se recuerda a san Luis Beltrán gran misionero de América. En ese día celebré yo mismo la Santa Misa en honor de san Rafael Arcángel; que bien manifestó haber estado satisfecho. Pasamos por Gualaceo, verdadero jardín del Azuay: allí nos recibió con bondad el párroco Doctor Cisneros. Quiso hacerse cooperador y operador diciendo que siempre considerará a los salesianos como hermanos y que podremos considerar su casa como la nuestra. A Dios gracias Gualaceo se presenta bien para un Seminario Salesiano y para una casa de convalecencia. Las playas del río Paute son maravillosas. Antes de Gualaceo perdimos las sendas y la Virgen Auxiliadora nos proporcionó unas vacaciones donde una piadosa cooperadora, que se consideró afortunada de podemos ofrecer un poco de “almuerzo”. Después de la santa Misa y de otras prácticas de piedad salimos para Sígsig, pasando por Chordeleg adonde el párroco Padre Dunieno quiso ofrecernos un café. En

---

\* Archivo Central de los Salesianos, Roma., s. 3122

Gualaceo conocí al señor Jesús Vásquez, “entablador” de Gualaquiza. Quise visitarlo y se mostró contento y pronto para ayudarnos. Otros “entabladores” de Cuenca muestran su contento por nuestra ida a Gualaquiza y manifiestan gran deseo de volver a tomar posesión de sus tierras. Antes de ayer 30 ó 40 personas a caballo vinieron a encontrarnos hasta san Bartolo; creyendo que pasaríamos por allí. Ayer vinieron 10 ó 12 con el Párroco, nuestro animado cooperador, quien nos recibió como hermano. Un cuarto de hora antes de llegar vimos muchachitas que nos arrojaban flores y a menudo vimos arcos de triunfo improvisados. Al entrar los muchachitos hacen ala y gritan; vivan los Padres Salesianos, mientras los músicos tocaban algunas marchas y el himno nacional y las campanas tocaban a revuelo. En nuestra casa de Cuenca se encuentran dos jóvenes de Gualaceo y otros dos de Sígsg; hay también otros muchachos buenos de Sígsg que desean ingresar en el Instituto de Cuenca. Los jóvenes de Sígsg me gustaron más que los de los demás pueblos: estoy seguro que don Bosco, si puede establecer aquí sus hijos, encontrará buenos y piadosos obreros para su Familia. Aquí me parece que podemos establecer un Oratorio festivo y una pequeña casa que sirva de lugar de descanso y para todo lo que se necesite para la misión porque se encuentra como a las puertas y la gente del Oriente concurre aquí a hacer sus compras. El párroco está solo y el pueblo tiene 6 mil almas; él estaría contentísimo porque estaría acompañado por una comunidad religiosa: las escuelas están confiadas a seculares; no se encuentran allí ni religiosos ni hermanas. Hoy llevaron en procesión a la Virgen Inmaculada de Gualaquiza hacia una montaña que se encuentra en el camino de acceso. La música y personas de ambos sexos la acompañaron mostrando su devoción hacia la Virgen con distintos regalos. El señor Miguel Moscoso, un cuencano que reside aquí y que ahora se ha hecho cooperador se ha comprometido en buscarnos las mulas y los caballos juntamente con el señor Guillermo Vega a cuyo establecimiento ganadero nos dirigimos en Gualaquiza. El vino de propósito para acompañarnos. La esposa del señor Moscoso desea una gracia de María Auxiliadora por medio de don Bosco y prometió hacer mucho para las misiones; nos insiste para que recurramos a ella en todo lo que necesitamos estando en Sígsg. En Cuenca me dieron muchas limosnas para las Misiones y muchas me prometieron para después. Mañana saldremos para llegar a Gualaquiza sábado por la tarde. Haga rezar mucho porque todo lo esperamos del Corazón de Jesús, de María Auxiliadora, de San José y de

don Bosco. Muchas oraciones se elevan desde Monasterios y casas religiosas y de muchísimas personas. El Padre Corral no ha llegado porque está todavía enfermo. Nos bendiga y crea que soy en el Corazón de Jesús.

¡Viva María Auxiliadora y don Bosco!

*Padre Spinelli*

## **La llegada a Gualaquiza\*** **Relación a Dn. Calcagno**

Desde las selvas de Gualaquiza 18-10-1893

Queridísimo Padre en Jesucristo:

Creo que ya habrá recibido la carta que le escribí desde Sígsg por eso le daré un relato de nuestro viaje desde este pueblo a Gualaquiza y de nuestra estadía en este último. El día 11 pasamos por Sígsg donde encontramos a gente de corazón, así fue como a nuestra salida para el Oriente muchos quisieron saludarnos. Parecía que se despedían de su padre. Hubo quien lloraba y un profundo silencio reinó en el momento en que le dimos el abrazo de despedida al Padre Bruzzone y al Párroco -muchos quisieron acompañarnos por un trecho y nosotros, mirando nuestra estrella polar que es María Auxiliadora, salimos alegres y contentos como en Pascua. El día 11 se hizo una solemne procesión con la estaua de nuestra Señora Inmaculada de Gualaquiza a quién todos los Sígsgueños tienen mucha devoción. Nosotros también tomamos parte. Llegados al páramo empezamos a bajar por sendas más para animales que para cristianos y a pesar de que llovía fuimos obligados a bajar del caballo y caminar un buen trecho mirando debajo de nosotros precipicios horribles y más abajo por ambas laderas selvas tupidas hasta la casa de un tal señor Torres de Sígsg, nuestro amigo, que tiene un entable ganadero a los pies del Calvario.

---

\* Archivo Central de los Salesianos. Roma, s. 3122

Allí pasamos la noche en una pieza donde la lluvia tenía entrada. El día 13 no pude celebrar por falta de hostias: habían quedado atrás y caminamos pasando por la Libertad, entable de propiedad del Presidente; habían allí dos muchachos; después pasamos por otro entable del mismo propietario, llamado Chigüinda, donde vivía un hombre con un muchachito: allí hay montón de ratones que todo lo destruyen. En la Libertad se retiró Cordero en tiempo de Veintimilla, desterrado o retirado: yo no sabía. Allí escribió: "Libertad aquí o en el Panteón". Es un entable abandonado. Asimismo pasa para el segundo: todos en medio de florestas con árboles gigantes.

Allí viven monos en abundancia y pájaros de todas las especies. Llueve y el camino está pésimo: un continuo subibaja por sendas llenas de barro y muchas veces cortadas por ramas o árboles gigantes que nadie se preocupa de cortar para dar paso. Por eso la mayor parte de las veces tenemos que bajar del caballo y caminar a pie en el barro.

Otras veces apenas puede uno pasar montado, pero inclinándose por detrás o por un lado. Otras veces pobre de uno si la mula se equivoca en pasar: caballo y jinete se van al barranco y hay peligro que, mientras uno pasa un árbol, se caiga y es un desastre... Después de unas cuantas horas desde Chigüinda se entrevé por la bajada una pequeña llanura donde está plantada una cruz. Allí hace no mucho tiempo había la Iglesia del pueblo llamado Rosario. De él no hay huella por haber sido abandonado y por haber crecido árboles de la selva. Parece increíble, pero quién mira la prodigiosa vegetación de éstas tierras vírgenes donde uno cosecha solamente si siembra, no puede creerlo. Se puede mirar cerca del río Rosario el entable de los hermanos Aguirre de Cuenca, y después de pasar el río sobre la margen izquierda se pueden ver varios entables con cultivos de aguacates. Llegamos al entable del señor Octavio Vega y de los hermanos Quintanilla (Cuchipamba) casi muertos por el trabajo. Más de 200 peones, y también otras familias que están al otro lado del río san José camino hacia Gualaquiza, desean que un cura les celebre Misa y también les arregle sus cuentas. "Padre, son dos meses que no oímos una Misa!" me decían. ¡Pobrecitos! Cuando estaremos en Gualaquiza por lo menos cada sábado uno de nosotros los sacerdotes tendrá que trasladarse entre ellos: son alrededor de cien almas abandonadas. Si tuvieran un sacerdote

estoy seguro que formarían una linda colonia san José con sus familias. Son fieles de Sígsg y de otros pueblos que temen morir sin sacerdote. Las montañas y selvas de allí pertenecen al Presidente: las compró por la casacarilla. La tierra produce bastante pero no como en Gualaquiza. Hasta allí llegan los salvajes cazando monos y sajínos que son puercos salvajes. Pasamos la noche recibidos y bien tratados y el día siguiente no pude celebrar por falta de vino y nos pusimos en camino por sendas pésimas.

Después de pasar varios ríos cruzamos el último que es San Joaquín y por fin saludamos a la suspirada Gualaquiza, colocada en una llanura encantadora hacia la que uno baja por senderos de liebres y sajínos pero no para cristianos. Encontramos varios entables abandonados y por eso vueltos a ser selva. Llegados en el pueblo nos reciben con el tañido de las campanas, con arcos y palmeras - todo obra de los colonos. Varios salvajes nos vinieron a encontrar con sus arcos y flechas y nos ofrecieron bastante yuca que recibimos con gusto, porque es nuestro pan cotidiano.

Otros vinieron el día siguiente. Casi no pasa día sin que alguien venga a saludarnos. Se han mostrado contentos de nuestra llegada y deseosos de aprender el español e instruirse en nuestra santa religión. Aceptan con gusto los pequeños regalos que les hacemos y prometen que si nos establecemos fijos en Gualaquizza, ellos enviarán sus hijos para que aprendan y se hagan cristianos. Rezamos y hacemos rezar para estos hermanos nuestros en Jesucristo; hacemos ardientes votos al Sagrado Corazón por medio de María Auxiliadora y nos ofrecemos como víctimas y hostias para ellos. Viven pobremente y conocen la utilidad de la civilización cristiana. Desean vestidos vistosos camisas, collares, espejos, cuchillos, escopetas y machetes, además pañuelos, brazaletes, anillos, tijeras, agujas, hilo etc. La mayoría han recibido el santo Bautismo por misioneros que han venido anteriormente (Jesuitas y dominicos) no sé con qué conocimiento.

Habiendo sido abandonados a sí mismo se han vuelto a abandonar a su vida salvaje.

Nosotros llegamos de Sígsg con el sr. Guillermo Vega, hijo de Antonio Vega difunto. Es el único colono que vino primero a estas tierras.

Ha seguido hasta ahora y se ha hecho querer por los infieles. Vivimos en su casa que dista un cuarto de hora de la capilla provisional a cuyo lado se encuentran dos piezas, también ellas provisionales. Allí podremos establecernos cuando nos trasladaremos aquí en forma fija. Las casas de los cristianos son 24 y los cristianos unos 150, contando a los 30 ó 40 peones de Sr. Vega. Pocas son las familias de aquí que viven en forma estable: temen morir sin sacerdote, como sucedió a muchos. El último murió hace seis meses. ¿No son almas que nos confiaron a nosotros? Hagamos rápido en establecernos: así sea un solo sacerdote. Desde Cuenca y desde Sígsgis desean llegar familias: pero lo harán cuando nosotros estemos estables y prometen enviar a sus hijos. Todo hace esperar que se ha de formar una linda colonia de blancos y salvajes que servirá para atraer a otras tribus infieles internadas en los bosques inmensos de nuestro Oriente. El transporte desde Sígsgis cuesta 4 pesos por mula.

Siendo que el camino está en malas condiciones hay que tratar con el Gobierno y con el Municipio de Sígsgis para realizar uno de a poco, empezando desde Gualaquiza. Podrían asignar una cantidad anual y, una vez acabado, mantenerlo. Es de suma necesidad. Por lo que se refiere a nosotros me parece de suma importancia que tengamos una sucursal en Sígsgis porque siempre necesitaremos arrieros que vayan y vengan: los víveres escasean.

Necesitamos tener carne y no conseguimos. Necesitaríamos vino pero no hay. El trigo dicen que no crece; el maíz poco; las lentejas no crecen. Lo que más se dá es la yuca y el plátano, pero no basta.

Se quiere formar una colonia y establecer la agricultura, para ver lo que crece o qué fruta se dá; tener vacuno, ovejas, gallinas, bueyes, conejos etc. La caña de azúcar crece mucho - asimismo el algodón y el café, el arroz, porotos, pero no papas. Las hormigas destruyen todo. Hay que buscar remedio para esa llaga: si es que lo hay.

Sé que una ley prohíbe el aguardiente en el Oriente. Con la excusa de que Gualaquiza ahora no pertenece al Oriente sino al canton Sígsgis la destilan y la comercializan siendo causa de pecados. Conviene informarse y con prudencia hacer desaparecer este comercio.

Por ahora son pocos los colonos que la venden.

Los infieles tienen su "chicha". Algunos muchachos de ellos van desnudos y eso representa un peligro para los jóvenes. Para construir Casa y Capilla se podría traer un oficial nuestro desde Cuenca que ha estado en Guayaquil, sabe construir casas y es muy activo. Los mismos salvajes ayudaron a hacer lo que existe y están dispuestos a ayudarnos. Los árboles están cerca y no cuestan nada. Conviene hacerlos apoyar sobre cimientos de piedra. Las familias infieles son 14 ó 15; espero poder visitarles.

Antes que nada hay que establecer los herreros y los carpinteros con una sastrería.

Hasta ahora no llega nada de Carrera. Sé que desde Lima enviaron dos albas a Carrera para las misiones ¿donde están?. Aquí vinieron el P. Torres y el P. Gonzalez franciscanos de Zamora. Hace de todo para tener también nuestra misión - dicen que pedirán al Congreso. Hasta ahora no han hecho ni una conversión . Envíeme el vocabulario y el catecismo Jivaro del P. Delgado. Uno aprende solamente hablando con ellos.

Bendíganos querido Padre y salude a todos los hermanos y jóvenes. Siempre suyo y en el Corazón de Jesús-

Obligado hijo

*P. Spinelli G.M.F.*

## La primera entrada\*

### Relación a Don Rua

Cuenca 19-?-1984

Queridísimo Padre:

Perdóneme sin no le he escrito antes como era mi ardiente deseo. Quería mandarle un largo borrador del relato de nuestra excursión o exploración, y no fue posible, ya lo hizo el querido hermano Pancheri; por mi parte espero hacerlo más tarde.

Después de ponernos bajo la protección del S. Corazón de Jesús, de María Auxiliadora, de S. José y de Don Bosco, luego de recomendamos a las fervientes oraciones de muchos, Pancheri y yo iniciamos el viaje el día 9 de Octubre de regreso a nuestra tierra prometida: Gualaquiza.

Nuestro buen director, D. Bruzzone, quiso acompañarnos hasta la región de Sígsg, que está a un día de esta ciudad en las faldas de la cordillera de los Andes orientales, que separan las tierras habitadas por los pueblos civilizados de aquellas donde moran los que permanecen en "umbra mortis". Mucha gente de Sígsg vino a nuestro encuentro y deseó recibirnos con arcos triunfales y una lluvia de flores, mientras la banda sonaba y una turba de chiquillos chillaba ¡Osanna a los Salesianos y a los hijos de Don Bosco! Nos acogió el amable Parroco, Dr. D. José Piedra,

---

\* Archivo Central de los Salesianos, Roma; S. 3122

cooperador Salesiano, quien nos trató como hermanos suyos, considerándose honrado por poder demostrar su afecto hacia los hijos de D. Bosco.

De este modo, aún el día anterior fuimos recibidos y hospedados por el buen Parroco de Gualaceo, Dr. Nicolás Cisneros, también él cooperador Salesiano. El día 12, fiesta de Nuestra Señora del Pilar, habiendo recibido la bendición de D. Bruzzone, nos dispusimos a pasar la Cordillera para entrar en la selva. Marchamos en compañía de nuestro querido amigo y cooperador, Sr. Guillermo Vega, quien desde hace muchos años vivía gran parte del año en Gualaquiza, donde posee un considerable entable.

Mientras el rostro de aquellos que dejábamos saludando se entristecía, se tornaba pensativo, pensando que tal vez íbamos al encuentro de muerte segura por la ferocidad de los salvajes, nosotros estábamos llenos de una inexplicable alegría y gozo. Aquello nacía en nosotros de la certeza de que el Ángel de los Peregrinos, San Rafael, nos precedía y de que María Auxiliadora nuestra buena Madre, San José y D. Bosco, junto a Domingo Savio, nos asistían sonrientes. Una vez que hubimos descendido la Cordillera, reposamos en la única casa que se encontraba allí, propiedad de nuestro amigo Jesús María Torres de Sígüig. Este lugar se llama Granadillas; a juzgar por la grandes ruinas de edificios antiguos, parece que alguna vez fue muy poblado.

El día 13 partimos a buena hora y luego pasamos por dos entables del actual Presidente, el Dr. Luis Cordero. El primero tenía el nombre de "la Libertad" y el segundo, Chigüinda, sitio en el que viven tres familias durante casi todo el año, aunque parece que una vez la población fue más numerosa.

Llegamos al atardecer a un punto denominado Rosario, habitado por una familia proveniente de Sígüig o de S. Bartolomé, pequeño recinto vecino al primero, sobre el camino a Cuenca. También Rosario no hace muchos años era bastante poblado, pero muchos se retiraron a causa de una sublevación de los salvajes vecinos. El bosque crece de tal manera que no ha dejado ningún rastro; hemos visto en este punto una pequeña plaza sobre la que surge una cruz en el mismo sitio donde se levantaba una

capilla. Apenas aquella gente se enteró que pasaba un sacerdote, se agrupó en la pequeña plaza al lado de la cruz para verlo y recibir su bendición. Habrían deseado que yo me detuviera entre ellos para tener la suerte anhelada luego de tantos años, de poder asistir al S. sacrificio de la Misa y confesarse. Pero al no poder contentarlos, les animé a acompañarnos hasta el vecino lugar denominado Cuchipamba donde pasamos la noche siguiendo el camino hasta llegar a un entable, perteneciente a nuestro buen amigo de Cuenca, el Sr. Octavio Vega.

En este lugar existen dos entables, en los cuales trabajan 30 ó mas peones. Al lado de Cuchipamba se encuentra Aguacate donde viven 8 ó 10 familias de SÍgsig y, a una hora de camino hacia Aguacate, sobre el mismo camino de Gualaquiza, viven 8 ó 9 familias de SÍgsig. Se reunieran muchos para recibir la bendición del misionero peregrino y ajustar las cuentas de su alma. Lloraban del consuelo porque habían transcurrido ya 8 ó 10 años, durante los cuales el ministro de Dios no pasaba por allí y hacían votos para que los salesianos, estableciéndose en la vecina Gualaquiza para civilizar a los Jívaros, no se olvidaran de ellos, que al vivir lejos de toda práctica de piedad comunitaria corren el peligro de perder la fe, mientras sus hijos crecen sin instrucción religiosa, ya que ellos en poco o nada se la pueden transmitir.

Sumando a todos estos pobres cristianos que, para buscar lo necesario para vivir, dejan sus pueblos natales y vienen a enterrarse vivos en estas espesas selvas del Oriente, expuestos al peligro de perder la vida corporal a causa de alguna sublevación de los salvajes, como desgraciadamente les sucedió a muchos hace pocos años y sobre todo, espuestos al peligro de perder la fe, olvidando las prácticas y deberes religiosos y morir sin la asistencia del sacerdote - entre todos, digo, ascenderán al número de 200 o más personas, entre hombres, mujeres u niños. Mi corazón lloraba al ver aquellos tiernos retoños, crecer lejos del sacerdote, por falta del cuidado de sus familias, tal vez ignorantes de la verdad de nuestra Santa Religión Católica. ¡Oh! ¡Como habría deseado abrazarlos y estrecharlos al corazón y hacerles conocer al Niño Jesús y a la Virgen Auxiliadora con el Angel Custodio que no se separa de su lado!. Les recomendé a todos de rezar con constancia y fervor a S. José para que pronto podamos establecermos en Gualaquiza y poder pensar también en ellos.

El sábado 14, dedicado a nuestra Buena Madre del cielo, nos pusimos en camino hacia Gualaquiza, meta de nuestros esfuerzos y anhelos.

Arribamos a Gualaquiza luego de solo 7 horas de viaje, recibidos con gran fiesta y contento por los pocos cristianos que allí se encuentran y por un buen número de Jívaros armados con sus lanzas y adornos festivos. Agradecemos de corazón a nuestros Santos protectores, especialmente a Nuestra Estrella, María Auxiliadora, patrona de las misiones salesianas. Habíamos arribado sanos y salvos luego de un viaje un 4 ó más días, a través de caminos peligrosos, por decir lo menos.

Nuestro buen amigo, el Sr. Vega, quizo alojarnos en su casa durante todo el tiempo de nuestra estadía allí.

D. Bosco y la Virgen Auxiliadora le colme de favores celestiales a nuestro buen cooperador que desea demostrar como se debe cooperar con las Misiones Salesianas.

En pocos días nos visitaron casi todos los Jívaros de la tribu de Gualaquiza y no pocos de Zamora y de Mendez. Nosotros les regalábamos agujas, hilo, tijeras, pañuelos etc., que recibían con muestras de gratitud.

A su vez nos regalaron yuca, plátano, etc. Casi no pasaba día sin recibir la visita de alguno. Nosotros les visitábamos en sus propias casas, demostrando ellos mucha alegría.

No juzgamos conveniente comenzar la catequesis, esperando hacerlo con mayor calma y provecho una vez establecida entre ellos nuestra residencia. Todos se mostraron deseosos de aprender a rezar e instruirse en las verdades celestes, algunas de las cuales ya conocen. Me parece que solo se podría instruirlos bien conociendo su lengua, para nosotros muy difícil. San José nos ayudará.

Debido a su comercio con los cristianos van dejando sus supersticiones, y sobre todo la poligamia, principal obstáculo para que logren ser cristianos de hecho, porque de nombre lo son casi todos, habiendo recibido

el bautismo o el agua de algún misionero anterior o de algún cristiano. Les hice una segunda visita y me recibieron con entusiasmo. En el próximo mes iremos a establecernos. Rece y haga rezar mucho. Bendíganos a todos, especialmente al último de sus hijos en Jesús y María.

*D. Spinelli G. María Fr*



## FRANCISCO MATTANA

*Aunque el primer sacerdote salesiano en viajar a Gualaquiza con el coadjutor laico Jacinto Pancheri fue el P. Joaquín Spinelli, el verdadero fundador de la misión debe considerarse Francisco Mattana, que sostuvo la obra incipiente durante los durísimos años del aislamiento y se vio obligado a reconstruirla después de que un incendio la había destruido por completo.*

*Sus relaciones ponen de manifiesto su amplia visión de la realidad, visión que no se concentraba solo en el desarrollo de la Misión, sino de toda la región. Muy interesante al respecto su largo informe al Presidente de la República en 1906.*

*Tuvo dotes de trabajo extraordinarias. Dejadas las misiones del Ecuador desplegó una amplia actividad en Centro América, terminando sus días en Panamá en 1931, a los 74 años de edad. Su figura imponente, con la larga barba patriarcal, se aprecia en varias fotos de los primeros tiempos.*



## La llegada\*

Gualaquiza 26-03-1894

Amadísimo Sr. don Rua:

Por fin después de tantos deseos y suspiros, el primero de marzo llegamos a nuestra amada Gualaquiza, centro de la nueva Misión del Oriente que nos ha sido confiada.

Nuestro grupo estuvo formado por cuatro misioneros: dos sacerdotes, el P. Spinelli y yo, dos hermanos ayudantes, Pancheri y Jurado, y tres artesanos, para nuestros talleres-laboratorios; un guía y varios arrieros que llevaban las mulas con baúles y equipaje.

Convencido de hacer algo que le será grato, amadísimo padre, y que gustará a los amados Superiores, hermanos europeos, buenos cooperadores y activas cooperadoras, a cuyos rezos encomendamos nuestras vidas yo, mis compañeros y los pobres salvajes, le describo lo mejor que puedo, nuestro largo y trabajoso viaje.

### *Salida de Quito - La despedida de los hermanos*

El 4 de febrero, víspera de nuestra salida de Quito, los buenos hermanos y alumnos quisieron despedirnos cálida y afectuosamente con una

---

\* B. S. 1894, pp. 169.173

hermosa y conmovedora velada que nos enterneció hasta hacemos llorar. Y luego por la noche, después de los rezos, arrodillados en el presbiterio, rezamos los rezos de los peregrinos y fue renovada, para nosotros, la bella ceremonia hecha hace ocho años en el Santuario de María SS. Auxiliadora de Turfín. El Sr. Director, don Luigi Calcagno, en nombre suyo, y de todos los Salesianos, artesanos y alumnos de Quito, nos dirigió la palabra y su discurso fue lleno de fervor, ardor, cariño y al mismo tiempo dolor por la separación. Poquísimas veces lo oímos hablar con tanta elocuencia y entusiasmo. Era realmente un padre que animaba a sus hijos a combatir con fuerza con los enemigos de nuestra salvación; era el Director de nuestra alma, quien debía alejarnos de su presencia y nos daba por eso sabios consejos y útiles enseñanzas; era el hermano mayor quien en nombre de Dios y del Superior General mandaba a sus hermanos menores a predicar el evangelio, a fundar una nueva misión entre los salvajes Jívaros de Gualaquiza y Méndez, en lugares desiertos, en selvas vírgenes donde hace más de cien años fue derramada la sangre de los valientes hijos de San Ignacio. De las exhortaciones y consejos pasó a darnos, en nombre de todos, su adiós.

Con las lágrimas en los ojos, en medio de la emoción general, nos saludó recordándonos las siempre queridas y santas palabras de nuestro amado padre y fundador Don Bosco, dirigidas a nosotros cuando, arrodillados a sus pies, recibimos su última bendición, que nos acompañó luego manteniéndonos incólumes hasta la capital de Ecuador; nos recomendó que observáramos constante y exactamente nuestras santas reglas, que nos amáramos y quedáramos siempre unidos con la mente y el corazón, que estuviéramos llenos de caridad y calor para la salvación de las almas, y obráramos siempre en presencia de Dios y para Dios. Querido Padre, esos fueron momentos de paraíso, que nunca se borrarán de nuestra mente y corazón.

Cuando terminó de hablar, pasamos a los abrazos. Nuestro amado superior y los hermanos sacerdotes y clérigos, vestidos con sobrepelliz, bellamente dispuestos en el presbiterio en presencia del Evangelizador de los Pueblos, Jesús en Sacramento, nos abrazaron y besaron con afecto fraternal, y luego pasaron los ayudantes, los jóvenes estudiantes y artesanos quienes, besándonos las manos, nos decían llorando: "Padre, ¿cuándo podemos ir al Oriente nosotros también?".

Terminada la ceremonia, nos retiramos para ir a descansar un poco, pero, ¿cómo era posible descansar la última noche que pasábamos en Quito? Trabajamos hasta pasada la medianoche, para terminar de preparar las últimas maletas que debíamos llevar con nosotros; y entretanto nuestros queridos clérigos no dejaban de visitarnos, saludarnos y recomendarnos calurosamente que los llamáramos pronto a las misiones del Oriente. Por la mañana, el 15 de febrero, nos levantamos temprano y después de celebrar la Santa Misa y realizar nuestras prácticas piadosas, a las seis dejamos la linda capital del Ecuador.

*De Quito a Cuenca. Dos nuevos edificios para los Salesianos*

A las tres p.m. llegamos a Latacunga, donde pasamos la noche en un hotel y fuimos tratados con mucha cortesía. Aprovechando la ocasión, visitamos en esa pequeña ciudad, el edificio grandioso que se está haciendo para los Salesianos, y que se espera terminarlo, si los medios serán suficientes, en dos años. Podrá dar cupo a más o menos trescientos alumnos y será sin duda el más lindo monumento de la pequeña Latacunga, que tiene ya institutos religiosos, en los cuales se hace buena obra educando religiosamente a tantos jóvenes. Su posición, entre Quito y Ambato, le proporciona un clima muy saludable, así que los habitantes crecen fuertes y robustos y amantes del orden y limpieza que admiran en la capital.

La mañana del 6 de febrero, después de nuestros rezos acostumbrados, tomamos asiento en la diligencia para irnos a Ambato. Llegamos allá a eso de las 2 de la tarde, y aquí terminó nuestro viaje en diligencia. Después de comer algo fuimos enseguida donde nuestro simpático agente, el Sr Porras, quien sabía de nuestra llegada y nos esperaba para proporcionarnos, cariñosa y solícitamente, todo lo que podía hacernos falta. Nos dio dos buenos caballos de silla, varios caballos más de carga y un buen guía. Ambato también desea la presencia de los Salesianos, y por lo que se dice, está dispuesta a cedernos un grandioso edificio, construido años atrás para el Colegio Nacional.

Es una ciudad más grande e importante que Latacunga, con buen clima, terrenos bastante fértiles, y es conocida también por su trigo: pero se encuentra también una buena producción de toda clase de frutas, y hasta de uvas excelentes. Hay un bellísimo Seminario, dirigido por los Padres

Lazaristas y dependiente del Arquidiócesis de Quito. Las calles de la ciudad son rectas, limpias y bastante cómodas, las casas lindas y simétricas, y a pesar de ser chiquita, es una de las más lindas ciudades de la república.

Dejamos Ambato para dirigimos a Mocha, pequeño pueblo donde llegamos al anochecer después de un viaje bastante bueno, con la única molestia de una especie de carrera de toros que tuvo lugar por ser carnaval, y nos obligó a desviarnos un poco del camino que nos habíamos propuesto recorrer. En Mocha nos alojamos en un microscópico hotel, el mejor del lugar, y tuvimos ocasión de ofrecer a Dios un poco de sufrimiento. El párroco, que ya nos había conocido en Quito, donde había acompañado a Mons. Costamagna hace cuatro años, fue a saludarnos e invitarnos a dar nuestra bendición a sus parroquianos, buena gente que estaba haciendo un triduo solemne en reparación de los numerosos pecados cometidos durante el carnaval. Nos ofrecimos con mucho gusto para confesar y para celebrar unas misas, ayudando en la Parroquia: trabajamos mucho y provechosamente.

La mañana siguiente, 7 de febrero, después de celebrar la Misa, salimos hacia Riobamba. A eso de las 11 pasamos a lado del gran Chimborazo, que con su cumbre cubierta de nieve casi todo el año, se levanta gigantesco entre las nubes y domina todas las montañas de a lado. Llegamos a la tres y media p.m. a nuestro Colegio de Santo Tomás en Riobamba, y fuimos recibidos por el director, Don Fusarini, los amados hermanos y alumnos, con muchísimo cariño: los nuevos músicos nos hicieron oír sus hermosas marchas, recién aprendidas, y quisieron brindarnos todos los honores que podían y sabían, obligándonos así a quedarnos hasta el día siguiente.

Riobamba es una de las cuatro o cinco ciudades principales del Ecuador; hay el Obispo, que es ese mismo Mons. Andrade que habiendo estado el año pasado en Italia, fue a visitar el Oratorio de Turín, donde quedó muy satisfecho por la acogida que se le hizo; la ciudad tiene calles hermosas y cómodas, pero es a menudo molestada por un fuerte viento que levanta un abundante polvo e impide caminar con un mínimo de comodidad y admirar sus bellezas. Hay muchas comunidades religiosas que se ocupan de la educación de la juventud para que logre ser piadosa, estudiosa y laboriosa.

La mañana del 9 de febrero, con buenos caballos y mulas y expertos arrieros, salimos hacia Cuenca, que queda a cuatro o cinco días de camino. Después de muchas horas, llegamos bastante cansados al pueblito de Guamoto. El Párroco estaba ausente y se encontraba en Riobamba, atendiendo a su madre moribunda. Así, nos alojamos y pasamos la noche en una especie de hotel.

### *Un favor de María*

El día siguiente, 10 de febrero, celebramos la Santa Misa temprano y a eso de las cinco recomenzamos nuestro viaje, hacia Chupalla, pueblo de unos 3.000 habitantes, donde fuimos exquisitamente acogidos por el Párroco y abastecidos generosamente de todo lo que necesitábamos. Nos trató estupendamente, porque según creo, es Cooperador Salesiano y además porque obtuvo recién un favor de la Virgen de Don Bosco, favor que me contó y que le gustaría que fuera publicado en el Boletín. He aquí la historia:

Hace unos meses, este párroco tuvo varios disgustos a causa de unos parroquianos suyos, molestos porque los reprendía enérgicamente, para que cumplieran con sus deberes religiosos. Como si esto no fuera suficiente, algunos liberales de la zona se unieron a esos parroquianos descriteriados, para demandarle. El buen Sacerdote respondía a estas maldades haciéndoles el bien: una hermosa iglesia, hecha casi toda de su bolsillo, pero solo le contestaban dándole nuevos disgustos.

Este servidor de Dios había oído hablar de don Bosco y de los numerosos favores que había obtenido de María SS. Auxiliadora, y se dirigió con plena confianza a esta Buena Madre, prometiendo para las misiones Salesianas de Gualaquiza nueve sucres, si lo liberaba de las persecuciones de que era objeto. Por lo visto María SS. Auxiliadora aceptó la promesa en favor de las Misiones de Don Bosco, y lo libró completamente de sus perseguidores. Y él, lleno de gratitud, nos dio los nueve sucres, invitándonos a unimos a él para agradecer el favor tan grande recibido.

Pero volvamos a nuestro viaje. La mañana del día 11, después de agradecer debidamente a nuestro generoso anfitrión, montamos muy

pronto en nuestras mulas porque teníamos que pasar la gran montaña del Azuay, tan peligrosa en los días de invierno. A eso de las 11 ya habíamos llegado cómodamente a la cumbre y gozábamos mirando los espléndidos paisajes. Pero hacia la una, mientras comíamos algo, unos inmensos nubarrones oscurecieron el bellissimo horizonte, hubo una serie de relámpagos y truenos, y cayó una fuerte lluvia con granizo que nos acompañó por cuatro horas. Por fin, cuando Dios quiso, la tempestad pasó y pocas horas después llegamos a Cañar, pueblo de tres o cuatro mil habitantes. No fuimos directamente a la casa del párroco, porque él no estaba, fuimos recibidos y cordialmente alojados por dos buenos sacerdotes que le sustitúan hasta su vuelta de Cuenca. Y como era día de fiesta, nos ofrecimos encantados para ayudarles en la atención a los fieles, llegados en gran número por las celebraciones religiosas.

El día 12 salimos hacia Azogues, a las 9 a.m., y llegamos allá a las cinco y media; fuimos recibidos con exquisita cortesía por los Padres Oblatos, religiosos que dependen de nuestro gran bienhechor y amigo cuencano, el Dr. Canónigo D. Matovelle, del cual habían recibido la orden de recibimos como a hermanos.

No había pasado media hora, y mientras todavía descansábamos, llegaron a darnos una gratísima sorpresa los amados hermanos don Bruzzone y don Spinelli: ya puede Ud. imaginarse con cuánta dicha nos volvimos a ver y abrazar. El Sr. Don Motovelle de Cuenca nos mandó un cable de bienvenida. Nos presentamos a saludar al Sr. Gobernador y a los Hermanos de las Escuelas Cristianas y fuimos recibidos muy bondadosamente. Azogues tiene cerca de 7.000 habitantes, tiene terrenos muy fértiles, clima muy bueno, y está cerca de Cuenca.

#### *Alegre acogida en Cuenca. Un gran amigo*

A eso de las 11 del día 13, después de saludar y agradecer a nuestros gentiles anfitriones, nos fuimos hacia Cuenca, ciudad culta y florida en la cual nos quedamos nada menos que doce días para entedernos con las autoridades locales respecto de asuntos de nuestra Misión y procuramos lo necesario para seguir el viaje e instalar las primeras bases de las misiones. Desde Cuenca, otros hermanos fueron a nuestro encuentro, por ej. el Sr. Miguel Dávila, digno bienhechor de nuestro colegio de San Luis,

y algunos jóvenes a caballo. No puedo describirle con cuánto entusiasmo nos recibieron los hermanos cuencanos, amadísimos y buenos, porque mis palabras no bastarían para contarle esa alegre y cálida acogida que nos dieron.

Don Matovelle quiso ser el primero en visitarnos, y abrazándonos nos decía con la emoción más grande: "Por fin han llegado Uds. para traer la salvación a esta provincia, y a los numerosos salvajes del Oriente que deseaban su presencia y suspiraban por Uds. Sean Uds. bienvenidos: yo pongo a su disposición mi persona y todas mis cosas, y me consideraré afortunado si puedo ayudarles en algo". Y comprobamos con los hechos, que se trata de uno de nuestros más generosos bienhechores, un cooperador y padre amoroso que extiende su caridad a todas las obras salesianas del Ecuador. Es muy sabio y virtuoso, canónigo, diputado, fundador de la Congregación de los Oblatos de María, que se ha propuesto proporcionar buenos y activos párrocos a estas inmensas parroquias.

En los días en que nos quedamos en Cuenca, dictamos los ejercicios espirituales a los jovencitos de nuestro Colegio y fuimos consolados por la conducta realmente edificante de todos ellos, y del fruto que parecen haber sacado de nuestras enseñanzas. Gracias, por esto, a nuestro Señor y a María SS. Auxiliadora.

Las autoridades eclesiásticas y civiles nos recibieron con mucha benevolencia y pudimos tratar con ellas los numerosos asuntos relacionados con nuestras misiones. El Obispo, Mons. León, el Administrador Apostólico Mons. Benigno Palacios, el Vicario General nos demostraron tener gran simpatía por la obra de don Bosco.

La ciudad de Cuenca es, para el idioma castellano, lo que Florencia para el italiano, y es cuna de grandes hombres, entre los cuales el actual presidente de la República.

*De Cuenca a Gualaquiza. Numerosas y útiles etapas*

Por fin, la mañana del 26, después de saludar a los hermanos y agradecer a nuestros amados Cooperadores, nos pusimos de nuevo en

camino, aumentando nuestra caravana con otros tres maestros artesanos, para instruir a los pobres salvajes.

Pancheri y yo por la noche llegamos a un pueblito, San Bartolo, donde fuimos hospedados y abastecidos de todo lo necesario por el gentilísimo párroco, y esperamos allá a los otros que llegaron el día siguiente, 27, por la mañana. Allá tuve que comprarme otra mula, porque la que tenía estaba tan agotada, que no podía seguir.

A eso de las diez, después de agradecer a nuestro buen párroco, salimos hacia Sigsig, donde llegamos a las tres y media, y fuimos gentilmente recibidos por los hijos del Sr. Miguel Moscoso, nuestro buen amigo, y hospedados generosamente por el M.R. Párroco don José Piedra, hermano del párroco de San Bartolo, quien nos retuvo en su casa casi cuatro días. Es realmente un hombre bondadoso, y por eso es tan amado y estimado por el pueblo.

Se hizo prometer que volveríamos en otra ocasión a visitarlo y nos ofreció su apoyo en todo lo que podíamos necesitar. Le manifestamos lo mejor que pudimos nuestra gratitud, ofreciéndonos para confesar y predicar el domingo que pasamos en su casa, dando a sus feligreses mayor comodidad para asistir a los oficios divinos santificando la fiesta. El 27 nos despedimos de esa dignísima persona y de los otros buenos amigos y cooperadores para comenzar la parte más desastrosa de nuestro viaje a Gualaquiza. Pero ese buen párroco, con las principales autoridades del pueblo y otros buenos amigos, nos quisieron acompañar por tres horas de viaje, dándonos así un testimonio de un cariño muy grande, que no lo olvidaremos nunca.

Después de caminar muchas horas, el anochecer llegamos a Chigüinda, que no es propiamente un pueblo, sino un conjunto de chozas de paja. Aquí tuvimos ocasión de practicar la pobreza evangélica. Por la mañana, construimos una capillita improvisada y confesamos, celebramos la Misa, dimos la comunión a varias personas y con un sermoncito muy sencillo intentamos dar ánimos a esa pobre gente para que pensara en la salud de su alma. Al final les exhortamos a construir una capillita y les prometimos volver allá para los oficios divinos, lo más frecuentemente posible. Nos fuimos a eso de las ocho, y pasando por Rosario y San José,

llegamos a eso de las cuatro y media a Cuchipamba, donde el dueño del lugar, un señor Quintanilla, nos recibió muy bondadosamente, dándonos todo lo necesario para nuestro grupo.

Apenas en la hacienda y por el lugar se supo de nuestra llegada, esos habitantes que meses atrás, habían probado, después de largo tiempo, las dulzuras de nuestra santa Religión, cuando pasaron por ahí Spinelli y Pancheri, esta vez también corrieron a vernos, oírnos, y prepararse para sus prácticas religiosas, además de oír la Santa Misa. Era un día de gran fiesta para nosotros y para ellos, y todos nos enternecimos hasta llorar y bendecimos de corazón al buen Dios que nos llamó a servirlo en estas Misiones. Exhortamos a esos habitantes también, a construirse una capillita, asegurándoles que pronto volveríamos a verlos.

Distribuimos, para el recuerdo, unas estampitas, medallas etc., como lo habíamos hecho en los otros pueblos. Luego reanudamos el viaje pasando por caminos más adecuados para cabras que para gente, y a eso de las 6 p.m. del primero de marzo entramos solemnemente en Gualaquiza, pasando debajo de arcos de triunfo preparados por esos pobres salvajes quienes fueron llamados por una campana rota y corrieron numerosos al pueblo, aclamándonos porque llegábamos en nombre de Dios. Como era nuestro deber, entramos enseguida a la capilla y agradecemos a Dios que nos había guiado y protegido hasta el lugar de nuestra Misión.

#### *En Gualaquiza. Los salvajes llegan. Primeros bautizos*

Nos alojamos los primeros días, en la casa de nuestro amigo, el Sr Guillermo Vega, y entretanto con su ayuda, arreglamos como pudimos la capilla, para poder tener siempre con nosotros a Jesús en Sacramento, porque teniéndolo a El, tenemos todo. Los salvajes de los lugares cercanos fueron ellos también a unirse con los de Gualaquiza y un gran número de ellos viven con nosotros. Varias noches tuve que compartir con ellos cobijas y sábanas, y como no bastaban, añadí el hábito, el abrigo, para que pudieran abrigarse. Las primeras noches yo no dormía muy tranquilo, temiendo despertarme de pronto en el más allá... pero luego me puse en las manos de Dios, dispuesto a dar también mi vida por su amor.

Considerando el carácter de estos salvajes, debemos realmente exclamar, como dice el Salmista: "Nisi Dominus aedificaverit domun, in vanum laboraverunt qui aedificant eam". ¿Acaso llegó el tiempo de recoger algún fruto de las interminables fatigas de los hijos de San Ignacio? Dios lo quiera! Ellos fueron incansables predicadores de su divina palabra!

En los dos domingos que ya transcurrimos aquí en Gualaquiza, la capillita no alcanzó a dar cupo a todos los Jívaros que estuvieron presentes en los oficios divinos: tuvimos que improvisar un pequeño púlpito en la mitad de esta para hacemos oír también por los que, a pesar suyo estaban afuera. Comenzamos bautizando a tres Jívaros, y estamos preparando a otros. Alojamos donde nosotros a seis hijos de blancos y mestizos.

Aquí hay mucho trabajo también para las Hijas de María Auxiliadora. Si se pudiera preparar para año nuevo a un grupo de una media docena, nosotros esperamos poderles preparar una casa decente. Luego convendrá también aumentar nuestro número, mandándonos a unos hermanos listos para este trabajo, para el sacrificio y la abnegación.

¿Y cómo haremos con los gastos? Yo me encomiendo a Ud, queridísimo Sr. don Rua, o mejor dicho a nuestros buenos cooperadores y cooperadoras, todos buenos y activos, porque tenemos que fabricar la iglesia y la casa y no tenemos plata, al contrario ya tenemos deudas.

Ud. querrá saber como hacemos para comer. No tenemos ni pan, ni vino, sino maíz, yuca, plátano y un poco de carne; tomamos la sabrosísima chicha o agua, pero hasta la fecha todos estamos bien de salud.

Es nuestra intención, y también del Padre Calcagno, consagrar todo el Vicariato al Sagrado Corazón de Jesús. Esta nueva casa, según los descos expresados por la autoridad eclesiástica y civil, se encuentra bajo la protección del gran misionero del Chablés, S. Francisco de Sales, y se llama "Colegio y Misión de San Francisco de Sales".

El primero de los jóvenes a quienes recibimos como internos, el 7 de marzo, se llama Miguel, nombre este tan querido para todos, porque nos recuerda a Ud., amado Padre, y nos hace tener más esperanzas con esta nueva casa que seguramente será amparada y defendida por el gran

arcángel contra las asechanzas del enemigo infernal. Tenemos un clima saludable, y la tierra produce bastante más yuca, plátano, azúcar y café; se podía decir que estamos en un verano eterno.

Hoy Pancheri se va, para visitar el territorio oriental de este Vicariato, y preparar un mapa que debemos presentar en el próximo Congreso Ecuatoriano.

Le ruego aceptar, queridísimo Padre, los respetuosos saludos míos, de los amados hermanos, de los niños que instruimos, y a quienes siempre le hablamos de Ud., de manera que ellos lo conocen y lo quieren porque saben que Ud. los quiere mucho.

Le beso con afecto filial su mano derecha bendita y le ruego presentar mis saludos respetuosos a los amados Superiores de allá. Siempre suyo y obedientísimo en J. y M.

*D. Francisco Mattana*

## Crónica de Gualaquiza\*

*1 de abril de 1894.* Desde este primer año pudimos celebrar en la vieja capillita todos los oficios religiosos de la Semana Santa, a los que asistieron con gran seriedad y devoción los pocos cristianos y bastantes Jívaros. Hubo la adoración del Santo Sepulcro, la solemne procesión, el lavado de pies, la bendición de la Pila Bautismal, bastantes sermoncitos, y terminamos con un buen número de comuniones que seguramente alegraron al Corazón Sagradísimo de Jesús. El domingo de Pascuas tuve que celebrar la Santa Misa dos veces para comodidad de todos, porque don Spinelli había ido a San José a celebrar la Santa Pascua con esas gentes. El lunes, además partió el buen Pancheri para comenzar una larga y difícil excursión hacia Méndez (véase el relato en el Boletín de enero de este año). Me quedé, por tanto, solo con el hermano Jurado y ocho jovencitos blancos que están aquí en nuestra casa como internos. Un buen número de chicos Jívaros que van y vienen por la Misión como les da la gana, ya aprendieron a persignarse, a rezar el Padre Nuestro, el Avemaría, El Gloria Patri y las letras del alfabeto castellano. Es indecible el amor y la estimación que sienten por nosotros los salvajes, que llegan a nuestra casa de todas partes, porque en todo el Oriente se esparció el rumor de que han llegado Padres muy buenos, muy cariñosos y que para los indios son todo corazón.

*16 de abril.* Desde Pascuas hasta la fecha, pude bautizar bastantes niños Jívaros y el mayor de ellos tiene diez años. Ayer celebramos aquí

---

\* Cubre el período que va de abril a diciembre de 1894 y fue escrita por el P. Mattana. El "Bollettino Salesiano" lo publica en diciembre de 1895.

también el Patrocinio de San José. Celebramos la Santa Misa cantando cantos gregorianos con acompañamiento de armonium, hubo sermón y procesión con la estatua del Santo, y fue consolador ver a esa cantidad de Jívaros que se ponían en cola ellos también, junto con los cristianos. Ayer fue la primera vez que tocamos el armonium, y los Jívaros asombrados, preguntaban si adentro había muchos pequeños cantantes.

*20 de abril.* Visité bastantes familias Jívaras y tuve buena esperanza de convertir a muchas. Un venerable viejito de unos cien años, que hace de sacerdote de los salvajes, me prometió hacerse bautizar antes de morir, él también. Dios quiera que la cosa se haga pronto, porque su ejemplo será seguido por muchísimos otros.

Un día, mientras estaba yendo a visitar a una familia, me topé con el esqueleto de una pobre india matada poco antes por una tribu de Jívaros enemigos. Bajé del caballo, lo recogí, lo llevé a la misión y dos días después lo enterramos en el Cementerio. Los Jívaros cristianos, sabiendo que la pobrecilla era buscada por sus enemigos que querían matarla a toda costa, pensaron verterle agua en la cabeza, como dicen aquí, para bautizarla. La mataron dos días después de esto: espero entonces que su alma esté en el Paraíso.

*30 de abril.* El Misionero tiene que hacer también el médico. Una mañana de la semana pasada, después de terminar la Misa, llegaron corriendo a la Misión unos Jívaros buscándome para que visitara a un enfermo. Cogí la mula y corrí con ellos. Después de caminar varias horas, y no siempre en mula, por bosques, peñascos y quebradas, llegué al tambor del pobre enfermo. Este estaba recostado sobre una gran mesa, de gruesa corteza, y se retorecía gritando desesperadamente por los dolores. Cuando llegué, todos saltaron de felicidad y brincando alrededor me decían: "Padre Francisco, pronto pronto remedio, que ya muriendo estando nuestro Mascho".

Cesaron los gritos y el enfermo quiso abrazarme y besarme la mano con gran cariño, y repetía él también: Padre, pronto tomando remedio: no tomando remedio, muriendo. Lo interrogué, lo examiné bien y me di cuenta de que más que nada, necesitaba buenos masajes. Le hago tomar un agua caliente y luego me dedico a hacerle buenos masajes en todo el

cuerpo, especialmente en las partes que estaban más doloridas. En un momento los dolores desaparecieron, y el enfermo empezó a sonreír y la triste escena de antes se transforma en una fiesta alegre y cordial, tanto para la familia como para los vecinos, que gritaban: "El Padre Francisco ha curado a nuestro Mascho". En medio de esta fiesta vi a un Jívaro que estaba solito y entristecido. Era el pobre brujo o médico, que con todas sus brujerías no había podido curar ni disminuir los dolores de Mascho, había observado con gran curiosidad todo lo que yo había hecho y viéndolo curado, se sentía muy humillado.

*5 de mayo.* Después de unos días iré a Cuenca para tratar unos asuntos de esta Misión y luego comenzar una serie de predicaciones en Sigsig, por pedido de ese buen Vicario Foráneo, Sr. don José Piedra; también voy a visitar a todos los habitantes cristianos de nuestra parroquia.

*15 de mayo.* El miércoles pasado, día 9, dejé en Gualaquiza a don Spinelli con los hermanos Pancheri y Jurado, y me fui a Cuenca donde llegué a las nueve y media a.m., acompañado por el primer alumno que entró a nuestra casa, Miguel Romero, y tres Jívaros, dos de los cuales ya son cristianos.

Tuvimos mal viaje: la primera noche, que debimos pasarla en la orilla del San José, amparados solamente por una gruesa piedra, no pudimos pasar el río porque estaba tan crecido que no se podía hacer pasar las cabalgaduras. El día siguiente las aguas habían bajado un poco, pero todavía había el peligro de que nos llevaran con caballo y todo, pero nos animamos a cruzar el río igualmente, y gracias a Dios y María SS. Auxiliadora, pudimos cruzarlo bien y llegar a Cuchipamba, donde celebré la Misa, y hasta bauticé a un niño. En Chigüinda también tuve que celebrar la Misa, en Sigsig y San Bartolo tuvimos de nuevo la cortés y hospitalaria atención de los dos párrocos, hermanos Piedra. En Santa Ana tuvimos que dormir en el suelo y con la ropa totalmente empapada por la lluvia que nos cayó todo el día, y por suerte grande, encontramos una casa para guarcernos del viento.

*23 de mayo.* La razón por la cual me fui a Cuenca fue la necesidad de tratar algunas asuntos de nuestra misión de Gualaquiza con autoridades eclesiásticas y civiles, pagar unas deudas y contraer otras, más graves.

Salf de Cuenca muy satisfecho, y el alumno que me acompañaba tuvo una bella moneda y hermosas palabras de consuelo del Exc. Obispo, y también los Jívaros fueron admirados por los Cuencanos, porque demostraron total docilidad. Los Jívaros se quedaron en Cuenca solamente tres días, y luego, llenos de regalos y aturdidos por las cosas que habían visto en la ciudad, volvieron a sus casas. Yo el día 20, domingo, me encontraba en Gualaceo, camino a Sigsig; en Gualaceo también encontré a dos queridos amigos, el Párroco y su ayudante.

*2 de junio.* Ayer, con la fiesta del Sagrado Corazón, terminó en Sigsig la octava del Corpus Christi, que en la diócesis de Cuenca suele festejarse con notabilísima solemnidad. Ese reverendo Vicario dejó por ocho días consecutivos la parroquia a mis órdenes. Todos los días había exposición del SS. Sacramento, Misa solemne, sermón, vísperas y bendiciones solemnes, siempre con una extraordinaria cantidad de gente. ¡Qué entusiasmo para los SS Sacramentos! Había que quedar confesando hasta las 11 de la noche. Los enfermos, incluso los que vivían más lejos, tuvieron el consuelo de ser visitados y de recibir el S. Viático. Fueron realmente días serenos, y me resulta imposible expresar todas las dulces emociones que el Señor me hizo probar.

En la mitad de estos ocho días, recibí una carta de Pancheri, que me contaba que el pobre don Spinelli se había enfermado gravemente, tuvo incluso que dejar de celebrar la misa; su vida estaba en peligro y yo debía volver de inmediato. A esta noticia, me lancé a los Pies de Jesús en Sacramento, y le supliqué que para bien de nuestra Misión no nos diera esa gran desgracia y curara a mi hermano. El día anterior a la fiesta del Sagrado Corazón, otra carta me anunció que las fuertes fiebres del Padre Spinelli habían cesado y se sentía bastante mejor. Yo también me tranquilicé un tanto, y volviendo a Gualaquiza, pensé visitar a casi toda la gente que pertenece a nuestra parroquia, que mide como una vez y media el Piemonte.

*12 de junio.* Llegué ayer a Gualaquiza: imposible decir con cuantas ansias me esperaban. Saliendo de Sigsig visité a la gente de Chigüinda, Rosario, Cuchipamba, San José y Aguacate, dando a todos la posibilidad de confesarse y comulgar, oír y escuchar la palabra de Dios. Visité a todos los enfermos que hay, bauticé a algunos, y bendije unos matrimonios.

*1 de julio.* El otro día retiré, de algunos Jívaros, una cabeza humana que llevaban como en triunfo, por una victoria en una de esas guerras que entre ellos no faltan nunca. La enterré en tierra no consagrada, porque ese pobre indio no había sido bautizado.

El número de nuestros alumnos va en aumento. Tenemos veinte internos, en parte blancos y en parte Jívaros, y algunos van a clase como alumnos externos. La educación de las chicas está en manos de una buena mujer, hasta que lleguen las hermanas.

*15 de julio.* Después de mi regreso, Pancheri se fue a Quito, llamado por don Calcagno para informar en el Congreso qué se ha hecho en esta Misión. Y nosotros, desde hace cinco días estamos sin comida, no tenemos ya ni un grano de maíz en casa, y todos los días, para sobrevivir, esperamos lo que la Providencia quiere mandarnos por medio de los pobres Jívaros. Ahora estamos haciendo una novena de San José; esperamos que San José siga siendo nuestro providencial dispensero.

*10 de agosto.* Recibo noticias no muy buenas de Quito. El buen Pancheri, que fue allá ad petendam pecuniam para esta pobrísima Misión, me escribe que también esos pobres hermanos nuestros se encuentran en mala situación y que por lo pronto no puede obtener nada. Añade que el pobre don Calcagno, por disgustos que tuvo en estos meses por parte de enemigos de nuestra obra moralizadora de Misioneros Católicos, se encuentra en un lamentable estado de salud. Roguemos a Dios que se mejore y aumentemos nuestra confianza en El, que seguramente no querrá abandonarnos.

*20 de septiembre.* El domingo pasado hubo, por primera vez en este pueblo, la distribución de los premios a alumnos y alumnas que frecuentaron las escuelas de la misión este primer año, y hubo una exposición de los trabajos hechos por los chicos; hubo una solemne velada conmemorativa de nuestro querido fundador Don Bosco. Los trabajos expuestos eran los siguientes: un escritorio, algunas sillas, percheros, mesas y bancas, todo hecho por los carpinteros; un lavadero, lanzas, compases y varios enseres de metal, hechos por los herreros; trajes enteros, chaquetas, chalecos, pantalones, gorras, camisas, etc. obra de los sastres; las chicas expusieron pañuelos blancos y cubrealtares bellamente bordados. Los can-

tos, los sonidos y varias declamaciones hechas por los mismos chicos y chicas indios y blancos, externos e internos, tuvieron gran éxito, y aumentaron el cariño que ya nos tienen los cristianos y los Jívaros, que corren a nuestra casa para labramos la tierra, esperando que aumente el número de misioneros que vengan acá a ocuparse de hacer el bien a ellos y a sus hijos. Los premios distribuidos fueron 16, tanto por la instrucción religiosa, como por la conducta y el aprovechamiento en los diferentes oficios o trabajos femeninos, y por la música vocal. El día siguiente muchos otros niños pidieron ser acogidos en el internado y frecuentar nuestras escuelas. Este aumento requiere un mayor número de personal y mayores medios materiales. Comenzamos una nueva iglesia, pues la actual es una auténtica choza, abierta a todos los vientos, y expuesta por todo lado a la lluvia. También comenzamos a construir otra casa, porque en la actual choza grande, a menudo se necesitan paraguas, incluso por la noche, si no queremos encontramos completamente mojados en nuestro catre; pero nos encontramos inmovilizados por falta de medios. Que la Providencia nos ayude, porque entonces continuaremos los trabajos y aumentaremos el número de chicos y por consecuencia, el bien que se hace a esta pobre gente.

*20 de noviembre.* Hacia la mitad de este mes me pasó una grave desgracia de la cual pude rehacerme pronto por verdadero milagro. Volviendo una tarde de las acostumbradas visitas al cruzar el río Gualaquiza, se rompió la sincha de mi orgullosa mula, que de pronto me lanzó contra el tronco de un árbol cortado a 30 cm. del suelo; pero yo tenía todavía los pies enredados en la montura, y la gruesa e inquieta bestia se cayó encima de mí, y para liberarse lanzaba patadas a todo lado, que llegaban todas a mi cuerpo. Los Jívaros que me acompañaban estaban aturcidos por esta escena, gritaban, lloraban y yo, viendo la muerte cerca, seguía pidiendo ayuda a Dios y a María Auxiliadora... Por fin, cuando Dios quiso, soltándose de la montura, la mula se levantó, dejándome medio muerto. Intenté levantarme yo también, pero el espinazo no me podía sostener ya, y caí de nuevo al suelo, preso de agudos dolores y sin poder respirar bien. Después de un poco de tiempo intenté otra vez enderezarme, con la ayuda de los Jívaros, y a pesar de los dolores y punzadas, pude mantenerme sentado. Buscaron, en una casita poco lejos, otra montura y me colocaron de nuevo sobre mi mula; despacito nos fuimos a casa. Pero, ¡ay de mí! cada paso de la mula era un martillazo para mi cuerpo, y cuánto sufrí antes de

llegar a la Misión! Qué fiebre ardiente me había invadido! Y qué dolores en el espinazo, estómago, vientre! Ya no daba más, de veras; tuve que tirarme a la cama sin esperanza de poder levantarme pronto.

Dando las buenas noches a mis amados hermanos, para no asustarles demasiado, les dije que pronto me curaría, pero yo me sentía muy mal, los dolores continuaban cada vez más atroces. Entonces, lleno de confianza, me dirigí a Dios, a María Auxiliadora, y a la intercesión de un Santo en quien siempre tuve que poner mi afecto. Y. ¡milagro! Enseguida, luego de cierto rezo especial, después de tocar una reliquia del Santo, desaparecieron todos mis dolores, y pude bajar de la cama, para asegurarme que me había curado de veras. No puede expresar la dicha y gratitud que probé esa noche. Varias veces bajé al reclinatorio para rezar agradeciendo a Dios, a María Auxiliadora! y la mañana siguiente por la mañana, con asombro de todos, pude presentarme yo primero a la comunidad para que todos agradecieran conmigo al Señor y a Nuestra Madre Auxiliadora... por haber obtenido la curación instantánea.

*1 de diciembre.* Estalló una guerra entre los Jívaros: guerra atroz, guerra sangrienta. Ya hay heridos y muertos y yo soy llamado para asistir como sacerdote. Están listos los caballos y las mulas, y me esperan, para acompañarme, unos valientes cristianos y una multitud de Jívaros. Parece que para nosotros, los Misioneros, no hay ningún peligro; al contrario, parece que nos toca a nosotros avanzar prudentemente con la Cruz, y pacificarlos.

Dios y María Auxiliadora queden con nosotros.

## Decepciones y esperanzas\*

Gualaquiza, nov. 1895

Amadísimo Padre en N. S.:

A pesar del ligero atraso por falta de correo, debido a la revolución que ha desolado a estos pobres países, le escribo enviándole tres relatos: antes de nada, de una misión dada en tiempo pascual, a toda la extensísima Parroquia de Gualaquiza y a las poblaciones esparcidas de Cuchipamba, Aguacate, Rosario, Chigüinda, Concepción y Granadilla; luego de la solemnidad con la cual fue celebrada la fiesta de nuestra Madre Marfa Auxiliadora; por último, de la hermosa fiesta que se hizo en ocasión de la distribución de los premios y exposición de los trabajos hechos por nuestros jóvenes internos y externos, y las chicas externas de nuestro Colegio y Misión de San Francisco de Sales. Son noticias que seguramente consolarán mucho a su corazón de Padre.

*Caminando por la misión. Peligros y decepciones. Los indios me dan de comer. Una enferma en la selva. Regreso a la residencia*

Anticipo que también en el año de 1895, en la capilla de Gualaquiza, pudimos celebrar todos los oficios de Semana Santa. ¡Qué dulce es celebrar uno de los más grandes misterios de nuestra redención en estas regiones semibarbaras, entre selvas vírgenes! Aproveché la gran cantidad de

---

\* B. S. 1895, pp. 92-96.

salvajes y fieles en las solemnes celebraciones, para dar la misión, cosa que gracias a Dios, logró gran provecho en favor de las almas.

Luego, el lunes de Pascua, ensillamos los caballos, cogí el altarcito transportable, los víveres y las cosas más necesarias, pedí la bendición del S. Corazón de Jesús y María Auxiliadora, y partí, acompañado por el alumno Lorenzo Fajardo. A las seis de la tarde estuve en Cuchipamba, donde el Sr. Víctor Quintanilla que me recibió, tratándome con suma cortesía. Confesé a algunas personas después de la cena, descansé en una cama no muy mullida, porque estaba hecha con algunas tablas, y la mañana siguiente seguí confesando y luego, "infra Missam", distribuí el Pan de los Angeles e hice un breve sermón de circunstancia.

Heme aquí nuevamente en marcha hacia Rosario, donde llegué a eso de las 11, y para no perder tiempo, mientras se me preparaba un poco de almuerzo, decidí irme a la hacienda de la Concepción. Se encuentra cerca de un rápido torrente y muy lejos de las otras casas. Para llegar, había dos caminos: uno, de cinco horas, que podía hacerse en parte a caballo; otro, de unas dos horas cuando más, pero este era un camino para venados, o mejor dicho, para cuervos! Todos me aconsejaban que no tomara ese camino, y me aconsejaban por lo menos, que tomara el más seguro. No quise escucharlos, y pensé que cuando más estaría de vuelta a eso de las tres de la tarde. Pero lo peor era que nadie quería acompañarme, hasta que cierto señor Jesús Manuel Brito se decidió. Me puse un par de largas y gruesas botas y con el hábito amarrado y doblado, acomodado debajo de las axilas, con un buen bastón, nos pusimos en marcha.

Durante una media hora, con infinitas dificultades, pudimos seguir adelante. Luego el gufa se dio la vuelta y me dijo: "Padre, el camino ya no existe". "Sigamos" dije yo, "vamos, para hacer un poco de bien a aquellos pobres cristianos; el Señor y la Virgen nos ayudarán, si caemos el Señor ha de mandar a sus Angeles para sostenernos y levantarnos". Créame, amadísimo Padre, pasamos por lugares que no se podían pasar sin alas. Con un viejo cuchillo, que el gufa tenía por casualidad, tuvimos que abrirnos paso, pero cerca de quebradas tales, que a cada instante veíamos la muerte al frente. En un momento dado, ya no se podía seguir adelante: debajo el torrente rápido e impetuoso aullaba. ¿Qué hacer? Cortamos algunas plantas de bejuco, que es una especie de vid silvestre, las usamos

como sogas, y nos suspendimos de ellas, bien amarradas a gruesos árboles, casi entre cielo y tierra, encima de esas quebradas y el torrente, temblando como hojas, hasta estuvimos obligados a cerrar los ojos para no ver todo el peligro; los teníamos entrecerrados para alcanzar a ver solamente los puntos donde colocábamos los pies, mejor dicho las puntas de los pies. Pero Dios quiso que por fin llegáramos, ( ya eran las tres de la tarde), a la deseada Concepción, más muertos que vivos.

Decepción! La hacienda había sido abandonada antes de las fiestas de Pascuas. Todas las puertas estaban abiertas, todo estaba vacío, no había un alma, y no había nada para calmar el hambre y la sed que a esa hora se hacía sentir imperiosamente. Volver por el camino ya recorrido era imposible: para seguir adelante había unas tres o cuatro horas de subida difícilísima antes de volver a ver casas y habitantes; quedarse en Concepción era impensable.

En estas circunstancias, es necesario armarse de valor, esperanza y rezos. Descansamos un poco; intentamos, pero en vano, hacer un poco de saliva mascando una caña de azúcar. Bendije las casas, según el rito, y luego empezamos a subir la cuesta, empinadísima y trabajosísima. Llegamos a la cumbre, en qué estado solo lo sabe Dios, y viendo el larguísimo trecho que aún nos separaba de las casas, por un instante tuvimos la esperanza de que llegara alguien. ¡Espera inútil! Entonces rogué a mi compañero que se adelantara, y me enviara luego algún alimento para restablecer mis fuerzas agotadas totalmente. Se fue, y yo lo seguía despacito, pero encontré a algunos indios, que me dieron un poco de aguardiente, que tomé con dicha inmensa, mezclada con agua. Después de poco llegó también un hombre, mandado por mi guía, con otra bebida. Me sentí un poco restablecido y me puse en marcha de nuevo; como ya estaba anocheciendo, con mi rústico bastón iba tocando el suelo delante para no poner un pie en falso y derrumbarme en alguna quebrada.

Después de una media hora de este trabajoso viaje, oí de lejos gemidos y voces confusas. Enseguida pensé dirigirme allá, donde se oía la voz, pero la oscuridad impedía llegar pronto como yo lo deseaba. Y de pronto unas voces más reconocibles me llegaron al oído: "¡Buen Dios, Virgen Auxiliadora, hagan que mi suegra no muera sin los SS. Sacramentos! ¡Oh! Si estuviera aquí el Padre Francisco! "Entonces ya no pensé

en el cansancio, y tuve la esperanza de ser útil a un alma, me presenté a la persona que deseaba mi presencia, y llegamos juntos a la casa de la enferma, que víctima de una tremenda pulmonía, se retorció en el suelo en forma desgarradora. Pero, cuando me vio, inmediatamente se demostró contentísima de mi llegada, de la cual no tenía esperanza. Pude confesarla y consolarla, exhortándola a la resignación.

Hubiera querido pasar toda la noche a lado de esa enferma. Pero había dejado el altar transportable en Rosario, y estaban todos esperándome allá para confesarse. Por tanto, después de dejar unas instrucciones para la pobre enferma, me puse de nuevo en marcha a pesar de que ya estaba todo oscuro. Cuando llegué a Rosario, encontré a toda la gente reunida y dispuesta a confesarse.

Comí algo, porque ya me hacía demasiada falta. Luego comencé a confesar, y seguí hasta muy tarde. Luego, cansado como estaba, no sentí absolutamente lo duro de la cama y descansé hasta las cinco de la mañana siguiente. Confesé de nuevo a los que se presentaron, celebré la Santa Misa distribuyendo la Comunión y haciendo un sermón a esos pobres cristianos, realmente hambrientos de alimento espiritual.

Desayuné algo, ensillé los caballos, y con el joven alumno salí hacia Granadilla, que es el límite de nuestra larga y extensa parroquia al norte. Llegamos allá a las siete de la noche.

En Granadilla, luego en Chigüinda, Cuchipamba, San José, Aguate, donde fui gentilmente acogido en la casa del Sr. Joaquín Avila, hubo una continua procesión de buenos cristianos que querían confesarse, oír las palabras del Misionero, asistir a Misa y comulgar. Volviendo de Aguate a San José, la tierra faltó debajo de las patas de mi caballo y fue una verdadera gracia de María Auxiliadora salvarme de la caída al río Cuchipamba, que rapidísimo corría debajo. En San José, visto que era domingo, celebré dos Misas, y entre la una y la otra conservé al SS. Sacramento, cosa que fue un verdadero acontecimiento para aquellos habitantes. Casi todos se confesaron y comulgaron, algunos por primera vez; bauticé a algunos niños y las palabras que pronuncié en la primera como en la segunda misa, fueron acogidas con gran satisfacción.

Después de ocho días de estas romerías, volvimos a Gualaquiza, donde llegamos a las ocho de la noche aproximadamente, cansados en lo físico, pero consoladísimos por esa miga de bien que el Amo de la Viña se dignó realizar por medio de nosotros.

*Mes y fiestas de María Auxiliadora. Imponente procesión. Decreto oficial de proclamación del día 24 de mayo como fiesta cívica provincial*

El día siguiente a nuestro regreso nos encontramos al comienzo del mes consagrado a la Virgen SS. Auxiliadora. Tanto el mes, como la fiesta del 24 de mayo, fueron celebrados con tanta solemnidad, que de esta no podrá borrarse el recuerdo en la historia de esta Misión.

Como en el santuario de Turfín, aquí también hubo el sermón cotidiano comenzando desde el 23 de abril. La novena se hizo con mucha solemnidad y el triduo y la fiesta resultaron solemnísimas. Por la ayuda y organización del Sr. Guillermo Vega, nuestro amigo y notable bienhechor, el segundo día del triduo llegaron a Gualaquiza, desde Sigisig, unos músicos, que con sus conciertos solemnizaron aun más la fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor Jesús Cristo, y la velada que hubo en honor de M. SS. Auxiliadora se realizó por la tarde. En ésta tomaron parte no solamente los de Gualaquiza, sino también muchísimos de las cercanías y especialmente muchísimos Jívaros, atraídos sobre todo por la música de la banda. A las seis, después de Vísperas y la Bendición, bellísimos fuegos artificiales, ofrecidos todos por el prioste a quien yo alabé por su generosidad, el Sr. Vega, alegraron especialmente a los Jívaros, que nunca habían asistido a ese espectáculo.

Pero lo que impresionó más fue el día siguiente, solemne fiesta de nuestra Auxiliadora. En la Misa de la comunidad hubo comunión general y cuatro primeras comuniones. A la misa solemne, que yo celebré, asistieron en puestos reservados el Sr. Antonio Moscoso, Gobernador de esta nueva Provincia, su Secretario, los Jueces etc. en traje de parada. Después de la Misa hubo la solemnísima Procesión en honor a María. Al frente de todos, entre dos acólitos con candeleros y la Cruz, El Gobernador, acompañado por los suyos, tenía delante de sí la bandera de la República, y poco después uno de nuestros hermanos salesianos llevaba la bandera papal. La estatuita de la Virgen Auxiliadora, colocada en su

modesto y devoto trono, era llevada por algunas mujeres y chicas, Yo estaba detrás, vestido con sobrepelliz y estola acompañado por mis hermanos y representaba la autoridad eclesiástica. Todos, hombres y mujeres, y también los Jívaros, nos acompañaban bien ordenados en dos filas. Unos 25 soldados rodeaban a la Virgen y a la autoridad eclesiástica y civil, y, divididos en seis piquetes, cada cincuenta pasos disparaban sus fusiles. En el intervalo se oía la banda, o se cantaban las letanías y otras canciones en honor de la Virgen. Oh! Qué hermoso, piadoso, conmovedor era ver a la Virgen Auxiliadora pasearse triunfante por las futuras calles de la nueva provincia de Gualaquiza, y qué feliz habrá estado por esto nuestro buen Padre Don Bosco desde el Paraíso! Terminada la procesión, el Gobernador pasó revista de los soldados, mientras tocaba el himno nacional; y cuando estuvimos todos reunidos, establecimos formalmente, que María SS. Auxiliadora sea la Patrona de la nueva provincia de Gualaquiza, y por consiguiente, el día 24 de mayo sea fiesta solemne eclesiástica y civil. Me parece conveniente transcribir, traducido a la bella lengua de Dante, esa acta importante, destinada a permanecer tan bellamente en el recuerdo, en la historia de esta Misión:

"En la ciudad de María Auxiliadora de Gualaquiza, el día 24 de mayo de 1895, bajo la presidencia del Gobernador de la Provincia, Sr. Antonio Moscoso C., se reunieron los RR Sacerdotes Salesianos Don Francisco Mattana Superior de la Misión y Colegio, y don Gioachino Spinelli, párroco el uno, y vicepárroco el otro, de la Iglesia Matriz de esta nueva ciudad, juntamente con el Consejo de los Señores Jueces Nicolás Guillén y Joaquín Bravo y del suscrito Secretario, con el fin de deliberar sobre el titular civil y religioso, bajo quién deba quedar fundada esta ciudad de reciente construcción, y por unánime consentimiento resolvieron:

- Que la nueva capital, Gualaquiza, quede dedicada desde la presente fecha, política y religiosamente, al Patrocinio de la Santísima Virgen conocida y honrada con el título y bajo el nombre de María Auxiliadora de los Cristianos, cuya fiesta deberá celebrarse el día 24 de mayo de todos los años; y con tal fin se declara este día fiesta cívica provincial en acción de gracias a la Madre de Dios, Patrona de esta ciudad, y en memoria de la fundación oficial, de esta fecha;

- por consiguiente, deberá poner en conocimiento del Supremo Gobierno tal hecho, para su aprobación, y publicarse por edicto el primer día de fiesta.

(Siguen las firmas)

De lo que le conté, amadísimo Padre, puede Ud. comprender lo espléndida que resultó la fiesta de nuestra buena Madre: su memoria no podrá borrarse nunca del corazón y la mente de los gualaquicenses!

*Otra consolación: la fiesta en honor de Leon XIII. Se espera el Vicario con nuevos misioneros. Se tiene gran necesidad de medios materiales*

Otro consuelo nos ha venido de la fiesta que se hizo, a fines del año lectivo, en ocasión de la distribución de los premios y la exposición de los trabajos hechos por los jóvenes internos y externos de nuestro Colegio, y de las chicas que frecuentan las escuelas de la Misión. La fiesta estaba dedicada a Su Santidad León XIII, bajo cuyos gloriosos auspicios ha comenzado a funcionar esta Misión nuestra, y a quien el Señor querrá conservarlo por muchos años para bien de su Iglesia y salvación de tantos pueblos que viven todavía fuera de su seno! Tomaron parte en esa fiesta el Gobernador, los Jueces y los señores Vega, Vásquez y Dávila.

La academia comenzó con el himno nacional y otro, bellissimo, dedicado al Sumo Pontífice. Hubo luego cantos y declamaciones de jovencitos y jovencitas, que merecieron aplausos y suscitaron la admiración de todos, por los grandes progresos logrados. Entre otras cosas, se cantó también la simpática canción "Escuela de Pueblo", de nuestro carísimo Vicario Apostólico Monseñor Costamagna, que gustó muchísimo.

Los espectadores estaban realmente todos fuera de sí de por el entusiasmo. ¡Oh! Cómo hubieran también consolado al Corazón del Vicario de Cristo, si hasta su trono hubieran podido llegar las conmovedoras composiciones y melódicas notas a El dedicadas, por estos queridos Jibaritos y otros jóvenes blancos!

El Sr. Gobernador estuvo tan satisfecho del éxito de la fiesta, y de los progresos obtenidos tanto en la escuela como en los laboratorios por

los jóvenes blancos y semi-blancos, que quiso mandar al respecto, un relato solemne al Supremo gobierno de la República. Si estuviéramos en otros tiempos, me agradaría pensar y esperar que el Supremo Gobierno, conmovido por este relato, nos enviara algún pequeño socorro; pero ay! con tantas guerras, tantas revoluciones es vano esperar tal cosa. Sin embargo, nos encontramos aquí, con las manos vacías, y nuestra confianza está depositada totalmente en la Divina Providencia y en el patrocinio de María Auxiliadora.

Cuando Ud. reciba esta carta mía, nuestro amadísimo Vicario Mons. Costamagna ya estará viajando con un numeroso grupo de salesianos e Hijas de María Auxiliadora. Oh! ¡Cómo esperamos, con los brazos abiertos, a estos hermanos, y a nuestro Vicario! Cómo suspiramos por su llegada! Pero, por favor, amado Padre, si no los ha abastecido con mucho equipaje, si no les ha dado materiales para los distintos laboratorios, vestimentas, ropa para sí y los indios, y mucho dinero, por caridad, le suplico que envíe rápidamente todo esto a los mismos viajeros, porque de otra manera a su llegada nos encontramos en tremendos líos.

La Misión promete tener un porvenir espléndido: desde ahora ya podemos hacer las provisiones más brillantes. Pero vamos muy despacio por falta de medios. Aquí, como Ud lo sabe; tenemos muy poco, nos faltan muchas cosas, y nuestra esperanza, después de la que ponemos en Dios y María Auxiliadora, está colocada en Ud., nuestro amado Superior, y en la generosa caridad de nuestros cooperadores de Europa. Después del incendio de la casa tuvimos que retirar a otros chicos, además de aquellos que teníamos antes. Y se nos hacen numerosísimos pedidos; sobre todo los Jívaros dan óptimas esperanzas de civilización cristiana; pero sin medios materiales, no sabiendo dónde colocar a sus hijitos, qué terrible desastre será para nuestro corazón! Por caridad, ayúdenos, querido Padre, a realizar tantas hermosas esperanzas.

Entretanto, bendiga a todos los hermanos de esta misión, los alumnos blancos y Jívaros, y especialmente al que se honra en ser su devotísimo y afectísimo hijo de nuestro Señor y María

*Sac. Francesco Mattana*

## Un incendio\*

Gualaquiza, 20-12-1894

Amadísimo Padre :

Dios quiso visitarnos y probar en estos días nuestra paciencia y resignación a su santa voluntad.

La noche del 17 de los corrientes, mientras estábamos todos alegremente en la iglesia cantando las profecías de la Santa Navidad, se incendió el laboratorio de los herreros y, pasando de éste al techo, completamente hecho de paja, en menos de diez minutos invadió toda nuestra pobre y modestísima casa, reduciéndola a cenizas con todo lo que se encontraba adentro. Todos corrimos, llegó la gente al repicar de la campana, pero todo fue inútil; porque, siendo la casa una gran choza de paja y cañas cubiertas de hojas, fue como dar fuego a un montón de paja, y todo quedó hecho cenizas en un instante.

La vieja capilla, que queda a tres metros y medio de la casa incendiada, estuvo también en grave peligro, pero por singular favor de Dios, quedó intacta y yo, viendo que era imposible salvar algo, corrí de inmediato a la iglesia para retirar el Santo Tabernáculo; con mi ejemplo, se acercó corriendo también la gente a la iglesia, para quitar los pocos ornamentos y vestimentas que contenía, pero el fuego, tomando otro

---

\* B. S. 1895, pp. 60-61.

rumbo, no llegó a tocarla. Por la protección de Dios, su casa quedó intacta, a pesar de ser vieja, húmeda y mal construida.

Y nosotros quedamos sin techo, comida y ropa, salvo la que teníamos puesta. Teníamos en la casa comida para casi dos meses, muebles para unos cincuenta jóvenes, una pequeña biblioteca con los libros más necesarios, un botiquín que contenía 150 sucos de remedios, las vestimentas sacras de algún valor -la capilla era muy húmeda- una estatua de María Inmaculada, algunos instrumentos metereológicos y astronómicos, los enseres de carpintero, sastre, zapatero; el vino para la Misa, varios objetos para los Jívaros, y todo, todo se fue en cenizas y humo en un momento.

El Sr. Guillermo Vega, nuestro íntimo amigo y notable bienhechor, nos acogió como a huérfanos en su casa por algunos días; hasta ahora nos trata y retiene aquí con infinita bondad y caridad. Y los cristianos de Gualaquiza, dolidos por la desgracia que nos había pasado, y asustados por la posibilidad de que los abandonáramos, para encontrarnos alojamiento, se pusieron de inmediato a trabajar con pala y maderas para prepararnos una casa provisional, que está casi completa, y el día sábado (22 de dic.) entraremos a habitarla. Este nuevo domicilio tendrá cuatro cuartitos en la planta baja, seis celditas en el primer piso, y una alacena debajo del techo. En esta circunstancia vemos qué gran cariño tiene esta gente con los Misioneros. Todos se dedican a traernos carne, chicha, plátano, yuca, café, fréjol, maíz etc., y los Jívaros que se encuentran en guerra entre sí, también vienen a ayudarnos: uno de ellos hasta nos trajo un grueso cerdo. Dios los pague a todos con sus bendiciones celestiales!

El diablo, enfurecido porque constata su derrota en este lugar, donde reinó por tantos años, hace todos los esfuerzos posibles para vengarse y atemorizarnos. Pero, por Dios !No ganará!. Mis compañeros y yo estamos deseando vivamente padecer, sufrir y hasta, si es necesario, dar nuestra sangre para rescatar de las uñas infernales a estos infelices salvajes. Y lo que nos ha pasado no disminuirá en absoluto nuestra buena y decidida voluntad. Nosotros repetiremos, con el santo Job, que Dios nos dio y nos quitó; hágase siempre su santísima voluntad.

Pero, amadísimo Padre, sí antes de esta desgracia ya le pedíamos socorro, ¿qué diremos ahora? A pesar de que esta gente ecuatoriana intentará ayudarnos, por favor, socórranos Ud. también, para que podamos reanudar pronto la obra de evangelización de estos salvajes. Avise a los Cooperadores y Cooperadoras Salesianos, hágales saber que nos quedamos en plena selva sin casa, sin ropa, sin comida, y ruéguelos y suplíqueles en nuestro nombre: estamos convencidos de que nadie nos negará una limosna, un regalo cualquiera.

Supimos que Ud. destinó, como nuestro Vicario Apostólico, al Padre Giacomo Costamagna. Que venga pronto este amadísimo superior nuestro, a aconsejarnos, a reforzar nuestro valor, y seremos para él hijos obedientísimos. Pero acuérdesese, amadísimo don Rua, de enviámoslo abastecido de muchos recursos, porque aquí somos extremadamente pobres.

Rece y haga rezar para nosotros y la evangelización de estos salvajes, y desde allá envíenos una bendición especialísima que nos anime y consuele en las presentes calamidades. Quedo de Ud., con el cariño de un hijo, su dev. y obl. en nuestro Señor.

*Sac. Francesco Mattana*

## Conversión del Sumo Sacerdote de los Jívaros\*

Gualaquiza, enero 1896

Amadísimo Padre:

Esta carta mía le va a dar una de las más alegres y consoladoras noticias, que seguramente será oída con gran placer por todos los salesianos y todos los beneméritos cooperadores y cooperadoras salesianas; se trata de la conversión y bautizo del Sumo sacerdote de la Jibaría de Gualaquiza, venerable viejo de unos 110 años. Oh! ¡Cómo latió de dicha mi corazón, venerado Padre, cuando pude derramar sobre esa cabeza el agua del Bautismo! Tan solo este consuelo bastaría para compensarme, y con creces, de todos los sacrificios de pobre Misionero.

Taita Cura Shacayman (este era el nombre de este Jívoro) desde el tiempo de nuestra llegada, fue uno de los más apegados a los Misioneros, y lo demostraba con las frecuentes visitas y uno que otro regalo de yuca, plátano, pelma, chonta, incienso etc... Hizo bautizar a todos sus hijos, y en su favor hay que apuntar también que, contrariamente a lo que hace la mayoría de sus connacionales, nunca practicó la poligamia simultánea. Pero, en su calidad de sumo sacerdote, siempre tenía que asistir a las fiestas de los Jívaros, haciendo en estas las bárbaras ceremonias típicas de esta gente, y de las cuales se ha hablado en otras ocasiones, en este boletín. En las visitas que nos hacía, asistiendo a algún bautizo y oyendo

---

\* B. S., 1896, pp. 228.229.

explicar que aquellas santas aguas limpian el alma, de manera que en el momento de la muerte en ese estado, ésta va al Paraíso a gozar de la vista de Taita Dios, lo llenó el deseo de hacerse bautizar, pero al final de su vida, para estar más seguro de no cometer más pecados y poder así volar en seguida al Paraíso. Yo, por supuesto, hubiera deseado poderlo instruir siquiera en los aspectos más esenciales, y bautizarlo pronto, para que, así, dejara de tomar parte en las fiestas jívaras y sirviera de buen ejemplo para los demás, y también porque casi todas las tribus jívaras mueren matadas a traición en sus luchas fratricidas; pero él, con la inconstancia propia de estos salvajes, no se decidía nunca a pesar siquiera una semana en la Misión.

Pero el Señor había determinado que llegara para él también el día de la misericordia. Taita cura Shacayman se enfermó, y no pudo más ir a visitar al Misionero ni a tomar parte en las fiestas de su tribu; y viendo que se ponía peor cada día, sin que le sirvieran para nada los remedios de sus brujos o médicos Jívaros, mandó a algunos de su familia a avisarme de su enfermedad, para que fuera a curarlo. Como siempre se hace cuando se va a visitar a cristianos o Jívaros enfermos, cogí unos remedios, y llegué a su casa, donde fui recibido con facilidad. Le di alguna bebida y le curé un pie, que tenía muy hinchado, y entretanto, le dije que se preparara para el bautizo, y que yo volvería en pocos días: me había dado cuenta de que aquella iba a ser su última enfermedad. Unos días después, llegan a nuestra casa corriendo unos Jívaros en buen grupo, y dicen: "Padre Francisco, pronto viniendo. Taita cura Shacayman bautizando, porque pronto muriendo pensando". Llegué pronto a su casa con todo lo necesario para el bautizo; para hacer más rápido escogimos unos atajos pésimos. Cuando llegué todo sin aliento y sudado a su casa, fui recibido por todos con gran satisfacción. El pobre Taita Shacayman, ya extenuado por la enfermedad y la decrepitud, me abrazó, me besó la mano diciendo con las lágrimas en los ojos:

"Padre Francisco, yo mucho a vos queriendo... medicinas no queriendo... yo ya pronto muriendo, bautizando queriendo... con Taita Dios yendo..." Le hice comprender lo mejor que pude las cosas más esenciales de la religión, y cuando me pareció haberle preparado bien, me puse el sobrepelliz y la estola, y preparé todo encima de una vieja mesa. Comencé todas las sagradas ceremonias y exorcismos que el Rito prescribe para el

bautizo de los adultos. Mi mayordomo, Juan Loyola, hizo de padrino, y estaban presentes dos brujos o médicos indios, los Jívaros Naranza y Yumbachi y muchísimos otros, que llenaban el cuarto. Era una de las escenas más conmovedoras! Cuando llegué a la pregunta "si renunciaba al diablo y a las vanidades del mundo etc., y él repetía la respuesta dada por el padrino con voz a duras penas inteligible, no pude frenar unas lágrimas de temura, porque me parecía que era el viejo Simeón que repetía el "Nunc dimittis". Cuántos pensamientos se me atropellaron luego en la mente, cuando derramé sobre él las aguas de salvación y pronuncié las palabras de su regeneración espiritual! He aquí un alma que por tantos y tantos años fue esclava del demonio, y ahora hermosa como un angel. Oh! ¡Cómo gozará en este momento la Corte Celestial! Y cómo, en cambio, deberá temblar de rabias el Infierno! ¡Qué feliz estará en el Cielo nuestro buen padre don Juan Bosco! Y San José y San Antonio, cómo cuidarán a esta alma que les es consagrada, pues le pusimos sus nombres! Y María SS. Auxiliadora, Protectora de todos los Salesianos y sus Obras, pero especialmente en la naciente ciudad de Gualaquiza, ¡cómo cuidará de esta noble y digna conquista de su amor maternal!

Después del bautizo, el afortunado anciano soportó con gran resignación, y hasta con alegría, las penas de su dolorosa enfermedad, y yo insistía, con los suyos, para que no se afligieran por su cercana muerte. En efecto no pasó un mes, y Taita Shacayman murió, entregando su bella alma, después de decir a todos palabras edificantes, y de darles buen ejemplo con su piedad y devoción; y se fue al Paraíso a bendecir la misericordia de Dios, que a los 110 años lo había querido salvar, y la caridad de los cooperadores y cooperadoras salesianas, que dio los medios al pobre Misionero de don Bosco para poder acercarse a él y bautizarlo. Ojalá continúen estos buenos cooperadores, estas activas cooperadoras, ayudándonos con sus rezos y limosnas, que los necesitamos. Y Ud., amadísimo Padre, no olvide a sus hijos de Gualaquiza, y especialmente a su humilde y afectísimo

*Sac. Francesco Mattana*

## La vida entre los Jívaros\*

Gualaquiza, 16-04-1896

¡Estos pobres salvajes siempre están en guerra! Divididos en dos partidos, están continuamente en armas, listos a matarse los unos a los otros, usando astucias y traiciones. Actualmente es jefe de un partido el Jívaro Ramón, y del otro Naranza; este último partido es el más fuerte en Gualaquiza. Este partido ya el otro año había logrado matar al brujo de la parte contraria, hiriendo también al propio Ramón. Este, curado, juró vengarse en forma atroz. Como tenía fuerzas inferiores, esperó un año antes de realizar su venganza. Pero en estos días logró matar al brujo de la parte de Naranza. He aquí como lo hizo.

El capitán Ramón ordenó que uno de los suyos se fingiera enfermo, y luego, prometiendo regalos y honores, según la costumbre jíbara, logró atraer e inducir al médico del partido de Naranza, para que lo curara. El brujo fue y mientras estaba haciendo sus operaciones médicas, a lado de la cama del falso enfermo, fue traspasado por muchas lanzas y cayó muerto y frío, al suelo. Consumada la tradición le cortan la cabeza, para conservarla y hacer una shantsa, y tiran en una quebrada el cadáver...

---

\* El Bolletino Salesiano de 1897 advierte que por las precarias condiciones de la República del Ecuador, la correspondencia del P. Mattana ha sufrido interrupciones y muchas cartas suyas se han perdido. Lo que aquí aparece es un extracto de varias relaciones que el misionero envió a la dirección de la revista (pp. 312-317).

Todos pueden imaginar la indignación y el odio feroz que esta fechoría suscitó en el partido de Naranza, que con todos sus valientes juró la muerte de Ramón. Ambas partes se inventaron y prepararon nuevas traiciones y nos esperábamos de pronto otra matanza.

Hay una cosa buena sin embargo: cuando los Jívaros se encuentran en la Casa de la Misión, no se atreven a pelear ni a atacarse. Pero hace cinco días, faltó poco: y nuestro Colegio estuvo a punto de ser declarado teatro de guerra entre los dos partidos. Solo la protección de María Auxiliadora, que fortificó la autoridad moral del Misionero, pudo alejar la tempestad inminente.

Desde la mañana una multitud de Jívaros de Naranza fueron a preparar su campamento en nuestro patio. Estaban muy tranquilos, y conversamos largo con ellos, intentando instruirlos un poco. A mediodía, cuando habíamos entrado al comedor para almorzar, llegó también Ramón con los suyos. Muy pronto de los insultos se pasó a los hechos. Al ruido de las lanzas, que ya estaban a punto de cruzarse con admirable destreza, el Misionero arriesgó su vida y se tiró entre estas. Usó toda su autoridad para que la batalla cesara. Pero las palabras no servían: entonces tuvo que desarmarlos personalmente, con la ayuda de otros cristianos que habían rápidamente acudido. Debemos agradecer a María SS. si ninguno de nosotros sufrió daños. Las dos partes se vieron obstaculizadas y se alejaron del Colegio, jurándose una vez más venganza recíproca.

Pero la noche calmó sus espíritus enardecidos y la mañana siguiente, tranquilizados, fueron ambas partes a pedir disculpas por el comportamiento insolente usado en el Colegio el día anterior. Y ahora no pasa un día sin que tengamos en la casa un auténtico enjambre de Jívaros, y solo la visible protección de María Auxiliadora nos preserva de horribles acontecimientos. Esperemos que nuestra Buena Madre quiera insinuar en las almas de los Jívaros, siempre llenos de venganza y sedientos de sangre, sentimientos más humanas y pacíficos!

*15 de mayo.* A veces hospedamos a los Jívaros por la noche en nuestra casa. Anoche tuvimos algunos de ambos partidos. Estaban armados, y de algunas palabras amenazadoras sospechamos peligros inminentes. Resolvimos vigilar atentamente para que no se hicieran daño.

Nuestras sospechas, desgraciadamente, eran realidad. Un Jívaro del partido de Ramón había decidido matar, durante el sueño, a sus adversarios. Fue sorprendido justamente en el momento en que, entrando al dormitorio, estaba a punto de realizar su plan. Después de ser amenazado con ser encephado, fue sacado de la casa. La mañana siguiente volvió completamente arrepentido, y se hizo de nuevo amigo del Misionero.

*20 de mayo.* Un fuerte temblor se sintió ayer en toda Gualaquiza. Estaba celebrando la Santa Misa y la iglesia estaba llena de fieles, y en el momento de la Comunión vi al altar que se sacudía, oí que los travesaños del techo crujían y la gente se lanzó a la puerta; todos querían salir juntos. Sentí que el terreno me fallaba y me encomendé a los corazones santísimos de Jesús y María, agarrándome como pude al altar. La gente, viendo que yo no me movía, siguió mi ejemplo y, arrodillada en el suelo, rezó para que Dios alejara semejante peligro.

Los temblores se repitieron todavía, a escasos intervalos, con tremendo susto de todos. Cuando Dios quiso, cesó el peligro, y yo pude terminar la Misa; pero estas sacudidas de la tierra fueron un saludable aviso para todos, que debemos siempre estar preparados para la muerte. Pero, los daños causados por el temblor a la Iglesia y Casa son notables...

*Fiesta de San Luis. Dos bautizos memorables. Un amigo y una gloria de Turín. Festival del adiós. Exposición de trabajos y distribución de premios*

*21 de junio.* Se celebró solamente la fiesta de San Luis, y lo que más importa, hubo numerosísimas comuniones. ¡Cómo se sentiría feliz San Luis de este triunfo de la gracia de Dios en las almas!

*24 de junio.* Hoy fui llamado a bautizar a un niño Jívaro moribundo. Estaba a varias horas de distancia de la Misión, y tuve que ir andando, en pleno lodo, con tremenda dificultad, porque no pude encontrar una mula. Llegué al río Gualaquiza, que debía cruzar para llegar a la casa del enfermo, y lo encontré extraordinariamente crecido por improvisas lluvias. Por tanto cruzarlo era peligrosísimo, sobre todo porque no conocía bien su profundidad. Pero el deseo de salvar a un alma me hizo dejar de un lado todas las consideraciones, y besé al Crucifijo, invoqué a María, y entré al agua, que enseguida quiso arrastrarme. Por gracia de Dios logré

agarrar la orilla opuesta, y en media hora, completamente empapado, fui donde el enfermo. Tenía una fuerte calentura y su estado parecía muy grave. Le di algunos remedios que llevaba conmigo en mi mochila, y luego, con gran felicidad y sentimientos edificantes de su familia, lo bauticé. Como luego lo vi en mejores condiciones, volví a casa, pasé otra vez el río y llegué sin zapatos.

*10 de julio.* Hoy, a las 2 p.m., en la iglesia parroquial, bauticé solemnemente a un Jívaro cuyos padres no son cristianos todavía. Esta ceremonia tuvo una particularidad digna de memoria. Padrino del joven fue el ilustre Dr. Enrico Festa, profesor de Ciencias Naturales, noble de Turín. Se había ido a Gualaquiza para estudiar de cerca las maravillas de estas tierras, y después de vivir unos meses con los salvajes de los alrededores y del Pongo, ahora se preparaba a volver a su patria, enriquecido de nuevos y variadísimos conocimientos. Lo ayudé en lo poco que pude y él siempre demostró ser amigo y bienhechor ilustre de esta Misión. Hizo encantado de padrino de ese Jívaro, y le regaló muchas lindas cosas, sobre todo su nombre. De manera que ese nuevo cristiano se llamará siempre Enrique, en memoria de su ilustre padrino. Alabado y glorificado sea Dios, y honrado el ilustrísimo noble de Turín, porque haciendo caso omiso del respeto humano, sabe unir la piedad concreta e inteligente con el estudio de las ciencias naturales, y de tal forma, ayudado por la una conquista el Cielo, y sostenido por el estudio, conquista la inmortalidad de su nombre entre los científicos modernos, quedando al mismo tiempo como una gloria de la noble Turín.

*2 de agosto.* No sabiendo como agradecer dignamente al ilustrísimo Dr. Festa por los beneficios y cortesías que nos brindó durante los siete meses de estadía en Gualaquiza, en estos días pensé y preparé en la mejor forma posible un espectáculo músico-literario solemne. Salió estupendo, y el homenajeado quedó conmovido por este acto: no creía que se pudiera lograr tanto. Se puede decir que estuvo toda Gualaquiza, toda la gente de los alrededores, porque el Dr. Festa era conocido por todos. La demostración no pudo ser más cordial: el afecto sincero, unido con la gratitud y la amargura de la inminente separación, fue la nota dominante de la velada. Gracias, querido y buen bienhechor, gracias de todo! Nuestra memoria tendrá que volverse árida antes que olvidemos lo que Ud. hizo, y es mucho, en favor de nuestra pobre Misión.

*15 de agosto.* Con gran amor se celebró la fiesta de María SS. elevada al Cielo: la Asunción. Casi todos se acercaron a confesarse y comulgar, y la Misa solemne fue cantada a tres voces, con acompañamiento de armonio. Era la primera vez que en Gualaquiza se veía tanta solemnidad. Por la noche se empezaron los ejercicios espirituales para todos los feligreses.

*23 de agosto.* Se clausuraron los santos ejercicios, que tuvieron magníficos resultados. Luego, por la noche, tuvo lugar una solemne procesión con la estatua de SS. María Auxiliadora, que impresionó mucho a todos. ¡Qué hermoso era ver a la autoridad civil y eclesiástica acompañando, con una multitud de cristianos y Jívaros, a la venerada imagen de la poderosa Auxiliadora! Una de estas calles ya está consagrada a Don Bosco.

En esa ocasión hicimos también una solemne exposición de los trabajos hechos durante el año por alumnos y alumnas de la Misión. Todos los numerosos visitantes se asombraban viendo los progresos logrados, y bendecían a Dios por haber hecho surgir una institución providencial. La distribución de los premios también fue sumamente atrayente, y los alumnos estuvieron plenamente satisfechos, cuando les prometí tener guardado otro bellísimo premio para todos.

*Paseo de todo el colegio en medio de los Jívaros. Almuerzo con comidas y bebidas riquísimas. Bautizo de cuatro Jívaros. La mordedura de la culebra macanchi*

*5 de septiembre.* El premio aludido consistía en un gran paseo a la jibarfa, fijado para hoy. Ya había avisado a los Jívaros con anticipación, para que nos prepararan algo, y así, temprano, a caballo, hermanos y jóvenes en pleno caminamos varias horas, entre cantos y melodías y gran alegría. La meta del viaje era el río Bomboiza, que debíamos cruzar para llegar entre Jívaros. Estos estaban en la orilla esperándonos con bastantes canoas destinadas a llevarnos al otro lado. Temiendo alguna desgracia, yo mismo quise hacer pasar en canoa a todo el alumnado, y la cosa salió perfectamente.

Nos fuimos enseguida a la casa del Capitán Naranza, que nos esperaba con impaciencia. Allí desayunamos. Luego, mientras que los Jívaros preparaban el almuerzo, visité a las otras pobres familias jíbaras, que se demostraron todas sumamente cordiales. Volví para el almuerzo. Este consistía en maíz, plátano, yuca, pelmas, camotes, guinecos, papaya, maní, carne de jabalí, sardinas y un poco de arroz que provenía de nuestra casa. Los Jívaros también, felices, fueron nuestros comensales. Al final del almuerzo, las viejas jíbaras nos dieron de tomar abundante chicha jíbara... ¡como si fuera la cosa más rica y refinada del mundo!

Terminado este curiosísimo, pero alegre almuerzo, los Jívaros, ayudados por algunos jóvenes del Colegio, preparan las cosas necesarias para bautizar a 4 Jibaritos.

Yo, que ya había sido avisado, había llevado todo lo necesario. Pusimos todo en orden y todos mis jóvenes se arrodillaron en el suelo, y lo mismo hicieron los Jívaros de las jibarías cercanas, que habían ido, para visitarnos, a la casa del capitán Naranza. Con ojos abiertos de par en par no dejaban de fijar al Sacerdote y decían entre sí: "Ahora Taita Padre Francisco nuestros hijos bautizando y agua regando, Taita Dios mucho a nuestros hijos queriendo y al cielo convidando, y ahí con Taita Dios y Taita Padre Francisco nuestros hijos viviendo, paseando y harto comiendo, bueno está". Cuando derramé sobre sus cabezas el agua bautismal, todos gritaron: "Así bueno está, porque así lavando aguanchi miedo teniendo".

¡Qué hermoso oficio, a pesar de encontramos en medio del desierto! ¡Cómo atendían los Jívaros a todas las ceremonias del Sacerdote! Y luego ellos, todos jubilosos, abrazaron y besaron a los nuevos bautizados con sumo respeto. Nos quisieron regalar varias cosas para demostrar su gratitud, y nosotros, saludándoles con cariño, nos pusimos de nuevo en camino para Gualaquiza, donde llegamos ya muy entrada la noche.

*15 de septiembre.* Antes de ayer, mientras almorzaba, llegó sin aliento un Jívoro llamado Moscho, y llamándome gritaba: "Padre Francisco, pronto viniendo, mi hijo muy grande macanchi grueso picando y pronto muriendo... pronto vos viniendo y curando no muriendo, pensando...". Así decía llorando el pobre padre; yo no me lo hice repetir dos

veces y postergando todo lo que debía hacer ese día, hice poner la silla en una buena mula y cogí las medicinas oportunas, luego corrí a la casa del Jívaro mordido. Llegué después de dos horas de marcha, y encontré el pobrecillo moribundo; tenía una calentura altísima y perdía gran cantidad de sangre por la boca y la nariz. Lloraba como un niño. Se calmó bastante cuando me vio; y la madre y demás Jívaros demostraron su satisfacción. Pero ya habían pasado seis horas desde el momento de la picadura, y el veneno ya había progresado bastante. Sin embargo, invoqué a María Santísima, usé los remedios más urgentes, y después de varias intervenciones con estos remedios, me pareció que estaba mejor. Entonces le di la bendición de María SS. Auxiliadora, y contra toda esperanza, en pocos días pudo reponerse y encontrarse en condición de ir a la Misión a darme las gracias.

*Otro paseo hasta el río Zamora. Buen corazón de los Jívaros, y su cacería. Magnífico panorama. Noche poética en medio del desierto. Misa cantada. Bendición solemne de todo el vicariato de Méndez y Gualaquiza*

20 de febrero 1897. Estoy todavía completamente cansado por el largo paseo hecho hace algunos días en el punto más lejano de la jibarfa; pero fue realmente uno de esos paseos que no se olvidan nunca. Como los que acostumbraba hacer nuestro buen Padre don Bosco junto a sus bribonzuelos por las colinas del Monferrato, tan lindas, ese paseo nuestro dejó en todos nosotros unos recuerdos inolvidables. Acompañado por todos los chicos del Colegio, y por cinco familias jíbaras, quise irme hasta la unión del río Bomboiza con el gran río Zamora, y desde ese punto tan remoto, bendecir solemnemente todo el Vicariato de Méndez y Gualaquiza.

Salimos muy temprano por la mañana y caminando unos a caballo, otros a pie, y algunos en canoa por el Bomboiza, hicimos resonar esas selvas vírgenes con cantos y música por varias horas. Era hermoso ver a todos, incluso a los Jívaros, cargados de lo necesario para la comida de dos días, porque se sabía que ese paseo se podía hacer solo en dos días...

Después de comer algo y regalar algunas cositas en la casa del Capitán Ramón, que nos sirvió un buen desayuno y nos obligó a servimos la indispensable chicha preparada por las viejas de la jibarfa, seguimos

nuestro paseo. Los Jívaros que nos acompañaban iban por la selva de cacería, para proveer el almuerzo. De cuando en cuando nos traían unos pajarracos, puercos silvestres, etc., y tirándomelos a la canoa gritaban: "Esto es para Ud., Padre Francisco..." Así nuestros avíos aumentan admirablemente.

A las 5 de la tarde llegamos a la meta. ¡Qué espectáculo extraordinario la unión de los dos ríos! En medio de una espesísima vegetación, que como un oasis encantador, se extiende por largo trecho en esas selvas, afluye y hierve un verdadero mar. ¡Qué profundidad y cuanta agua se agita en ese inmenso seno!

El ojo del espectador queda encantado y ya no sabe lo que más lo atrae. Todo es hermoso, con esa hermosura de la creación, y el esplendor de la naturaleza revela la mano de Dios que ha hecho todas las cosas con admirable armonía y orden en todas sus partes...

A pesar del cansancio, tuvimos que pensar en prepararnos una choza de árboles y, gracias a la actividad de los Jívaros, en menos de una hora la choza tomó posesión de ese desierto... Era una pobrísima choza, pero suficiente para pasar la noche. Los Jívaros también se hicieron sus chozas y prepararon mucha leña para el fuego de la noche. Luego trabajamos todos para preparar la cena, que salió doblemente sabrosa, tanto por la poesía que presentaba el lugar, como por el apetito, que amenazaba con transformarse en hambre. Dije mis rezos y deseé buenas noches a todo el mundo.

¡Qué noche tan poética fue aquella! La belleza del atardecer y el modulado murmullo de las olas acariciaban suavemente todos nuestros sentidos, y los pensamientos más variados no nos dejaban dormir... Los jóvenes tuvieron también varios motivos de miedo, pero mi palabra los tranquilizó, y el Sueño los cogió entre sus brazos. Yo estaba despierto, y vi que los Jívaros de vez en cuando rodeaban nuestra choza... Pobrecillos! Hacían la guardia, para que no nos pasara nada.

Lo divertido fue por la mañana, cuando desperté a los jóvenes. Viéndose en ese extraño lugar, rodeados de Jívaros, empezaron a gritar y

a hacer mil preguntas pues estaban todavía medio dormidos. El agua fresca los hizo volver a la realidad y sus temores se acabaron.

Después de ascarnos, preparamos un altarcito para celebrar la Santa Misa. Entretanto empero, sentado debajo de un viejo árbol, confesé a unos cuantos jóvenes y terminando luego las oraciones me vestí para decir Misa.

Era la primera vez que en ese lugar tan poético por la unión de los dos ríos y fertilísimo por su vegetación y solitario por la lejanía de grupos humanos, se celebraba el sacrificio de la Santa Misa. Fue una misa cantada, y las voces argentinas de los jóvenes hacían resonar toda la selva de los cantos a gloria de Dios y paz a los hombres de buena voluntad, que fueron seguidos por la solemne profesión del Credo. El reino de Dios tomaba posesión de aquellos lugares y Jesús bendito asentaba allá su trono. Adveniat regnum tuum, venga tu reino a todos los lugares de este gran Vicariato, Jesús Redentor, y estas selvas se conviertan en otros tantos jardines, ricos de hermosas flores para el bello Paraíso!

Terminada la Misa, bendije solemnemente, según el Rito, aquellos lugares; bendición que consoló mucho a los Jívaros y llenó de terror al demonio, que ve la Cruz que avanza y triunfa en sus dominios tan antiguos.

Después del desayuno, preparamos todo y nos pusimos en marcha para volver a Gualaquiza. Los Jívaros quisieron siempre acompañarnos hasta el Colegio de la Misión, donde llegamos por la noche, llenos de cansancio pero muy felices por la inolvidable excursión.

*30. de Mayo.* El mes de María Auxiliadora se celebró con devoción especial, para que esta buena Madre nos ayudara en las graves necesidades materiales que nos apremian por todo lado. Y María nos ayudó de veras, sugiriéndome hacer una circular a todas las Parroquias de Cuenca y Gualaquiza en favor de la Misión. Así pude tener algunas ofertas para pagar parte de las deudas que tuve que hacer para la construcción de la nueva Iglesia y Casa anexa, porque la antigua fue completamente destruida por el incendio del 17 de Dic. de 1894. Pero estas limosnas fueron un gota de agua en el mar: sin embargo mi confianza en María es fortísima y estoy

seguro que ella inspirará a algún buen señor de Europa a desear, siquiera con ofertas, a convertirse en Misionero de los Jívaros de Méndez y Gualaquiza.

## Más guerras\*

15-08-1897

¡Realmente memorable para la gloria de nuestra Misión, en las selvas orientales del Ecuador, es la presente fecha! Hoy, en Gualaquiza, con solemne y conmovedora ceremonia, se bendijo y colocó la primera piedra de la hermosa iglesia que estamos edificando definitivamente, en honor de María Auxiliadora. Fue una ceremonia inolvidable, y la sonrisa de nuestro límpido cielo pareció embellecerse con sus más rosados esplendores, para gozar de toda la felicidad de este día. Las calles de Gualaquiza, que se van formando poco a poco, desde las primeras horas de la mañana estaban repletas de blancos, indígenas e Jívaros en sus respectivos trajes. El lugar donde debe surgir la Iglesia, hermosamente preparado, se encuentra en el centro del pueblo, y hacia allá se dirigía todo el mundo, de manera que antes de la hora establecida, todo el lugar estaba lleno de gente. A la hora establecida, y según el Ritual Romano, tuvo lugar la ceremonia, entre la atención y devoción del público.

¡Se trata de un acontecimiento muy, muy significativo! Como lo demuestra una vez más la veracidad de la profecía de Malaquías, según la cual llegará el día en que el nombre del Señor será bendecido en todas partes y en todos los lugares será ofrecida la Ostia pacífica! En estas lejanísimas e inexploradas regiones, por obra de un grupo de valientes

---

\* B. S. de 1899 advierte que desde dos años no hay noticias de Gualaquiza y se propone entresacar algunas informaciones de varias cartas del P. Mattana (pp. 34-39)

católicos, bajo la protección de la Virgen de Don Bosco y con corazón unísono, se comienza esta obra, en honor y gloria del Altísimo. ¿Y no es éste acaso un acontecimiento digno de ser transmitido a la posteridad para eterna memoria? ¿No es éste acaso, un nuevo triunfo de la potencia de la Auxiliadora, que debe perpetuarse en los anales de nuestra Pía Sociedad?

Rodeada por todo lado de antiquísimas selvas, donde reinan varias tribus salvajes, esta Iglesia será el Hogar de su regeneración civil. Desde esta iglesia, en un futuro no muy lejano, saldrá, como por milagro, la religión y la civilización unidas, y las selvas del Azuay se convertirán en alegre campo, y los salvajes en generosos trabajadores. Este magnífico ideal me parece verlo ya realizado, en el acontecimiento de este día.

La primera piedra, solemnemente bendecida y colocada hoy, contiene en sí el documento descriptivo del hecho y de muchos objetos de la época, lo cual sirve para transmitir mejor a las generaciones futuras las obras presentes.

Y si alguien se pregunta cuáles son las esperanzas que dan tanto valor al Misionero de Gualaquiza, como para darle la audacia de comenzar sin medios tan grande obra, yo contestaría que son las mismas esperanzas que tuvo en su momento Don Bosco, cuando con cuarenta centavos comenzó la construcción de la Iglesia de María Auxiliadora en Valdocco. Mis esperanzas se fundan en la Divina Providencia, que nunca falla a los que tienen confianza en Ella, y en la generosidad de nuestros buenos Cooperadores y Cooperadoras. En estas lejanas tierras y bárbaras regiones, muchas veces nos faltan las cosas más necesarias a la vida, pero nos consuela y anima el pensamiento de que estamos trabajando para la mayor gloria de Dios y la seguridad del premio eterno.

*Reapertura de la casa de Cuenca. Fiesta de María Auxiliadora. Las simpatías de la barba. Actividades. Cambios de escena. Sociedad protectora de nuestras Misiones*

24 de mayo de 1898. Me encuentro en Cuenca desde hace algunos días para llevar a cabo todo lo que está relacionado con nuestra Casa del Corazón de María y su reapertura. He querido pues preparar la fiesta de nuestra Gran Patrona con toda la pompa posible. Prediqué durante toda la

novena, y el Il. y Revmo. Sr. Administrador Apostólico, Mons. Benigno Palacios, con su intervención quiso convertir nuestra fiesta en acontecimiento solemnísimos. Muchas Santas Comuniones, buena la música, edificante el comportamiento de todos. Pero a este punto, no puedo dejar de contar un inesperado y totalmente imprevisto medio para atraer hacia nosotros las simpatías de todos. Hice experiencia de esto en Cuenca, y puedo asegurar que mi larga y tupida barba tuvo el honor de atraer muchas simpatías, porque la gente, yéndose, exclamaba: "Qué valientes estos Salesianos con barba!" Pero si mi barba resultaba tan simpática, eso se debía también a la actividad realizada, al entusiasmo, la audacia, se puede decir, con que trabajan los hijos de Don Bosco. Esto, más que nada, contribuye a granjearnos la admiración y estimación del público. El mismo Revdmo. Administrador Apostólico y el M.R.P. Matovelle me dijeron, llenos de entusiasmo: "Así nos gusta, Padre Francisco, y así gustará a todos los cuencanos".

También es digno de ser mencionado el cambio de escena que se observa en estas regiones. En el pasado, de Cuenca salían religiosos, párrocos, misioneros para Gualaquiza, territorio oriental, pero no pudieron hacer nada, o casi, porque los hijos de la selva, los agresivos Jívaros, siempre se mostraron rebeldes. Este año en cambio (¡es realmente cierto que Deus ludit in orbe terrarum!) de Gualaquiza se mandaron salesianos a Cuenca, no para civilizar esta culta provincia, sino para educar a la juventud cuencana. Este cambio de situación es la mejor prueba de la asistencia y ayuda divina a nuestras obras.

En Cuenca tuve también otra gran satisfacción. Las principales matronas de la ciudad y pueblos azuayos, formaron una "Sociedad Protectora de las Misiones Salesianas de Méndez y Gualaquiza", y quisieron que yo les dictara el reglamento y les diera una pública conferencia en la Catedral. El ideal de esta Sociedad es nobilísimo, pero el ardor y eficiencia de cada una de las socias corresponde plenamente a tal ideal. Yo espero que de todo esto saldrán muchos beneficios para las Misiones en favor de los Jívaros.

*15 de junio.* Me encuentro todavía en Cuenca. Pero a fines de mes, terminado todo lo que estoy haciendo, quiero volver a mi amada Gualaquiza. Para mí esas selvas, esos Jívaros de ojos centellantes, de alma

audaz, tienen una fascinación inexplicable. Este es el místico viñedo que Dios me confió: éste es el secreto que me hace amar la soledad de la selva con sus privaciones y falta de una palabra amiga en las horas de desconuelo... Queridos Jívaros, siempre pienso en Ustedes y cuando duermo, una dulce visión acaricia mi fantasía... Me parece ver sus selvas orientales cubiertas de nuevas bellezas, con caminos cómodos y fáciles, que les permitan comunicarse con los pueblos civilizados; con pueblos y bonitas ciudades que tomarán el lugar de las actuales viejas plantas, y sobre todo con habitantes, que convertidos en labradores cristianos, emularán a los otros pueblos en la industria y comercio... ¡Oh Jesús Redentor, haz que llegue pronto esta hora tan soñada: haz que tantos pobres Jívaros sean admitidos al goce de las inagotables bellezas de tu reino! Servire Deo regnare est.

*Vuelta a casa y progresos de la Misión. Un desastre. Todos salvados gracias a María*

*10 de julio.* Sigo con mis apuntes en Gualaquiza, donde llegué por puro milagro. Lo que voy a contar lo explica todo. Pero voy a contar antes, que las cosas de la Misión marchan muy bien. Ya mandé hacer cuatro nuevas y lindas campanas, tres para la Iglesia Parroquial y una para la capilla de San José, que queda a un día de Gualaquiza. También comencé a preparar una pequeña banda, aumentando las herramientas de los laboratorios y también el número de los pequeños artesanos. Ya están diez jóvenes estudiantes que quieren hacerse sacerdotes: de estos, dos tomarán el hábito clerical en septiembre, y los otros más adelante. ¡Bendito sea eternamente el Señor!

Comparando la Gualaquiza de hoy con la del año en que la Providencia la confió a mis manos y trabajo, ¡cuántos motivos tengo de bendecir la misericordia de Dios! ¡Cuántos cambios, cuánto progreso en poco tiempo!

Todo el Ecuador, sorprendido, tiene los ojos fijos en este Vicariato, todos se asombran por el entusiasmo que los Salesianos suscitan en las poblaciones ecuatorianas. Las conferencias que hubo en las principales ciudades y pueblos, las circulares, las Sociedades Protectoras de nuestras Misiones, fundadas en Cuenca y Gualaceo, han hecho crecer la pequeña

semilla salesiana lanzada en estos lugares. Todos los diarios de la República hablan en nuestro favor y demuestran sumo respeto. Los gastos hechos después del incendio de 1894, que nos destruyó todo, llegan a 15.000 sucres que nos fueron proporcionados por la caridad pública de la gente del Azuay.

*16 de julio.* Hoy mi pluma debe elevar un canto a nuestra amada Auxiliadora, y mis palabras, en la fiesta de la Reina y Decoro del Carmelo, deben ser consagradas a su gloria y prodigios. Escribo con el alma rebo-sante de gratitud, porque bien puedo afirmar que de estos prodigios, yo mismo "magna pars" fui. Los primeros días de julio, como lo había establecido, salí de Cuenca en compañía de nuestro queridísimo nuevo sacerdote don Adolfo García, y de seis robustos jóvenes que deseaban dedicarse a las Misiones. Después de dos días de viaje, y de una lluvia que caía a torrentes, llegamos a San José. Allí nos quedamos y, después de decir Misa la mañana siguiente, di un sermón y la Confirmación a algunos niños del pueblo. Luego seguimos nuestro camino, porque deseábamos llegar a Gualaquiza antes del atardecer. A este punto es oportuno señalar todos los detalles, porque todo hace ver la visible protección de María Santísima.

Eramos ocho. Unos estaban sentados en una buena y fuerte mula; los otros en un buen caballo. Para el cambio y el transporte de los pocos víveres necesarios, teníamos tres mulas más. En los cuatro años y medio desde que estamos en las selvas orientales, ésta era la caravana más numerosa y mejor equipada. Después de una media hora de viaje, en el punto de cuesta más empinada y peligrosa, no sé cómo mi valiente y fuerte mula pierde el equilibrio, y sin que yo alcance a sacar los pies de los estribos, rueda veinte o más metros por la cuesta, con la velocidad de una gruesa piedra, que, despegándose de la cumbre de un monte, precipita cuesta abajo. El que puede, que se imagine esta situación tan lastimera... Con los pies enredados en los estribos, yo por el peso de la mula me veía obligado a rodar con ella como una sola cosa, de manera que a ratos era la mula que tocaba el suelo con mi peso encima del lomo, y a ratos en cambio era yo, en el suelo, y con el inmenso peso de la mula sobre mi cuerpo... Mis compañeros de viaje, viendo esa situación espantosa, sin poder ayudarme porque la cuesta era demasiado empinada, me daban por muerto y lloraban la desgracia... Pero yo, mientras rodaba, había podido

conservar todas mis facultades mentales, y esperando la muerte de un momento a otro, rezaba a la Virgen SS. y me asombraba de no sentir ningún dolor ni del peso de la mula, ni de las piedras y troncos que me pasaban por encima... Por fin cuando Dios quiso, los estribos se rompieron y pude liberarme de la mula, pero no podía detenerme, por la inercia... Si rodaba unos pocos metros más así, inevitablemente caía al río Cuchipamba. Este río, que a poca distancia de Gualaquiza toma el nombre de gran Bombofza, muy crecido por las lluvias, no daba esperanza a ningún humano de salvarse, si caía en sus remolinos... Pero, en este caso también, ¡bendita sea la visible protección de la Santa Virgen de Don Bosco! Justamente a unos pocos pasos de la orilla de dicho río, pude levantarme, y como si no hubiera pasado nada me puse enseguida a buscar la mula, que también había casi llegado al río... La ayudé a liberarse de todo obstáculo y acompañado por el grito "Viva Don Bosco" y "viva María Auxiliadora" recogí las partes de mi montura esparcidas por todo lado, y tanto yo como mi mula nos encontramos perfectamente ilesos: ni un rasguño, ni una gota de sangre, ni una fractura. Al contrario, con un gran cuchillo que se conserva siempre en la silla, me dediqué enseguida a abrirme un poco de camino para subir de nuevo donde los compañeros, que esperaban llenos de susto... Me costó bastante trabajo convencerlos que ni yo ni la mula nos habíamos lastimado, pero no pudiendo negar la realidad de tal hecho, todos estuvieron de acuerdo en afirmar que se trataba de un notabilísimo favor de María. Yo, en particular, no dudo en afirmar que se trata de un auténtico milagro... Tal vez el diablo, enfurecido por ese poco bien que se puede hacer con la ayuda de Dios, había intentado hacerme esta mala pasada, pero quien se encuentra debajo del manto de María SS. no tiene nada que temer. Semejante caída, en un lugar tan empinado, y con tantas otras circunstancias, sin la intervención de Dios, hubiera quebrado en mil pedazos mi cuerpo y el de la mula... en cambio, después de subir de nuevo la cuesta llevando la mula, consolé a los compañeros, canté con ellos el canto de agradecimiento, y lleno de vida cabalgué con ellos hasta Gualaquiza. Este favor vale más que cualquier razonamiento para animarnos a confiar en María Auxiliadora. Quien desee cerciorarse con sus propios ojos sobre la realidad de lo expuesto, que venga a Gualaquiza y yo, lleno de vida, lo llevaré a medir el barranco, en compañía de los otros siete compañeros de viaje y testigos oculares del hecho.

*Nuestra Misión convertida en hospital. Nuevas guerras entre Jívaros. Astucias y traiciones. Santiago Visuma*

8 de agosto. Durante mi ausencia se desarrolló entre los Jívaros una epidemia contagiosa, y entonces el Colegio se convirtió en hospital. Pero la protección de María Auxiliadora no nos faltó y todos los que fueron tratados por el amadísimo don Luigi Giaccardi, se curaron en poco tiempo. Ahora este contagio casi ha desaparecido.

Pero queda otra enfermedad mucho peor, y más difícil de curar; y es la ininterrumpida enemistad que reina entre los dos partidos en que están divididos los Jívaros. Pobrecillos! Ellos, tan llenos de vida, inteligentes y fuertes, podrían progresar notablemente en varios aspectos, si las dos facciones no se odiaran mortalmente. Después de la muerte del brujo Andrés, pariente de Ramón (jefe de la sección enemiga de la del viejo Naranza), éste siempre intentó vengarse con alguna traición. Hace unos meses, logró hacer matar a un Jívvaro de la facción de Naranza. De ahí surgieron nuevas traiciones y mayores enemistades.

El pasado 28 de julio, llegaron al Colegio de la Misión unos veinte Jívaros de la facción de Naranza, con el jefe Santiago Visuma, célebre, malísimo sujeto, y enemigo acérrimo de Ramón. Entendí enseguida que estaba tratándose de alguna traición, porque Ramón, que estaba enfermo, se encontraba en la Misión con su familia desde hacía tres días. Cuando Ramón vio que llegaba Visuma, se enfureció enseguida y quería matarlo a toda costa; necesité lucir toda mi autoridad para impedir tan grave crimen; para estar más seguro, encerré a Ramón en el cuarto donde estaba recostado y, fingiendo sentirme completamente seguro, acogí en la casa a los recién llegados. Pero Ramón, viéndose obstaculizado, por medio de señas y sin que yo lo supiera, ordenó a uno de su familia que avisara a todos los de su partido que Santiago con los suyos estaba en el Colegio; que lo esperaran en el camino y lo mataran. Santiago, sin sospechar nada, estuvo con nosotros hasta las tres de la tarde, hablando muy tranquilamente de muchas cosas. Para demostrarme que no tenía ninguna mala intención, decía: "Ah! Padre Francisco, él (Ramón) malo estando; él a mí matando queriendo; él a mí cabeza cortando mucho queriendo; vos, Padre Francisco, mucho bueno conmigo estando; yo a vos mucho queriendo; vos a Ramón avisando a mí no matando, sino por ese haciendo bueno".

Yo intenté infundirle sentimientos más humanos, asegurándole que Ramón no le haría ningún daño porque estaba enfermo; lo despedí como pude. Más o menos a la media hora de su salida de la casa, me avisaron que en la selva los Jívaros de Ramón habían asaltado al grupo de Visuma, matando a dos e hiriendo a muchos y que el propio Visuma, herido mortalmente en varias partes, después de intentar acercarse más a su casa, había tenido que morir. Ramón, cuando supo que los suyos habían llevado a cabo el atroz crimen, desesperado huyó del colegio. El que me contó estos tristes acontecimientos, fue el Sr. Leonidas Moscoso, hijo del Alcalde actual del Municipio de Sigsig, el Sr. Miguel Moscoso, quien todo agitado corrió al Colegio gritando: "Padre Francisco, corra rápido a la selva, porque cerca de mi hacienda los Jívaros están en plena batalla y ya hay muertos". Rápido, sin esperar ni caballo ni mula, acompañado por el mismo Sr. Moscoso, me fui al lugar para ver si todavía se podía salvar a alguna alma. Me exponía a un peligro notable, porque los Jívaros de Ramón podían sospechar que me fuera a ayudar a los de Santiago. Pero encontré el lugar completamente desierto, y el pobre Santiago todo cubierto de heridas, y muerto. Lo bendije, y ayudado por algunos indios (los ya civilizados y cristianos) preparé con palos y ramas una camilla, donde colocamos al cadáver y lo llevamos a la iglesia para sus funerales, pues Visuma había sido bautizado años atrás.

Pero, ya entrada la noche, hubo más escenas bárbaras. Numerosos Jívaros, parientes y partidarios del difunto, se presentaron bien armados al Colegio y llorando, gritando y amenazando, nos echaban la culpa de no haber impedido la muerte de Santiago. Los jóvenes del Colegio huyeron, y los Jívaros bravos iban gritando: "En donde estando el padre Francisco; pareciendo Padre Francisco, mucho hablando, mucho conversando queriendo; porque a nuestros Jívaros matando dejando Padre Francisco". "Supieron que me encontraba en la iglesia rezando; armados como estaban, se precipitaron a la entrada para penetrar; yo, no pudiendo permitir una profanación tan grande de la casa de Dios, me persigné y pedí la ayuda del Cielo, y con tranquilidad me fui hacia ellos que estaban en la puerta; les ordené que se callaran y estuvieran en orden... Con toda la autoridad, demostrando no hacer caso de sus amenazas, los obligué a dejar las armas en el suelo fuera de la Iglesia. Entonces un tal Antonio Visuma, pariente del muerto y jefe del grupo, se me acercó, me abrazó, me besó la mano diciendo: "Nada teniendo con vos, Padre Francisco; nada

a vos malo haciendo, solo conversando no más"; y continuaba diciendo: "Aquí Ramón estando, por qué a muchos Jívaros míos matando? Que haciendo acaso nosotros a Jívaros de Ramón por matando... Corazón de Ramón mucho malo estando pensando... Por qué así matando... "Mientras que este hablaba así, todos los demás también gritaban, y parecía el fin del mundo. Intenté persuadirles, con señas y palabras, que yo también estaba entristecido por lo que había pasado, que todo esto había sucedido independientemente de nuestra voluntad; y que, ni bien supe lo que sucedía, corrí al lugar tanto para impedir mayores desgracias, como para ayudar a los heridos y también para llevar a los muertos a la Iglesia y sepultarlos religiosamente. Tomaron bien la cosa, me agradecieron en la mejor forma, y así calmados, los hice prometer que volverían todos el día siguiente para el funeral de Visuma. Mantuvieron la palabra, y por la mañana temprano, Naranza con sus Jívaros fue al colegio. Me avisaron que había otro cadáver en la selva... Lo mandé a recoger y pensé hacer un único funeral.

A este punto, ni siquiera puedo describir lo que es la escena desgarradora de los Jívaros que rodean a sus muertos. Todas las pasiones humanas agitaban a esos infelices, porque los llantos se mezclaban con los insultos, maldiciones y juramentos de venganza, y me parecía estar en el umbral de la puerta de los eternos dolores... A su manera, por otra parte, demostraban bien la sinceridad de ese dolor. Los hombres se pusieron en fila bien ordenados, con todas sus armas: lanzas, rifles, escudos; en cambio las mujeres, desesperadas, ponían los objetos más queridos a lado de los muertos. Me decían: "Así haciendo; así mucho rezando vos, Padre Francisco; mucho bueno estando; padre Francisco, vos muchas Misas cantando, y mucho a Taita Dios pidiendo bueno estando; nosotros a vos mucho queriendo, porque vos corazón mucho bueno teniendo". Entretanto, ¡cosa admirable! durante las sagradas ceremonias se calmaron todos, y la religión amansó también el dolor de los Jívaros. ¡Pobres salvajes! Parecía que un espíritu sobrenatural los iba poseyendo, conforme avanzaba el triste oficio...

Después del funeral, quise reponerles un poco las fuerzas y les di un abundante desayuno; luego tuvo lugar el entierro, que resultó imponente. Intervino toda la población de Gualaquiza y un gran número de Jívaros, a quienes, antes de la salida de la iglesia, logré hacer decir

claramente, palabra por palabra, el Padre Nuestro, el Avemaría y el Requiem... ¡O Iglesia Santa ¡cómo es tu poder! ¡Qué consolador es, para el pobre Misionero, un instante como este! El olvida toda la fatiga y todas las privaciones sufridas y se declara feliz... ¡Qué chasco para el demonio mientras contemplaba a sus secuaces (pues los Jívaros lo son todavía) arrodillados en el templo del Señor, que reconocían la inmortalidad del alma y rezaban para los difuntos! Cuando todo terminó, los Jívaros se fueron, contentísimos por nuestra obra. Esperemos que Dios en su bondad, nos conceda poderlos pronto convertir y salvar!

En estos días, a pesar de tales tristísimos episodios, pudimos celebrar con gran pompa la fiesta de nuestro glorioso Patrono San Francisco de Sales. Tuvimos que postergarla hasta hoy, por mi ausencia de Gualaquiza. Todo resultó para mayor gloria de Dios y bien de las almas. Muchos civilizados comulgaron; la música ejecutada en los sagrados oficios estuvo buena; todos estuvieron contentos. Fue una fiesta memorable.

*Nuevas enemistades. Otros muertos. Posición difícil. Los Jívaros de Méndez. Propuestas de fundar tres nuevas casas. Una mirada al porvenir*

13 de agosto de 1898. Recién pasaron unos pocos días desde los tristes acontecimientos mencionados y ya me veo obligado a describir otras escenas sangrientas. La facción de Naranza, enfurecida por la muerte de su amado Santiago Visuma, pidió ayuda a otras tribus del interior, y en estos días Naranza y los suyos, con muchos salvajes, asaltó la casa de Ramón, hiriendo a muchos y quemando sus casas. Ramón tampoco quedó inerte: ayudado él también por otras tribus, resistió duramente. De manera que la guerra sigue entre las dos facciones. Los Misioneros tenemos que ser prudentísimos y hacer lo posible para amenazarles e impedir nuevos desórdenes, porque no debemos ser partidarios de ninguna de las dos partes, sino amigos de ambas y socorrerlos igualmente, con generosa neutralidad. ¡Pobrecitos! Son dignos de toda la compasión, y, la verdad sea dicha, aman y estiman al Misionero, pero no pueden abandonar los odios recíprocos.

Anoche fuimos a recoger el cadáver de un joven Jívoro de 18 años, víctima de atroz venganza: había sido asesinado ya dos días antes, y estaba

podriéndose por las numerosísimas heridas recibidas. Este infeliz iba frecuentemente al Colegio, y encantado pasaba los recreos con los jóvenes internos y los Misioneros, a quienes demostraba un gran apego. Se llamaba José Mario, y el buen Dios talvez haya tomado en cuenta su conducta, que fue siempre correcta. El funeral fue solemne. De los otros Jívaros muertos, todavía no hubo como encontrar los cadáveres. Roguemos a Dios para que sea misericordioso con estos infelices y haga cesar sus odios, guerras y matanzas que los hacen tan desgraciados.

Para los cristianos que viven en Gualaquiza y los Misioneros, por ahora no hay ningún peligro, pero de pronto se pueden ver sumergido por tropeles de salvajes suspicaces, porque las cosas humanas duran poco tiempo.

Hablo ahora rápidamente de los Jívaros de Méndez. Ellos envidian el destino de los de Gualaquiza que disfrutaban la presencia y asistencia del Misionero. En seis meses ellos han venido ya tres veces para llevarme allá: "Vos, Padre Francisco" decían "parejo Méndez yendo; allá muchos huertos para vos haciendo, muchos puercos, gallinas, jabalí por vos matando... también casa, convento para vos haciendo". Yo, para darles gusto, les prometí que lo más pronto posible iría a visitarles, y que con el tiempo, se fundará una casa allá también.

En Méndez los Jívaros son muy numerosos. Acaso después de no mucho tiempo, fundemos allá también un buen Centro de nuestras Misiones Orientales. Hace pocos meses, induje al Municipio de Paute (distrito que comprende los pueblos de Guachapala, Pan, Palmos, que lindan con nuestro Vicariato), a pagar un tanto a los distintos pueblitos, para que se comprometan, con documento escrito, a abrir la carretera de Palmos a Méndez, y prometí que, cuando el camino esté terminado, enseguida iría a visitar a los Jívaros de Méndez. La gente está muy entusiasmada con el proyecto de hacer este camino, y si los ánimos no se enfrían, yo espero que se podrá entrar a Méndez a fin de año.

Recibí también, de gente importante, pedidos insistentes para que se abran tres nuevas casas en Cañar, Gualaceo y Sigsig. Son tres centros bastante grandes, donde se podrán hacer muchos beneficios, pero por ahora falta el personal. Espero sin embargo, poder cumplir pronto con sus

justos deseos. Durante estos dos últimos años me desplazé mucho, por conferencias y Misiones Sagradas, en todas las provincias del Azuay, y me convencí de que nos espera un espléndido porvenir, una vez más. Aquí podemos hacer mucho bien, y las poblaciones, conforme van conociendo la obra salesiana, se encariñan extraordinariamente con ésta. Yo no soy el llamado a leer el porvenir, pero si de lo poco que se hizo hasta ahora se puede deducir lo mucho que se podrá hacer en el futuro, afirmo que las provincias del Azuay se colocarán audazmente en el buen camino del verdadero progreso y de la civilización cristiana, por obra de los hijos de Don Bosco. Dios, lleno de misericordia, realice estos votos que yo hago, y el Ecuador bendecirá eternamente al Padre y Fundador nuestro amadísimo.

## El viaje a Indanza y Méndez\*

Gualaquiza, 30-05-1899

Revmo. y amadísimo don Rua:

Deo gratias! Por fin realicé mi vivo deseo de hacer una excursión apostólica a través de nuestro extenso Vicariato Oriental del Ecuador, cumpliendo al mismo tiempo un importante deber. Muchos habían explorado ya el Oriente Ecuatoriano, cruzando ríos desconocidos y empinadas cordilleras, exponiéndose a convertirse en víctimas de la furia de los salvajes y fieras, atraídos por el fuerte deseo de investigar los secretos de la naturaleza, o empujados por la sed del oro, o por la ambición de obtener un nombre ilustre. Y yo, misionero encargado desde 1894 de la dirección y cristiana culturización de este Vicariato, aún no había hecho nada. Este pensamiento me amargaba la conciencia; y después de superar infinitas dificultades que se interponían ante el cumplimiento de este deber, saqué valor de los ejemplos de tantos valientes misioneros nuestros y fijé una fecha para comenzar mi larga y peligrosa excursión en diciembre de 1898. Ahora que terminé este viaje con toda felicidad, voy a intentar poner en orden los apuntes tomados, dando una idea de la extensión de territorio, clima, vegetación, ríos, etc., del Centro de nuestro Vicariato, donde fundaremos, si Dios quiere, la nueva ciudad y el Colegio de nuestras Misiones.

---

\* B. S., 1901, pp. 316-319; 348-350.

*De Gualaquiza a Indanza. En el Tambo de Juambachi. Un muerto. La segunda noche en el desierto. Asaltados por las fieras. Huellas de los antiguos Incas*

Los primeros días de diciembre, después de dejar todo dispuesto para la buena marcha de la Misión de Gualaquiza, me dediqué a preparar mi viaje. El día 4, domingo, hubo las ceremonias religiosas antes del viaje: Misa cantada, breve sermón que dirigí a la gente, manifestando los motivos que me inducían a viajar y encomendándome a sus rezos. Luego di la bendición con el Santísimo y recité los rezos que la liturgia dispone para los viajeros. Salí de la iglesia y dando las últimas órdenes, emprendí el viaje junto con el hermano Virgilio Avalos, Juan Coronel gobernador de Gualaquiza, Camilo Torres intérprete del idioma Jívoro y varios Jívoros que llevaban las comidas y varios objetos para granjearse la simpatía de los salvajes. Muy conmovedor fue el adiós, en la Plaza de María Auxiliadora: toda la comunidad, los habitantes y un gran número de Jívoros, rodeándome por todo lado, me pedían con las lágrimas en los ojos, una postrera bendición, que les di de todo corazón, pero con el alma desgarrada, pensando que acaso fuese ésa la última vez que nos veíamos en esta tierra... Luego nos fuimos, toda la numerosa caravana. Después de una media hora llegamos al tambo de Yumaza, de donde, después de tomar algo, nos dirigimos hacia el norte en el valle de Gualaquiza, continuando nuestra marcha hasta el tambo del Jívoro Juambachi. A este punto, los cristianos que me acompañaban nos dejaron y volvieron a sus casas.

Nosotros, o sea los destinados al viaje, y algunos alumnos y novicios, pasamos allí la primera noche. La esposa del dueño del tambo había muerto unas semanas antes, pero el cadáver se conservaba, según la costumbre jíbara, cerca de la casa, en una especie de casa de paja y juncos. Lo primero que hicimos pues, fue rezar los rezos de los difuntos, en sufragio de esa alma. Luego, después de comer y decir los rezos de la noche, pensamos dormir, pero era imposible, por los infinitos pensamientos y tristes presentimientos que nos torturaban la fantasía. Al amanecer canté la Santa Misa y los demás también cumplieron con sus deberes religiosos; luego establecimos nuestro itinerario, mientras yo me ponía en el cinturón una pistola y un buen machete, porque estas precauciones son indispensables en todo viaje por estas peligrosas y

vírgenes montañas. Besé al Crucifijo, inseparable compañero mío de viaje, "in nomine Domini" comencé con los demás la subida de una colina, hacia el río Yumaza, al nor-oeste de Gualaquiza. Después de muchas horas de viaje llegamos a lado de un árbol gigantesco, llamado por los Jívaros jombo, cuyas ramas formaban un portal alto cinco metros por dos y medio de ancho. Nos detuvimos un buen rato y luego caminamos hacia un punto llamado por los Jívaros "Salado", porque está cruzado por un torrente de agua salobre que va a desembocar en el Gualaquiza.

Como el terreno era muy lodoso, ya no era posible continuar, incluso porque más adelante, no hubiéramos encontrado paja para fabricamos nuestro tambo, uno para mí y los demás cristianos, y otro para los Jívaros. Decidimos pasar allí la noche, cenamos alegremente, y luego sin ningún trabajo, antes con mucho gusto entregamos nuestro cuerpo en brazos del sueño. Pero, a eso de las 11, me desperté por los ladridos insistentes de "Cholo", el perro que me acompañaba, y mientras me preguntaba qué podían significar, los Jívaros también se despertaron y se pusieron a gritar asustadísimos: "Cuidado, cuidado, Padre Francisco; muchos tigres y osos aquí viniendo; todos nosotros matando comiendo, queriendo... ". Intenté tranquilizarles, diciendo que no hay que temer nada estando bajo la protección de María SS. Auxiliadora: pero con gran asombro vi que muchísimas de estas tremendas fieras, protegidas por las sombras y probablemente atraídas por el olor de nuestra cena, se habían acercado a nuestras carpas, y corríamos serio peligro de convertirnos en víctimas de su voracidad... Invoqué la protección de nuestra Virgen y preparamos nuestras defensas: los Jívaros, según su costumbre, lanzan gritos espantosos, nosotros disparamos nuestros rifles, otros encienden varios fuegos para alejar el peligro... Efectivamente las fieras poco a poco se fueron retirando, pero decidimos hacer turnos de guardia. Poco después de la medianoche me desperté de nuevo, por un fuerte ruido que parecía poco lejos de mi tambo: levanté la cabeza y a la luz de la luna vi la gran bestia que estaba solamente a un metro de mi cabeza... me preparé a apuntarle con mi pistola, pero la fiera probablemente oyó algún ruido y ya había desaparecido entre los árboles, y pude de nuevo descansar tranquilamente.

A las cuatro y media de la mañana siguiente preparé un altarcito en medio de la selva y celebré la Santa Misa, durante la cual los otros

comulgaron para agradecer a Dios que les había preservado de la muerte. Era la primera vez que en ese ambiente desierto y silvestre, se celebraba el sacrificio incruento del Altar, y yo, para recordar ese gran acontecimiento, después de la Misa hice erigir un gran Cruz que sirviera también de señal precursora de la próxima redención de aquellos lugares, de la esclavitud del Príncipe de las tinieblas.

Después de eso nos pusimos nuevamente en marcha y pronto llegamos al río Yeow (salado) sobre cuyas orillas existen varias huellas de la potencia de los antiguos Incas.

*En el monte Saquea. Corro peligro de terminar ahorcado. Abrazado a un matorral lleno de espinos. Chicha y supersticiones. En el río Cumbossa. Cazando monos. Amor maternal. Cruce del Colagiros. La Proveduría. Pesca en el Guamquiza*

En esa zona está el monte Saquea, y subiendo su costado, nos encontramos con una enorme colmena de avispas, que respetando a los que tenían vestidos, fueron inexorables con los cuerpos desnudos de los pobres Jívaros, picándolos tanto que nos nacieron serios temores. En la cumbre de este monte, que separa el pintoresco valle de Gualaquiza del de Colagirás, descansamos un poco luego bajamos rápidamente por el otro lado. Pero de pronto mi barba se enreda en las espinas de un zarzal, y como Absalón, no puedo seguir corriendo: se enreda tanto mi pobre barba que me encuentro en la dura necesidad de cortármela con un machete... mientras que las espinas se retiran, contentas de su presa, y yo aprendo en cabeza propia, el medio más expedito para salvar mi barba de Absalón...

Poco después, mientras corro precipitosamente, no me di cuenta de un barranco y para salvarme logro abrazar un árbol cubierto de agudas espinas, llamado chontilla. No hablo de dolor que sentí en las manos, traspasadas por esas duras espinas, que luego tuve que hacerme quitar de una en una, porque por la gloria de Dios y la salvación de las almas estoy dispuesto a sufrir mucho más, con gusto: hasta la misma muerte. Para el misionero católico, los sufrimientos, los dolores, el derramamiento de sangre y la muerte son "rosas y flores", gloria y triunfo; yo, en medio

de tanto dolor, agradecía a Dios que me hizo digno de sufrir un poco para Quien sacrificó su vida en el patíbulo de la Cruz para nuestra redención.

A lo largo de nuestra carrera, encontramos otros tigres y osos, que fueron alejados por los ladridos de nuestro "Cholo", tan fiel. Al anoecer llegamos al río Bombois, bastante pequeño, que baja al lado norte y va a desembocar más adelante en el río Colagirás. Después de cruzar el Bombois, descansamos bastante y los Jívaros me ofrecieron su famosa chicha. No podía rehusar, pero lo sobrante lo tiré al río. Los Jívaros se dieron cuenta, y me dijeron: "Padre Francisco, chicha río no botando, porque chicha río botando mucho lloviendo haciendo". Y se acercaron a la orilla del río derramando allá chicha, pidiendo a Taita Dios que no haga llover. ¡En cuántas supersticiones viven estos pobrecitos! Seguimos nuestro camino en la orilla opuesta del río, llegamos a eso de las 12, en otra cumbre del monte Saquea, llamada por los Jívaros Ensacua. Nos detuvimos bastante allí para admirar el maravilloso panorama de las selvas orientales y reanimamos nuestras fuerzas con generoso licor. En el paso del monte Saquea hasta el río Cumbassa, nos encontramos de nuevo con una manada de tigres y osos, y como nos dimos cuenta a tiempo, estábamos todos dispuestos a la lucha, pero Dios quiso que no pasara nada, porque las fieras nos dejaron pasar antes de atacarlas.

A eso de las dos p.m. cruzamos el río Cumbassa, y en en su orilla opuesta encontramos una cantidad de monos, que hicieron nacer en los Jívaros un deseo loco de cazarlos. Curioso, y hasta interesante este tipo de cacería: los pobres monos, asustados por las flechas de los Jívaros, saltaban de una rama a otra con la soltura de quien camina en el suelo; por tanto los que estaban heridos quedaban enredados en las ramas y eran fácil presa; pero hasta había que tumbar los árboles para poder disfrutar de su carne asada al fuego de las ramas. Entre otros, vi a una mona que apretando fuertemente sus hijitos, con ternura maternal presentaba los hombros como escudo para salvar de la muerte a los tiernos seres a quienes había dado la vida, y saltaba de rama en rama en esa dolorosa posición hasta que fue alcanzada por una flecha fatal. Aún en ese momento apretaba más duro a sus queridos... y con ese acto de cariño maternal, murió. Nunca vi ninguna escena que representara con tanta intensidad el amor maternal de las bestias, como éste. La cacería de monos nos ocupó más tiempo de lo que pensábamos, y así llegamos solo hasta la orilla del

río Calagrás, donde preparamos nuestros tambos para la noche. Durante la noche cayó una lluvia torrencial y el día siguiente pudimos cruzar el río muy trabajosamente y con gran peligro. La mayoría no quería arriesgarse, y tuve que dar el buen ejemplo tirándome yo primero al agua. Este acto tuvo su efecto; los Jívaros decían: "Ah; Padre Francisco, vos mucho valor teniendo, mucho nadando sabiendo; vos miedo no teniendo, otros cristianos mucho miedo habiendo está".

El río Calagrás corre de norte a sur y desemboca en el Zamora muy lejos de la "Proveduría": así se llama el lugar donde se hace la unión del río Bomboíza con el Zamora, porque en el tiempo en que en esa zona se sacaba el caucho y la cascarilla, se había levantando una especie de bodega de víveres y herramientas de trabajo.

Más adelante encontramos el pequeño río que es conocido como Guamquiza, cuyas aguas son ricas de sabrosos peces. Mis compañeros, durante nuestro almuerzo, se dedicaron a la pesca mediante el uso del barbasco, que es una especie de planta o arbusto que los Jívaros se habían llevado de Gualaquiza. Seguimos nuestra marcha y al anoecer llegamos al pie del monte Congineinda. Preparamos el tambo, alistamos la cena con el pescado cogido poco antes; comimos con extraordinario apetito y luego dormimos tranquilamente en la cama dada por la Madre Tierra.

*8 de diciembre. La culebra blanca. Panorama. Los Jívaros de Indanza van a nuestro encuentro. En la choza del capitán Tucupi. Los Jívaros de Méndez están en guerra con los Patocumas. Por un camino*

Entretanto llega el amanecer del 8 de diciembre, día memorable para todo hijo de Don Bosco, y yo también, despertándome, sentí muchas gratas emociones al empezar este nuevo día de mi vida, perdido en aquellas selvas vírgenes. Sentado sobre un tronco, administro el Sacramento de la penitencia a los pocos cristianos que nos acompañan, y primero entre los Misioneros, canto solemnemente Misa en aquellas soledades. En el momento del "Gloria in excelsis", cómo se unirían los ángeles del Paraíso con los ángeles protectores de esas tribus indómitas y aquellas selvas vírgenes, para acompañar con sus voces celestiales el canto del humilde Misionero Salesiano, del Ministro del Altísimo, repitiendo este

himno del paraíso! Llenos de dicha, los ángeles exclamarían: ¡"Por fin ha llegado el tiempo de salud y misericordia para estas innumerables tribus, entre las cuales Dios tres veces santo, mandó su ministro a destruir el reino de Satanás levantando en todas partes el estandarte de la Cruz! Los alegres trinos de los pájaros silvestres y los siniestros rugidos de las fieras, respondían misteriosamente al canto religioso de la Iglesia. Siento gran satisfacción pensando que mi débil voz se unía a la de mis hermanos esparcidos en todo el mundo, para alabar, postrado delante de un pobre altar rústicamente adornado, a la Madre de toda pureza, y suplicarla con fervientes rezos que bendijera nuestro viaje apostólico; para rogarle que hiciera prosperar las Misiones de nuestra Pfa Sociedad, apurar el triunfo de la Iglesia Católica, dar paz al mundo y en particular al pobre infeliz Ecuador, nuestra amada patria adoptiva, sobre la cual hoy con justicia está pesando la mano de Dios. Después de terminar el rito sagrado, y plantar, como de costumbre, una hermosa Cruz en el punto del altar, nos ponemos en marcha. A eso del mediodía, llegamos a la cumbre del Monte Guamquiza, del cual baja el homónimo río que mencionamos antes; durante la subida a este monte me topé con una culebra venenosa completamente blanca, larga más de un metro, llamada Coripuapia. Los Jívaros creen que muerde con el rabo. Bellísimo el panorama que se disfruta desde la cumbre de este monte; se ve a lo lejos el monte Azuay, al norte de éste están las minas que sirven a los activos habitantes de Sigsig para extraer el oro, que tiene mucho crédito, y constituye la mayor parte de la riqueza del pueblo de Sigsig. Más acá se entrevé la jibaría de Indanza, con sus valles y selvas; entre selvas hay un camino hecho por los Jívaros de Indanza, que los pone en comunicación con el Pongo; más allá, al otro lado, se ve el Runa Urcu (Cerro del Indio) y al oriente de éste está Chigüinda, pueblito habitado por indios, a más de un día de Sigsig.

Después de disfrutar sin apuros de la belleza de ese paisaje, seguimos pasando sin dificultad varios riachuelos, hasta llegar al río Yangüis, y caminando por la orilla opuesta de este río, se llega al monte Magzongu, de cuya cumbre se ve el lindo valle de Yunguinanza, a donde bajamos enseguida, recreados por el dulce panorama. Entrada la noche, nos detenemos en las orillas del río Sendende, descansando toda la noche y durmiendo profundamente.

El día siguiente llegamos a las faldas del monte Tumansa; pasamos la colina Landendas y llegamos al monte Moalminta donde comienza el camino de Mohacha, del cual deriva el nombre del monte, y que llega a la unión del río Colagirás con el Bomboíza. Del monte Moalminta al río Zamora hay dos días de camino, y tres hasta el Bomboíza.

Durante nuestro prolongado descanso allá, reponiendo nuestras fuerzas con un buen vaso de aguardiente y gozando de la maravillosa vista de Indanza, nuestros oídos son heridos por los agudísimos gritos de los Jívaros de Indanza, que llegaban a toda carrera a nuestro encuentro llevándonos abundante comida. Sus saludos están llenos de entusiasmo, y dirigiéndose a mí, me dicen: "Ah, Padre Francisco, vos mucho queriendo todos Jívaros está... Nosotros, Indanza, mucho a vos esperando, y vos mucho tardando. Ahora Indanza llegando, ahí mucho descansando y muchos puercos, gallinas, plátano, yuca, camote comiendo y mucha chicha tomando bueno está..." y así diciendo, bailan, cantan, gritan entorno a mí.

Luego me ofrecen huevos, plátanos, yuca y la indispensable chicha: la suya es excelente; de todo esto tomamos fuerzas para seguir nuestro viaje. A eso de las once llegamos a la cumbre del Colcúmen, que se encuentra frente al Sacared, y luego, continuando el viaje, llegamos al monte Culcúmpide. Dejando de un lado el camino de Méndez, seguimos hacia Indanza, donde llegamos el 9 de diciembre de 1898. Somos recibidos con grandes demostraciones de gozo, por el capitán Jívoro llamado Tucupi, en cuya choza, nos enteramos de que unos 500 Jívaros de Méndez estaban pasando por el mismo camino que nosotros recorrimos para ir (pasando por Gualaquiza), contra los indios Patocumas, para vengar el derramamiento de sangre de la muerte de algunos Mendeños, matados a traición por los Indios Patocumas. Me quedo unos días en Indanza, tanto para instruir, bautizar, y curar a esos pobres Jívaros, como para tomar apuntes sobre la bella provincia de Indanza: productos, clima, habitantes, y rumbo que se deberá seguir para abrir un buen camino hacia Gualaceo. Los buenos habitantes de esa ciudad ya habían empezado a construir ese camino unos tres o cuatro años atrás, pero luego, un poco por su natural inconstancia, un poco también por las anormales circunstancias de esta pobre república, abandonaron la empresa. Si el noble y católico pueblo de Gualaceo fuera más constante y activo en la

empresa de abrirse un camino hacia Indanza, esta provincia oriental sería para él la nueva Tierra Prometida, que produciría seguramente cien veces lo que produce ahora, y se convertiría en una segurísima fuente de riqueza.

La provincia de Indanza confina al norte con el Pan de Azúcar y las minas de Sigsig; al oriente, con el Pajón de Chordeleg y la cordillera que la separa de Yunganza, al sur con las lomas y montañas que la separan de la unión de los ríos Bombofza y Zamora, al occidente con los montes Calcumen, Magyonga y otros. De norte al sur es cruzada por el río homónimo. El clima es dulce y saludable, el termómetro marca en estos días, por el 10 de diciembre, de 27 a 29 grados. Las extensas mesetas de Indanza son fértiles, y producen toda clase de vegetales: con toda facilidad se pudiera construir un ferrocarril de Gualaceo a Indanza, tanto al lado del Pan de Azúcar, evitando el río Indanza, como al del Pajón de Chordeleg, construyendo un buen puente sobre el río, cosa que se puede también hacer fácilmente, pues el río se encuentra en varios puntos, encerrado por las rocas de las montañas.

La mayoría de los Jívaros era la primera vez que veían al Misionero, y por consiguiente, también la primera vez que asistían a los oficios religiosos de la Iglesia, y a la administración de los Sacramentos. ¡Cómo se daban la vuelta al rededor del rústico y sencillo altar preparado a la buena de Dios, en una esquina de la casa del capitán Tucupí! ¡Cómo observaban silenciosos los unos arrodillados y los otros de pie, a mis compañeros de viaje que asistían a la Misa! Y cuando sonó la campanilla para señalar los momentos más importantes y solemnes del Santo Sacrificio, les pareció una cosa de otro mundo, y no podían darse cuenta de cómo estos sonidos en cierto momento se detenían. Después de la misa todos querían tocar la campanilla. Después de bautizar a unos treinta chicos y algunos adultos enfermos, tomando como padrino al hermano Virgilio Avalos y a los demás cristianos que me acompañaban, tuve que hacer el papel de médico, dando remedios a algunos que se habían enfermado, según decían, por sus brujerías. Los pocos libros de medicina que tenía conmigo en mi botiquín con los remedios más indispensables, me procuraron de inmediato la fama inmortal.

Además, era un espectáculo sorprendente ver con cuánto entusiasmo y atención los pobres Jívaros se persignaban y repetían las palabras del Padrenuestro y Avemaría. En esas sencillas e incomprendidas fórmulas de rezo encontraban un consuelo indecible. Dios, Padre de misericordia y bondad, les anticipaba con lumbres celestiales la grandeza y sublimidad de su santo Evangelio, la felicidad y paz que disfrutaban los que pertenecen a la verdadera religión Católica, Apostólica, Romana, fuera de la cual no hay salvación eterna. En el escaso tiempo que me quedé entre ellos, les enseñé a santiguarse y a repetir de memoria el rezo del Padre Nuestro, el Avemaría, el Gloria Patri etc., y les hice comprender que existe un Ser Supremo, que se llama Dios, creador del Cielo y la Tierra: que este Dios da el Paraíso, lugar de gloria, a los buenos cristianos, y el infierno, lugar con fuego y penas, a los malos cristianos, y que por tanto, los Jívaros buenos irán al Paraíso, donde estarán siempre alegres y contentos, y los Jívaros malos serán lanzados al fuego eterno, donde se quemarán eternamente. La gracia de Dios estaba obrando en todos aquellos duros e indomables corazones, porque todos, hombres y mujeres, grandes y pequeños, me rodeaban y repetían con cariño besando el Crucifijo y con las manos juntas, las palabras que les enseñaba. Yo además, para animarlos a recordar mejor de memoria lo que les iba enseñando, regalaba unos objetitos que tenía conmigo, a los que mejor aprendían el nombre de Dios, María y los rezos. En general estos Jívaros de Indanza, respondieron a mis esfuerzos y trabajos evangélicos quisieron demostrarme toda su gratitud regalándome comida en cantidades, especialmente carne de puerco, gallinas, huevos, yuca, plátano, etc.

Una vez terminada mi misión preparo todo para mi regreso. Celebro la Misa con los rezos para los viajeros, luego planto una gran Cruz en el lugar del Altar, y recomiendo a los Jívaros que la cuiden; y la bendigo junto con la rica provincia de Indanza. Luego, con mis compañeros y algunos Jívaros de Indanza, que el propio capitán Tucupi puso a mis órdenes, me pongo en marcha. Pero antes quise de nuevo regalar a esos pobres Jívaros, como recompensa por lo que habían hecho para nosotros, antorchas, encendedores, cuchillos, espejos, agujas, hilos de varios colores, piezas de pana, telas, camisas, tijeras, escardillos, anillos, collares etc. Y ellos, aflijidos y con las lágrimas en los ojos, me impiden el paso y van diciendo: ¿"Por qué, Padre Francisco, a nosotros abandonando pronto queriendo, vos mucho bueno estando"? aquí parejo siempre

viviendo bueno estando". ¿"Y vos por qué otra tierra yendo queriendo?" y las mujeres, con sus niños amarcados, me suplicaban que no les abandonara tan pronto. Estos momentos son tan solemnes, estas escenas tan conmovedoras, que el Misionero, Padre amoroso que lo ha abandonado todo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, no puede no mezclar sus lágrimas con las de los pobres salvajes. Hubiera querido de veras quedarme unos días más con ellos, para darles gusto, y aprovechando su buena voluntad les hubiera instruido cada vez más en nuestra santa religión. Pero por medio de algunos Jívaros ya había avisado a algunas tribus del gran territorio de Méndez que estaba por llegar, y con pesar tuve que alejarme de Indanza y sus habitantes. Pero para consolarles les prometí que, si Dios quisiera pronto volvería a visitarles con muchos cristianos, que me quedaría entre ellos para cuidarles como padre, protector, amigo; que pediría a Dios todos los días por ellos; les pedí que durante mi ausencia se portaran bien y no atacaran a otros Jívaros.

Desde las faldas y mesetas donde se encuentran esparcidas las casas de los habitantes de Indanza, llegamos, después de hora y media de bajada, a un árbol que nos asombró mucho. Era un frutal que en ese momento estaba todo cubierto de flores rojas y amarillas, pero solamente en el tronco y ramas más bajas. Los Jívaros lo llaman Ubarima, y produce frutos amargos parecidos a las peras y manzanas.

Continuando la bajada se llega al río Indanza, muy crecido entonces no tanto por las lluvias caídas durante la noche, cuanto por los torrenciales aguaceros que habían caído sobre las selvas de ese valle. No había ninguna canoa para cruzarlo, y preparar una balsa era igualmente inútil, porque era un río impetuoso y lleno de gruesas piedras. Tampoco se podía cortar piedras y construir un puente, pues no teníamos la herramienta necesaria. Pensar en cruzarlo hubiera sido prácticamente un suicidio.

¿Qué hacer? ¿Volver a la choza del capitán Tucupi? en absoluto, porque había que trepar de nuevo la empinada colina que acabábamos de bajar: una empresa de unas tres horas siquiera. Nos detuvimos en cambio unas dos horas en la orilla del río, con la esperanza de ver bajar las aguas. Pero por las lluvias ininterrumpidas que devastaban las montañas, el agua no bajó en absoluto...

*El valor puesto a prueba. Fuerza del ejemplo. Sueño fugitivo y baño involuntario. En el valle del Yunganza. Encuentro con el brujo Papue. Señal de redención. El capitán Sandu*

A las 12 el Jívaro Chepiti, hijo del capitán Tucupi, después de muchas pruebas pudo cruzar a nado hasta la orilla opuesta y volver donde nosotros, que lo esperábamos impacientes para saber si el río se podía cruzar. Nos dijo que el río era peligrosísimo, porque era muy profundo, impetuoso y turbio; solamente los Jívaros más hábiles en la natación y de estatura más alta, podían cruzarlo, pero con gran peligro para su vida. Oyendo esto, todos se desalentaron y no hubo nadie que se ofreciera para ser el primero. Yo procuraba animarlos para que pasaran todos juntos, cogidos de la mano, y formando entre todos una especie de cadena única para ayudarse recíprocamente y hacer frente y ganar el ímpetu y las olas llenas de espuma del río. Pero el desaliento era tan grande en todos, que tanto los cristianos como los Jívaros procuraban convencerme a no cruzar el río ese día. Esperar en esa orilla hasta el día siguiente me era imposible, porque los nubarrones densos y negros que cubrían el cielo, anunciaban nuevas y torrenciales lluvias, por consiguiente el río crecería más y nos secuestraría por varios días: nos hubiera faltado comida para el resto del viaje y los mismos Jívaros se desanimarían y hasta podían volver a sus casas.

Verba movent, exempla trahunt, pensé en mi fuero interno. Me armé de un bastón muy fuerte, me quité el hábito, los zapatos y todos los vestidos, salvo el pantalón y la camisa, me persigné, y acompañado por el Jívaro Juan Cayapa de Gualaquiza, uno de los Jívaros más fuertes de nuestro grupo, entré al río. Me fui adelante, in nomine Domini, hasta que las aguas, que estaban ya más arriba de mis hombros, amenazaron ahogarme. Pero, caminando y nadando, en pocos minutos crucé el peligroso río y llegué a la orilla opuesta. Los cristianos y los Jívaros, asombradísimos, porque nunca pensaron que yo cruzaría el río primero, estuvieron en la orilla mirándome con ojos compasivos y casi seguros que pasaría una desgracia. Los Jívaros, cuando me vieron presa de las turbias olas, amenazadoras, llenos de tristeza iban diciendo: "Padre Francisco ahogado pensando", y se preparaban a tirarse al agua para salvarme la vida. Pero, ¿qué consuelo tan grande el suyo, cuando me vieron sano y

bueno en la orilla opuesta! Fuera de sí, gritaban: "Oh padre Francisco, vos mucho valor teniendo mucho nadar y mucho río grande pasar sabiendo"; y armándose de valor, los unos alentando a los otros, imitaron mi ejemplo pasando, con grandes dificultades, eso sí, el gran río. Mientras yo esperaba que los cristianos y los Jívaros cruzaban el río y transportaran la carga, pude ejercitarme en la natación, tanto para adquirir más experiencia, para pasar otros ríos más grandes y peligrosos que nos esperaban en el resto del viaje, como para poder ayudar a mis compañeros si por casualidad se encontrasen en peligro de ahogarse.

Terminamos esta operación muy bien, y nos pusimos de nuevo en marcha, alegremente, cada cual llevando su carga, durante la subida de la colina del frente. Después de pocas horas de marcha nos detuvimos, porque algunos Jívaros se sentían enfermos y también porque más allá no encontrábamos más agua para tomar, cocinar y celebrar la Misa. Preparamos nuestras carpas y yo me dedico a curar a los enfermos; luego, con la ayuda del hermano Avalos y algunos Jívaros, preparamos la cena, mientras que los otros van de cacería. Cuando todo está listo, cenamos con excelente apetito, y luego preparamos lo que se había cazado poco antes para la mañana siguiente. Al final nos pusimos pacíficamente a dormir. Pero no pasa una hora, y comienza a llover durísimo y con tanto ruido de truenos y relámpagos, con rayos y todo, que la tempestad parece querer arrancar todas las plantas de la selva. Por suerte no nos pasa ninguna desgracia, salvo la huida del sueño, que tiene con nuestro gran pesar que alejarse, y un buen baño involuntario. Por la mañana, muy temprano, encendemos un buen fuego para secarnos la ropa y alistar el desayuno. Luego a eso de las seis, después de construir un altarcito rústico, celebro la S. Misa mientras mis compañeros de viaje comulgan. Terminamos el rezo de agradecimiento, desayunamos y nos ponemos nuevamente en marcha, llegando, a eso del mediodía, a la cumbre de la montaña que separa Indanza de Yunganza. Nos detenemos bastante para comer, disfrutamos del bello paisaje del valle de Yunganza, y bajamos allá. En pocas horas llegamos al río del mismo nombre y seguimos viaje caminando por la orilla derecha, pasando por varios toldos abandonados por los Jívaros. A las cuatro de la tarde pasamos el río de Yunganza subiendo la empinadísima cuesta opuesta; el gran valle de Yunganza podría muy bien ponerse en comunicación con las poblaciones civilizadas, haciendo un camino de Yunganza a Chordeleg, pasando por la selva que

divide las dos parroquias del Pan y de Chordeleg. Pasando por dicha selva, viven, en medio de los civilizados, los Jívaros, que ocupan el fértil valle de Yunganza, casi despoblado actualmente. El clima de este valle se parece mucho al del valle de Indanza. No hay ciénegas, en el centro hay poquísimas plantas, pero sus faldas son fertilísimas, y llenas de toda clase de productos. El río es más pequeño que el de Indanza; corre de norte a sur y más abajo curva hacia el Oriente. Yunganza confina al oriente con una cordillera que la separa de Chupianza, al sur con otra gran cordillera, llamada Macha por los Jívaros, al occidente con un monte del mismo nombre, que la separa de Indanza, y al norte con las montañas y selvas de Chordeleg y del Pan.

Después de dos y más horas de cuesta, como ya era de noche, preparamos nuestras carpas y los Jívaros van de caza; entretanto llegó un médico llamado Papué, con un hijito de unos doce años que pasaba por allá por casualidad. Era enemigo de los Jívaros que nos acompañaban. Yo estaba cortando palos para plantar mi carpa, y el primer encuentro de Papue fue conmigo, y me reconoció, porque en Gualaquiza me había visitado varias veces; me saludó afectuosamente y se asombró muchísimo de encontrarme solo en esos lugares tan remotos y peligrosos. Los Jívaros que me acompañaban oyendo que hablaba con un Jíváro extranjero, temiendo alguna traición, se arman con rifles, lanzas y cuchillos para matarlo, si acaso armara algún asalto. Pero viendo que hablaba conmigo con absoluta tranquilidad y familiaridad, se tranquilizaron: pero antes, pelearon, de labios para afuera, y amenazaron al brujo Papue, su mortal enemigo. Pero la presencia del Misionero logró que se trataran entre sí pacíficamente. Después de una hora de conversación, Papue se despide, invitándonos a todos a su casa, a solamente hora y media de camino, para comer: basta ir siguiendo el mismo rumbo del camino de Méndez. La noche es para nosotros nuevamente sin sueño, por la lluvia ininterrumpida que nos moja como pollitos. Por la mañana todo como siempre: pero, después de Misa, hicimos una gruesa cruz y la plantamos en ese lugar, como señal de redención, y nos vamos.

Hoy la Iglesia festeja la fecha de Santa Lucía, V. y M., y nosotros, en nuestro viaje, somos perseguidos por lluvias torrenciales que duran hasta las cuatro de la tarde. Después de dos horas de caminar, llegamos a la casa del Jíváro Papue, y no pudiendo quedarnos allá por el apuro, le

mando saludos y el aviso de que lo espero el día siguiente en un tambo cercano con toda su gente, para bautizar a los niños e instruir a los demás. Papue me manda la respuesta: siente no poder tenerme de huésped en su casa, me manda unas frutas de su huerta como regalo, y promete irse el día siguiente al lugar indicado.

A eso del mediodía cruzamos el río Yananá y poco después nos encontramos con un Jívoro anciano, de unos sesenta años, que ni bien alcanza a vernos, por miedo camina más rápido para no hacerse alcanzar. Con él van dos mujeres. Nosotros también vamos rápido, lo alcanzamos y le preguntamos quién es, de donde viene y adonde va. Le preguntamos también si este es el camino para Méndez, y si tiene algo para darnos de comer. Oyéndonos, y viendo que lo tratábamos como a amigo, camina más despacio y dice "Yo siendo capitán Santo, taita de Guatingúf Jívoro y de Papue Jívoro". Y me hace entender de alguna manera, que viene de la casa de su hijo Papué y que iba a su casa; que de las dos mujeres que lo acompañaban la una es su esposa, y la otra una pariente; que la vía que recorreremos es la que lleva a Méndez, y que no tiene nada para darnos de comer.

Luego me preguntó quién era y adonde iba con esos cristianos. Le dije que era el Padre Francisco de Gualaquiza, y que iba con regalos a visitar a los Jívoros de Méndez. Ni bien oyó el nombre de Padre Francisco, como todos los Jívoros del Oriente me conocen, sonrió, me tendió la mano y dijo: "A vos Padre Francisco yo y Jívoros mendeños mucho queriendo; yo a vos acompañando, a mi casa llegando, allí muchos puercos, gallinas, plátanos, yuca, camote comiendo; parejo conmigo e Jívoros mendeños viviendo mucho bueno está". Y nos hizo de guía.

Después de unas dos horas y media de camino, bajo una lluvia intensa, acompañados por Sando llegamos a un valle triste, melancólico. Las contínuas lluvias nos obligan a pasar la noche en la orilla del río Cumza. El Jívoro Sando y su mujer encienden un buen fuego, se ponen a preparar un poco de cena y los otros, no teniendo cambio de ropa y estando todos empapados, se quitan la ropa para secarla al fuego, quedando semidesnudos como los pobres salvajes de la selva.

La mañana siguiente, después de preparar todas nuestras cosas, cruzamos con gran peligro el río Cumza, rapidísimo; este río se llama también Yumas. El capitán Sando, con su viejita, nos habían precedido para avisar a los parientes de la llegada del Padre Francisco, y para prepararnos el desayuno. A lo largo del camino nos encontramos con algunas Jíbaras de unos diez y ocho años, que a lado de un riachuelo, estaban dedicadas a limpiar yuca. Viéndome con la barba larga se asustaron e intentaron huir, pero les tranquilicé a señas y siguieron tranquilamente con su trabajo. En la casa del capitán Sando fuimos recibidos con grandes atenciones y cariño: prepararé rápidamente un altar y a eso de las 11.30 celebré el Santo Sacrificio, durante el cual llegó el brujo con toda su gente, como lo había prometido. Nos quedamos allá un día y medio tanto para bautizar a los niños, como para preparar las comidas para el resto del viaje. En estos pobres hijos de la selva, es más vivo el deseo de aprender los rezos, recibir el bautizo, aprender los deberes del buen cristiano. La madres, presentándome a sus tiernos hijos, me decían: "Padre Francisco, vos nuestros hijos bautizando; mucho bueno estando; a nuestros hijos agua regando y sal comiendo dando mucho bueno; así muriendo con Taita Dios yendo. A vos Padre Francisco, nosotros mucho queriendo, y vos viviendo siempre con nosotros bueno está; a vos nosotros mucho queriendo, a vos aquí viviendo nosotros mucha yuca, plátano, chicha, camotes, pelmas, puerco, carne, gallinas, todo todo a vos regalando".

Fueron muchísimas familias a visitarme, para saludarme, ofrecirme regalos, hacer bautizar a los hijos. Yo aproveché la ocasión favorable para instruirles en los principales misterios de nuestra santa religión. El capitán Sando con todo su gente nos trató como reyes, matando para nosotros puercos, gallinas, y regalándonos en abundancia de esto. Yo en trueque les di hoces, cuchillos, fósforos, pólvora, municiones, telas, agujas, hilo, espejos, etc. Luego atendí a varias personas enfermas, que todas, gracias a Dios, se curaron, lo cual aumentó la confianza en el Misionero.

El 17 de diciembre, después de bautizar a algunos, regalé a los Jívaros hospitalarios varios objetos, planté una cruz, les convencí a cuidarla religiosamente, y me despedí con la promesa de volver pronto. Se repiten aquí las conmovedoras escenas de Gualaquiza, y muchos quieren acompañarme llevando nuestras maletas. En dos horas llegamos a la unión

de los ríos Yunganza y Cumza, donde la naturaleza nos ofrece un espléndido panorama. ¡Qué bonita sería una ciudad fundada en este sitio! ¡Qué lástima no tener en ese momento los instrumentos adecuados para sacar una foto! En el centro, donde se produce la unión de los dos ríos, se eleva un grandioso peñasco ovalado, que frenando y venciendo como un soberano la fuerza de las olas, parece decirles: "Unanse, ríos, y su fuerza será mayor".

El río Yunganza que viene del nor-oeste, y el Cumza solo del norte, corren aquí unidos hacia el oriente, pero inclinándose bastante hacia el sur. La naturaleza es más fértil y el clima más caliente; por eso hay más casas de Jívaros. Estos Jívaros se van hacia la gente civilizada atravesando las selvas y montañas del Pan. Pasé el río con la ayuda de los Jívaros y sin dificultad, a pesar de que el agua nos llegaba más arriba de los hombros, pero plácida y tranquila; seguimos nuestra marcha, durante la cual encontramos a muchos Jívaros que iban alegremente a nuestro encuentro. A eso de las diez llegamos a la casa del capitán Cuca. Este, junto con el capitán Chamico (que habiendo sabido de mi llegada allá, había llegado del Pongo con muchos Jívaros) me reciben con gran cariño y felicidad indescriptible. Nos acercamos a la casa y los perros comienzan a ladrar y la gente, como si estuviera sobre aviso, llega toda para encontrarnos, cantando, gritando y bailando con un entusiasmo tan grande que parece un gran caos. En la puerta de la casa encontramos a las Jíbaras que están preparando el almuerzo: las unas matan gallinas, las otras pelan yuca, plátano, camotes, etc., las de más allá, con la boca llena de yuca, están mascando, para preparar la tan sabrosa y conocida chicha. Y todos están fuera de sí por la dicha de mi llegada, y gritan: "Oh! Padre Francisco, muchas lunas y muchas chontas (o sea, muchos meses y muchos años, porque ellos cuentan los meses con la luna, y los años con la chonta, fruto que madura solo una vez al año) a vos esperando, por qué pronto no viniendo visitando. Por qué vos mucho bueno está; todos los Jívaros a vos, Padre Francisco, mucho, mucho queriendo; aquí vos parejo siempre viviendo bueno está... Vos a Gualaquiza jamás volviendo, Gualaquiza malos Jívaros habiendo; aquí buenos Jívaros está. Para vos Padre Francisco, nosotros Jívaros Iglesia grande, convento grande y muchas cosas como Gualaquiza haciendo, nosotros mucho mingando y muchas huertas sembrando para vos haciendo. Aquí parejo muchos puercos, gallinas, jabalfes y sainos, yuca, plátano mucho gordo siendo vos bueno

está. Vos nuestros ojos vistiendo enseñando bueno está, con vos paraíso yendo y con Taita Dios siempre viviendo bueno está".

Después de obtener un poco de silencio, les agradezco por la afectuosa acogida y anuncio que mientras ellos preparan el almuerzo, yo voy a cantar Misa y rogar a Taita Dios por ellos; que preparen entretanto a los niños para bautizarles enseguida después. ¡Con cuánto gusto y alegría reciben este anuncio! En pocos instantes preparo el altar en la mitad del patio: me preparo y luego toco la campanilla. Llegan enseguida los 150 y más Jívaros de la casa, y dan vueltas alrededor del rústico altar, haciendo una bulla terrible. La campanilla, con su sonido, en vez de imponer silencio entre esos pobrecillos, suscita un auténtico caos. Es conveniente dejarlos en paz; entretanto yo me pongo las vestimentas. Mientras me ponía el alba, los Jívaros, viéndome todo vestido de blanco, decían: "Padre Francisco, camisa blanca poniendo bueno está", y se acercaban todos para tocarla. Luego, viéndome vestido también con la estola, manípulo y casulla rojos, según el rito del día, como este color es muy apreciado por los salvajes, llenos de asombro se ponen a reír para demostrar lo mucho que les gusta ese color. Sin comprender nada de los Sagrados Misterios, asisten al Sacrificio Divino, y yo, "infra Missam", digo unas palabras a mis compañeros de viaje, y los Jívaros, sin comprenderlas siquiera, las oyen también en religioso silencio. Luego bautizo a treinta y tres niños y niñas; y hacen de padrinos Virgilio Avalos, Juan Coronel y Carmelo Torres.

Terminados los oficios sagrados, y dadas algunas pequeñas advertencias lo mejor que pude, doy a todos los bautizados unos regalitos. Durante esta distribución algunos viejos Jívaros se ponen a gritar: "Padre Francisco, nosotros viejecitos también agua regando y sal comiendo queriendo; porque así haciendo al cielo con Taita Dios y Padre Francisco yendo... ¡Pobrecitos! Sus súplicas me conmueven y me hacen llorar: lo mejor que puedo les hago entender que hay un Dios que da el paraíso a los buenos y el infierno a los malos; les enseño a santiguarse, a recitar, palabra por palabra, el Padre Nuestro y el Avemaría, también el Credo: rezos que los pobrecillos van repitiendo sin entender jota, con las manos juntas y los ojos llenos de lágrimas... Y después de eso, viendo tanta buena intención de su parte, los bautizo haciéndoles plenamente felices.

En ese lugar, como ya lo dije, me esperaba también el capitán Chamico, llegado del Pongo, con muchísimos compañeros, para verme, saludarme, y hacer bautizar a sus pequeñuelos. El deseaba llevarme al Pongo, diciendo que allá me esperaban las tribus de los Jívaros Pongueños, y yo no pude decir que sí, pero prometí ir en otra ocasión. Y el capitán Chamico, viendo que mi ida al Pongo era imposible, mandó algunos Jívaros que avisaran a las tribus de no esperarme, y que fueran a Méndez los que deseaban verme, la siguiente semana a lo más tarde.

Al mediodía nos sirven un abundante almuerzo, en el cual no falta la indispensable chicha, ofrecida por los Jívaros en ciertos platones en forma de copas. Cada Jíbara iba a ofrecerme su chicha, y yo, que tengo mucha sed por el excesivo calor, la encuentro bebida sabrosísima. Terminado el almuerzo, los hago jugar por una hora más o menos, ejercitándolos a agarrar varios objetos que cuelgan en la punta de una caña como anzuelos. Entretanto observo que todos, especialmente las mujeres y los chicos, tienen las miradas fijas sobre mi persona y pregunto la razón. Me entero de que ese asombro se debe a mi larga barba, y que desean que se la regale, o que por lo menos, se las deja tocar. "Padre Francisco" van diciendo "mucho caballero es... mucho capitán y muchos cristianos mandando porque mucho barba larga habiendo, mucho barba larga bonito está y por eso Jívaros a Padre Francisco mucho queriendo está", y luego pedían insistentemente algunos pelos de mi barba.

Al anochecer, después de intentar instruirles un poco, sabiendo que la casa del capitán Cuca no podía hospedarnos a todos, decidí mandar a una parte de mi grupo a Chumpianza, a pocas horas de distancia. Qué grande fue la sorpresa de los Jívaros cuando vieron que yo pensaba irme ese mismo día! ¿Por qué vos, Padre Francisco, a nosotros botando, y queriendo acaso a vos nosotros mucho no queriendo? ¿Por qué a nosotros botando, vos yendo a nosotros mucha pena dando, vos siempre parejo viviendo mucho bueno está. ¿Por qué vos yendo y a nosotros poco queriendo? "A pesar de todos lamentos no desmiento lo que decidí y distribuyo regalos a todos por la entusiasta acogida y veneración que me dieron, y prometo a todos que, si Dios lo permite, pronto voy a visitarlos de nuevo. Luego me pongo en marcha con el hermano Avalos, el Sr. Coronel y varios Jívaros con su carga. En la casa del capitán Cuca queda Camilo Torres, mi intérprete, y varios indios con carga, que tienen la

orden de alcanzarme el día siguiente, subiendo río arriba por el Chupianza hasta la casa de los Jívaros Chupí, donde yo lo esperaba. Nuestro viaje se hace debajo de un sol intenso que nos tuesta; varias veces pasamos el Chupianza, y luego nos encontramos con los Jívaros Chupí, que vienen llenos de regalos y de dicha. La casa de estos Jívaros se encuentra en una isleta del río Chupianza, que viene del nor-este y va al sur-oeste. Se repiten allí las mismas escenas ya descritas: intento instruirles como puedo, y hacerles todo el bien que puedo. Me oyen, con mucha atención! Parecen iluminados por lumbres celestiales y sostenidos por la gracia divina. Muchos aprenden a persignarse, otros a recitar el Padre Nuestro, el Avemaría...

La mañana siguiente recibo visitas de varias familias Jíbaras que me invitan a sus casas. Llegan mis compañeros que se habían quedado en la casa del capitán Cuca, y entonces celebro la Misa, bautizo a unos cuarenta niños y a cinco viejos, ya casi centenarios. Luego comemos, regalo a todos objetos nuevos, y nos disponemos a continuar nuestro viaje. El Jívoro Chupí con todos los suyos, hombres y mujeres, se ofrece para acompañarme a todas partes junto con los Jívaros de Gualaquiza. Acepto esta favorable propuesta porque ellos son muy prácticos de estos lugares, y después de despedir a los otros Jívaros, nos ponemos en marcha.

El 19 de diciembre, después de celebrar la Misa, seguimos nuestra marcha durante la cual no hubo nada notable, salvo el descubrimiento de un árbol que dejaba escapar alrededor, por leguas a la redonda, una fragancia dulcísima. Con algunos cuchillos nos apoderamos de unos pedazos de su corteza, que nos perfuman en un instante toda el cuerpo. En Europa ¡cuánto se pagaría para poseer ese perfume tan delicado!

Por la noche llegamos a la casa del Jívoro Nanchima, cuñado del Jívoro Juan Cayapa, jefe de los Jívaros que nos acompañan. Está colocada encima de una linda colina, que tiene un precioso panorama. Nos tratan con grandes consideraciones, y van a visitarnos también muchos Jívaros que viven en los alrededores. Bautizo a muchísimos, e impartí instrucción religiosa muy eficaz a esos pobrecillos.

Seguimos, y cruzamos amplios campos cubiertos de maíz, de tamaño y fecundidad admirable, y nos topamos con unos cuantos Jívaros,

que reconociéndonos, demuestran la felicidad más grande, y nos acompañan hasta la casa de los capitanes Anguaza y Zamareño, situada en las orillas del gran río Paute, llamado por los Jívaros, Jamangas. Recibidos con toda consideración, nos quedamos un día para yo cumplir con el sagrado ministerio. Dijgo en ese momento al Jívaro que me acompaña, que tengo intención de cruzar el río Paute y llegar a la casa del gran capitán Nuñinga, que vive donde comienza el territorio Macabeo, en la orilla derecha del río Macas, y que él y los otros Jívaros deben seguirme. Pero, con mi gran asombro, todos rehusan obedecerme, afirmando que el capitán Nuñinga es muy malo y los quiere matar. Intento persuadirlos a no temer nada, pero inútilmente, y tengo que resignarme a decirles que me esperen; a duras penas logro que me acompañen algunos Jívaros chupianceños y mendeños. Convenzo a los capitanes Zomoreño y Anguaza, que me ayuden a cruzar el río Paute y manden a dos hombres fuertes que avisen al gran capitán Nuñinga y a las otras tribus, que después de dos o tres días llega Padre Francisco con algunos cristianos e Jívaros, para visitarles.

La mañana siguiente nos pusimos en marcha y pronto llegamos al río Paute, llamado por los Jívaros también Jamangas, y no habiendo canoas, pues habían sido arrastradas unos días antes por la corriente, fui obligado a cruzarlo trepado en un travesaño flexible como una soga, y que dejaba que nuestros cuerpos se metieran al agua que nos corría debajo rapidísima. En ese punto el río Paute tiene más de veinte metros de profundidad y se encuentra encerrado entre las dos altas orillas. Corre de norte a sur-este y se puede navegar con cualquier bote. Si lo fuera también de la misma forma hasta la unión con el río Zamora, se facilitaría el comercio con la república de Perú.

A lo largo del camino visito a varios Jívaros enfermos, y los que me acompañan se divierten cazando pájaros y fieras para la comida. Al anochecer encontramos a los dos Jívaros que había mandado el día anterior al capitán Nuñinga, en las orillas del Macas. Están asustados, pálidos, tristes: "Padre Francisco" me dicen "anda volviendo, porque capitán Nuñinga mucho malo está, a vos no queriendo, así a mí diciendo. ¿Por qué Padre Francisco a mí visitando viniendo, parejo cristianos e Jívaros trayendo. Algún mal trayendo pensando. No Padre Francisco a mí visitando, yo no queriendo, para qué Padre Francisco a mi tierra viniendo;

acaso yo llamando? Me doy cuenta de que esos dos pobrecillos habían sido recibidos bárbaramente, con amenazas de muerte, y que persuadían a los que me acompañaban, en su idioma, a no querer más seguir. Sus palabras obtienen inmediatamente el efecto deseado: de todos lados oigo protestas formales y pedidos de volver atrás. No hay manera de convencerlos de lo contrario. Yo, pensando que probablemente todo ese pánico era provocado por el demonio, para impedir el gran bien que podía yo hacer visitando al capitán Nuñinga, con toda mi autoridad les hago entender que me río de su propuesta de volver atrás, de su cobardía; de las amenazas del capitán Nuñinga, y para convencerles a hacer lo que yo quiero, les digo: "Nadie, absolutamente nadie volverá atrás. Todos seguiremos juntos en el nombre del Señor. Yo marcharé a la cabeza y responderé por todos Uds., y antes de que me corten la cabeza y mi larga barba, tendrán que sudar y trabajar mucho. Por tanto, no tengan miedo y no sean cobardes".

Dicho lo cual, les hago preparar con sus armas bien listas, como si nos fuéramos a una batalla, y viéndome tan valiente y decidido, terminan obedeciéndome, y nuestro viaje sigue.

Llegamos al río Macas, y a una legua de distancia del feroz Nuñinga, para demostrar que no tengo ningún miedo a sus amenazas, ordeno que los nuestros descarguen una vez sus fusiles. Responde otra descarga de los Jívaros de Nuñinga. Temiendo alguna traición, ordeno a los míos que queden unidos y con las armas listas, pero solo en espera de mis órdenes. Así dispuestos, nos acercamos en media hora a la casa del capitán. Nuevos disparos nuestros y de los otros, pero nadie sale a nuestro encuentro. Decido que entremos al patio de la casa en grupos pequeños, pero ninguno de los míos se atreve a acercarse a la casa en cuyo interior se oye ruido de armas y gritos infernales... La cosa es muy seria, y yo no sé qué decidir: volver atrás es lo mismo que darme por vencido, sobre todo porque estamos cansadísimos por el hambre y el cansancio. Hago un último intento: saco de mi mochila espejos, telas de colores, cuchillos, cucharas etc. y los pongo uno a lado de otro bien ordenados. Los Jívaros, que esperan desde la puerta de la casa, viendo eso, hacen más bulla todavía, pero nadie sale. Entonces ordeno a mis hombres que se preparen para un último golpe, pero en ese momento unos niños Jívaros,

dando mil vueltas, se acercan a los objetos expuestos, pidiendo a señas que se los regale.

Les doy gusto, y ellos vuelven a entrar a la casa enseñando los regalos. Los otros preguntan si Padre Francisco tiene más de esas lindas cosas, y se enteran que sí. Entonces salen todos juntos de la casa, pidiéndome regalos... Y el capitán Nuñinga, acompañado por seis robustos Jívaros, se me acerca precipitosamente, me coge de la barba y quiere que se la regale. Intento explicarle que era imposible contentarlo con tal regalo, pero en vano, y él demuestra querer no solamente mi barba, sino mi cabeza... Visto el grave peligro, me encomiendo a Dios, cojo mi pistola, cojo al capitán de un brazo, y le impongo alejarse enseguida de mí y traer para mí y para todos, comida, porque sino los voy a castigar con gran severidad...

El golpe tiene su efecto. Todos se retiran y poco después el mismo capitán Nuñinga, con varios Jívaros, con Jíbaras también, nos brinda carne, chicha, yuca etc., y nos halaga con muchas cortesías. Pero los más temen alguna traición y no quieren pasar la noche allí, si no les dejo hacer por turno guardia. Y todo pasa tranquilamente: la mañana siguiente celebro la Misa, recibo la visita de muchos otros Jívaros y durante los dos días de mi estadía allí intento instruirlos un poco en nuestra santa religión, bautizando a 150 niños y algunos enfermos. Incluso el feroz capitán Nuñinga, movido por la Gracia divina, pide el Santo Bautismo. Yo no quiero bautizarlo, pero como había dado satisfacción, por así decirlo, compensado la mala manera con que nos había recibido, hago caer el agua de la salvación sobre esa vieja cabeza, entre el contento general de todos sus Jívaros.

Hago así todo el bien que puedo a esos pobrecitos, les regalo bastantes cositas, y es mi intención irme luego, hasta el pueblo de Macas y luego hasta Riobamba. El mismo capitán Nuñinga ofrece darme como guías, a unos Jívaros de confianza, pero como mis Jívaros de Gualaquiza se han quedado en la orilla opuesta del gran río Jamangas, tenemos que volver a la fuerza a la casa de los capitanes Zamoreños. Saludo a todos, prometo volver pronto, y me voy. A eso de las cuatro de la tarde, llegamos al río Jamangas, lo cruzamos y a las cinco llegamos a la choza de los zamoreños. Los Jívaros de Gualaquiza, creyendo que yo ya estaba muer-

to, ya se habían ido a las casas de sus parientes que vivían en la orilla derecha del río Macas... Los hice avisar que había vuelto, y ellos se asombraron enormemente: estaban segurísimos que había muerto en medio de las feroces tribus macabeas...

Dos días después, seguimos el viaje, hacia el río Chupianza, que pasamos a nado con grave peligro mío de ahogarme, junto con un pobre Jívoro que quiso salvarme. Por la noche llegamos a Méndez, donde me detuve varios días para recibir la visita de las tribus cercanas. Por fin volví a Gualaquiza, pero solo para reanimarme un poco y tomar aliento antes de emprender nuevas excursiones de las cuales les daré un relato en la próxima.

Bendígame, Don Rúa, y bendiga, como yo lo hago, a todos los habitantes de estas inmensas selvas ecuatorianas.

Le beso la mano, y me declaro con cariño su Ob. y humilde hijo

*Sac. Francesco Mattana*

## Un grave riesgo de un misionero\*

Cuenca, 24-10-1904

Veneradísimo y amadísimo Sr. don Rua:

¡Que viva María SS. Auxiliadora! ¡Que buena es María! Yo faltaría a uno de mis deberes más sagrados si por medio del Boletín, dejara de publicar uno de los favores más notables que me hizo nuestra buena Madre María Auxiliadora en estos últimos meses. Oh sí: la Virgen de Don Bosco es también la Virgen de los hijos de tan grande Padre. Para mí, después de Dios, María Auxiliadora lo es todo. Yo la quiero mucho, y donde quiera que pase, en mis largas excursiones apostólicas, la hago conocer, honrar, amar. Ella no se deja vencer en cuanto a generosidad: he aquí el favor que recibí recién.

Estaba volviendo de la capital del Ecuador, donde había ido para entenderme personalmente con el Gobierno Supremo de unos asuntos relacionados con las regiones orientales, y me acompañaba el pequeño Jívaro Antonio, uno de los primeros y mejores resultados de nuestro largo y difícil trabajo.

Salí del pueblito de Palmira, última parroquia de la diócesis de Riobamba, y estaba yendo hacia Tigzán, que en lo eclesiástico, pertenece a la culta y católica Cuenca, y en lo civil a Riobamba, reina del majestuoso

---

\* Bollettino Salesiano, 1905, pp. 111-112.

Chimborazo. Había recorrido una media hora de camino, cuando sin darme cuenta, en una curva, me encontré cerca, y al frente, de la máquina del tren que con la velocidad propia de las máquinas de vapor, llegaba desde Guayaquil a Durán. Yo estaban recorriendo - pues no había otro camino - a lo largo de la vía férrea, mejor dicho sobre la misma, con una mula robusta y a prueba de trabajos duros. Al oír el silbo repentino y al ver el humo, la indómita mula se asustó, y sin darme tiempo de bajar, se fue corriendo entre piedras, peñascos y barrancos. Por un lado había la locomotora que avanzaba, por el otro serpenteaba el río Palmira, crecido, en esos días, por las continuas lluvias. Una mula asustada es de veras un animal intratable; yo ya temía que precipitara en los torbellinos del río o que cayera debajo de las ruedas de la locomotora, que ya se encontraba a unos cincuenta metros, cuando, por la violencia que yo estaba usando para retenerla, se rompió un estribo, que cayendo, terminó asustando aun más al animal, que corría como loco entre arbustos y matorrales, y hasta árboles, amontonados por trabajos del ferrocarril, a lo largo de la vía férrea.

Intenté una vez más retenerla, jalando las riendas con fuerza, pero éstas también se rompieron y dos pedazos cayeron sobre las patas anteriores de la mula, que sintiendo también el golpe de los diferentes objetos que yo llevaba conmigo, y que, en esa carrera desenfrenada, golpeaban contra el suelo como llevados por la tempestad, se volvió furiosa.

En ese trance, ¿qué hacer? Tirarme al suelo quería decir exponerme a la muerte, sin duda, pues la mula corría como el viento. Quedarme montado era lo mismo que querer tirarme bajo las ruedas de la locomotora, que estaba a pocos metros, o ser lanzado al río.

Ya no había esperanza. Pero, aun manteniendo la mente serena, y le diría más bien casi tranquila, porque si nos abandonamos en las manos de Dios, ya no tenemos qué temer, alcé los ojos al cielo y más con el corazón que con los labios, dije a María Auxiliadora: O María, Madre mía, me encomiendo a tí. Soy tuyo y quiero ser tuyo siempre. Hágase la voluntad de Dios; si quieres que siga trabajando con los pobres Jívaros, sálvame; si quieres llevarme a la eternidad, ábreme tu paraíso.

Mientras, con estos rápidos pensamientos, me encomendaba a la Virgen de don Bosco, la mula dio dos saltos precipitosos sobre algunas

piedras elevadas y me tiró al suelo boca abajo, pero me quedé enredado con el pie en el único estribo, arrastrado a la fuerza por el animal furibundo.

Y aquí, me esperó el prodigio. Después de ser arrastrado en forma tal que tenía la cara, la barba y las manos ensangrentadas, el abrigo y la sotana destruidos, las rodillas y otras partes del cuerpo llenas de moretones, por fin se soltó el estribo en el cual estaba enredado mi pobre pie, y quedé libre, tirado al suelo, y casi sin sentido. Los maquinistas de la locomotora y los viajeros, me miraban desde las ventanillas, asustados y tristes, pensando que estaba muerto o moribundo... Pero, unos minutos después, ayudado por el jibarito Antonio, (que asustado se había vuelto blanco como un pañuelo y no podía hablar), y dos señores palmereños, busqué mis objetos desparramados por todo lado, y la propia mula que había huido, a una cuadra de distancia.

Acomodé lo mejor que pude los objetos y la silla, agradecí breve, pero fervorosamente a María Auxiliadora, partí hacia la población cercana de Tizán, donde llegué bien entrada la noche, en plena obscuridad.

En la casa parroquial, fui recibido con la acostumbrada cortesía, por el digno señor Párroco, Dr. Julio Iñiguez, fervido cooperador Salesiano, y su piadosa familia. Allá pasé la noche tranquilamente; la mañana siguiente, después de cantar Misa, seguí mi viaje al Azuay y a mi amada Cuenca.

Ahora estoy en Cuenca, donde, arreglado todo lo que debía con varias autoridades, me quedará hasta viajar al simpático y "salesiano" pueblo de Sigsig, y de allí iré al Vicariato de Méndez y Gualaquiza, campo difícil, pero siempre amado, de nuestros trabajos.

Veneradísimo Sr. don Rua, me encomiendo a sus rezos; bendígame; bendiga también, juntamente conmigo, a todos los que por mutuo acuerdo y caridad, vivimos enterrados en las selvas orientales, para bien del pueblo Jívaro.

Su obedientísimo y af. hijo en Jesús y María

*Don Francesco Mattana, misionero salesiano*

## La tribu de Naranza\*

Gualaquiza, 15-10-1905

Veneradísimo y amadísimo Padre:

Por fin, después de tanto trabajo, se comienzan a ver los frutos del sudor esparcido entre los pobres Jívaros; y yo, veneradísimo Padre, pienso que hago algo muy grato para su corazón contándole de una excursión apostólica hecha en estos últimos meses, cruzando el Bomboiza, entre la tribu de los Jívaros del viejo Naranza.

De lo que estoy a punto de decirle. Ud. podrá ver que parece que llegó la hora de la suerte para los pobres Jívaros, la hora en la cual el buen Dios por medio de los humildes misioneros salesianos, que llegaron después de que muchos héroes sudaron y derramaron inútilmente su sangre en estas selvas sin confines, para la redención de la parte más desgraciada de la República Ecuatoriana, parece que quiere por fin llamarlos a la luz del Evangelio, estos pobre hijos de las selvas...

*En la selva. La tribu se acerca. En la orilla del Bomboiza*

Salí de la Casa de la Misión acompañado por el clérigo Giovanni De Maria. Hasta cierto punto nos fue concedido, a duras penas, viajar a caballo. Tres Jívaros nos precedían en la selva, abriéndonos paso con machetes y hachas, indispensables para viajar en estos lugares. Varias veces tuvimos que bajarnos del caballo en los pasos difíciles, para no rompemos las costillas o romper las piernas de los animales.

---

\* B. S., 1906, pp. 51-53.

La potencia de Dios se manifestaba en todo su esplendor en la espesísima selva, donde más allá del microscópico caminito, no hay ojo humano que pueda con la mira adelantarse, ni pie que se atreva libremente a proceder. A menudo los tigres y osos hacen oír sus gritos y se oye también el silbar de las culebras y los suaves cantos de los pájaros, que junto con el extraño baile de los monos, distraen bastante el tétrico pensamiento del viajero y le consuelan un poco de la imponente y espantosa majestuosidad de la selva.

Ya eran dos horas que viajábamos, cuando nos encontramos delante de un estrecho río que nunca había existido antes, pues se había formado con las lluvias recientes, muy abundantes. Digo un río estrecho, pero así como lo era efectivamente, era también profundo e impetuoso; no había canoas para cruzarlo. Pero los Jívaros, probablemente ese mismo día, habían cortado una gruesa planta y la habían dejado caer perpendicularmente al río, formando un puente; esta fue una suerte, sin embargo todos tuvieron que arrastrarse sobre esa planta. Las mulas no pudieron pasar, tuvimos que dejarlas allá, amarradas, hasta volver; seguimos a pie caminando bastante hasta llegar donde queríamos.

Atravesamos una maravillosa galería de plantas y matorrales entrecruzados, y llegó a nuestros oídos, el ruido de las impetuosas aguas del río cercano. Recorrimos un buen trecho de selva todavía, y por fin, se presentó delante de nuestros ojos el majestuoso Bomboiza, que hinchado por las recientes lluvias ininterrumpidas, sonaba con fragor, lleno de remolinos, y tendiendo con impetuosa velocidad hacia abajo. Teníamos que cruzarlo de alguna manera... ¿Cómo? Ni con una embarcación resistente, ni con una barca grande, sino sobre una pequeña canoa fabricada por los salvajes, que no era más que un trozo de árbol cavado, largo unos cuatro metros, ancho poco más de medio metro! Esta cáscara, porque quiero llamarla así, tenía que desafiar esas aguas impetuosas, y con nuestro peso encima. Nos pusimos en las manos de Aquel que es el autor de la vida y la muerte, y que todo lo hace para nuestro bien. Los Jívaros, prácticos de esos lugares y hábiles en la navegación de aguas de esos ríos orientales, nos pasaron sin el menor contratiempo a la otra orilla, usando, como remos, sus mismas lanzas. Yo también como buen veneciano que soy, los ayudé con gusto.

La casa hacia adonde íbamos estaba lejos todavía, y el camino que nos faltaba era mucho más horrible del que habíamos recorrido. Y encima, estaba anocheciendo, con ese anochecer anticipado típico de la selva, que con su espeso velo nos impedía ver el camino, si es que puedo llamar así a ese pequeño riachuelo lleno de agua y lodo. La obscuridad de la naturaleza, no lo niego, nos asustaba, y este miedo era aumentado por las extrañas voces de los pájaros nocturnos y del agudo silbar de las víboras, que aman la obscuridad y serpenteaban ágilmente entre las hierbas, y poniéndose hábilmente rectas y enroscándose de nuevo, subían y bajaban con extraños movimientos por los matorrales.

Después de hora y media más o menos de penoso viaje, difícil por el lodo, las zanjas y los espinos, por las voces animadas de los Jívaros que nos acompañaban nos dimos cuenta de que estábamos cerca de la casa del viejo Naranza, que se encuentra en el centro de la tribu. Gritamos para que nos dieran luz, pero nuestra voz no alcanzaba hasta las casas. Entonces nuestros guías empezaron a gritar horriblemente en su lenguaje, y otros horribles gritos salvajes nos contestaron de lejos. Después de unos minutos, vimos a un chiquillo desnudo que corría hacia nosotros con un chamizo encendido para alumbrarnos. La casa estaba cerca. Esto se notaba por la plantación de plátanos y achiote (que da un fruto rojoísimos, que los salvajes usan para colorearse la cara y el cuerpo, y los civilizados, para dar color a la sopa); encima de una pequeña loma estaba la casa, que finalmente pudimos entrever.

Todas las casas de los Jívaros están aisladas. Para colocarse a buen recaudo, por miedo a los enemigos, fabrican su casa en el centro de la selva y sobre una lomita; si están obligados a fabricarla en un terreno bajo y plano, la rodean con una cerca. Todo alrededor siembran bananos, achiote, yuca, y otras plantas, que sirven para alimentarlos. Las casas son de forma ovalada, con dos puertas, una frente a otra, una para los hombres, otra para las mujeres, y las paredes están formadas con palos plantados uno al lado de otro, el techo es de paja bien colocada e, internamente, las casas son amplias y limpias.

*La cocina. Instrucción y confesiones. El largo oficio. El baile*

Entramos, y fuimos acogidos cordialmente, pero fue igualmente una acogida de salvajes; gritaron todos juntos y alcanzamos a ver, a la lumbre de varios fuegos encendidos en el suelo, más de cincuenta Jívaros parados al fondo de la casa, adornados cada uno con su lanza y arcabuz, dispuestos en semicírculo, que nos esperaban. Nos adelantamos, y entonces, antes que los otros, dio unos pasos hacia nosotros el dueño de casa, el viejo capitán José Antonio Naranza, que como generalísimo, estaba en función de jefe entre los otros, teniendo en las manos, en vez de la lanza, una vieja y fea espada amenazadora que acaso perteneciera a los antiguos españoles que en el siglo XVI correteaban por estos lugares, y que fueron matados todos en una sublevación general de los Jívaros, en 1569.

Nos saludó antes de nadie el viejo: "Aparú! Padre! Te invité porque festejes con nosotros... Ven, ven..."

"Bien -contesté yo- justamente porque acepté tu invitación vine aquí para hacer fiesta, y para que todos Ustedes estén contentos y asistan a los oficios divinos, y reciben bien, con devoción, los SS Sacramentos... Pero ahora -agregué- denos alguna cosita de comer..."

"A esta hora ya no hay nada que comer; comerás mañana" y con estas palabras, nos presentaron solamente un pedazo de yuca, que es una especie de papa, fría y poco cocinada, y esa noche tuvimos que ayunar. Pero no dejaron de darnos la chicha, que algunas mujeres estaban preparando.

Yo hice rezar un poco a todos, y luego les dije: "Mañana por la mañana haremos fiesta: prepárense lo mejor que puedan y yo los ayudaré; mis compañeros también ayudarán". Los bendije y les di las buenas noches: "Hasta mañana por la mañana! "Nosotros nos recostamos en la tierra, pero no pudimos dormir mucho, por la bulla que armaron en sus preparativos para la fiesta, que la esperaban ansiosamente.

Por la mañana temprano, comenzamos a instruirles sobre los misterios principales de nuestra Santa Religión: instrucción muchas veces repetidas tanto en su casa como en nuestro Colegio de la Misión. En

particular les di una idea suficiente de la naturaleza, eficacia y efecto de los Sacramentos del Bautismo, la Confirmación y el Matrimonio, que unos cuantos debían recibir ese mismo día.

Los catequistas continuaron la instrucción y yo, sobre un grueso tronco de árbol, comencé a escuchar las confesiones. Era un espectáculo de lo más enternecedor y consolador, ver a estos belicosos y soberbios habitantes de la selva, dejar de un lado unos las lanzas, flechas y otras armas, y las otras, a sus "changuinas" y ponerse de rodillas en el suelo, humildes y piadosos, con las manos juntadas, apretando entre sus manos el Santo Crucifijo, que cubrían de besos durante las confesiones. Oh, qué momentos tan solemnes! Cómo me parecieron pagados, y con sobra, tantos sufrimientos, tantas privaciones sufridas durante años y años en estas selvas orientales! Cómo me salía espontáneo exclamar "Bendito sea el buen Dios que se dignó llamarme a su servicio santo! Y bendito también Don Bosco, que me envió a estas pobres tribus!"

Terminadas las confesiones, mientras que mis compañeros, ayudados por los propios Jívaros, preparaban con ramas y telas una capillita entre los gigantescos árboles de la selva, poco lejos de las casas, reuní las parejas de los que debían casarse, explicándoles la santidad y obligaciones de este Sacramento. Insistí para que las esposas fueran tratadas luego, como compañeras, y no burros de carga, como por desgracia lo hacen generalmente los salvajes Jívaros; les dije que cuando les nacieran hijos, los llevaran a la Iglesia para hacerlos bautizar, y que más tarde, cuando estuvieran más grandecitos, nos los dieran un tiempo para darles una educación conveniente... No prometieron que lo harían.

Me vestí con los ornamentos sagrados, canté misa, y durante la misa hice un sencillo sermón y di la Comunión a los catequistas y a otros cristianos que nos habían acompañado; la misa la hice nada menos que encima de un escudo que usan en la guerra para ampararse de las flechas y lanzas enemigas; sobre este instrumento, cuyos hoyos indicaban tantas iras, tantas venganzas y odios, guerras y pecados, allá puse la piedra sagrada y bajó el Cordero Inmaculado!

Después de la Misa, di los diferentes Sacramentos del Bautismo, Confirmación y Matrimonio. Los bautizos de los adultos fueron siete: eran

personas de treinta a ochenta años; bauticé a cuatro chicos, confirmé a veinte y cinco, y uní en matrimonio a doce parejas. Administrando el matrimonio di de nuevo a las doce parejas arrodilladas en el suelo, los avisos relativos a su nuevo estado, y bendije su unión. Eran más o menos las tres de la tarde, y se terminó el largo oficio!

Nos detuvimos allá aún durante todo ese día. Era indispensable para instruirlos más sobre las verdades de la Religión, e inculcarles firmeza y perseverancia en la vida cristiana. Los alegré también con una que otra ingenua diversión, como se usa hacer en nuestras casas el último día de Carnaval... Y estuvimos también viendo uno de sus bailes, realmente ridículo, pero indispensable para ellos en las fiestas más importantes. Las mujeres se adornaron la cadera con cascabeles, campanitas, dientes de mono, alas secas de insectos, y se dieron la mano formando así una cadena; los hombres se pusieron frente a las mujeres en el mismo orden. Entonces los "músicos" soplaron en sus pífanos de caña y el baile empezó. ¡Y qué baile! Cuatro pasos adelante y cuatro atrás, ellos hacia ellas. Pero los pasos de las mujeres son diferentes de los de los hombres. Ella saltan para adelante y para atrás en la misma forma en que saltan los que hacen la carrera de costales, con los pies amarrados, produciendo con esos cascabeles colgados un sonido ridículo y, al mismo tiempo, monótono y salvaje; los hombres, en cambio, haciendo el mismo movimiento adelante y atrás, se pasean serios, graves y soberbios, haciendo así alarde de esa autoridad que tienen sobre las mujeres. Y en estos bailes, pueden pasar a veces noches enteras sin cansarse.

Después de las diversiones, cenamos y al final, recitamos los rezos y fuimos a dormir con la paz del Señor.

La mañana siguiente temprano, hice recitar a todos los rezos de la mañana, les di algunos avisos saludables, canté Misa sobre el mismo instrumento de madera del día anterior; luego, con algunos Jívaros que quisieron acompañarme, me fui, para volver a Gualaquiza, satisfecho por haber cumplido ese poco de bien con los pobres indios de Naranza, con buen éxito.

Este, queridísimo Padre, es el breve relato de la última excursión más allá de las orillas del gran río Bombofza. Si no nos faltaran los medios

económicos y buen personal, pudiéramos hacer muchísimo más! El buen Dios, que lee en el fondo de los corazones, deberá aceptar el ardientísimo deseo que tenemos de conseguir su gloria y la salvación de las almas. Pero Ud. rece y haga rezar mucho en nuestro favor, y no se olvide del llamado que le hice en mi última carta para la redención de los pobres Jívaros. Bendíganos a todos, acepte que bese su mano y envíe una bendición especialísima a su hijo J.C.

*Sac. Francesco Mattana*

## Informe al Presidente de la República\*

Gualaquiza 1-07-1906

República del Ecuador  
Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza-Ecuador  
Ministerio Parroquial

Exposición del Superior de las Misiones Salesianas de Méndez y Gualaquiza al Sr. Jefe Supremo de la República.

Señor:

Conociendo el espíritu de progreso que anima al Jefe del Estado, tengo el honor de dirigirle una breve exposición acerca de las Misiones que, en Méndez y Gualaquiza fueron encomendadas a la Pía Sociedad Salesiana, la que se encuentra al frente de ellas, desde hace más de 10 años.

Por razones que a un extranjero son difíciles de explicar, se descuidan en un país intereses de grande trascendencia.

Esto puede decirse, principalmente, de la colonización y misiones orientales del Sur de la República.

---

\* Este informe fue publicado en el periódico EL ECUATORIANO de Guayaquil, el 20-21 y 23 de julio de 1906.

Hacia este lado, se encuentran las más ricas y sanas comarcas del Oriente. A poquísima distancia de los centros de población, a un día o dos de camino de la parroquia más populosa comienza la rica floresta que convida a la explotación y abre su seno fecundo para centenares de miles de hombres.

Se procura la colonización extranjera, se prometen beneficios para una empresa que la establezca; y no se piensa que, con elementos del propio país, se puede rápidamente poblar parte de esos inmensos territorios, en donde la explotación agrícola sería una de las más ricas de la República. A las puertas mismas de la abundancia, los pobladores de la meseta andina, se mueren de hambre en una tierra a la que el cielo niega sus lluvias. Con un pequeño esfuerzo y el gasto de insignificantes sumas, podría en pocos años, trasladarse gran parte de estos moradores infelices, a una región paradisíaca, en la que en breve tiempo, trocarían la miseria por la opulencia.

Para bien mismo del Estado, que se eximiría de subvencionar a pueblos enteros que perecen de hambre, es indispensable abrir caminos, formar colonias militares, extender las misiones y favorecer la colonización del Oriente.

Lo que en el Azuay es sumamente hacedero, dada la facilidad de comunicación de los populosos cantones de Gualaquiza, Gualaceo y Paute con las portentosas regiones de Gualaquiza, Bomboisa y Zamora, Indanza, y Yunganza, Chupianza. Méndez y la vasta hoya amazónica.

Estas prodigiosas tierras, en que no se conocen ni aún las fiebres intermitentes, en que el cacao, el caucho, la vainilla y los más nobles productos tropicales se producen con pasmosa exuberancia; en que valles inmensos como los del Santiago y los de Méndez y Gualaquiza, alimentarían a millones de felices moradores, pueden resolver, son los llamados a resolver, el problema de la subsistencia en esta gran porción de la República.

No desconozco la importancia de la Región del Pastaza y el Curaray ni el porvenir de la hoya del Napo. Pero por lo mucho que conozco las vastas regiones orientales, puedo asegurar, sin ser contradicho, que el

Oriente, desde Loja hasta Macas, es el verdadero porvenir del Ecuador y la llave de su futuro engrandecimiento.

Parece que la situación, muy al Sur de estos territorios, desvía la atención del Gobierno hacia comarcas menos importantes; y por ello se excusa de favorecer, con pequeño auxilio siquiera, las regiones orientales de Loja y el Azuay.

Más los verdaderos intereses nacionales exigen que los Poderes Públicos distribuyan sus beneficios conforme a la necesidad, y prefieran lo mejor, cuando los recursos no bastan a la atención total de un ramo del progreso.

Que las regiones orientales del Sur comunicables entre sí con gran facilidad y servidas por la navegación del Santiago y del Morona, son lo mejor y lo más colonizable del Oriente; no hay que ponerlo en duda. Basta la riqueza del territorio en agricultura y minas, y la corta distancia de él a las poblaciones de la sierra interandina para conocer, aparte de la benignidad del clima, que desde Macas al Zamora y el Chinchipe, se halla la verdadera riqueza del Ecuador.

La misión de los Jívaros comenzada en remota fecha por los misioneros Jesuitas, no ha dado resultados, en veces consecutivas, por lo bravío de las tribus que pueblan las hoyas del Santiago y del Zamora.

La conquista española y las invasiones posteriores de los peruanos han fracasado ante los temibles Jívaros. Las riquísimas ciudades de Valladolid, Logroño, Sevilla del Oro y Huamboya, destruidas por los salvajes, son ejemplo de la difícil conquista de estas comarcas.

De tan vasta región, fuera de la que está encomendada a la Misión Salesiana del Ecuador, no existe quizá sino una miserable aldea del Santiago de las montañas, que posee el Perú.

Gualaquiza, en tiempos anteriores a la República, tuvo por misionero al Padre Prieto, y después de la emancipación, al R. Sr. Bernado Plaza, hermano del Hmo. Señor Obispo de Cuenca, Fr. Manuel Plaza.

Posteriormente, en la época de García Moreno, estuvo frente de la misión el R. P. L. Pozzi, Jesuita italiano, que después de pocos años, abandonó Gualaquiza junto con la escolta militar que mantenía en ella el Gobierno.

Así se conservaron las cosas hasta que el Congreso de 1888, encargó a la Pfa Sociedad Salesiana las reducciones de Méndez y Gualaquiza, que deberfan constituirse en Vicariato Apostólico y en Obispado de misioneros.

El Vicariato de Méndez y Gualaquiza nos fue entregado, por Su SS León XIII a petición del Gobierno ecuatoriano, el 8 de febrero de 1893; y entramos en posesión definitiva del Vicariato el 1 de Marzo de 1896.

#### Posición Astronómica de Gualaquiza

Longitud oriental, con relación al Meridiano	1 <sup>o</sup>	8'
Latitud meridional	30 <sup>o</sup>	50'
Altura sobre el nivel del mar	730 mts.	
Temperatura media	22 <sup>o</sup>	112
Presión barométrica	77	

Límites del Vicariato: al N. y al Este, Macas y el río Apotenoma, que desagua en el Morona, que a su vez desemboca en el Marañón; al S. el Zamora, afluente del Santiago y el alto Marañón hasta las provincias peruanas, y al Oeste territorios de Loja y Cuenca.

#### Estadística de la población

El número de salvajes del Vicariato no se ha podido saber, ni aún de una manera aproximada porque hasta el presente, persona alguna ha podido penetrar en esos centros donde existe quizás la mayoría de los habitantes de aquellas intrincadas selvas. Sin embargo, de las informaciones que he tomado en mis largos y contínuos viajes y por noticias dadas por los salvajes, semi-civilizados, que se hallan en contacto con los misioneros, se pueden apuntar las siguientes cifras:

En Gualaquiza y a orillas de los ríos Cuchipamba y Bomboysa	300	hb.
A orillas del Zamora y Chumchublesa, inclusas las tribus de Pachicosa, Zaraguro, &	700	hb.
En Indanza y a orillas del río Galaglás	80	hb.
En Yunganza	650	hb.
Chupianza	650	hb.
En otros pequeños centros	1.500	hb.
En Méndez chico y grande y a orillas del Santiago	<u>6.500</u>	hb.
Total	9.790	hb.

Es de advertir que las continuas matanzas entre las diversas tribus y sus migraciones la convierten en población flotante, modifican de continuo la estadística de ellas.

El número de cristianos blancos, mestizos e indios que se han trasladado a Gualaquiza, no excede de 500. Mas en estos últimos meses, con motivo de la carestía general que pesa sobre las provincias azuayas, son muchos los que se han trasladado a las comarcas orientales.

Al principiar la evangelización del inmenso territorio del Vicariato, tuvimos los Misioneros que padecer, por falta de habitación, de recursos pecuniarios y aún de sustento. Pero poco a poco, mediante nuestro trabajo continuo, el auxilio del gobierno y los dones de la caridad, pudimos instalarlos regularmente.

Se principiaba con buen éxito a catequizar e instruir a los salvajes, reduciéndolos al trabajo y a la vida civil cuando he aquí que un incendio casual, reduce a cenizas nuestra casa y cuanto en ella había, quedándonos otra vez en la floresta sin techo ni vestido que nos cubriera, y sin más alimento que el escaso que podía proporcionarnos la compasión de los salvajes; y lo que es peor, cesa desde entonces para nosotros, todo auxilio de parte de los Poderes Públicos.

Con todo, no nos faltó valor para continuar en la grande empresa de la civilización cristiana; y venciendo mil obstáculos, se pudo reparar siquiera en parte lo perdido. Y así entre la próspera y adversa fortuna,

continuamos hasta el presente, empeñados en una empresa casi imposible, dada la falta de protección y las continuas dificultades que se oponen al arduo empeño.

En varias excursiones practicadas en el centro de estas vastas montañas, en viajes de más de un mes a pie, cargado de los artículos indispensables para la vida, abriéndome camino por lugares inaccesibles, bajo lluvias torrenciales y pasando a nado ríos caudalosos; he logrado explorar estas regiones antes desconocidas e imponer a sus tribus el prestigio de mi autoridad espiritual.

Perdido a veces en los bosques, a punto de perecer de hambre, he sentido cerca la lanza del salvaje y el cuchillo asestado contra mi cuello. Pero me conserva la protección del cielo y me fortifica la fe en el porvenir de la campaña civilizadora, encomendada en el Oriente ecuatoriano a los hijos de Don Bosco.

La obra de evangelización es de difícil informe, desde 1895, pues los datos anteriores desaparecieron en el incendio de aquel año de modo que se reduce a las siguiente estadística:

	Jívaros	Cristianos
Bautismos	1895	40
Confirmaciones	925	280
Matrimonios	36	18
Muertos con los consuelos de la Religión	8	15
Niños Jívaros educados en nuestro colegio, y blancos, mestizos e indios cristianos educados en el Colegio de Gualaquiza	110	
Alumnos que se educan actualmente	22	

Respecto de las construcciones y obras materiales de la Misión, reproduzco en parte los datos que, en 8 de septiembre de 1904, comuniqué al entusiasta Ministro Sr. Dn. Luis Martínez, quien no obstante su indiscutible patriotismo se eximió de dar respuesta a mi nota de esa fecha.

Se ha fabricado una iglesia de tres naves, capaz para 2.000 personas, con alta torre y tres grandes campanas.

Concluida que sea dicha iglesia con todos sus anexos, será una de las más hermosas de la región oriental ecuatoriana.

Se ha construido una amplia casa para habitación, siendo ella de dos pisos, suficiente para albergar cien alumnos.

Otra semejante se construyó, con destino a las misioneras salesianas; casa con capacidad para 50 alumnas internas.

Se hallan establecidos talleres de carpintería, herrería, zapatería, sastretería, sombrerería y encuademación, con sus respectivos maestros, máquinas, herramientas, etc. todo en la escasa medida de nuestros recursos.

Funcionan además escuelas regulares para cristianos y Jívaros, en donde se da instrucción religiosa, científica y artística y se adiestra en gimnasia y ejercicios militares a los varones.

Se ha formado una pequeña banda de música, un gabinete fotográfico y un botiquín con los accesorios correspondientes.

Las misioneras salesianas han establecido también talleres para niñas cristianas y salvajes.

La misión cuenta con una sierra hidráulica para proporcionar tablas de todas dimensiones. Actualmente no funciona, por los derrumbes de la acequia, pero se la arreglará bien pronto.

Existe una colonia agrícola en que se ensayan cultivos de toda clase, según método extranjero.

Se ha elaborado excelente sal mediante ebullición de la abundante agua salina encontrada en Gualaquiza.

Se ha hecho cal de muy buena calidad.

Para incremento del comercio, se halla organizada una pequeña feria semanal, a la que concurren Jívaros y cristianos.\*

Por fin, deben mencionarse los dos importantísimos caminos construidos a nuestras expensas; los cuales conducen, el uno de Gualaquiza a las tribus de Chunchumblesa, Pachicosa, etc., siguiendo las orillas del Zamora, camino que continuado más tarde, nos comunicará con Loja; el otro conduce de Gualaquiza a Indanza (se entiende caminos por ahora transitables en parte con bestias y en parte a pie) para unir el centro de la Misión con el nuevo y magnífico camino que va de Gualaceo a Indanza y debe terminar en las magníficas playas de Chupianza, cercanas a Méndez.

Están empeñados los misioneros en completar sus obras estableciendo una tenería en el Colegio de Gualaquiza, una pequeña Imprenta y un Hospital. Trátase igualmente de construir iglesias y cabeceras de misión entre las tribus más populosas de Indanza, Chuchumblesa, Pachicosa, etc.; debiendo más tarde ser el principal asiento de la colonia y de la Misión, la vasta, poblada y riquísima comarca de Méndez.

Son inmensas las dificultades que, a la evangelización y conquista para el progreso de estas tribus, opone la naturaleza, pero más son los obstáculos morales. Y entre estos el principal es el carácter del Jívoro.

Este es pérfido, astuto, soberbio, egoísta, interesado, vengativo, asesino, inclinado al ocio y al placer, enemigo de toda ley que obste a su absoluta independencia, embrutecido con las más bajas pasiones, no aspira sino a la relativa dicha del momento presente. Se hace cristiano, si le dan unas varas de tela insignificante, y pide diez y veinte veces el bautismo, aunque haya sido bautizado otras tantas veces. Y con la mayor sangre fría, renegando de la Religión adoptada con fingido entusiasmo, mata bárbaramente al enemigo, sacrifica a la esposa y solicita el amor de otra. Con la mayor religiosidad, postrado a las plantas del misionero, las manos juntas y los ojos al cielo, rezará y cantará las alabanzas al Redentor, si se le dan cuatro agujas; mas al punto de recibir las, con risa sardónica y

---

\* Seguramente ni noticia tiene el gobierno de estas cosas; él solo sabe expulsar los misioneros que iban civilizando esas comarcas. Nota de "El Ecuatoriano".

fría incredulidad, en actitud insolente y desdeñosa, volverá a sus hábitos de venganza y carnicería.

Para luchar ante tan temible enemigo, no hay otro recurso que contenerlo por la imposición y reverencia de la autoridad, y para lo porvenir, procurar la formación de nuevas generaciones civilizadas, mediante la educación del niño. Al mismo tiempo, débese llevar elemento sano, de las poblaciones vecinas, para quitar a la barbarie estéril, la posesión de los más ricos territorios del país. Así con la colonización se eliminará el salvajismo, triunfará el progreso con el cristianismo; y el Ecuador con elementos de su propio seno, habrá formado vastas y abundantes colonias, que serán lo principal de la República y resolverán en bien de ella, el palpitante y tremendo problema de la miseria en la planicie central de los Andes.

La actividad y entusiasmo de los Misioneros Salesianos, como es público y notorio, han contribuido poderosamente para que mejoren las vías de comunicación del importante y activísimo pueblo del Sigsig a Gualaquiza, como también la apertura del camino de la populosa villa de Gualacco a las comarcas de Indanza, Yungaza, etc.

La permanencia en el Oriente de los Misioneros, que con sus excursiones y fatigas apostólicas, civiliza a las innumerables y belicosas tribus de Jívaros que pueblan estas extensas florestas, y procuran formar la nueva generación cristiana, salvarán indudablemente el rico territorio ecuatoriano de la invasión de los enemigos que intentan usurparlo.

Las comarcas de Gualaquiza y Méndez, ya lo tengo dicho, por la sanidad del clima, por su fertilidad, posición cercana al Pacífico y facilidad de abrir caminos, ya sea de herradura o línea férrea, merecen, a mi parecer, y el de cuantos han viajado por el Oriente ecuatoriano, la atención y preferencia sobre todas las demás comarcas, y, por lo mismo, son las más expuestas a la codicia enemiga.

Hasta ahora he podido hacer frente a tantos y crecidos gastos pidiendo y recolectando limosnas en los pueblos y ciudades, especialmente en las provincias del Azuay, y con los auxilios pecuniarios y personales con que, desde Italia, me ha favorecido el Revdo. P. Miguel

Rua, actual Superior General de la Sociedad Salesiana, así como con la protección que me ha dispensado el Imo. Sr. Obispo Santiago Costamagna, del cual soy su humilde representante.

Después por la escasés y penuria que, generalmente reina en los pueblos de la sierra ecuatoriana, me será imposible continuar adelante con las misiones, sin embargo, de la buena voluntad, entusiasmo y decisión de los Reverendos Padres Misioneros; si el Supremo gobierno no toma a pecho la santa y patriótica empresa de auxiliarnos de alguna manera en tan laudable, benéfica y magna obra; pues también una hacienda llamada "El Rosario", propiedad exclusivamente mía, tuve que vender en estos meses pasados, por un precio bastante bajo, para cubrir algunas deudas contraídas a favor de las misiones Orientales, como también hacer frente a los gastos que en esta época de tanta carestía exige la subsistencia y manutención de dichas misiones.

Por esta razón, después de expresar cuánto hasta aquí llevo dicho, con relación a nuestros trabajos, me permito recabar del Señor Jefe Supremo, el apoyo necesario para el progreso de la Misión y las Colonias del Santiago, Méndez, Gualaquiza y Zamora.

Para concluir, hago presente en demanda de la munificencia del Jefe Supremo, las siguientes necesidades, que deben ser satisfechas, y que no demandan gran sacrificio a la Nación:

1ª La agregación de las tribus del Zamora al Gobierno y Misión de Méndez y Gualaquiza, en caso de que los RR Padres Franciscanos no continuaran en la Evangelización de ellas, pues las fáciles comunicaciones, ahora establecidas, por tierra y agua, facilitan completamente el servicio de las tribus de los Pachicosas, etc., al mismo tiempo que el de las demás, desde el Morona al Zamora.

2ª La organización del gobierno y autoridades en Gualaquiza, que tengan jurisdicción en Zamora y Méndez.

3ª La reparación del camino del Sigsig a Gualaquiza, que exige un gasto, a lo menos, de \$ 20.000.

4ª La conclusión del de Gualaceo a Indanza y su continuación a Yunganza, Chupianza y Méndez; obra que posee fondos propios.

Esta vía tiene la ventaja de ser central, y por ella puede comunicarse los pobladores del Azuay con Méndez y el Santiago, siendo de advertir que, por Indanza, a 8 horas de Gualaceo, es más rápido el ingreso a la floresta Oriental.

5ª Construcción posterior de una vía (que no es muy difícil) de Palmas a Méndez.

6ª Mantenimiento de una compañía de soldados, que defiendan a las colonias contra la agresión de las tribus salvajes, y que se ocupe en los caminos y en la formación de una colonia modelo, y defienda el territorio contra la usurpación enemiga. Entre tanto, puede proporcionarse armamento, con este objeto a los vecinos de Gualaquiza.

7ª Protección pecuniaria a la Misión Salesiana. No merece ni discutir que sin Misioneros, no puede adelantar la colonización; pues el misionero es el que más influye en el salvaje, y es el único que modera su ferocidad. Además, el educa a las nuevas generaciones, y las reduce a la vida civil, conquistando a los bárbaros por medio del progreso verdadero.

8ª Exoneración de los derechos de aduana para la introducción de artículos estrictamente necesarios para el fomento de las Misiones y Colonias.

9ª Que se provea a los Misioneros de los materiales indispensables para la instalación de un telégrafo de Gualaquiza a Sigsig (dos días de camino, cuando más), o si se juzga mejor, se ordene a las autoridades del cantón para que se interesen en esta empresa y la ejecuten.

10ª Que se conceda libre ingreso en la República a los Misioneros y Misioneras Salesianos, pues son necesarios, y diré indispensables, nuevos obreros evangélicos para hacer frente al multiplicado trabajo y continuar con el verdadero progreso y civilización cristiana de los salvajes-Jívaros del Oriente.

11ª Que se ordene a las autoridades provinciales y cantonales, vecinas del Vicariato, que presten sus auxilios a los RR. Padres Misioneros, en cuanto estos lo necesiten.

¿Qué mucho gasto pueden demandar empresas tan grandiosas?

Quizás con un centenar de miles de sucres quedaría todo en pie envidiable, si se pone, se entiende esa suma en las manos progresistas de desinteresados patriotas.

No terminaré esta y mi solicitud, sin suplicar una vez más, al Sr. Encargado del Mando Supremo, que estudie detenidamente y acceda a mi petición, en vista de lo muy conveniente de ella para el engrandecimiento y seguridad de la Patria Ecuatoriana, a cuya civilización y progreso contribuirán poderosamente con su influjo, trabajo y abnegación los Misioneros hijos de Don Bosco.

Reciba el General, Sr. Eloy Alfaro, mis atentas manifestaciones de respeto y cuente con los votos que, por su felicidad y la de la Patria, hace su muy atento y SS.

*Francisco Mattana*  
*Provicario Apostólico*

## **Relación al Cardenal Merry del Val\***

**Prefecto de la S. Congregación de los Asuntos  
Eclesiásticos Extraordinarios**

Roma, 17-07-1907

Emo. Príncipe:

El humilde suscrito, de regreso a Italia para atender asuntos referentes al Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza obtuvo de sus venerados superiores el permiso de ir también a Roma, con la finalidad de obtener la bendición del Santo Padre.

En esta circunstancia, de acuerdo con los mismos superiores, cree que es su deber presentar a S. Emo. Revmo, una breve relación acerca de aquella misión. Esta honrosa tarea le tocaría al Vicario Apostólico, Revmo. Mons. Santiago Costamagna, obispo titular de Colonia, pero como él, por las actuales leyes vejatorias del Gobierno Ecuatoriano, no puede entrar ni residir en el país, como se indicará a continuación, le toca hacerlo al humilde suscrito, que por su delegación, dirige aquella misión desde unos 13 años.

El Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza fue erigido por la S. Sede en el año 1893, a pedido del Gobierno Ecuatoriano de aquel tiempo y confiado a la Sociedad Salesiana. Abarca las dos comarcas que

---

\* Archivo Central de los Salesianos, Roma, S. 3123

van bajo los nombres de Méndez y Gualaquiza y tiene como límites: al Norte y al Este, el Vicariato Apostólico de Macas y Canelos confiado a los Dominicos y el río Apotenoma que, uniéndose con el Morona, desagua en el Marañón; al Oeste las provincias civilizadas de Loja y Cuenca. La superficie del Vicariato supera la cuarta parte de Italia.

Los Salesianos, en la evangelización de aquellas regiones, aún pobladas de salvajes llamados Jívaros, tuvieron unos precursores; en el tiempo de la dominación española, el P. Prieto; después de la Constitución de la República Ecuatoriana por algún tiempo el P. Plaza, hermano del Obispo de Cuenca; finalmente bajo el Gobierno de García Moreno, que había colocado en Gualaquiza un puesto militar, el P. Luis Pozzi (Italiano) de la Compañía de Jesús, el mismo que después de pocos años de trabajo, tuvo que abandonar la misión juntamente con el destacamento militar, por los continuas hostilidades y sublevaciones de los feroces Jívaros.

Los Salesianos, entre los cuales se encontraba el suscrito tomaron posesión de la misión el año siguiente a la erección del Vicariato, es decir en marzo de 1894. Ellos se establecieron aproximadamente a cuatro días de camino de Cuenca, exactamente en el lugar donde tuvo su última residencia el P. Pozzi y donde todavía se conservaba una pequeña capilla de madera y una pobre casita, destruida luego por el fuego en diciembre del mismo año. En aquella región encontraron regados unos cien cristianos blancos y mestizos que cultivaban algún trozo de terreno o cuidaban unas haciendas de propietarios afincados en zonas civilizadas. Todo alrededor y en los valles vivían y siguen viviendo las tribus errantes de los Jívaros en permanentes y cruentas luchas internas.

No más llegar, se pusieron a evangelizar a los unos y a despertar la fe en los otros. Al comienzo parecía que la labor se encaminara con buenos auspicios. El Gobierno de entonces, no solamente la protegía, sino que estaba por destinarle un subsidio fijo. Además a pedido del mismo Gobierno, la S. Sede eligió como Vicario Apostólico a Mons. Santiago Costamagna, salesiano, consagrado Obispo titular de Colonia. Pero cuando él ya estaba viajando para ir a la misión, acaeció en Ecuador la famosa revolución de 1896 que lo revolvió todo.

El nuevo Gobierno no solamente no reconoció los compromisos del anterior, sino que expulsó a mano armada a los Salesianos del Ecuador y promulgó una ley que prohibía a los religiosos el ingreso en la República. Los Salesianos de Gualaquiza, a raíz de una protesta y de las resistentes recomendaciones de las autoridades de las provincias azuayas colindantes, quedaron en sus selvas sin ser violentados, pero pasaron por una crisis muy dolorosa, en cuanto separados del humano convivir y sin las ayudas que antes podían recibir de sus hermanos de las floridas casas del Ecuador.

A pesar de todo, no abandonaron la evangelización de los salvajes y el cuidado de los pocos cristianos.

Y cuando un poco de tranquilidad siguió a la guerra civil y a las violentas represiones, el suscrito recorrió el Ecuador entero, en búsqueda de ayudas, con las que pudo edificar en Gualaquiza una iglesia para 200 personas, una casa bastante amplia para recibir un centenar de muchachos con escuelas y talleres como también, en un lugar apartado y conveniente, otra casa para las Hijas de María Auxiliadora, que en 1902 fueron llamadas para consagrar sus solicitudes a las mujeres y a las niñas.

En este lapso de tiempo la misión pudo ser visitada dos veces por el Vicario Apostólico, que, sin embargo logró quedarse muy poco.

En el transcurso de los 13 años, desde que se hizo cargo de la misión, el humilde suscrito y sus hermanos, emprendieron en distintas ocasiones largos y peligrosísimos viajes, tanto para contactar y evangelizar a los salvajes, como para conocer la región y establecer varias estaciones a las cuales regresar de tiempo en tiempo, para instruir a los indígenas y administrar los Sacramentos. Las estaciones que se han establecido hasta aquí son las siguientes: la de Cuchipamba en la orilla del río del mismo nombre, la de Bomboiza, la de Zamora, la de Pachicasa, la de Chuchumbleza y finalmente las de Indanza y Yunganza.

El número de los salvajes que se pudieron descubrir y evangelizar (porque muchos otros salvajes permanecen diseminados por las selvas impenetrables) es este:

En Gualaquiza y valles de Cuchipamba	300
En las orillas del Zamora	700
En Indanza	80
En Yunganza	60
En Chupianza	650
En Méndez y a lo largo del Santiago	6500
En otros centros	1500
Total	<hr/> 9790
A éstos hay que añadir entre blancos, mestizos e indios inmigrados	500

En Gualaquiza hay una población conocida de individuos de 290

El resultado de la evangelización puede deducirse de las memorias conservadas en la misión desde 1896; en cuanto a las memorias de los primeros años fueron destruidas por el incendio ya mencionado.

Bautizados: Jívaros	1895	Civilizados	40
Confirmados: Jívaros	925	Civilizados	280
Matrimonios entre Jívaros	36	entre civilizados	18

Actualmente la Casa Central de la Misión tiene

- Un internado con 20 alumnos internos y los muchachos jívaros.
- Escuelas primarias
- Escuelas festivas para adultos
- Una escuela agrícolá, para encaminar a los muchachos hacia el trabajo y acostumbrar a los Jívaros a una estadía permanente.
- Una farmacia con servicio gratuito, para cristianos y salvajes.

Las hermanas por su parte mantienen un internado para niñas, dan clase y entrenan a las mujeres y niñas en los trabajos propios de su sexo. Además de esto hay que mencionar la instrucción religiosa que, puedo decir, es continuamente impartida por los Salesianos y las Hermanas a los Indios que acuden a la Misión.

El desarrollo del Vicariato exige que se establezcan de inmediato dos casas: una en la orilla del río Zamora y la otra en Indanza, distantes la primera un día y la otra dos días de Gualaquiza.

Lo más pronto habrá que pensar en fundar otra en Méndez, tanto para acercarse a las tribus jíbaras de los valles bajos, como para abrir una nueva ruta hacia el Marañón. Por este motivo el suscrito a vuelto a Italia, con el fin de pedir a los superiores que le ayuden con personal. Las autoridades azuayas prometen su protección y los salvajes de distinta manera expresan el deseo de tener con ellos a los misioneros y ayudar a los cristianos a abrir trochas en medio de la selva virgen.

Si esto se pudiera realizar, como lo espero, el Vicariato conocerá un nuevo desarrollo. Además el futuro estaría asegurado si no llegaran a faltar los medios necesarios, si el Gobierno estuviera animado por sentimientos cristianos y amara el progreso cristiano, y si las circunstancias permitieran al Vicario Apostólico dirigir de cerca la Misión. Esto es lo que desean todos los buenos y para alcanzarlo se trabaja y se reza.

Inclinado en el beso de la sagrada púrpura, etc.

Roma 17 de Julio de 1907

*P. Francisco Mattana  
Superior de la Misión  
de Méndez y Gualaquiza*



## FELIX TALLACHINI

*El hecho de no haber muerto en la Congregación ha dado lugar a un gran vacío en lo que se refiere a la información biográfica sobre él, porque es sobre todo a raíz de la muerte que se suelen escribir pequeñas biografías de los hermanos. Fue sin duda un hombre genial, un volcán de iniciativas. El haber acompañado a Mons. Costamagna en u primera visita a Gualaquiza le ofreció una oportunidad para redactar descripciones muy pintorescas. Salta a la vista que, al escribir, se preocupaba en primer término de causar impacto en la fantasía de los jóvenes. En efecto su propósito era el de recoger todos los artículos en un pequeño volumen titulado "Katipi" (ratón en la lengua shuar) y publicarlos en la serie de las "lecturas católicas"\* .*

*Este hecho nos ayuda a comprender el género literario que manejó. Sus páginas delatan a las claras la lectura del "Nankijukima" del Padre Vacas Galindo, a veces reproducido casi literalmente.*

*Pero se desprende también de sus escritos una gran preocupación por captar los secretos de lengua shuar y para expresarse en ella, aunque sea de forma limitada.*

*La sede de su actividad fue sobre todo la ciudad de Riobamba, donde se ocupó en organizar una sociedad obrera.*



## A través del Ecuador\*

"Encargado por mi venerado Superior y Obispo, de dejar un recuerdo escrito de su reciente expedición, visitando las Misiones de Gualaquiza, ¿a quién podría yo dedicarlo mejor que a ustedes, jóvenes clérigos y ayudantes, que están haciendo su aprendizaje de misioneros bajo la dirección de don Rua y la protección de Don Bosco?. Confiado en que les gustará, tengo la audacia de ofrecérselo. Si el colorido de este relato, les hiciera tener dudas sobre su veracidad, recuerden que les narro los hechos e impresiones que presencié y sentí; y que no sería relator fiel, si no intentara recrear en ustedes por medio de este colorido, aquellos sentimientos reales que yo probé. Sin embargo, si en el transcurso de la narración, me viera obligado a introducir algún matiz que no fuera histórico, escrupulosamente los avisaré. Además, les suplico no buscar bellezas literarias y lingüísticas en la pluma de uno que vive, desde hace once años, lejos del país "donde el sí suena", y sin embargo escribe en italiano.

### *El adiós*

La escuela de Artes y Oficios de Lima, la bella ciudad de los Reyes, se había engalanado como en sus días más solemnes. Debajo de sus portales, y en el verde de sus preciosos jardines, flotaban con sus cien colores

---

\* B. S. 1902, pgs. 371-374; 1903, pgs. 23-56s; 78-81; 1165; 203-7; 275s.  
Este relato lleva la fecha del 8 de septiembre de 1902. Tallachini lo escribe a nombre de Mns. Costamagna y lo dedica a los jóvenes salesianos de Valsalice (Turín) y S. Benigno.

al viento, cientos de banderines unidos como hermanos. En los rostros de los maestros y alumnos, de los grandes y chiquitos, se leía un único sentimiento, confirmado por las numerosas escarapelas que brillaban en los pechos de aquella ruidosa reunión de jóvenes: el entusiasmo y la alegría de la piedad. Y con razón, pues la causa de este sentimiento de todos, el héroe de la fiesta, era también un amigo, un compañero, un hermano, de cuyos rasgos, rodeados de gloria triunfal, salía radiante una luz de devoción y dicha: San Luis Gonzaga

La alegre fiesta se terminó con un agradable número musical y literario, dedicado a Mons. Santiago Costamagna, Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza. Fue ese el momento en que superiores y alumnos, oyeron de su superior y Vicario General, la triste e inesperada palabra: "Adiós", que selló las impresiones de aquel día. ¿Y cuándo sería la partida por el Ecuador, donde ya seis colegios, y sobre todo los salvajes de las selvas orientales, esperaban al tercer Vicario Salesiano, que por siete años no pudo abrazarlos, obstaculizado por las iras de Satanás?. La partida estaba prevista después de pocos días.

El día siguiente Monseñor se fue al Callao para visitar a sus hijos de aquel puerto. Pero el buque de vapor "Perú", que debe transportarnos, ha querido ganar tiempo. Hoy mismo, 22 de Junio, acaba de llegar de Chile, y sale esta noche hacia el norte. Se aceleran los preparativos, y por la tarde ya nos encontramos a bordo, acompañados por los pocos hermanos religiosos y algunos alumnos que se enteraron de la improvisa separación

El adiós siempre cuesta unas cuantas lágrimas, incluso a los mayores. Y nuestro buque, para que podamos pagar este tributo del corazón, sale lentamente del puerto y se detiene como dueño en plena bahía. De acá, las barcas de los boteros devuelven a los que se quedan, después de las acostumbradas escenas de temura, las recomendaciones de los viajeros y de sus amigos, y las manos, los pañuelos, los bastones se agitan en los saludos.

Atardece. La luna se refleja en la plácida superficie del golfo. Las torres del Callao anuncian el Avemaría, que se difunde en el curvo y amplio seno del mar, y se repercute en la rocosa isla de San Lorenzo, que lo

cierra al frente. Todo está en paz: en el cielo, el océano y el continente. Pero acaso, en el oscuro fondo de los abismos marinos, se agitan todavía las fuerzas que como Titanes hace ciento cincuenta años, vomitaron esta isla, y lanzando montañas de aguas sobre el puerto cosmopolita, destruyeron desde las bases la ciudad y sus alrededores. Estas mismas fuerzas en estos momentos, rugen y se agitan fatídicas y destructoras, como una venganza del Cielo, en una de las más bellas Antillas (la Martinica, erupciones de Mayo de 1902)

El buque Perú ya está en alta mar. Nosotros recitamos el Ave Maris Stella, y con el pensamiento enviamos una postrera mirada a los hermanos, a los amigos, a los jóvenes de Perú y Chile, a tantos caros objetos escondidos entre aquellas líneas desiguales, que se van perdiendo en las sombras conforme nos alejamos de las playas. Luego como empujado por la necesidad, el corazón vuela a las amadas orillas de Italia, al Oratorio, al pueblito donde nacimos...

Cuatro días de buena navegación, interrumpida por algunas paradas en los puertos peruanos, admirando a la izquierda la inmensidad, y a la derecha playas arenosas, surcadas a veces por deliciosos verdes valles; luego arrecifes pelados, arrimados al continente, o perdidos en el océano, domicilio de lobos marinos, patos y pelícanos. A bordo se celebra todos los días el Santo Sacrificio y se intenta hacer un poco de bien directa o indirectamente, hasta con la música, con palabras y folletos.

Todos conocen el carácter de Monseñor. Peruanos, Chilenos, Argentinos, Franceses, Ingleses, Alemanes, se complacen en acompañarle, lo honran, lo oyen con avidez, quieren, informarse sobre la obra salesiana.

### *Guayaquil*

La mañana del día 27, amanece bella y radiante, descubriendo debajo del ligero velo de neblina, la verde, abundante y esplendorosa selva, que a la derecha y frente a nosotros, se extiende en una suave cuesta y se pierde en el horizonte. ¡Que grandeza, qué belleza! Es una escena que supera toda descripción. Parece casi encontrarse entre dos océanos que se

tocan y se respetan. Por un lado las azules aguas del mar, por otro el verde esmeralda del otro mar, el de las selvas vírgenes; ambos majestuosos, imponentes, rebosantes de vida, abismos y misterios. Las olas del océano aquí se notan apenas; parece que los dos elementos se besan y se juran paz eterna. El ateo que no ve a Dios, aquí está forzado a verlo.

Todo es grandioso: incluso nuestro barco parece participar en este sentimiento de inmensidad, cuando abandona las orgullosas olas del mar y dirige su proa con soberana majestuosidad, hacia la corriente del río Guayas, entre cuyas orillas, alejadas aún la una de la otra, va penetrando. Este río, con generosa y modesta lentitud, hace entrar al Pacífico, por muchas desembocaduras, las aguas que le fueron regaladas por varios grandes ríos; y en esta lenta carrera, acaricia y roza con cuidadoso e infinito celo, las vírgenes hermanas que le ofrecen sus largas, espesas melenas verdes.

Así, dejamos a la izquierda la bella isla de Puná, con su corona de islitas menores; vamos río arriba por el canal del sur, llamado de Jambelí, hecho inmortal por el genio y el audaz valor de García Moreno. Conforme se acercan las orillas la selva nos manda sus perfumes, el agua se hace amarillenta, nos saluda la bulla de los loros, el chillido de algún mono, el perezoso zambullido de los cocodrilos.

Pero las miradas de todos están ya hacia la izquierda, donde se encuentra, como reina coronada por bosques y ríos, la "Perla del Pacífico", la ciudad de Guayaquil, con sus lindos palacios y sus esbeltas torres; Guayaquil, ciudad de trabajos y placeres, nueva ave fénix, que de sus cenizas renace más hermosa que antes. Hasta ahora parece conservar la huella de un largo duelo, en el aspecto escuálido de sus muelles, mientras intenta cubrir con franjas, las huellas, aún visibles, del incendio que en 1896 y 1899 la destruyeron casi por completo.

Te saludamos, gentil ciudad, y te deseamos un porvenir mejor; así te saludamos en esos días dolorosos en que por los odios políticos nos rechazaste. Entonces sí estábamos seguros de la futura desgracia que pocos días después, el fuego derramaría sobre ti. En este momento todo parece sonreírte, tu futuro parece asegurado... a pesar de que en veinte

días el destino te tiene escrito otro desastre y verás cenizas y brasas en algunas de tus bellas calles. Acaso Dios quiera borrar así aquellas manchas de sangre fraternal, que por ti tan a menudo ha enrojecido la tierra ecuatoriana. . .

Para no encontramos con tremendas dificultades, llegamos a Guayaquil inesperados y en incógnito. Pero el Sr. Fernández Madrid, capitán del puerto, que había conocido a Monseñor cuando visitó la ciudad en 1890, y vino al Ecuador, llegó a bordo, lo reconoció y quiso llevarlo a tierra en su chalupa. La noche de ese mismo día los vendedores de diarios chillaban en la calle: "Llegada del Obispo Costamagna."

El pueblo de Guayaquil, que desde hace muchos años, no tiene Obispo, fue gratamente conmovido por esta noticia. El clero regular y secular, se dedicó en seguida a festejar como quiere la costumbre, a nuestro Vicario. Especialmente la Curia quiso manifestar su generosidad, ofreciendo a Monseñor la Catedral, y él celebró allí la Misa en el día solemne de SS. Pedro y Pablo.

Nos quedamos en Guayaquil dos días, en la Escuela Filantrópica, donde desde hacía unos meses, se habían instalados nuestro hermanos salesianos. Es una casa linda y grande, con escuelas y buenos laboratorios, y acuden allí diariamente más o menos seiscientos chicos. El fuego que varias veces, incluso este último año, ha consumido la ciudad, hasta la fecha ha respetado este edificio.

El 29 Monseñor presidió la distribución de los premios del Colegio de San Luis, fundado y dirigido en el Palacio del Obispo, por el incansable apóstol el canónico Santisteban. Fueron muy bien acogidas las palabras que pronunció allí Monseñor, haciendo votos por la prosperidad de los Institutos y las Escuelas Cristianas... Pero hoy ese colegio, con el mismo palacio Episcopal y parte de la Catedral, se ha convertido en cenizas.

La misma noche de ese día, pudimos admirar el gusto musical y el ingenio de la juventud guayaquileña, en una perfecta presentación sabatina, que tuvo lugar en la Escuela Filantrópica, donde nuestros alumnos se

lucieron por su desenvolvimiento y altura, instrucción y dotes dramáticas. La sesión terminó con algunos acertados consejos dados por Monseñor, que fueron aplaudidos por el público.

### *La locomotora*

El 30 de Junio, muy por la mañana, un bonito buque fluvial nos transportó al otro lado del río, que resplandecía bajo los primeros rayos del sol. Allí, en la estación de Durán, nos esperaban el tren encargado de la primera jornada de nuestro viaje, en tierra firme. El viaje fue cómodo y la naturaleza magnífica, encantadora.

Hasta bien entrada la tarde, la locomotora no corre: vuela, como conquistadora de civilización, cruzando la selva ininterrumpida, bajo un túnel de vegetación salvaje que parece doblarse y abrirle paso para dejarla pasar. La vía férrea sigue, en todo su recorrido, tres o cuatro líneas rectas, que dan la posibilidad de admirar los claroscuros del espeso y confuso bosque, esmaltado de encajes caprichosos y pintados de mil colores; se ven espesos cañaverales, inmensos árboles de caucho, lianas de todas clases que cuelgan de las altísimas copas de los árboles a ambos lados de la vía, o partidas en lo alto en grupos desiguales como estalactitas vivientes. De cuando en cuando la selva se abre, dejando ver un pedazo de cielo, o campos fértiles de banano y caña de azúcar, gigantescas palmeras, plantas de cacao o café exuberantes, matas de azafrán; asoman ríos de lentas y lodosas aguas, lindos pueblitos de casas de paja y caña, construidas por encima de unos troncos oportunamente colocados, para defenderlas contra la humedad, las inundaciones y las culebras. Después de cuatro horas de admirar esta serie de bellezas cada vez nuevas, la locomotora, bufando, empieza a luchar contra la cuesta que se hace sensible; el bosque se va poco a poco haciendo menos espeso, y de éste sale una brisa fresca, ya no tropical, que se hace fría conforme vamos subiendo. A eso de las tres de la tarde se oye el ruidoso río Chimbo, que ruge y truena, y en sus orillas, la locomotora abandona la vía férrea vieja y empieza a recorrer la nueva: cambiamos de tren y empezamos de nuevo a viajar. Ya nos encontramos en una región montuosa: el río Chimbo, con el Chanchán, y con las rocas peladas y cortantes, parecen aliarse para oponerse a la invasión de la locomotora, formando obstáculos que tan solo la selva

podría oponer. Valles, audaces puentes, barrancos, rocas empinadas, quebradas precipitosas quisieran asustar al genio, a veces atrapando la locomotora en angostísimas gargantas entre peñascos, a veces casi lanzándola desde difíciles despeñaderos, o levantándola sobre la espuma de los torbellinos del río, o haciéndola serpentear a la fuerza en la empinada cuesta de la montaña. Y la máquina sacudiéndose, mugiendo, casi rugiendo, hace tronar los peñascos, dejando escapar enormes columnas de humo negro, que esconde el abismo. Salen del tren unos bramidos sombríos y profundos que llenan el valle y el eco se oye en toda la falda del monte. Dos horas de lucha titánica entregan la victoria a la máquina que nos transporta.

### *Huigra*

Huigra es la última estación y hasta este momento, la única, de la nueva vía férrea.

Nos encontramos en un valle, profundo y pelado. A la derecha, a la izquierda, delante y atrás se ven solo peñascos sin vegetación, montañas despeñadas y gargantas angostas. A un lado está el río, estruendoso. Gente blanca, india, morena va y viene; todos están apurados, ocupados, llevando y controlando equipajes, dando o recibiendo órdenes. Unas cien carpas están desparramadas aquí y allá, como en un campamento. Hay una sola casa de madera, además de la estación.

Esta es Huigra, pueblo que aspira a convertirse en ciudad, centro de otras líneas de ferrocarril, a dos meses de su existencia.

El aire frío de la montaña, el aspecto extraño y desalentador de la gente, nos confirman que es oportuno hacer lo que habíamos planeado: seguir el camino hasta Huataxi, donde un buen Cooperador nos acogiera. Pero el tiempo apremia, son más de las cinco, y el sol comienza a teñir de rojo las cumbres al occidente, cubiertas en parte de sombras...

Los compañeros de viaje se han dispersado, buscando cada cual, lo que más le conviene. Nosotros intentamos hacer lo mismo; se trata de encontrar caballos, o mulas, o burros incluso, para montarlos. Tenemos

un documento de la misma empresa de ferrocarriles, que nos fue dado en Guayaquil como recomendación; está escrito en ingles, porque toda esta gente, salvo los indios de paso, son empleados de la Compañía, y han llegado de los Estados Unidos o las Indias Británicas. Por tanto, estamos bien amparados... Se trata de encontrar al jefe de la estación. ¿Dónde está? Allá, en su oficina, todo entregado a su trabajo: debe contar, examinar, calcular, dar y recibir..

"Señor... por favor, permítame una palabra... Le ruego: está anocheciendo! Por favor, oiga tan solo una palabra, y contésteme otra, en el idioma que quiera: español, francés, inglés, italiano, alemán, latín, griego, árabe..."

Pero el señor fulano seguía viendo su trabajo, con la cabeza baja, sacudiéndola de vez en cuando, y pasando a otro sentado a una mesita a lado, paquetes, sobres, cartas y recibos. Después de larga espera, cediendo a nuestros discursos que parecían granizo, miró al interlocutor, cogió el documento de recomendación, lo abrió, lo leyó y lo devolvió sin comentarios, y siguió pasando al colega, cartas y paquetes.

"Buenas noches! Buona sera! Bonne nuit! Good night! Gute nacht! mi querido fulano. Le deseo que le vaya bien, pero muy bien!"

Y nos fuimos a buscar a otros. Todos hermanos, todos unidos en un pacto: gente que por no saber el castellano, no quiere entender ningún idioma, y cuando más se contenta con contestar: "Mi no entender". Y ahora ni siquiera podemos pensar en encontrar animales, ni siquiera burros: el sol ya se fue y los burros se portarían igual...

En efecto, después de poco, llegamos a un lugar donde se veían dos chozas: era un espacio abierto y una de las chozas era casi una casita, hecha de ásperos troncos mal ordenados, y techo de paja. Había un pequeño campo de habas y papas, más lejos un potrero, luego de nuevo el bosque, cuyas hojas dejaban entrever otras chozas. A la derecha estaba un profundo valle lleno de espesa vegetación: este es el lugar llamado Coyagchi.

De la primera de las chozas, oyendo ladrar los perros, salió un chiquillo de unos ocho años, de cara sucia y pelo desarreglado; con un camisón que tiempo atrás debía haber sido blanco; detrás de él salió un joven indio de unos veinte años, de mirada idiotizada, con el cuello deformado por lo que se llama vulgarmente bocio. Volvieron a entrar, y enseguida apareció con ellos una joven con bocio también, ocupada en limpiar un amero de maíz. Ella nos miró sorprendida, pero con mirada inteligente; soltó el amero y con humilde actitud, y apurada, fue a llamar a los dueños de casa.

Era una pareja de recién casados que sin hacerse esperar mucho, nos invitaron a bajar.

"Esto es precisamente lo que deseamos; y les rogamos que nos hagan la caridad de darnos algo de comer", dijimos. "Claro, con mucho gusto! "

Y la señora fue a coger sus mejores mantas y las extendió encima de una banca que se encontraba debajo del techo, que era bajo, para que Monseñor se sentara cómodamente.

"Gracias, pero no se moleste, porque no podemos detenernos, comeremos algo, y luego nos iremos!"

Nuestra gente se miró la cara con asombro y desconsuelo, y la mujer del amero dijo: "Pero entonces, no podemos preparar nada!... Aquí no hay nada: hay que ir a buscar comida un poco lejos, señores; habrá que esperar un par de horas."

"Entonces, seguimos ahora mismo nuestro viaje: gracias."

"Y dónde piensan llegar?" preguntó el marido.

"Tenemos que llegar hoy mismo a Cañar."

"A Cañar podrán llegar solamente mañana por la mañana, viajando de noche. ¡Y con estos caminos! Dios los libre de semejante desgracia."

"Y ¿dónde podremos llegar?"

"Dónde podrán llegar! Ya llegaron, reverendos! Desde acá en adelante, no encontrarán otras casas, sino a siete horas de distancia. La noche los sorprenderá en la selva o en la cumbre de una cordillera, donde se helarán. Es grave imprudencia seguir adelante. Oiganme, háganme caso: quédense aquí, a pesar de que esta es una casa indigna de un Obispo. Les daremos todo lo que hay. Ustedes dormirán en una cama, y nosotros en el suelo"

"Sí sí, - añadía su compañera - ¿No ven que fea neblina, que parece humo del infierno? Y esta noche hará mucho frío!"

En efecto, el horizonte se había cerrado por completo, y se iba haciendo cada vez más angosto, por la abundancia de vapores acres, que después de unos minutos nos rodearon y nos quitaron la visión, como tinieblas cerradas.

Contrariados y descorazonados, quitamos las sillas de los caballos, y entretanto, las buenas mujeres correteaban por todo lado para prepararnos un poco de comida.

"Vean si las gallinas han puesto huevos... Pero todas son culecas, pobrecitas! Tuerzan el cuello a ese gallito que me hace una revolución... calienten el agua."

"Oigan, mujeres: si no encuentran nada, cojan esas lindas habas: las haremos hervir. ¡Y las papas! Deben tener todos los sabores del maná. En último caso cogeremos hierba y la prepararemos haciendo una ensalada".

"Déjenos hacer, reverendo, No faltará ni esto, ni lo otro"

"Pero entretanto, ¿no tienen de veras nada? ¿No les ha quedado una cucharada de sopa, un poco de su maíz hervido?"

"Si, hay un poquito de mote: pero está frío"

"No importa: lo calentaremos nosotros"

Y sin más, lo cogí de una canastita, ese generoso grano que hace las veces de la "polenta": había quedado un poco en el fondo, y me tragué tres o cuatro puñados sin usar los dientes. Monseñor quiso probar, pero después del tercer granito, desistió.

Un poco de instrucción a esa buena gente, en forma apostólica, y el rezo de los Oficios sagrados, nos hicieron parecer más cortas las cuatro largas horas que hubo que esperar antes de la cena. Con poco trabajo pusimos la mesa, y con menos todavía, consumimos la cena.

La noche se hace más profunda. Hay que pensar al día siguiente. El arriero no llega todavía. ¿Estará vivo o muerto?. ¿Y dónde estarán nuestros baúles, dónde llegará el altar portátil que él lleva?.

La Providencia no nos abandonará. Entretanto, preparamos un pequeño altar aquí afuera. Telas, sedas, festones, lámparas, candelabros, no se deben pedir en la selva, donde la majestuosidad de Dios resplandece en toda su grandeza. Vamos al bosque, tanteando entre neblinas. Volvemos con bellísimas hojas de los árboles más extraños, graciosos racimos de flores de todos los colores. Y el altar así está listo. Los muros del templo son bosques, la bóveda celeste será nuestro techo, y ojalá el cielo este sereno; el tempestuoso ruido de los ríos será el órgano, los pájaros los cantores.

Allá, en el silencio de la selva, recitamos el Rosario, saludamos a la Reina de los Cielos con las palabras del Angel, cantamos el Ave Maris Stella, y luego nos retiramos, pues nos cogió el sueño.

La madrugada llegó y nos sacó no del sueño, sino del escalofrío, para hacernos admirar una escena sublime y grandiosa. Los vapores han caído en el valle, donde, dentro de un mar de neblina, rumorea el trueno y brillan los relámpagos bajo nuestros pies. Allá arriba, en el cielo, que se ha despejado por el soplo de un vientecillo helado, brillan algunas estrellas luminosas. La luna, desde el occidente, derrama sobre la selva la última sonrisa de su lumbre plateada; el astro del día, desde el oriente, deja llover

un chorro de oro, púrpura y nácar a través de los estratos de cielo transparentes, sembrados en el éter como un inmenso ejército resplandeciente.

Unas cien personas, que han llegado de la zona, están sentadas en la hierba en grupos esparcidos, esperando la hora de oír Misa y hacer confirmar a los niños. Pero el guía no llega. Ya son las siete: hay que continuar el viaje, y Monseñor dice un breve sermón a la gente, animándola a vivir cristianamente.

Estamos a punto de irnos, cuando al borde del bosque, como una aparición, vemos al suspirado arriero con el burro de carga y el altar. Celebramos la Misa, administramos las confirmaciones, y prometiendo volver para consolar mejor a esas pobres almas, saludamos a nuestros huéspedes, que no piden más que ser bendecidos, como compensación.

#### *En el Azuay*

Entre aguas y lodos, arriba y abajo en los peñascos, a través del bosque y uno que otro poterrito, el camino no quiere desmentir su fama y más bien la acrecienta con nuevos horrores

Pero nosotros admiramos las variadas clases de árboles y las infinitas especies de caprichosas flores, de las cuales la mano del artista quisiera robar unos ejemplares, sacándolas de la exhuberancia de la selva, para embellecer con leyes estéticas seguras, los parques y jardines reales.

El sol ya había pasado el cénit, cuando otras subidas por montes nos alejaron poco a poco de la selva para hacemos admirar el altísimo nudo del Azuay, atravesando la primera gran estructura de los Andes.

De nuevo los raquíuticos arbustos y los peñascos pelados; de nuevo el viento frío y brioso de las cumbres nevadas, pero templadas por los cálidos rayos del sol. Todas las faldas y cumbres de las cuales tocamos los empinados picos, las crestas de perfil audaz e impresionante, aparecen todas cubiertas de una paja espesa, fina y ligera, que el viento sacude y dobla. Sobre nosotros, al nivel de los peñascos más altos, evolucionan cientos de buitres que buscan, con los ojos cúpidos, alguna oveja, o

ternero, o perro imprudente que se da algún paseo abajo. A veces, hambrientos atacan también al hombre que a duras penas puede defenderse escondiéndose en la hierba seca donde esas aves de rapiña, con dificultad, y para su mal, clavan las garras al suelo.

El sol comenzaba a bajar y nuestra hambre iba creciendo. Pero ¿dónde encontrar casas? Márquez, nuestro compañero voluntario, nos aseguraba que cuando ya hayamos cruzado la gran cadena, o sea, después de una brevísima vuelta, nos encontraremos en Tambo, o sea muy cerca de Cañar, como él que se despierta o toma un vaso de agua. Esos trabajos de Hércules pues se terminarían pronto. Monseñor se sintió más tranquilo y me mandó adelante a buscar el primer albergue, para que no se perdiera tiempo más tarde en la preparación del almuerzo.

Espoleé a mi caballito, que no corrió, sino voló en el caminito que pasaba a lado de las últimas montañas, impidiendo así el peligro del viento impetuoso que en algunos puntos amenazaba tumbarnos. Después de una hora abundante de carrera, de pronto se abrió a mis pies un valle profundísimo. En este valle no había bosques, sino potreros y campos, y una variedad infinita de verdes del más oscuro al más claro, y hasta unas manchas amarillentas, y la vista podía disfrutar de esa variedad de matices, y se cree haber llegado de repente a otro mundo; la inmensa profundidad de ese valle recuerda las cimas del infierno de Dante. En ese valle, hundidos e instalados en las orillas del río Cañar, vivían los antiguos y ricos indios Cañaris.

Esta es la gran meseta que estamos a punto de recorrer diagonalmente en dos días, para luego atravesar la parte oriental de los Andes, que la cierra al lado opuesto. Y allá frente a mí en una cuesta suave, está como una reina la antigua ciudad, sede del rey Inca Huáscar, cuando quería arrancar el reino de Quito al hermano Atahualpa, que ya era dueño del Cuzco y Cajamarca. Y a los pies de otras lomas, los pueblos de Biblián y Délej, y encerrada entre varios pequeños montes, la ciudad de Azogues, fundada sobre vetas de mercurio (de ahí su nombre), y por último, entre las últimas trincheras, Cuenca, que tiene el nombre de una ciudad española por su aspecto geográfico de cuenco. Y esparcidos por

los barrancos, lomas y cuestras, hay unos pueblitos, casitas, casas más grandes y chozas, a la sombra de algunas pocas hileras de eucaliptos.

Miré abajo por el empinado caminito y tuve la impresión que ya había experimentado otras veces, bajando de ciertas cúpulas de nuestros templos más grandes. Para no caerme y soltarme un poco los músculos encogidos, agarré las riendas de mi caballo y me dejé bajar por gravedad; y el animal, protestando contra ese sistema de bajar indigno de un jinete, hacia de contrapeso, jalándome hacia arriba con toda su fuerza. Llegué sin contratiempos al fondo. Las numerosas casitas esparcidas entre los cultivos de trigo y maíz, me dieron la esperanza de que se tratara del propio Tambo, pero un secreto presentimiento en cambio, me decía que se trataba de una ilusión.

*¡Qué contratiempo!*

Unos cuantos indios e indias caminaban en rumbo opuesto al mío. Ellas tenían un montón de faldas y chales de gruesísima lana de vivos colores; ellos con pantalones de la misma clase, a veces de piel de oveja, estrechos y cortados sin reglas, y una chaqueta del mismo estilo; algunos, sobre la chaqueta, tenían el característico poncho, que es una especie de manta con una abertura en la mitad, para hacer pasar la cabeza. Todos tenían el pelo alborotado y largo, y las caras curtidas por el viento, por el sol, y las cabezas cubiertas de pesados y toscos sombreros de fieltro blanco. Caminaban como siempre lo hacen, con rápidos pasitos, lanzando el cuerpo hacia adelante y soplando de vez en cuando, como la válvula de una locomotora.

Cuando me veían, se quitaban el sombrero, se persignaban, y repetían varias veces "Alabado sea el SS. Sacramento del Altar", luego seguían corriendo.

Pero yo quería saber dónde me encontraba, les gritaba atrás, con todas mis fuerzas, todas las preguntas que sabía en su "quichua": "Máiman Tambuna rini?" (por dónde voy a tambo?) "Cainigman" (por aquí mismo) "Máipi tián?" (dónde se encuentra?) "Cayllápi, taita padre" (aquí muy cerca, Padre).

Estas y otras preguntas parecidas las hacia a casi todos, y siempre me contestaban: "Chullápi, chullápi" (cerca, cerquísima).

Pero ya era media hora que seguía andando, había pasado al lado de muchas chozas, había encontrado más de treinta indios y hecho más de treinta preguntas; y Tambo no aparecía. Al contrario, poco a poco las pocas casas iban desapareciendo, y solo quedaban cultivos. Entre pues en una de estas casitas que tenía un patio chiquito y silencioso, donde estaban sentadas dos indias una tras otra. Una de ellas, la que estaba sentada delante, desgranaba maíz, la otra con mucha concentración, sacaba los piojos de la otra... como de un campo de grasa. Un indio estaba ocupado en la misma tarea, cerca de tres niños que estaban recostados en el suelo calentándose en el sol. Unas gallinas escarbaban cloqueando, y dos cerditos gruñían alternativamente.

Los indios me vieron, y suspendieron un instante el trabajo, volviéndolo a empezar de inmediato.

"Utca Tambúman chayasha?" (¿Llegaré pronto a Tambo?) pregunté con el tono del que quiere una respuesta inmediata y exacta.

"May carupi!" me contesto el indio, ya sin interrumpir el trabajo y arrastrando las sílabas de la segunda palabra (muy lejos).

Me sentí derrotado.

"Tandata charinguiéin?" (tienes pan?) "Mana" (No)

"Malpaca charinguiéin?" (tienes gallinas?) "Mana"

"Miquita charinguiéin?" (tienes mantequilla?) "Mana"

"Mishquita charinguiéin?" (tienes azúcar?) "Mana"

"Burúta charinguiéin?" (tienes huevos?) "Mana, mana".

Me di cuenta que estaba perdiendo el tiempo. Entonces di a cada uno una estampita y me lancé a la última pregunta:

"Lechéta charinguiéin?" (tienes leche?).

"Ari, ari, taita padre. Charini". (Si, si, padre, la tengo)

"Pues" agregué "dentro de poco pasará por aquí taita obispo. ¿Le darás una taza de leche. No es cierto?"

"Ari, ari. Tandáta, misquita, burúta, túcuy, cuchá" (si, si: pan, azúcar huevos, todo le daré).

El pobrecillo no se había dado cuenta que era cura. Por esto al comienzo no tenía nada. Pero cuando se dio cuenta, todo me hubiera dado.

Espoleé al caballo y pronto me vi en el desierto: desapareció de mi vista el horizonte que poco antes me guiaba, interrumpido por nuevas colinas que renovaban la serie de subidas y bajadas. Me preguntaba a dónde estaba yendo, pero sabía que había que ir.

Después de dos horas de carrera, vi aparecer una iglesita y una plaza. Era Tambo, sin duda. Llegué y me fui de inmediato a la casa del párroco, que estaba sentado comiendo.

"Buenas noches. Soy salesiano. Precedo a Mons. Costamagna que va a Cañar y desea descansar y comer algo aquí en su casa".

"Pero, ¡qué honor para mí!" exclamó el párroco dejando la cuchara y tragando rápidamente la última cucharada de sopa.

"Muchas gracias, señor párroco. Tenemos mucho apuro, porque nuestro visitador, don Albera..."

"Y bien: ¿dónde le encontraron, a don Albera?"

"No lo encontramos, pero esperamos encontrarlo en Cuenca".

¿Cómo? Si don Albera, con su secretario y don Mattana de Gualaquiza, salieron de aquí a las once y media, y están yendo a Riobamba por el mismo camino que han hecho".

"¿Cómo es posible? ¿Y no nos vimos? Oh, qué contratiempo! Y no habrá manera de hacerle saber..."

¡"Claro! Espere un instante".

El buen párroco salió y volvió enseguida con el alcalde del pueblo y otro hombre, que estaba dispuesto a alcanzar a don Albera en tres horas.

Escribí unas palabras y le entregué la tarjeta diciéndole:

"Pronto: serás bien pagado, pero procura encontrarte con el Obispo.

Enséñale, la tarjeta, y si no te da órdenes..."

No terminé de hablar, porque en ese momento llegó corriendo el arriero que gritó:

"Taita padre! Pronto, vaya al Cañar, porque taita Obispo está muy cansado y ha pasado por otro camino, más corto."

Cogí la tarjeta, agradecí, volví a montar y con unas pocas latigazos, llegué al Cañar.

### *Un malentendido*

El sol se ocultaba detrás de las últimas crestas del occidente, y sus rayos moribundos lánguidamente extendidos en las sombras del taciturno valle, parecían apagar toda esperanza de los corazones.

En Cañar todos me miraban con curiosidad mezclada con desconfianza. Las mujeres se asomaban a las puertas de casa, luego retrocedían, casi asustadas. Los hombres mostraban cierto rencor. Se oían murmullos por acá, por allá, en las esquinas de las calles se formaban grupos de gente que me seguía con la mirada para ver hacia dónde me dirigía.

"Me voy donde el párroco" grité a unos jóvenes, que me indicaron una escalinata al lado de la iglesia, que terminaba con una gran puerta.

Salté del caballo, subí, entré, y me dirigí al primer cuarto que encontré abierto.

El párroco estaba tomando las últimas gotas de su café, y al verme se levantó, con cierto asombro, y fue a recibirme con su ayudante, con ademanes inciertos, que se hicieron cordiales, cuando se dio cuenta que yo era un cura.

"Entonces, señor párroco, ¿no llegó todavía Mons. Costamagna?"

"¿Mons. Costamagna? ¿No lo confunde Ud. acaso con don Albera?"

"No hay como confundirse. ¡Pronto! ¡Monseñor está a punto de llegar!. Yo lo dejé atrás".

"Pero, ¿por qué no nos avisaron? Bueno: pongan la silla al caballo, preparen otra cena. Pásenme el sombrero. Y Ud., señor secretario coja este otro, de paja. Tire este gorrito inglés que me parece un ministro protestante. Por milagro no le tiraron piedras."

"Entiendo. La intención deben haberla tenido"

"Puede estar seguro de esto. En estos días se esperan a algunos "evangélicos" de los que nos regalan los padres de la libertad. La gente está irritada por esto, y les preparan piedras".

¿De veras? Justo yo, amigo de esta gente... Escapé con suerte!".

Entretanto, ambos estábamos en nuestros caballos. Salimos y cruzamos el pueblo, entre la gente que me miraba, viéndome al lado del párroco, con el nuevo sombrero.

"Míreme" decía yo "no soy el lobo: al contrario soy uno que les trae el pastor. En pocos minutos llegará el Obispo, que quiere hacerles mucho bien"

Y la palabra "Obispo" corría de boca en boca, de una calle a otra; en todas las puertas se veían hombres y mujeres, en todas las esquinas se reunía gente, y los chicos correteaban para ir al encuentro del inesperado pastor.

*Acordémonos de él*

"Pero Ud., señor cura, no me parece una cara nueva... ¿No nos hemos visto? claro: en el al Callao, hace cinco meses, en el buque que nos devolvía a la casa del destierro a Ud. y al canónigo Campuzano. ¿Ud. no es acaso el padre Ordóñez, de los Oblatos de Cuenca?"

"Yo mismo soy"

"Y el Sr. Campuzano, esa noble víctima de las iras masónicas, el primero que sufrió el ostracismo, el último en volver a su Patria, ¿qué es de él? Encontró la tranquilidad entre su gente, después de sufrir los robos, la persecución y la calumnia?"

"Si, encontró la paz" me contestó el párroco mirando el cielo y luego bajando la cabeza: "Encontró la paz."

"¿Qué ¿acaso murió? "

"Pocos días después de llegar a su bella Quito"

"¡Que en paz descanse! Pobrecillo! parecía conocer de antemano su destino.

Allá mismo, a bordo del buque, a los que le adulaban deseándole que obtuviera una mitra, contestó que ya no era tiempo; que ya era hora de llevar sus huesos a la amada patria. Recordémoslo y recemos por él".

"Esta es justamente la hora que más nos habla de los muertos y especialmente del señor Campuzano. Una vez -él era todavía un joven, lleno de fuerzas y esperanzas- en Quito, en pleno atardecer, donde el sol desaparecía detrás del Pichincha, allá cerca cubriendo de sombras a esa

ciudad histórica: se despidió de tres de sus amigos más queridos diciendo: "Vendrá una noche que no conocerá el amanecer. Adiós amigos. Hagamos un pacto: cuando veamos morir el sol, acordémonos de los muertos, acordémonos siempre del amigo ausente. ¿Qué será de nosotros después de unos años?"

"A este punto, el párroco calló. Luego añadió: "Sí acordémonos de el. Lux perpetua luceat ei".

"Está bien, reverendo. Pero no olvidemos a los vivos: nos queda solamente un destello de luz, y Monseñor no aparece. Tal vez hayan perdido el camino... Pero... Vea allá esas dos sombras. Sí: son ellos. Pobre Monseñor: Está deshecho por el cansancio y el ayuno. El caballo también no puede más."

"Excelencia, sea bien venido: Benedictus qui venit" gritó el párroco, y en dos brincos saltó y fue a besar el anillo del Obispo.

"Excelencia, súbase a mi caballo" dijo luego "y sea fuerte que faltan solamente dos pasos. Pero, ¿cómo así llegaron sin avisar? si lo hubiéramos sabido un solo día antes, para recibirle como se merece! Pero así... Qua hora non putatis... Pero, total, no podrá quejarse si no encontrará todo perfecto."

Las calles y la plaza rebozaban de gente emocionada y arrodillada, que intentaba reconocer al Obispo en la penumbra y pedía la bendición. Por todas partes se oía repetir: "Alabado sea Cristo y la Virgen María". "Adorado sea el SS. Sacramento". Y estos rumores se sucedían incesantemente, como el eco centuplicado de un solo pensamiento. Las campanas tocaban el Avemaría. Al último destello de luz del atardecer, había sucedido la noche.

### *La Bocina*

Antes de que pudiera calentarse el aire que se había helado por el frío de la noche, la iglesia estaba repleta de gente, que enterada de la

repentina noticia, había llegado corriendo para ver al Obispo y ser bendecida. El Obispo no se hizo esperar.

Celebró el Sacrificio, confirmó a los que estaban dispuestos, y luego habló a los fieles diciéndoles: "Otras ocupaciones, otros cariños me llaman ahora lejos de aquí a pesar de que, con el corazón me quedo aquí. Más allá de los Andes Orientales, me esperan mis hijos de las selvas. Es necesario que yo corra allá. Rueguen a Dios para que a la vuelta, pueda quedarme más tiempo en su lindo país".

En vano el buen párroco suplicó que nos quedáramos para preparáramos lo que convenía; nos decía que no debíamos interpretar al pie de la letra ese fragmento del Evangelio que dice: "neque sacculum neque peram". Acompañados por largo trecho, por él y el ayudante subimos la colina.

Esta colina, prologándose hacia el este, al comienzo divide el antiplano en dos lados menores, luego se divide formando varios pequeños valles cubiertos de abundante vegetación. En la parte alta de la loma está trazado el camino, ya seco y cómodo, al punto de poder ser llamado vía carrozable. Pero aquí y allá se encuentran unas altas "jorobas" y unos profundos charcos. Luego, por intervalos, se suceden los pantanos, la "vía carrozable" se mete en potreros, dividida en varias ramificaciones o senderos irregulares que más lejos se reúnen de nuevo. De una de las primeras chozas que vislumbramos, salieron algunos indios, uno de los cuales trafa un largo instrumento musical, la bocina, en forma de cuerno: de este sacó unas notas sombrías y prolongadas, como dando un aviso, y enseguida, respondiendo a la primera nota, contestaron otras de los valles más bajos, a la derecha e izquierda; luego otros más lejanos, y otros más, que iban desapareciendo en la últimas gargantas del monte, como ecos repetidos varias veces por las rocas interpuestas, como olas de un estanque, formadas por la caída de una piedra, que se impulsan en cien frisos hasta morir en las orillas.

Y de pronto, casi sin previo aviso, se ven unos cultivos más abajo, esmaltados de mil colores: no de flores, sino de ponchos azules, rojos, verdes y amarillos, y de grandes sombreros blancos que llevaban en ese

momento muchos indios: habían salido de sus chozas al sonido de la bocina, como los pájaros contestan al llamado, y se nos acercaban de diferentes partes como riachuelos que siguen su lecho y se unen formando varios pequeños ríos. Al final formaron como un gran río.

Llegaban, apurados los jóvenes y las mujeres, que llevaban uno, dos y hasta tres o cuatro niños en brazos, amarrados a su cuello, o fajados en los hombros. Y detrás de ellos empujaban adelante sus viejos cuerpos flacos, los ancianos, curvos sobre su bastón, del cual parecían sacar un poco del vigor perdido.

¿Qué querían? Ser bendecidos, ellos y su criaturitas. Querían saber dónde se los confirmaría. Y doblando las rodillas, y con los brazos abiertos en forma de cruz, bendecían ellos también a Cristo, a la Virgen, a Dios, que les había concedido un favor tan grande. Hablaban de sus desgracias, de su esperanza en el cielo.

¡No! Ustedes no pueden ser desgraciados. Desgraciados son aquellos pueblos que no creen, que no tienen esperanza.

### *El rocío y la nube*

¿Qué edificio es aquel de allá arriba, de estilo mixto, con una gran escalinata doble que adorna su base, con dos hileras sobrepuestas de amplias ventanas y una esbelta cúpula en todo lo alto?

Todo está fabricado con blanquísima piedra, empotrado en la más alta cavidad de una gran roca, y se destaca contra el verde de las lomas que lo rodean, como una tortolita que se asoma de su nido.

Y es realmente el nido de una paloma, formado en la cavidad de la piedra: es un santuario: La Virgen del Rocío.

Hace ocho años, estos valles sufrían por la gran sequía. El Párroco Miguel Muñoz hizo un llamado al pueblo, que hizo un voto a María. Desde entonces nunca faltó el benéfico Rocío y la fecunda lluvia. He aquí el origen del santuario. ¿Y quién fue el audaz arquitecto? ¿Cuál, la mente

selecta del artista que ha dejado huellas tan luminosas de sí en medio de los edificios casi siempre primitivos y en ruinas? Nos enteraremos, cuando hayamos seguido los pasos de este genio, que el Autor de la belleza llevó a esas regiones, como un rayo de luz entre tinieblas.

Monseñor quiso visitar el santuario. Sobre la roca hubo cantos y rezos para los salvajes Jívaros. El pueblo, con el Párroco a la cabeza, quiso retener a Monseñor. Pero había que cumplir el itinerario.

"A la vuelta, el Obispo se quedará por aquí también. Ahora déjennos ir."

Así, abandonamos Biblián a los pies del gran Santuario, pasamos el río homónimo y detrás de una colina, se nos perdió la visión del gentil santuario "del rocío"

Y de pronto se abrió delante de nosotros otro precioso valle, y en una de sus colinas, se veían dominar al paisaje dos ágiles y esbeltas torres. Es la Virgen de la Nube, que protege la ciudad de Azogues, que se encuentra a sus pies.

Admirábamos la belleza de los lugares no menos que la devoción de los habitantes, y en esos momentos vimos llegar a un grupo de jinetes que cabalgaban hacia nosotros. Eran los buenos azogueños que iban a encontrarnos, guiados por tres buenos curas Oblatos, que tienen esa Parroquia. Las campanas anunciaron la llegada de Monseñor. Parecía un día de fiesta.

El día siguiente admirando el empeño y entusiasmo de los jóvenes sacerdotes Oblatos, nuestro Obispo, dirigiendo sus cuidados a la parte más selecta de la grey, visitó las Escuelas de los Hermanos Cristianos, exhortando a sus afortunados jóvenes alumnos, a ser dignos de sus maestros.

Luego nos dirigimos al pequeño y hermoso santuario de la Nube, y más tarde, acompañados por el clero de Azogues, fuimos a Chuquipata. El párroco de este pueblo, por miedo de perder la visita episcopal, había llegado desde la mañana como para meternos presos! Hablaba tan bien, y

con tanto entusiasmo, de Don Bosco y Maria Auxiliadora, que nos fue imposible resistir.

Tuvimos que hacer una parada en su parroquia, que se extiende bajo un enorme pico en forma de pico de loro, volcán apagado que se llama Cojitambo

Su Iglesia es fruto de la devoción a Maria Auxiliadora y de la piedad de nuestros salesianos don Spinelli y don Mattana, que han hecho varias excursiones en estos lugares.

### *El primer encuentro*

El camino era cómodo y ancho, a ratos, y más adelante se hacía estrecho pero era casi siempre llano, serpenteante entre matorrales de olorosas retamas y a la sombra de rubios sauces. Pasamos el río Azogues, luego el Délej, bastante caudaloso, y luego caminamos a lado de otro, mucho más grande, el Challabamba, sobre una alta roca. Habíamos dado pocos pasos sobre esa altísima roca, cuando detrás de uno de los peñascos que se interponían en el camino, apareció de pronto un jinete. Hubo un largo "Ohhhh!" repetido por ambas partes, después de la aparición: era el querido salesiano Donoso.

Poco después avanzaron hacia nosotros, montados en briosos caballos, cuatro curas.

Eran el vicario General, con el secretario de la Diócesis y dos párrocos, uno de los cuales era el encargado de los padres Redentoristas, que mandaban el recado al Obispo que no siendo posible que le hospedaran los Salesianos, se dignara aceptar hospedaje donde ellos.

No habían todavía concluido los agradecimientos acostumbrados, cuando del peñasco que había más arriba, se oyó gritar a un hombre que corría sin aliento: "Padre, corra, que mi mujer se está muriendo!".

Pedí permiso al Vicario sin más, hice comprender a mi mula (que había tomado el lugar del caballo) que tenía que correr como el viento. La

mula no se hizo repetir, y se puso enseguida a trepar por esas tremendas piedras, saltando derrumbes, matorrales, peñascos, como ardilla, y en un abrir y cerrar de ojos me llevó a la puerta de una choza escondida entre los arbustos.

Ya estaba anocheciendo cuando pasamos el río Machángara y bajamos las suaves cuestas de las últimas colinas; llegamos y Monseñor enseguida bendijo a los representantes laicos y religiosos de la noble y católica ciudad de Cuenca. Con cariño fraternal abrazamos luego a los amados Redentoristas que nos abrieron las puertas de su casa

### *Diez días en Cuenca*

Monseñor se detuvo aquí para devoiver las innumerables visitas que recibió de las autoridades y personas principales de Cuenca. El Administrador Apostólico, el Capitulo, el Gobernador Civil, el General de División, el ex-presidente Cordero, los religiosos y los particulares quieren tener en su casa al Obispo salesiano. Y se pudiera decir que Monseñor visita a todos los ciudadanos de Cuenca.

Las calles se han convertido en lugar de recepción. Ni bien aparece Monseñor en la calle, la palabra "Obispo" lo precede como anunciándole. Jóvenes, viejos, obreros, amos, hombres y mujeres se acercan corriendo para verlo pasar, y se arrodillan. Quieren la bendición, y entre alabanzas a Dios se oye repetir aquí y allá: "Felices los ojos que te ven". Los niños llenan las calles, agarran la sotana; el bastón, las manos del prelado y levantan alegremente sus voces.

Se podría decir que Cuenca se ha convertido en Jerusalén, y nuestro tiempo, en el tiempo de Jesús. Pero Monseñor llama a Cuenca, Roma por la fe; Atenas por su Universidad, estudios profundos y numerosos literatos. La juventud de los colegios tuvo la preferencia del paternal Obispo Salesiano.

Era poético ver a los seiscientos alumnos de los hermanos Cristianos, alineados en bien dispuestas filas, que escuchaban las eficaces y

divertidas instrucciones de Monseñor, después de cantar sus marchas e himnos alegres.

No hubo ni un colegio de jóvenes o señoritas, que no haya oído la eficaz y afectuosa palabra que Monseñor sabe brindar con esa táctica de maestro, que obtiene mucho en poquísimos tiempo.

El pueblo, que había ido abundante a la conferencia salesiana, y llegaba todos los días de los lugares cercanos para recibir la confirmación, no olvidará la solemne ceremonia de toma de hábito de veinte jóvenes clérigos, nada menos, y la consagración de muchos nuevos sacerdotes.

### *Partida*

Una mañana temprano, después de la misa de Monseñor, durante su rezo en la sacristía, se abrió de pronto la puerta y se vio aparecer, sobre una gran cruz de misionero, una larga barba rubio-oscuro, rival de la de Aarón, tupida como una selva.

Era, en realidad, la barba de un habitante de la selva, del audaz misionero don Mattana, Padre Francisco para la gente.

Digo "para la gente", porque, por muchas millas a la redonda, no hay hombre, mujer o niño o viejo, que no conozca a esta barba, ni al entusiasmo y ardor que la acompañan.

Desde 1894, cuando el valiente apóstol dejó Quito, donde había llegado de la bella Italia en 1888, para sacrificarse en favor de las almas de los salvajes Jívaros, esta barba sigue siendo el encanto y la leyenda de los neófitos, que de su prestigio, se dejaron inducir a pasar altísimos montes, ríos peligrosos, a penetrar en tribus feroces, para acompañar al misionero. Esta barba, provoca muy a menudo la alegre risa de los indios civilizados, en los lugares que don Mattana recorre para confesar, confirmar y buscar ayudas.

Esta barba, para nosotros, era también portadora de alegres noticias, pues el día siguiente de su aparición, continuaríamos nuestro viaje.

La salida de Cuenca, fue más solemne que la propia llegada. El día 17, muy temprano por la mañana, un piquete de nueve soldados con un oficial, fueron enviados, con exquisita gentileza, por el general Julio Andrade, para que acompañaran hasta Gualaquiza a nuestro obispo.

"Acepto este obsequio del señor General, dijo Monseñor cuando vio al grupo de militares, pero no quiero incomodar a tantos buenos jóvenes. Me contentaré con tres, que pueden seguirme a un día de distancia. Porque a Gualaquiza, donde los salvajes, queremos llegar solos, con el crucifijo, y no con las armas. Que vayan pues, tres solos. Y ustedes, hijos, quédense y digan al Sr. General que yo les permití que se quedaran."

Un gran número de señores, laicos y eclesiásticos, quisieron acompañar en su salida a nuestro obispo, hasta los suburbios de la ciudad. Ya fuera, en el campo, nos encontramos solos de nuevo y nos entregamos a la mágica barba de don Mattana, a los soldados y a su buen oficial, joven de unos veinte y cinco, bastante bajito, y un poco más grueso de lo que lo exige la proporción estética de los militares: pero ágil, atento y gentil, con la cara entre bondadosa y astuta, y dos ojitos que podían expresar cualquier cosa, y un bigotito negro por encima de dos labios menudísimos. Intentaba adivinar el pensamiento de los demás, para acomodarse a éste, hablaba poco, y solo de cosas conocidas por todos, por lo demás era dócil como un niño y sabía aprovechar toda buena ocasión. En pocas palabras: un soldado a la moda.

### *San Bartolo*

Tan bien acompañados, con buenas cabalgaduras fogosas, y en un camino que, comparado con los que habíamos recorrido, bien podía llamarse real, subiendo de colina, llegamos a un sitio donde el camino, con muchas curvas y líneas quebradas en la cumbre de una loma verde, nos permitió entrever a gran distancia, en los claros entre árboles, una larga procesión, una especie de columna de caballería, colocada allá en la bajada en forma de muchas zetas, según el dibujo del camino. Y enseguida se alzó de los matorrales y el bosque cercano, un griterío de niños que chillaban a todo dar, haciendo llegar al cielo sus vivas y aplausos al Obispo Salesiano.

Era la población de San Bartolo, que con la escuela, el maestro, el alcalde y el párroco, el organista y el sacristán, habían salido a recibimos.

A la bulla de los niños siguió una carrera precipitada de aquella legión, que bajó la colina en un instante.

El entusiasmo de los jinetes y caballos nos llevó muy rápidamente al pueblo, sin dejarnos impresionar por un horrible abismo que estaba a nuestro lado, mientras bajábamos por los últimos barrancos.

Todos los más hermosos enseres domésticos, las lanas y los cubiertos de las fiestas, habían sido expuestos en las calles en forma de arcos, por la mujeres, que generosamente esparcían flores, que llenaban unos canastos, al suelo, en el cuerpo y las caras de las personas esperadas, y la cara era el blanco preferido, sin que les preocupara el susto y patelear de los indómitos caballos.

La iglesia adornada, el altar iluminado, las tres campanas que rivalizaban en repiquetear alternadamente, cubriendo todos los demás sonidos, el orgulloso modo de avanzar de los hombres, el movimiento y actividad de las mujeres, no dejaba dudas en cuanto a las intenciones de los habitantes: era un día de fiesta, y el Obispo debía detenerse allá.

Por eso, después de cantar el Te Deum, Monseñor sacó el tema de su sermón de la imagen de la Auxiliadora que dominaba sobre el altar mayor, y habló al pueblo, de la Madre de Dios y de la suerte de ser sus hijos. Y aquellas buenas personas, quedaron tan fascinadas, que durante toda la noche no quisieron alejarse del prelado. Llenando todos los cuartos de la Casa Parroquial, que es prácticamente propiedad de todos, estaban allá, a mirar al buen Obispo, a contarle los favores y milagros recibidos de la Virgen Salesiana, cuya estatuita, decían, siempre se da la vuelta de casa en casa, durante el año entero, en las novenas y triduos nunca interrumpidos.

Y el párroco, él también, preparaba lo necesario para la cena, y al mismo tiempo para las confirmaciones del día siguiente: y entretanto,

corroboraba y añadía detalles simpáticos a los cuentos de los buenos feligreses.

### *Sigsig*

El mismo cortejo, que nos había llevado a San Bartolo, nos acompañó también el día siguiente, más allá de los límites de la parroquia. Habíamos llegado a los pies de la alta y empinada colina, dejando atrás el río Pamar, y de pronto otro grupo de chicos del pueblo del mismo nombre hizo resonar las faldas opuestas con sus vivas. Luego a la izquierda, vislumbramos las aguas verdes y claras del río Sigsig, en cuyas orillas, cubiertas de fértiles campos, se veía un antiguo recinto ennegrecido, monumento viejo de siglos, de la antigua dinastía incaica.

Rozábamos las chozas de los indios, y oímos una voz ronca y profunda, luego apareció un viejo, que según todos afirmaban tenía 120 años, que sosteniendo a duras penas su persona y abriendo de par en par sus ojos escondidos detrás de espesísimas cejas, dijo en su idioma: "Bendíceme, padre Santo, para que yo pueda morir". Satisfecho de ese piadoso deseo, nos encontramos enseguida con los representantes del pueblo de Sigsig, que iban a nuestro encuentro, y poco después apareció una auténtica legión, no menor a la del día anterior.

Saludamos al párroco y a su vicario, junto con los principales señores, y entretanto, al lado opuesto del río, y a los pies de la loma, sobre la cual se encuentra el lindo pueblito, los niños, las mujeres y las niñas saltan y bailan dando bonitas vueltas. Las campanas, desde lo alto de las torres, difunden por todo el valle su nota aguda, que se mezcla con las notas de la banda, formada por un clarinete, una trompeta, un pistón, un bombardino, un bajo y un bombo.

Llegamos a las orillas del río, con sus aguas limpidísimas y abundantes, y con las orillas sombreadas por frondosos sauces. La banda nos acoge con las notas de la Marsellesa, y luego el Himno del Ecuador, y los caballos, con pasos altivos, inquietamente surcan las aguas, levantando al rededor una espuma blanquísima

En el pueblo y en las afueras, numerosos arcos y festones de hojarasca, grupos pintorescos de gente, niños que corrientean entre las patas de los caballos, vivas continuas y frenéticos a Don Bosco, a Don Rua, al Obispo, a la Congregación Salesiana. La iglesia se llena. Aquí también, el cuadro de la Auxiliadora, con los ex-votos de los favores obtenidos.

Monseñor alaba mucho la fe entusiasta del pueblo, y bendiciéndolo con efusión, concluye diciendo: "Como ustedes me han recibido con tanta alegría, así espero recibirlos a ustedes en el cielo".

Durante ese día y los dos siguientes que pasamos allá, nuestro obispo es rodeado por las gentes devotas. Hubieran visto a cada instante, y de todo lado, llegar grupos de hombres y mujeres, entrar en la Casa Parroquial, en el cuarto del Obispo, sin ningún recelo y sin que nadie pudiera impedirselo; y los misioneros estaban allá día y noche acosados por aquellos ardientes cristianos, que llegaban desde lejanías a un día o dos de viaje, para confesarse y confirmarse.

Y el domingo hubo lo más característico: la plaza y la iglesia rebosaban de gente, vestida de mil colores, que imitaba la variedad del mosaico, por su fantasía; y afuera se oían los comentarios, felicitaciones y alabanzas al ilustrísimo, tan dedicado, abnegado y afectuoso, adentro se oían rezos mezclados con sollozos, el vaivén de los devotos que se acercaban para obtener la indulgencia, el lloro de los niños que debían ser confirmados.

Los señores del pueblo rivalizaron en brindar al prelado sus mesas: y nuestro pequeño oficial, tuvo la discreción de no acompañarlo a todas partes. Lo mismo hacían los soldados, por respeto a su superior.

### *Lo hermoso y lo feo*

Era el amanecer del 21 de julio, y el sol todavía no saludaba con sus rayos todas las cumbres Orientales, y las mulas, que no ceden a los caballos el derecho de superarlas, ya habían aguantado nuestro "peso específico" seguramente con pesar, pero sin protestas: característica de estos animales fuertes, resignados y prudentes.

No fuimos los únicos en levantarnos antes del día. Nosotros mismos fuimos superados por los caballeros del pueblo, que con sus curas nos esperaban en el camino para acompañarnos y ayudarnos. Y no solamente quisieron acompañarnos por las bellas orillas del plácido río que murmuraba, sino por los numerosos valles y pequeñas gargantas que poco lejos de Sígsig, parecen olas, y sobre las cuales parece esparcido y flotante el pueblito de Cuchil.

Los habitantes de este pueblo renovaron con creces la escena de la recepción triunfal, con tan grande variedad y cantidad de adornos, que ningún arco se parecía a los otros, y gozamos largo de ese honor. Y no faltó alguien que levantando los arcos pesados bajo los cuales ya habíamos desfilado (porque no eran monumentales), los iban a colocar más adelante, para que el honor de pasar debajo de estos se prolongara, hasta el último trecho de territorio, hasta que apareciera alguna casita.

Así recorrimos esas cuevas verdes a la luz de los primeros rayos de sol, que llenaban de joyas los campos y esparcían luz de nácar en los bosquecillos cercanos.

La última casita de Cuchil marcaba la terminación del mundo civilizado, al cual le dimos nuestro adiós desde aquella cresta de montañas interandinas. Los caballos saludaron, ellos también, con un relincho largo y apasionado, los deliciosos potreros donde poco antes pastaban libremente, danzando con sus potrillos, y con las mulas, que los imitaban como podían.

El grupo que nos acompaña pide, despidiéndose, el adiós a Monseñor, y nosotros nos preparamos a atravesar el inmenso valle que nos separa aún del gran grupo de montes del Matanga.

Nos acompañan el joven ayudante Abrahán Torres, un arriero, y Juan Coronel, alcalde de Gualaquiza, que a pie, descalzo, ha llegado adrede para hacer de servidor a su obispo. Una sucesión de hermosos paisajes nos desfilan delante de los ojos, como dentro de una linterna mágica.

Después de casi dos horas de duro trabajo, abandonamos el Molón, y descansamos un rato; luego, "atacamos" el terrible Matanga.

Es un grupo de montañas, donde los Andes parecen haber cedido al compromiso titánico de no dejar pasar al hombre a la riquísima región oriental. Una notable depresión de las crestas, constituye su difícil entrada. Pero la empresa es realmente ciclópica. Es necesario que el esfuerzo iguale la dureza del peñasco, en el cual está recortado el camino en caracol que, en no menos de una hora, lleva a la helada cumbre.

Y ya estamos en la cumbre. La neblina nos quita la vista por todo lado. Sopla un viento helado y una nieve mezclada con lluvia penetra en todo nuestro cuerpo. En hora y media recorremos la meseta de la cumbre, amplia y peligrosa, pues en los días de invierno más fríos, roba a los imprudentes la salud y la vida.

### *El Oriente*

El borde opuesto de la gigantesca cadena, muy cerca de la región oriental, es el límite de nuestro Vicariato. La bajada es más empinada que la subida. Churucu, o sea "el caracol", es el nombre que le da su forma.

En un pico salido llamado el Calvario, donde encontramos la primera cruz de nuestra misión, nos detuvimos un instante a contemplar el majestuoso espectáculo.

Entramos de nuevo en plena selva, en el ambiente tropical. Al frente, a ambos lados y cerradas al sur-oeste por la cadena andina del Pacífico, montañas con sus valles se dividen en cien formas distintas, luego hay llanuras, más allá otras montañas y colinas por grupos, que se hacen cada vez más bajas, hasta confundirse con las enormes llanuras amazónicas, donde el río más grande corre hacia el Atlántico. La mirada se pierde en la inmensa selva, que cubre todo el inmenso panorama. Numerosas y blanquísimas cascadas, sobresalen en ese océano de verde, como filigranas sobre transparentes esmeraldas. Toda garganta, todo recodo formado por las cuestas es lecho de algún torrente que entre miles de otros, precipita

abajo estruendosamente, como mugiendo, y va a formar un número de ríos igual a las divisiones de cada valle.

Si se mira abajo, se ven el río Blanco, el Granadillas y el Tigre, que brincan como caballos indómitos de piedra en piedra, hasta unirse, como atacándose, en un mismo punto, con una carrera vertiginosa y un ruido ininterrumpido de trueno, y luego de su unión su carrera se convierte en pacífico y casi grave movimiento de aguas que rozan las raíces y hojas de la espesa selva. Luego, recibiendo más agua de cada garganta y falda, el nuevo río se une al Cuchipamba, que cayendo valle abajo hasta Gualaquiza, amansa con su placidez el orgulloso Cuyes, lleno de las aguas estruendosas del Rosario. Luego el Bomboiza recibe orgullosamente el agua de todos estos ríos, y a su vez da más adelante su rico caudal al magnífico Zamora, ya enriquecido por el Chuchumbleza, y a punto de recibir el tributo del Gualaquiza, Indanza y Chupianza y otros más. El gran Zamora se une más adelante al no menos imponente Paute, lleno de brazos secundarios, y los dos juntos forman el majestuoso Santiago, que lleva un digno homenaje al rey de los ríos, emulando el que más adelante le rinde el profundo y plácido Morona, en el límite septentrional del Vicariato.

Los perfumes, el grandioso silencio, interrumpido solamente por el canto de los pájaros, el ruido del agua y la caída de algún árbol, y sobre todo la indefinible idea de misterio que envuelve estos bosques, abismos llenos de vida, testigos milenarios de las grandes epopeyas de la naturaleza, llenan el alma de estremecimientos, de dicha, miedo y admiración, que casi nos desmayan. Las lenguas enmudecen y logran tan solo balbucear: "Sobre estas selvas está el espíritu de Dios".

### *Granadillas*

¡Qué dulce impresión, qué placenteros sentimientos provoca en el viajero perdido en la selva, ver alguna casucha, alguna choza, un tugurio de hojas! Esa fue la felicidad que probamos cuando, después de bajar rápidamente la empinada cuesta del monte, a veces arrastrándonos con las mulas bajo los arcos formados por muchos árboles caídos sobre el camino, a veces avanzando como culebras, encerrados entre las dos orillas

de algún estrecho riachuelo, donde a duras penas hubiera podido pasar la mula sin jinete, salimos a un lugar, donde los árboles recién cortados formaban un notable claro talado, donde había dos chozas, y que nos anunció la presencia del hombre. Habíamos llegado a Granadillas.

El indio Licina vive allá con su familia y son las primeras almas que nos son confiadas, pues la otra casucha está abandonada. La casa habitada tiene un portal abierto, con una máquina para moler caña, y arriba un soberado que sirve de gallinero. A lado está la cocina, y más allá, otro portalito con su soberado. Chuba, o Licina, luce muy perspicaz, sabe hablar como persona culta, y ya ha preparado, debajo del segundo portal y sobre una mesita, todas las estampas, los crucifijos y cuencos para agua bendita que su esposa, hijos e hijas habían podido reunir para formar, como él decía, el altar del Altísimo. Merendamos, luego la gente se reunió y recitamos el Rosario, cantamos himnos de alabanza acompañados por el tronar de los torrentes, los trinos, y zumbidos de miles de insectos. Por último, después de confesar a algunos, pensamos que había llegado el momento de descansar.

Monseñor, por respeto a su autoridad de Obispo, fue a dormir solo... al gallinero. Todos los demás tuvieron el mismo lecho: la madre tierra, al pie del altarcito. Chuba, que nosotros llamábamos afectuosa y sugestivamente Rosario (apodo que le encantaba), "Compadre Rosario", nos llevó un buen fajo de hojas de banano, y nosotros nos recostamos sobre éstas y los arreos de caballería.

Casi de inmediato, la luz de las estrellas, que brillaban como una selva incandescente sobre la otra selva, verde y tibia, nos cerró los ojos. Dios conceda siempre al misionero, una cama tan suave, segura, al amparo de la intemperie, los tigres y las culebras!

Fuertes ruidos de trueno, y luego un violento aguacero, nos despertaron antes del amanecer. El cielo y la selva se habían convertido en lagunas negras; los relámpagos, como culebras de electricidad, recorrían el valle. Pero esa tempestad se alejó vertiginosamente. Cerramos los ojos de nuevo, y los volvimos a abrir solamente cuando los pájaros llenaron la selva con sus gorjeos. El sol rozaba ya las altas copas, y al calor de sus

rayos, se levantaban en el fondo del valle, grandes columnas de vapor espeso como humo, y se hubiera podido creer que toda la selva estaba a punto de incendiarse.

Después de Misa, desayunamos algo y montamos en nuestras cabalgaduras.

El obispo fue el primero en subirse a su montura y se puso frente al grupo de jinetes. A sus lados y adelante y atrás marchaban los dos Jívaros y dos ayudantes de la misión.

Después de cruzar un bosquecillo y tupidas plantaciones de caña y banano, propiedad de unos blancos, penetramos en la selva. El cielo era espléndido, la selva encantadora; el camino estrecho, plano y seco. A través de los innumerables huequitos que se encontraban en la enredada y tupidísima cúpula de ramas y hojas, penetraba una fuerte luz, una infinidad de rayos que hacían más deliciosa la belleza de los colores de la selva .

Parecía que en aquel lugar, la naturaleza había reunido, para exhibirlo todo junto, pero sin ayuda del arte, todo lo que hay de hermoso y valioso: misterioso silencio, delicado zumbido de insectos, susurro de brisas matinales, y unos ruidos a lo lejos; amorosos trinos, requiebros y gorjeos de los pájaros más pequeños, y ruidoso graznar de los más grandes; cantos que respondían a otros cantos, crujidos y golpes de árboles entrechocados por el viento, otros golpes, árboles que caían, ecos repetidos entre tronco y tronco, de todos los ruidos: voces humanas, voces de animales... musgos e hilos casi invisibles de hierbas mezcladas con hojas de toda clase, a veces suaves y casi gelatinosas, a veces duras, casi como huesos; hojas a veces microscópicas y visibles a duras penas, a veces inmensas, gigantescas; de bordes recortados o redondas o rizadas; ovales, rectangulares o en forma de corazón; con flecos, lanceoladas, uniformes, simples o dobles... hierbas, musgos, hojas entreveradas con mimbres formando una red, púrpura, escarlata, café, negra. En el punto en que penetraba un rayo de sol, se habría un ramo de flores, colgaba un fleco de pétalos, se formaban guimaldas y festones.

Arboles de mil especies y dimensiones, se erguan arrimados uno a otro, confundidos, encadenados, en cruz o paralelos, formando cúpulas, corredores, arcos, columnas, agujas, capiteles, cornisas de todo estilo, hacia la inmensa altura donde el sol formaba grandes jardines de otra clase de vegetales, en sus ramas y hojas. Había arbustos y arbolitos jóvenes aún, que buscaban la luz entre los árboles más grandes; había gigantes, viejos de siglos, de madera incorruptible, de cumbre invisible, derechos y delgados como mástiles; otros tenían hasta dos metros de diámetro, con raíces aéreas que unían su tronco a la tierra como sogas, para sostenerlos. Otras raíces salían de la corteza de árboles como paredes hacia adentro. Haciendo con el machete un corte en esa corteza se habría podido admirar los colores más variados; al escurrirse la savia, se veía el caoba y el rosado, el amarillo dorado y el blanco del marfil.

¡Qué mosaicos, qué pinturas hubiera sacado de esa visión un artista! Sale de pronto, de la herida del árbol, una gota: es caucho, o mirra, o incienso o lacre: son cien barnices y resinas utilísimas en las artes e industrias, en las mismas ciencias. Y de las flores y frutas se podría extraer perfumes y esencias aromáticas, polvos y tintes de toda clase. Aquí la flora regala a su manera, la leche y el pan, su cera y su miel, los bálsamos, el aceite y la lana.

*El mundo animal. Insectos, Aves y culebras. El "macanchi". Episodios.*

Dentro de ese mundo que parece quieto, se oye moverse otro mundo que se anima, hierve, hormiguea inquieto, vivo, lleno de individuos. Con miles y miles de insectos que vuelan y zumban entorno al viajero, rodeando su cuerpo y cabeza. Otros se arrastran en largas procesiones en los troncos o en el suelo, o forman enormes manchas, con innumerables tribus, por encima o por debajo de las hojas. Hay el invisible *Termes* y el *Dynastes* cornudo de 10 cm de largo. Unos te hacen admirar una variedad de azules en sus alas, transparentes, o color perla o dorado, otros te enseñan todos los rayos de la luz que existen en las duras incrustaciones de sus corazas. Aquí admiras mariposas vestidas de púrpuras y nácar, allá lucen sus larvas vestidas de terciopelo. Se podrían contar más de 3000 especies de lepidópteros, que sirven de barómetro al viajero. De coleópteros hay más de 8000 especies.

Casi en competencia con tanto insecto, se ven bandadas y grupos de picaflores y colibríes que se cruzan en el aire y parecen despedir de su cuerpo chispas eléctricas de diferentes esmaltes, o se mecen en las fucsias y racimos de flores para chupar su miel.

En un instante pueden pasar delante a los ojos del viajero más de 500 especies de aves, de las cuales 360 han sido estudiadas por el sabio naturalista italiano Enrico Festa, que fue distinguidísimo huésped de la misión. Especialmente los columbinos, gallináceos y trepadores, y una que otra ave de presa, como dueños de la zona donde viven pueden lucir todo el lujo de su plumaje; unos con un color escarlata puro o verde azulado, otros más severos, parecen cubiertos de seda negra con brillos metálicos; otros tienen todos los colores del traje de Arlequín. Otros lucen una lujosa cola, o una orgullosa cresta, o un mechón en la cabeza. Los más elegantes tienen fascinantes collares y larguísimas colas donde brillan centellas de zafiros, topacios y rubíes.

La mayoría de estas aves pasan silenciosas delante del viajero. Pero hay algunas que te saludan con un graznido, o cantan su canto de amor sobre tu cabeza, canto muy distinto, empero, del gorjeo del ruiseñor. Hay un pájaro que silba dos palabras que parecen "Dios te dé", y uno que imita el arte de un viejo trompetero y parece repetirte una orden militar.

("Dios te dé" y "trompetero" son justamente los dos nombres familiares de estas dos aves).

Pero sobre todo, allá arriba en las cumbres, se agitan, volean, charlan sin descanso innumerables bandadas de loros: Hay muchas especies, desde el grueso y soberbio guacamayo hasta el pequeño y petulante perico.

De todas las culebras la más frecuente y venenosa entre nosotros es el macanchi. Si no se aplica el antídoto, su herida es siempre mortal. Y hay más: esta culebra se acerca a las casas de la gente. Recién se encontró una, larga dos metros, en el corredor de la misión. Una, pequeña, se enroscó en la ropa de un chico alojado en la Misión.

Hace algunos años, una mujer se había dormido en el umbral de su casa el momento de dar la leche a su hijo, que también se durmió en el regazo de la madre. De pronto, sin embargo, dejó de tener la impresión de estar amamantando. ¡Y qué terror sería el suyo, cuando despertándose se dio cuenta que estaba chupando su leche una de esas culebras! Y cosa singular en una mujer, tuvo el heroísmo y la calma necesaria para quedarse inmóvil, esperando la vuelta de su marido, quien cuando vio esa escena horrible, corrió a coger un vaso de leche y lo puso a poca distancia de la culebra, que después de poco dejó a la mujer y se lanzó a tomar el rico líquido.

El sabio naturalista Enrico Festa, hace seis años también corrió el peligro de muerte preparando estos reptiles.

Había llenado con culebras muertas un gran recipiente, y mientras escogía una u otra, le pasó un dedo entre las mandíbulas abiertas de una, el diente le huecó la piel y en pocos minutos su brazo estaba espantosamente hinchado. Pero él llevaba siempre consigo poderosos contra-venenos, y con la misma velocidad del peligro corrido, se libró de la muerte.

#### *Contra las mordeduras de culebra. El Yamunga y las hormigas*

Los pobres indios que viven un poco lejos de la Misión casi siempre mueren por las mordeduras de culebra. El antídoto que usan, ají abundante tragado a la fuerza, no siempre les sirve. Han descubierto otro remedio que les da mejores resultados. ¡Este descubrimiento se debe a los sapos! Se sabe que estos son perseguidos por las culebras. La primera defensa del animalito consiste en ponerse en la boca, transversalmente, un palito. Se presenta el asaltante y el sapo le enseña la boca tenazmente cerrada con la barrera que lo ha de salvar. La serpiente se da vueltas y se enrosca para sorprender a su víctima de espaldas y el asaltado, sin moverse de su "centro de acción", girando en torno a su eje y también hinchándose, le presenta de nuevo una barrera inexpugnable. Si la culebra no logra morderlo con sus dientes y envenenarlo, no logra su intento.

También las tarántulas, que aquí son muy gruesas y a menudo fatales incluso para las personas, persiguen al pobre sapo para chuparle la sangre. Y el sapo, si se siente picado, inmediatamente salta a buscar una hierba que en él neutraliza la acción del veneno. Precisamente asistiendo a una de estas terribles luchas un indio descubrió el antídoto de que hablo. Viendo que el asaltado, cada vez que era mordido corría a morder cierta hierba y luego volvía a la lucha, el indio cortó tal hierba, entonces el sapo comenzó a hincharse y murió momentos después.

El enemigo más poderoso que tienen todos estos reptiles venenosos y los insectos también venenosos, es la culebra yamunga, llamada en otras partes guaysu. Llega a tener 15 cm. de diámetro, y no pasa de dos metros de largo. Con su cola podría muy bien matar a un hombre, pero no es venenosa ni persigue a la gente: al contrario, es muy benéfica porque sirve de limpiador de otros reptiles nocivos.

Las hormigas también son formidables enemigos de las culebras. Hay una especie de hormigas gruesas como garbanzos, que muchas veces sirven de alimento a los Jívaros, así como otros insectos: lepidópteros, coleópteros, y especialmente gusanos. No es difícil ver un ejército enorme de hormigas que asaltan a una culebra que dormita después de una lluvia. La culebra da golpes a todos los lados y miles de himenópteros mueren, pero no todos. Las hormigas sobrevivientes suben encima de la culebra, cubren literalmente todo su cuerpo, y la culebra es destruida poco a poco mientras sigue luchando.

Incluso un hombre, si se durmiera sobre la guarida de estos insectos, correría grave peligro si no encontrara de inmediato un riachuelo o un charco de agua para zambullirse.

Las hormigas, incluso las más pequeñas, son el daño más grave para la agricultura. Su constancia y enorme número son invencibles.

Hay otra especie de hormigas, llamadas devastadoras, que aparecen en ciertas épocas, como lo hacen los pequeños comejenes y termitas, que destruyen la madera. Esas hormigas penetran en las casas: son ciento de millones y cubren las paredes, destruyen todo lo que encuentran, prefe-

riblemente una sola clase de insectos llamadas cucarachas, que sin este barrido providencial, multiplicándose en cantidades milagrosas, ensuciarían y dañarían toda comida, todo objeto que tenga sabor, y también la piel humana.

### *La Tierra Prometida*

La mañana siguiente, satisfechos nuestros deberes piadosos y la devoción de unos treinta cristianos que habían llegado para confesarse y comulgar, seguimos nuestro viaje. A eso del mediodía, apareció entre árboles cierta luz que nos anunciaba la proximidad de otro valle. Y luego después, vislumbramos a través del bosque, a lo lejos, algunas plantaciones. Nuestro corazón latía duro como el de los Israelitas, cuando entrevieron la Tierra Prometida: o como el de los Cruzados cerca de Jerusalén.

Henos pues delante del valle de Gualaquiza, que forma una esquina con el que flanqueamos hasta aquí.

Del nor-este al sur-oeste, hasta donde la mirada se pierde en la azul cadena occidental, pudiera contemplar, querido lector, otro mar de verde, ondulado por un lado, lleno de lomas y montañitas, y plano por otro, luego interrumpido de pronto por una serie de montañas, que se divide enseguida, formando valles menores. Allí corre, serpenteando en su claridad, uno de los ríos que nombré, y se ven algunas casas de madera y de paja, rodeadas de pequeñas huertas. Esta es Gualaquiza.

Se ve una iglesia, bastante alta y bonita, colocada sobre una de las lomas más bajas, con la casa y el colegio de los Misioneros a un lado, y la destinada a las hermanas, al otro lado; todo está enlucido con lodo amarillo y blanco. Dos chozas allá cerca, y una casa un poco más lejos, forman la mayoría del "pueblo", con sus habitantes.

Ahora, deberías buscar las otras casas de los blancos e indios entre los bananos, cañas y palmeras que las tapan. Con un poco de trabajo descubrirías que los habitantes civilizados no llegan a doscientos.

Y si amas a los demás hermanos, de piel roja y casi desnuda, que con sus lanzas y flechas envenenadas corren como venados por los bosques, y como peces desaffan las corrientes de los ríos, si amas a los Jívaros, en una palabra, fíjate bien entre las hojas espesas, y encontrarás una, dos, o máximo tres o cuatro casas, reunidas, pero a distancia suficiente como para no verse la una a la otra, y luego, corriendo durante medio día por la tupida selva, por caminos que usan igualmente el salvaje, los osos, los tigres, y las culebras, buscas otras y otras casas, en las orillas del claro Bomboiza, en las del vertiginoso Chuchumbleza, del plácido Zamora y del majestuoso Santiago; luego, venciendo las corrientes, podrás visitarlos en los valles del Indanza, del Chupianza, entre las orillas orgullosas del Paute, en todos los que confluyen en el magnífico Morona al norte, donde los rayos del sol no penetran, donde los salvajes espían las huellas de los pies enemigos, donde marcan su venganza, y hacen enmudecer las fieras con sus iras, y superan el mugido de los torrentes con su grito de guerra; "Ijiuta, Ijiuta".

Por último, confiando tu persona al último de los ríos nombrados, baja hasta las aguas oceánicas del "tii úunta Canusa" (el más grande de los ríos) sube si puedes, nuevamente hasta la desembocadura del Santiago, a través del negro barranco llamado Pongo de Manserriche, acércate a esos hermanos tuyos, habla con ellos. Todos te dirán que son el pueblo más fuerte, más indómito de la tierra, que ignoran si de las montañas del *cashí*, donde duerme el sol, hayan salido sus antepasados, o si vinieron del gran *kanussa*, o del *ashi guimiyúmi*, o sea el mar, donde el sol despierta, pero que todos esos antepasados, eran fuertes como los árboles de la selva, grandes y milenarios, que eran furiosos e invencibles como el barranco del Pongo, terribles como los huracanes que tumban los árboles del bosque. Ellos te dirán: "Nuestros padres, con el tronar sombrío del *tunduy*, reunían a todas las tribus, por encima del Caquetá, más abajo del Amazonas, y sus bosques se llenaban de fuertes guerreros, como las hormigas llenan sus guaridas, y para nadie faltaba la yuca, el banano y la chicha. (El *tunduy* es una especie de bombo de madera vacía; la yuca es la manioca, la chicha es una bebida que obtienen hirviendo y haciendo fermentar la yuca).

Luego, sacudiendo sus largas y bien peinadas melenas, te jurarán que nunca, en todo el tiempo del pasado, uno solo de ellos se doblegó frente al yugo extranjero, que los antiguos Shiris, los señores de Quito, nunca los dominaron, que a pesar de esto ellos también se llaman Shuora, acaso para recordar un origen común; que los Incas, dueños de todo el occidente, tuvieron que retroceder frente a ellos. Y luego, con los ojos centelleantes de furias, golpeando el suelo con el pie, y vibrando la terrible lanza al brillar de sus miradas, te indicarán el lugar donde surgen las antiguas ciudades de Logroño, Sevilla y Méndez, que ellos convirtieron en cementerios de españoles, hace unos trescientos años, y actualmente enterradas debajo de la tercera generación de cien años de la selva. Nosotros no tememos a nadie, te dirán al final, porque la venganza del Jívoro es terrible, y nuestros bosques son una fortaleza inexpugnable.

Y tú, lector, sorprendiendo en aquellas claras frentes, en aquellos ojos de rayo, en esos pechos ardientes, un rayo de nobleza y grandeza, y buscando en vano las señales de su poder, tristemente te preguntas: ¿Qué queda de las tribus, tan numerosas y tremendas?, ¿Qué causa ha determinado su gradual decadencia? ¿Quién los ayudará a resurgir?".

Entretanto, nos acercamos a la casita del Misionero, que desde hace ocho años suda y pasa por todas las necesidades y dificultades y se confunde con el Jívoro, salvaje feroz, para salvarlo; y que ha inundado ya con su sudor la mitad del territorio que te describí.

Adelante, adelante! porque Monseñor, a pesar de estar quebrantado, vuela delante de todos, porque desea abrazar a sus hijos, estudiar el terreno, facilitar la obra del misionero para la redención de los salvajes.

Se va esparciendo en el valle el sonido de las sagradas campanas. Llegan con los brazos abiertos los chicos del colegio, con los catequistas y la gente civilizada.

Hay entre ellos, un buen número de hijos de la selva; son de los más buenos, a quienes más ha ayudado la obra sacerdotal. Todos están de fiesta. Les rodea los muslos y la cadera, el *itipi* (gruesa tela de varios colores, tejida por los indios, sin ningún corte), un itipi nuevo; los brazos,

el pecho y la cara ligeramente pintada con el rojo *ipiacu* (achiote, especie de azafrán); brillan sobre sus lúcidas melenas, colgados del *tzemat* (cinta para ceñir la cabeza) Las plumas más especiales del guacamayo, carpintero y predicador, y del cuello, hombros y espalda, los collares con cien dientes de mono, oso y leopardo, alternados con picos y cabeza de bellísimos pájaros.

Se acercan altivos y sonrientes; besan la mano del Obispo que esperaron largo tiempo, y luego mirándolo con ojos brillantes, amorosos, orgullosos al mismo tiempo, preguntan: "Itiur pujáme, aparu" ¿Cómo estás padre? Son muchas lunas y muchas chontas (meses y años) que te esperamos. Por fin llegaste: maagke: bien está... !

Un abrazo del padre, con muchas lágrimas, es la respuesta.

Luego padres e hijos, civilizados y salvajes, se tiran al pie del altar, cerca del corazón de Aquel que a todos nos hermana.

## La vida de los Jívaros\*

El Misionero se puso en la cabeza su gran sombrero de paja, se puso las botas y cogió un nudoso bastón, y así ataviado, se encaminó hacia donde surgía el humo.

Debajo de las palmeras, a través del pasto ya repleto de indómitos arbustos crecidos después de la última tala, subió por una cuestita y entró en un espeso bosque. Por un caminito húmedo, pero sin lodo, que se dividía en varios puntos en muchos caminitos más, dando un montón de vueltas, a veces serpenteando debajo de árboles caídos, a veces haciendo equilibrio encima de troncos lanzados allá entre las orillas de algún torrente o de grandes grietas, otras veces saltando para arriba y abajo o arrastrándose, según la necesidad se iba acercando y alejando alternativamente de la meta que lo guiaba en la imaginación.

Pero, después de unos veinte minutos de ese vaivén, descubrió un espacio abierto, que enseguida demostró estar cultivado con yuca achiote y café. En la mitad exacta de esa plantación había una casa que, por lo que la vegetación, permitía vislumbrar, era de forma perfectamente ovalada, con una cerca de palos muy tupidos que hacían de muros, y una especie de sombrero chino como techo.

Se detuvo un rato para tomar aliento; rezó un Avemaría, y empezó a subir por el descanso de la casa, gritando: "Shuorachi, shuorachi,

---

\* Estos relatos aparecieron en el Bollettino Salesiano a manera de narración en la que el P. Tallachini habla en tercera persona.

uyñáhay, uyñáhay" (= Jivarito, jivarito, yo llego, yo llego). Y una voz desde adentro contestó: "Uyñitá, uyñitá" (ven, ven).

Pero más fuertes que la voz humana, contestaron siquiera diez ladridos de perro, que no cesaban y llenaban rabiosamente de ecos el bosque.

La casa tenía una estrechísima puerta en cada una de las extremidades. Ningún Jívoro se movió para recibir al padre, y éste, poniendo el pie en la primera puerta que se vio delante, oyó que le gritaban entre ladridos de perro: "No por ese lado, que es la puerta de las mujeres".

Se dio pues la vuelta costeando el lado de la casa, y llegó a la puerta opuesta: la de los hombres.

Entró sin encontrar más obstáculos, y fue recibido sin cumplidos: solo por ladridos más furiosos.

A ese lado, una docena de Jívaros, hombres, jovencitos y niños, estaban sentados o recostados sobre cuatro *peaka*, o sea estratos de caña altos dos palmos del suelo, y dispuestos muy simétricamente entorno a la pared de palos. No medía más de un metro de largo por uno y medio de ancho, cada uno de los *peakas*: y delante de cada uno, al mismo nivel, se encontraba colocado por encima de dos soportes, una tabla horizontal en la cual los que estaban recostados apoyaban la parte inferior de las piernas que salían de los estratos.

A los pies de estos, y debajo de los Jívaros, ardían otras tantas candelas de grueso inextinguible tronco.

Al fondo opuesto, y en opuesta simetría, se encontraban otros cuatro *peaka*, parecidos a los anteriores, en todo, pero con dos bordes también de caña, que las cerraban como celdas. Un número escaso de mujeres y niñas se encontraban allá recostadas y mezcladas con una docena de perros amarrados, de lomo hirsuto, ojos feroces, con menos pelos que una rana y gordos como las vacas flacas vistas por el Faraón. Dos mujeres iban trabajando en torno al fuego, con algunas ollas.

Dos camas más se encontraban arrimadas contra otros tantos gruesos palos que encontrándose en los dos centros de la elipse, sostenían la parte alta del techo, y formando en la cumbre como una cruz, con otra gran madera horizontal, determinaban la pendiente de aquel. Y la cobertura del techo, ligerísima, era un admirable tejido de hojas secas, tan bien unidas, que no dejaban pasar ni un hilo de luz, ni una gota de agua. El piso era la tierra nada más, pero tan limpio y pulido, que podía parecer un piso de esmalte. La luz de la mañana iluminaba dulcemente el cuarto, penetrando de los intervalos simétricos e iguales de la cerca, y llenando el aire lleno de humo, de rayos numerosísimos, como líneas todas parecidas.

En el medio del cuarto, apoyando a la pared derecha (respecto del visitante) un joven de 16 años estaba sentado delante de un pequeño telar oblicuo, y estaba tejiendo su *itipi*, haciendo pasar en la trama, a ratos, un pequeño huso con hilo rojo, y a ratos otro con hilo café, o azafrán. Frente a él, un niño, todavía desnudo, tejía el *uruchi* (parecido al algodón) sacando el hilo de un bultito de hojas secas suspendido, y coloreaba los husos ya preparados con hilo, con esencias robadas a las flores, hojas y también insectos. El también preparaba su "toga viril" para el día no lejano en el cual se le pondría oficialmente. Nadie se levantó, pero todos saludaron al recién llegado con una sonrisa y una mirada de asombro, y máquinalmente le daban la mano cuando él daba la suya.

El jefe de la casa dijo al misionero que se sentara; luego lanzando una mirada al lado donde estaban las mujeres, hizo un ademán que significaba: "traigan algo de tomar".

En ese momento acababa de entrar de la puerta opuesta una mujer de unos treinta años, gruesa y robusta, la cara redonda, boca grande, ojos rasgados; todos sus rasgos y su aspecto moral eran un simpático conjunto de fealdad bondadosa. Puso en el suelo un cargamento de yuca que traía del campo; luego, toda feliz, fue a sacar de una olla, algunos gruesos tubérculos de la misma raíz, ya cocinados, cogió otra olla, que contenía lo mismo, pero parecía triturado, se ovilló en el suelo y comenzó una de las operaciones más características e importantes. Sacando de una olla y exprimiendo toda la yuca que podía tener en una mano, la introducía en la boca, que quedaba completamente llena, y además hinchaba las mejillas,

para dar a la cavidad bucal el máximo cupo posible. Los dientes entretanto, molfan el fecundo amidáceo para sacar la potente fécula, pasaba cuidadosamente la mano en los labios necesariamente abiertos, y la volvía a pasar, sacando harina varias veces, hasta que la masa, ya casi convertida en bolo, con glucosa, ya no podía "perder harina". Se suspendían momentáneamente las muecas que la pobrecilla debía hacer a la fuerza durante la primera operación, el bolo bien elaborado, pasaba, sin necesidad de vehículo, de la boca a la olla de la otra yuca, que era toda de la misma constitución química, y mientras que la mano izquierda mezclaba la nueva yuca con la anterior, la derecha introducía en el laboratorio otra porción de la yuca que estaba todavía en estado natural.,

Entretanto el Misionero observaba, una especie de bombo suspendido entre dos mimbres: un bombo informe, el famoso *tundúy*, hecho con un tronco cavado con una abertura en el medio. El sonido especial de este instrumento, es una especie de llamado, destinado a los Jívaros amigos del que lo golpea, y ellos, armados de lanza, flechas y fusiles, llegan rápidamente a ayudarlo en tiempo de guerra.

Entretanto el Jívoro rodea a su casa con una segunda cerca para mantener alejados a los enemigos, y mientras que los unos golpean, los otros mantienen húmedo el techo con el agua que pusieron en su canoa, y que mantienen suspendida en la parte alta de la choza, y que en tiempo de paz usan para navegar.

Pero muy pronto el pobre Padre "empezó a dudar, luego a temer, y al final supo con certeza, que la preparación química que se hacía en la otra parte de la casa, era para un huésped, para él concretamente, y que en conclusión, para festejar su visita, se quería hacerle tomar ese néctar de los semidioses de la selva ahí presentes..."

En efecto la operación ya estaba terminada. La india cogió una escudilla de tierra finísima, cruda, pintada; puso agua limpidísima en una de las numerosas "*piñinga*" de la misma greda, que estaba en el suelo; y con ambas manos, pintadas de negro, sacó yuca mascada, la sumergió en el agua la mezcló cuidadosamente; luego sacando la mano derecha del líquido y apretando los cinco dedos como para hacer un manojillo, las

metió hasta donde pudo en la garganta, y luego las mojó de nuevo en la chicha preparada, repitiendo el ensayo tres o cuatro veces hasta que, riendo y triunfando, se fue a llevarla a los hombres. Aquellos se desentrosaron despacio, y riendo también, recibieron a la fea mujer como en la época prehistórica, se hubiera recibido un mensajero privilegiado del Olimpo. Pero los ojos de todos estaban encima del Padre mirándolo a los ojos: él tenía que hacer el honor de tomar el néctar. Entonces hizo de tripas corazón y a tomar el líquido dos veces!

### *El Testamento de los Jívaros*

El gallo acababa de cantar, cuando se reanudó la conversación de los Jívaros. Las Jívaras se levantaron antes del amanecer, y se dedicaron a preparar chicha e infusiones y cocciones de hierbas medicinales.

De pronto todos callaron. Tomó la palabra el viejo capitán. Todos los días ustedes deben antes de nada, buscar en sus palabras la luz de su vida: luego busquen la luz del sol. Siempre así dije, y siempre así diré hasta tener voz: cuando mi voz se apague, la de mi hijo mayor repetirá el testamento de su padre a sus hijos y nietos; y estos, a sus hijos y nietos, hasta la última generación. Los antepasados de Uds. así lo hicieron, así lo dijeron, y así se hará siempre. Así es"

Todos contestaron: "Maágketa! (así sea)".

Sandu siguió: "Antes de que yo existiera, los Shuoras ya existían: ellos salieron de la madre laguna" (la tribu de los Caras o Shiris, según parece, llegaron del Pacífico unos mil años después de Cristo).

Todos exclamaron: "Nikátzan" (es cierto).

"Mi abuelo todavía no existía, y ya existían los Shuoras (=Jívaros)".

"Ji, ji" (sí, sí).

"No existían los padres y abuelos de nuestros padres: y los Jívaros eran dueños del monte, de la llanura y de la selva, hasta el ti uunta Canussa. Eramos los señores de todos."

"Maagke" (bien)

"Los Jívaros del otro lado del río, eran todos nuestros parientes y amigos"

"Maagke, maagke" (= bien)

"Nadie nos hizo nunca bajar la cabeza"

"Tsa, tsa" (no, no)

"Llegaron otros indios prepotentes, de los montes, de donde nace el gran río (Los Incas, dueños del Perú; en el siglo XV se adueñaron de las regiones que forman la parte civilizada del Ecuador). Quisieron someternos a sus leyes. Y nosotros nos fortificamos en los bosques".

Ji, ji, tii tii" (sí, sí, más, más)

"Llegaron de la inmensidad del agua los apachi (contracción del diminuto apáruchi = padre. Se usa esta palabra para indicar al Misionero y también a veces, a los cristianos) de caras blancas como la yuca y peludas como los osos."

"¿Y bien?"

"Hicieron muchas casas con torres y jardines en las orillas del Paute, Morona y Upano. Querían someternos. Los Shuoras destruyeron todas sus casas, mataron a los apachi, muchos muchos, innumerables, no se pueden contar con los dedos de las manos y pies de todos los Jívaros juntos. Sus mujeres, incluso las del Yusa (Las Vírgenes consagradas a Dios) se convirtieron en mujeres nuestras. Mendoza, Logroño, Sevilla del Oro, cayeron bajo nuestras armas. Ahora en su lugar no encuentran Uds.

más que la oscura selva, donde los Shuoras pisan con su pie triunfante, la antigua soberbia de los blancos"

"Es cierto, cierto".

"Y nosotros hemos quedado dueños de plantar yuca donde nos guste, lo mismo el banano".

"Bien, bien."

Desde entonces, la chonta ha madurado diez veces, por tres veces. (La chonta es una palmera, con la corteza parecida al ébano, cuyo fruto madura exactamente una vez al año; por tanto la expresión que el viejo usa, equivale a la siguiente: "han pasado trescientos años": diez por tres = trescientos)

"Muchas veces los apachi nos han querido oprimir, y siempre los hemos rechazado".

Aquí el viejo hizo una grave pausa, después de la cual, alzando ligeramente la voz, siguió diciendo:

"Yo tuve muchos enemigos".

"Cuochat" (= muchos).

"A todos he vencido".

"Los venciste".

"Uno murió sin que se haya podido vengarlo. Esta venganza tiene que hacerse en la persona de su hijo".

"En su hijo".

Otros más tengo que matar por venganza. (A este punto, pronunció tres o cuatro nombres ) uno me insultó, hace ocho años; otro es el brujo que hizo morir a mi padre. Debe morir."

"Debe morir".

"El tercero robó a una hermanita de Uds. Cuando era pequeñita todavía".

"La robó".

"Si él no muere, morirá el padre de Uds."

"Debe morir".

Siguió otra pausa, durante la cual las mujeres llevaron primero al capitán, y luego sucesivamente, a los otros hombres, una infusión tibia de una hierba emética llamada por los salvajes guayusa.

El capitán bebió, y luego terminó su discurso diciendo así:

"Yo tengo hijos para que me venguen; es el más sagrado de sus deberes. Bendito el hijo que venga a su padre. Su casa siempre estará llena de yuca, chonta y deliciosos plátanos; su campo será fértil, en su casa correrá la chicha, sus cerdos se multiplicarán, sus perros cazarán osos, monos, jabalíes y toda clase de presas; sus redes se llenarán de pescado; terrible será su lanza; segura su flecha envenenada cuando salga de su *pukuna* (= la cerbatana); y donde quiera que vaya, esparcerá el terror; incluso los espíritus de la selva tendrán respeto y no irán a ahogar a sus hijos en su fajas ni en el seno de sus mujeres; su familia será numerosa; los hijos serán valientes como su padre. E incluso si el *iguanchi* o algún brujo lo matan, él vivirá con las comidas que sus hijos pondrán a lado de su cadáver y se defenderá con la lanza que le pondrán en la mano"

Todos contestaron: "Así sea".

Sandu continuó:

"Maldito el hijo cobarde que no venga a su padre y deja sus cenizas humilladas y confundidas en el polvo. Ojalá no tenga hijos que lo defiendan; sea víctima de sus enemigos; su cadáver sea abandonado sin comida ni lanza para que no pueda vivir después de la muerte; sus cenizas sean llevadas en continua tempestad por el viento en las regiones oscuras del

olvido; o pisadas por el inmundo pie de sus enemigos; su cabeza sea trofeo del que lo mató y en su cráneo se tome la chicha".

Todos repitieron: "Así sea".

### *La Tsantsa*

Con tales clases, es fácil comprender como una cabeza, para un Jívaro, sea más preciosa que una bolsa de oro. Una cabeza cortada constituye el más grande orgullo de su vida. El día que vuelve a casa con una cabeza en la punta de la lanza, ese es un día de gran triunfo, el más hermoso de su existencia. El Jívaro que ha matado, se prepara desde ese día para la fiesta de la *tsantsa*. Y qué es una *tsantsa*?... "El Jívaro que ha matado, toma la cabeza del asesinado; con extremo cuidado corta su piel del vértice a la nuca; con ambas manos le da vuelta sacando el cráneo; saca los huesos que pueden haber quedado; luego la hace hervir, para que no quede ningún comienzo de putrefacción; y hervida, la coloca como funda de una piedra redonda incandescente, no más grande de una naranja, hasta que se seque y tome la forma de la piedra. Entonces, cosiendo las partes cortadas, la rellena de arena calentísima, peina con amor su melena, y ya está lista la *shantsa* o *tsantsa*, su querida *shantsa* que luego contempla como una joya de extraordinario valor, y con veneración, clavada en la punta de un palo de su casa. La *shantsa* se convierte en el númen protector, el genio de la familia, que aleja toda desgracia si el Jívaro vencedor se prepara enseguida para hacerle la fiesta... Todo Jívaro, cuando lleva la *shantsa*, hace una fiesta provisional, "de ingreso", llama al sacerdote, que le derrama en la garganta jugo de tabaco; luego toma mucha chicha con su familia, por muchos días...

Cuando comienzan los preparativos para la fiesta de la *shantsa*, comienza a ayunar rigurosamente, y sigue ayunando, aunque estos ayunos tengan que durar, como lo hacen a veces, durante años. Entretanto visita a todos los parientes y amigos, para contarles de su triunfo e invitarles a la fiesta; cultiva un pedazo de tierra especial con yuca y bananos, engorda a todos los cerdos que encuentra...

*Elocuencia, jívara*

Sucedió que un día, estaban yendo nuestros religiosos a catequizar a los indios en sus casas y vieron en una meseta pequeña y verde que el bosque rodeaba, y que se abría en forma de templo, una sesión numerosa o, casi se podría decir, un senado de salvajes.

Eran más de cuarenta; estaban apoyados a sus lanzas, de pie, en semicírculo, todos alrededor de la rotonda; los más notables, talvez los "capitanes", estaban unos pasos más adelante y adornados con plumas, huesos, cáscaras de insectos, y fusiles, que los otros no tenían...

Llegaron los Misioneros, y Monseñor, ni bien vio esa escena imponente, se alegró en su fuero interno del encuentro, y avanzó entre ellos, gritando con un tono de voz que quería ser fiero como el de ellos:

Maágke, maágke, shuoráchi! (= bien, Jivaritos: viva) "

No contestó absolutamente nadie; al contrario, ninguno de ellos se movió

Entonces el Obispo, viéndose tan completamente dejado de un lado, se retiró esperando que el conjunto Jívaro le concediera audiencia.

La discusión duraría un cuarto de hora; después de lo cual los oradores, agotados, con los pechos agitados y casi bufando, recibieron una *pininga* de chicha de una especie de sombra de mujer, que hasta ese momento había quedado acurrucada en el suelo, elaborando la divina ambrosia. Pegaron a la olla sus labios llenos de espuma, y no la soltaron por largo tiempo. Luego el vaso se dio la vuelta de boca en boca, y no tardó en llegar a la de los Misioneros; no a la del Obispo, que prudentemente se había retirado a tiempo.

Entonces la discusión volvió a empezar y no cesó, durando casi dos horas, sino por breves intervalos para que los presentes pudieran cómodamente beber... Realmente las disputas ya estaban encendidas en distintos puntos de la asamblea: unos cuantos salvajes gritaban al mismo

tiempo, y tenían una mano delante de la boca, como lo requiere el ceremonial, acaso para detener la saliva que salpicaba. Los ojos centelleaban, las mejillas estaban encendidas, las piernas y los brazos se agitaban, las lanzas eran izadas delante, arriba, cerca de la cadera; bajo la inmensa cúpula de la selva sonaban como trueno los gritos, las exclamaciones truncas, las preguntas apremiantes, los gritos de amenaza, de guerra, de triunfo, y una lluvia de escupidos caía por todo lado...

En las distintas disputas que había, se oía por intervalos expresiones como estas:

"Ellos nos ofendieron. Nos negaron la hospitalidad". "Mataron a nuestra primera expedición". "Venganza, venganza. Lo juramos allá, a lado del templo de los sueños". "Yo clavé mi trenza en el palo. No estaré contento hasta cortar una cabeza". "Yo colgué dos trenzas de pelo. Dos cabezas tengo que cortar". "Que mueran los Jívaros del Pongo". "Sean traspasados todos por nuestras lanzas". "Mutilados y tirados a los tigres". "Tomaremos chicha en sus cráneos". "Bien bien! Muerte, muerte! Venganza, venganza!".

Frente a este espléndido, fascinante espectáculo, el espectador podía dudar si Atenas en el acrópago, o Roma en el foro, presenciaría en algún momento asambleas más sublimes, y si serían más elocuentes los ríos de oratoria que salían de la boca de Cicerón y Demóstenes. Y a decir verdad, estos no tuvieron maestros tan poderosos como los que los Jívaros encuentran a cada rato en la inmensidad majestuosa y divina de sus selvas y ríos, en el sentimiento terrible e irresistible que inspiran los rugidos de sus fieras, los fragores estupendos de sus tempestades. Su ademán, su mirada, toda la acción del orador, a pesar de ser salvaje, es sublimemente natural, patética, electrizante. Mirabeau y Lacordaire hubieran podido aprender de ellos.

Si los leones hablaran, ¿cómo superarían en elocuencia a los más poderosos oradores de la humanidad! Con cuán grande majestuosidad erigieran su frente conquistadora! Qué rayos salieran de sus miradas! Su palabra sería rápida y fulgurante como el rayo, terrible y dominadora como el trueno.

En conclusión: estos Jívaros, cuando hablan entre sí diplomáticamente, sin que un interlocutor interrumpa a otro, pero argumentando contemporáneamente ambos, son hombres con instinto de leones: son leones parlantes. Unan este instinto con el nervio de Hércules, el aspecto de Héctor, la voz de Estentor, y tendrán el perfecto retrato del Jívoro en función de orador.

### *Una batalla fingida*

"Uno de los capitanes" sigue contando el Misionero "se plantó en medio del círculo, dio una orden y dividió la gente en dos equipos. Tuvo lugar una maniobra: una batalla fingida.

Dos jefes avanzaron uno hacia otro, para entablar negociaciones. A tres pasos de distancia, con el rostro orgulloso, pintado de varios colores, la frente alta, coronada de plumas, brillante como la de un soberano; el pecho sacado y cubierto con una coraza llena de dijes, con la lanza en una mano, y con la boca tapada por la otra, comenzó el diálogo, al comienzo grave y solemne, recordando la antigua amistad, luego agitado y nervioso, aludiendo a las ofensas hechas o recibidas, y al último, amenazador y furioso.

Los cuerpos de los oradores se torcían como culebras; los pechos ardientes de venganza parecían fueles, los ojos del uno fijos en los del otro, parecían dos piedras candentes; el pie del uno o del otro golpeaba furiosamente el suelo; el brazo que sostenía fuertemente la lanza, hería el aire como una centella eléctrica; las cabezas vibraban sin descanso; las melenas se soltaban al viento sobre los hombros desnudos, las lanzas brillaban y se movían como relámpagos, por todo lado. De todos los miembros y de las propias lanzas, como si tuvieran vida propia, parecía salir un estremecimiento de terrible elocuencia; y las lomas cercanas, reproduciendo con el eco esos gritos recíprocos fuertes, parecían contestar y aprobar esos feroces sentimientos.

Todos los demás Jívaros habían quedado en posición de firmes y silenciosos durante esa especie de entrevista. Pero de pronto, y con un grito general de muerte, hubo una señal del comandante que terminó con

ese silencio; una parte de la gente se escondió en el bosque, la otra parte quedó a la defensa. Después de un corto intervalo, se oye la selva que se llena de ecos y gritos salvajes, que piden venganza y matanza: "Ijiuta, ijiuta!" (= hierre, hierre!), mainguita, mainguita!" (mata, mata). Los asaltados se dirigen a varias partes, rebuscando entre los espesos y confusos arbustos y las matas, abrojos, matorrales espinosos, resbalándose entre troncos entrelazados, para rechazar a los asaltantes y cogerlos por atrás. Pero estos los apremian por todo lado, los encierran en un círculo, los obligan a rendirse.

Hubo un momento de pausa, que el Obispo aprovechó para hacer a los salvajes algún regalito y colgar de su pecho una pequeña cruz o la medalla de la Virgen. Luego les dijo en forma tal, que ellos podían comprender: "Hijos, no piensen en guerra; no les servirá de nada; al contrario, perderán todo. Vayan a la Misión, espérennos allá hasta que regresemos. Les enseñaremos cosas que les harán felices, les haremos bellísimos regalos..."

Y quería continuar, pero el fuego de la batalla se había prendido de nuevo

En ese momento, uno de los oradores se acercó al Padre y muy gravemente le susurró al oído: "Si quieres ser Jívaro, deben sostener la lanza y hacer muchos discursos".

Para no perder el trabajo y el tiempo de una jornada, los misioneros, dejando allá sus gafas, se pusieron en marcha, solitos, recitando el Angelus..."

### *Los sentimientos religiosos de los Jívaros*

El culto de los muertos y la creencia en una vida futura, es uno de los caracteres más originales y comunes de las tribus salvajes americanas. Tan solo estos bastarían a demostrar su religiosidad, incluso prescindiendo de muchos otros usos. Por eso no se entiende por qué ciertos viajeros, y entre ellos dos misioneros del Ecuador y uno de la Tierra del Fuego, acaso repitiendo el uno lo que había dicho el otro, hayan podido escribir

sin ningún reparo, que las tribus de estos lugares son ateas, a pesar de ser contradichos por la filosofía, la antropología, la historia. Claro que dichos salvajes, en general no poseen una idea filosófica de Dios, ni tampoco una forma determinada de culto consciente. Pero no creemos que esto sea sustancialmente necesario para ser religioso.

Los Jívaros creen en la existencia de un espíritu bueno, que lo llaman Yusa (Dios) y de un espíritu malo, el Iguanchi, o sea el demonio. No tienen ningún culto para el primero. Tiene un gran terror del segundo. Si su religiosidad no puede ser confirmada por esta palabra Yusa, o sea Dios, porque no es jívara, sino evidentemente una corrupción del castellano Dios (Diús, Diusa, Yusa), sin embargo, si debemos creer a las palabras, entre otras ellos tienen una que demuestra que estos salvajes no son completamente materialistas como algunos afirman. Esta palabra es *wacañe* (alma), que tiene un sentido completamente espiritual, contrariamente a las de otros pueblos, que para decir "alma" se sirven de metáforas sacadas de cosas materiales, como médula, corazón etc.

Pero nos quitan las dudas sobre la existencia de su religiosidad, muchísimas costumbres de los Jívaros. Entre estas, nos parece importante recordar la costumbre de recurrir al Iguanchi para conocer su voluntad o tener su consejo en ciertas circunstancias, y con qué rito! En medio de sus selvas, de vez en cuando se encuentran unas pequeñas chozas con armazón de madera, revestidas de hojas de palmera. No son casas para humanos: son verdaderos templos del diablo. Los Jívaros las llaman *iyámtei*, o sea templo de los sueños. El indio, desgraciado de él, cuando quiere soñar, toma el *natema*, un narcótico poderosísimo, que prolonga su sueño durante varios días; se recuesta en el *iyámtei*, y sueña.

Para impedir durante este sueño el asalto inevitable de los tigres, tiene la prudencia de encender un montón de *cáttzurum numi*, o sea madera dura, cuyos tizones siguen ardiendo varios días, cerca del templo para soñar. El *natema* es una raíz que se seca, se macera y se cuece: el hombre la toma y queda fuera de sí por dos días, sumergido en profundo sueño. A veces usan otra raíz, llamada *mayguá*, y entonces duermen cinco o seis días seguidos. Y esto, para los infelices Jívaros, es un auténtico culto idolátrico.

Su sentimiento religioso aparece también en el culto que tienen con los muertos.

### *Culto por los muertos*

He aquí la descripción de la escena que siguió a la muerte de un indio bautizado, el viejo capitán Tuledu.

De cada esquina de la casa se elevaban gritos y gemidos que desgarraban el corazón. Los niños huían horrorizados, y sus chillidos se oían en el bosque. El hijo mayor, Cayuca, se tiró al suelo y se puso a aullar y rugir como un león herido. Los otros hijos o se tiraban a los pies del padre difunto, o rompían sus lanzas, o se arrancaban el pelo y las carnes.

Las mujeres y los demás parientes, corrían desesperados lanzando gritos altísimos, e hiriéndose con espinas los brazos, los pechos, sacando abundantes gotas de sangre.

La vieja esposa, Tatzema, se había tirado a lo largo del cadáver del marido, suplicando que alguien la traspasara y la hiciera morir con él. Luego, agotada por el llanto y los lamentos, se quedó allá, como muerta, hasta que la sacaron.

"Salgamos, salgamos de aquí" dijo el prelado lleno de angustia "dejemos que la naturaleza sirva de remedio a las heridas de estos corazones desgraciados".

Y los Misioneros se dirigieron hacia el río Cuchipamba, que corría a pocos pasos, y desamarraron la canoa pasando luego a la otra orilla, para catequizar a la familia de Anguasha.

Entonces todos los familiares llorosos, haciendo un coro de gemidos y suspiros, se pintaron de negro, y sin interrumpir el lamento, se oyeron salir de aquellos pechos los más dolorosos quejidos y las más cálidas declaraciones de cariño para con el difunto.

"¡Ah! Quién me dará la posibilidad de ver de nuevo la luz de tus ojos, padre mío, gritaba el hijo mayor. "Tú desapareciste: el sol apagó para siempre su esplendor. Yo vagaré ciego y errante sobre esta tierra. (Nota del relator: no se crea que esta escena sea exagerada. Las tribus americanas conservan mucho del sentimiento oriental)

Otro de los hijos gritaba: "Yo te seguiré en la oscuridad de la tumba, dondequiera que vayas. Yo vengaré tu muerte."

Más allá se oía: "¿Quién era más fuerte, más valiente que tú? ¿Quién hizo temblar más enemigos, quién consiguió más victorias y *tsantsas*? ¿Quién nos defenderá de los enemigos? Tú eras el orgullo de los Jívaros, su brazo fuerte".

Otros añadían: "Tu eras la vida de mi vida; yo te quería más que a mi sangre, eras para mi el aire, la luz, el calor; yo moriré contigo".

La esposa repetía: "¿Por qué nací? ¿Para verte morir? ¿Cómo puedo vivir sino muriendo contigo? ¿Quién me recibirá en su casa? ¿Quién me dará un pedazo de yuca? ¿A quién daré la chicha y la guayusa? (nota del relator: se trata de una hierba hemética) ¿A quién daré los guineos del campo? ¿Para quién viviré yo? No: yo estaré muerta hasta poder morir"

Y así, esas almas desesperadas llenaban la casa y la selva de lamentos y llantos.

Después de algunas horas de lamentos ininterrumpidos, todos se retiraron. Al atardecer volvieron las mujeres con muchas *piningas* de yuca, banano, chicha, carne de cerdo, y las colocaron entorno al muerto para que se alimentara durante el viaje a ultratumba... Los hombres habían cortado grandes hojas de bananos y palmeras. Llegaron, formaron una cama, y sobre esa cama de hojas pusieron el muerto cubriéndolo con otras hojas, formando una tumba...

Se fue calmando un poco el dolor de la familia, y los hombres cogieron sus armas; las mujeres los enseres domésticos y llorando de nuevo, abandonaron la casa. Pero la viuda, pobrecita, no quiso moverse

del lado del compañero muerto, y solo se alejó porque le arrastraron unos cuantos, y llenando el aire de gritos desgarradores.

Luego las puertas de aquella casa transformada en sepulcro, fueron cerradas para siempre, para que ningún vivo profanara la paz del difunto.

La familia abandonó esa casa de dolor y fue a vivir en la casa del hijo mayor, en la orilla derecha del Cuchipamba, frente a la casa de Anguasha. . .

*Dos fragmentos para terminar. Extraños comentarios*

Nuestros religiosos se encontraban en la Misión. El Padre se había esforzado en hacer oír su sermón a un grupo de salvajes, que terminaron haciendo de lo que decía, argumento de infinitas discusiones. Durante la conversación, los misioneros amaron el altar fuera de la casa, y en vano invitaron a los indios a participar en la misa. Celebraron pues misa los tres: Mons. Costamagna y los dos sacerdotes. Los indios "pasaban delante del altar; observaban los ornamentos sagrados, y luego sacudiéndose, rascándose y frotando sus cuerpos contra la palizada de la puerta (estaban cubiertos de sarna), volvían a entrar con nuevos argumentos para la discusión. He aquí sus comentarios, con toda su ingenuidad:

"El Aparu Obispo se ha puesto un largo *tarachi* blanco (una túnica blanca)" "Sí, se ha puesto otro, parecido a la hoja del banano, cuando está enjorada por el rocío y cubierta de mariposas azules, verdes rojas, amarillas, rosadas, jaspeadas de oro y plata".

"Yo quisiera que me regalara ese *tarachi* para mi mujer".

"Yo haría con ese *tarachi* un *itipi* para las visitas".

¿Han visto el *apachi* (el padre) que se ha doblado hacia el suelo y se ha golpeado el pecho? Señal que le duele el vientre. Le cayera bien una guayusa".

"En otra ocasión se ha doblado y ha soplado sobre una yuca redonda y blanquísima; luego ha hecho lo mismo con una cáscara redonda y más brillante que las alas de los picaflores y el vientre de la cucúja (luciérnaga gruesa como un haba) donde había una chicha roja."

"Y la comió la yuca, y la tomó la chicha roja!"

"No, no debe ser chicha, porque poco después, cuando se ha quitado el *tarachi* y la camisa larga, se ha caído arrodillado y se ha dormido. Debe haber tomado el *natema* !"

### *El bautizo de un indio*

Deseada por los misioneros, cristianos e indios, llegó la madrugada del 15 de agosto del año 1902. Era la fiesta de Yusa Nukúa, la Asunción de la Virgen. Los salvajes que había tomado parte en la misión casi temblaban por el ansia de la espera. Muy pronto los fieles llenaron la humilde iglesia; en el presbiterio se pusieron los Jívaros preparados para recibir los sacramentos; las Jívaras se pusieron en torno de la balastrada... Entre la admiración general, el Obispo se puso los ornamentos pontificales; no faltó uno que otro neófito que pensó que esos adornos estaban destinados a él y a su mujer...

Antes que la Misa empezara, fue bautizado Chingúñi. Con la frente alta, la mirada orgullosa y la voz decidida, contestó todas las preguntas del ritual, que el sacerdote le hacía antes en latín, y luego en su enérgico idioma.

"Cómo te llamas?" "Acaso no me conoces? Soy Chingúñi, el hijo de Sandu." "Pero, le dijo el padrino", de hoy en adelante te llamarás también José, María, Joaquín..." "¿Qué quieres?" "Ya te dije que quiero ser cristiano!"

Luego, cuando el Misionero le hizo las inhalaciones en la cara, preguntó el salvaje: "¿Qué haces?" "Saco afuera al Iguanchi con todos sus males" contestó el cura. "Está bien" añadió el neófito que se vaya para siempre! "

A la pregunta "¿Detestas al Iguanchi?" "Chinguñi dudó. . . pensó que acaso estaría obligado a amarlo, como a los demás enemigos. Pero fue tranquilizado por un ademán del Padre, y contestó golpeando un pie y alzando el brazo: "Claro que lo detesto, porque es muy malo." "¿Prometes que no tomarás más el *natema* ni irás a soñar con el Iguanchi?" "No tomaré, no soñaré."

El sacerdote, según el ritual, hizo dos veces más la pregunta "¿Cómo te llamas?" Y el salvaje dijo: "Cuántas veces tengo que decírtelo! Me llamo Chinguñi, José, Marfa... Pero no te lo olvides"

Fue conducido a la pila bautismal. Bajó su ruda cabeza, recibió el agua regeneradora, luego preguntó: "¿Ahora soy cristiano?" "Si" fue la respuesta. "Ahora eres hermano de Jesucristo". "¿Y ya no tengo ningún mal en mi alma?" "No: ahora todo es hermoso, estás limpio como esta agua; eres blanco como este traje que te pones" y así diciendo, el sacerdote lo vistió con una túnica de blanco lino. "Bien, bien maágketa: ahora estoy contento!... ¿Y este traje me lo regalas, no es cierto?" "Si, pero no te lo pondrás. Como él siempre así de blanca sea tu alma..."

Así el nuevo cristiano apareció entre los fieles, recibido por la sonrisa y la buena voluntad de todos...

Concluyendo estas interesantes noticias, que esculpen admirablemente el carácter de las tribus Jívaras, recomendamos vivamente a la caridad y rezos de los Cooperadores, la importante Misión de Gualaquiza. Si no faltaran los medios y el personal, ¡cuánto bien se podría hacer en medio de esas selvas!. Se podría construir otras residencias, y sobre todo se podría ir hacia el Pongo y Méndez, donde se encuentra el mayor número de salvajes pertenecientes al Vicariato. Sin embargo, hasta la fecha, no hay más que una sola residencia estable de los misioneros.

## Un sermón en idioma jívaro\*

"El lenguaje de los Jívaros se crea, se enriquece y se muere incluso, según el capricho de cada individuo que lo habla. Es necesario descubrir las reglas y excepciones en medio de un diluvio de sonidos irregulares, que casi nunca salen uniformemente de varias bocas. Se podría pensar que lo más fácil fuera distinguir, entre todos esos sonidos, un sustantivo de un verbo o adjetivo. En cambio eso se logra después de repetidas preguntas y pruebas directas e inversas. La idea del Jívaro no da importancia a la acción más que al que la hace, o a alguna característica de éste. Para él toda es una misma idea, construida en palabras de varias formas, según el gesto, la mirada, el acento, la posición de la palabra, y sobre todo el énfasis, que usa continuamente."

Alguien afirma que la lengua jívara es una de las más ricas y poéticas que existen. Poética lo es, sin ninguna duda, por el frecuente uso de la metáfora y énfasis, cosa que se observa, aun más en la lengua quichua. Pero estos dos aspectos característicos, demuestran precisamente la pobreza de un lenguaje que necesita metáforas y gestos para expresar el pensamiento. Si de veras fuera rico, los Jívaros no tuvieran necesidad de repetir cinco veces seguidas la misma palabra, como lo hace en sus conversaciones clásicas. Pero si al idioma jívaro se tuviera que conceder el honor de ser llamado "muy rico", esta riqueza se notaría tan solo en los términos particulares de las numerosísimas especies de flora y fauna amazónica. En este sentido los Jívaros merecen el título de naturalistas,

---

\* B. S. 1904, pgs 47-49

porque no dejaron sin nombre ni siquiera al más pequeño insecto, ni una hierba de hilo invisible. Pero no encontrarás términos generales ni abstractos. Si por ej. preguntas al Jívaro, cómo expresa la idea de "castigo", te dirá "golpear"; flor será rosa o violeta; animal, tigre o perro; virtud, prosperidad etc. se expresa con la la palabra "bien" y vicio, desgracia, pecado con la palabra "mal".

Y si quieres contar objetos, tendrás que unir el nombre de los números de diez para arriba, con el probable resultado de que el salvaje no entienda nada, porque nunca tuvo necesidad de contar más de "diez".

La sintaxis casi no existe en este idioma. La posición del sujeto, verbo y complementos, es arbitraria. Si se trata de sintaxis compuesta, un religioso salesiano que ha trabajado a fondo sobre el asunto, desafiaría a cualquiera a descubrir una oración correlativa, o alguna conjunción, salvo la copulativa "y" que se dice *shia*, que casi siempre significa "también", y la adversativa, que muchas veces en cambio se usa como artículo. De manera que es imposible, hablando, formar oraciones largas: solamente se pueden formar oraciones cortas e independientes. Y este detalle también revela la naturaleza de la conversación de los salvajes, que cada cuatro o cinco palabras hacen una especie de "coupure" con entonación conclusiva, a pesar de hablar rapidísimamente.

Es evidente que para hablar jívaro, hay que "jivarizarse", y que el misionero necesita una gran dosis de paciencia para encontrar cabos en esa complicadísima madeja.

Los Jívaros casi siempre, cuando ofrecen un cabo, enredan todo los demás. Impacientes, ruidosos y caprichosos como los niños malcriados, contestan casi siempre sin haber comprendido bien la pregunta. Y tal pregunta debe siempre hacerse en medio de la confusión y bulla que siempre reina entre ellos, escribiendo enseguida la palabra o la oración; luego hay que corregir añadir, quitar, borrar y acaso volver a escribir la primera versión, brindando un regalo nuevo para obtener un término nuevo, y no oír repetir en ambos oídos: "Adiós, adiós, me voy porque tengo que caminar mucho".

A pesar de todo, se logró coleccionar unos cuatrocientos sustantivos, 150 adjetivos, 30 formas pronominales, 60 adverbios, 450 verbos, muchas preposiciones (muchas veces colocadas después del nombre), y varias palabritas cortas de naturaleza incierta. Con este "museo" se logró esbozar un catecismo.

Pero la primera producción literaria, que los futuros literatos de la selva no deberán olvidar, es el sermón escrito y aprendido de memoria por el hermano religioso que citamos antes: un sermón que, para resumir los misterios de la fe, fue pronunciado por el orador en diferentes ocasiones, y del cual citamos una parte como modelo para los predicadores del futuro.

"Winia shiuora yátzuru, éismanshia, nuuánshia, uchiikshia: ashia antatáarum."

( Mis hermanos Jívaros, hombres, mujeres, niños: todos oigan).

"Yusa chiquichiqui pujáway: winia asci apáru".

(Dios uno solo es, nuestro todo padre).

"Yusa ti puingaraytii, ti carmuaytii. Ajú ashia takámiavi."

(Dios muy bueno es, muy poderoso es. El todo hizo).

Wi altúmshia ájunu uchiirishiáythi. Yusa, nungán, itzán, mandún, yashián, najanániáway, wishia ashi najámiaway."

Yo, ustedes, también sus hijos somos. Dios, (la) tierra (el) sol, (la) luna, (las) estrellas hizo, a nosotros todo hizo.

"Juñic wishia ashia yatzúrushiáitji".

(Así, nosotros todos hermanos somos).

"Gualaquiza Shiuora, Indanza Shiuora, Méndez Shiuora, apachishia ashia yátzuru yátzuru."

(De Gualaquiza el Jívaro, de Indanza el Jívaro, de Méndez el Jívaro, los cristianos también, todos hermanos, hermanos.)

"Yusa ji ashi immuiy, ajú ashi nekáwaitan."

(De Dios el ojo todo ve; corazón también ve; él todo sabio).

"Shiuora, yyatzúruchiru ¿Amue maátchitam?"

(Jívaro hermanito mío! ¿Tú eres malo?).

"Yusa assuétaway. Amue puingaraitam? Yusa waquéraway; cuochatcuochát zszsáttaway.

(Dios te golpea. Tú eres bueno; Dios te quiere, mucho mucho te regalará).

"Shiuórashia! Attum namank yameika pujaway, káshin jakáttaway. Attum wakani ja, attact pujáttaway: jakát cháway."

(Jívaro, de ustedes el cuerpo, hoy vive, mañana morirá. De ustedes el alma empero, todavía vivirá: no muere).

"Shiuórashia yatzúchiru, antatáarum: Yusa, yaki, nunguá, juink, jaáteha pujáway; ashi pujáway. Yusa jéca, paráisiuiti."

(Jívaros hermanitos, Oigan: Dios, encima,abajo, aquí, allá vive: todo vive. De Dios la casa, paraíso es).

"Iguánchì nunguá pujáway. Ajú ti maátchaiti, amiñu manáitiram. Iguanchi jéca" injiémuiti. Puingara Shiuora, urúm ñashi jakam, Yúsajcim Paraisu wishiataway."

(Diablo debajo vive; él muy malo es, tu enemigo. Del diablo casa infierno es. Buen Jívaro, después cuerpo muerto con Dios al paraíso subirá).

"Puingartcha shiuora, urúm ñashi jakám, Iguánchijeim, injiernu untátaway".

(Malo Jívaro, después de cuerpo muerto, con el diablo al infierno).

"Yusa chiquichiquitii, yúsa manaindiutii; yúsa aparitii, yúsa uchiñitii; yúsa Espíritu Santoitii. Chiquichiqui Yúsa, manaindiu aentzu...

(Dios uno es, Dios tres es; Dios padre es, Dios hijo es, Dios Espíritu Santo es. Uno solo Dios, tres personas...).

"Yúsa uchiñuri, eicsmangántii; Santa Maria nijeitchu ambuj iñit juremiaway; pujamiaway, cuochat najnámiaway, wiñángari jakámiaway, manaindiu tzáway urúm, attact pujamiaway; muke jacáchataway."

(Dios hijo, hombre se hizo, de Santa María Virgen en el seno dentro nació; vivió, mucho sufrió, cruz murió; tres días después, otra vez vivió siempre no morirá).

"Júñic Yúsa Uchiñuri wisha attimámiawi, ashi éiscmangan nuuánsha cajinmatkimiaway."

(Así Dios hijo nosotros liberó, todos hombres mujeres perdonó).

"Yúsa uchiri eiscmang, Jesu Cristoitii. Ajú ashi képtenitii. Ajú winia úunta yátzoruitii. Ajún nikájay, ajún wajáshay, ajún wakérajay."

(Dios hijo hombre, Jesús Cristo es. El de todos capitán es. El nuestro gran hermano es. El creo, él espero, él amo).

"Juñic ajújein Paraisu maágke pjatajay. Jadtjkiata."

(Así con él en Paraiso bien estaré. Así sea).

## Despedida\*

Amadisimo señor don Rua:

En julio, terminado el año lectivo, volví a Gualaquiza, para terminar el borrador de una gramática y pequeño diccionario de la lengua jívara, hablada por esos salvajes. Hice un viaje de cuatro días, casi todo a pie a través de esas selvas casi intransitables por los pantanos producidos por las lluvias ininterrumpidas. Durante todo ese viaje, cuántas veces me sentí orgulloso de ser misionero, e hijo de don Bosco. El nombre de nuestro amado fundador, es conocido por todas esas piadosas gentes y todos lo repiten con veneración y gratitud.

Pero, además del nombre de Don Bosco, oí pronunciar varias veces con cariño, el de Mons. Costamagna. El infatigable Misionero, yendo y volviendo de Gualaquiza, hace una obra de auténtico apostolado, predicando en todas partes, confesando, confirmando, sobre todo pasando largas horas en el confesionario. Por ejemplo, narrar todo el bien que logró hacer en la provincia del Oro, formaría una página realmente estupenda de su vida, verdadera vida de apóstol.

Es Monseñor que me ha encargado terminar lo más pronto posible los dos trabajos que nombré, y por esto me escogió en su primera visita a la Misión. ¡Oh ¿Por qué en el Boletín, solo se habló muy brevemente de esto, cuando en cambio se publicó toda la historia de nuestro viaje para

---

\* B. S. 1905, pgs 49

llegar a la misión?! ¿Tengo que decirlo? La culpa es toda de este pobre firmante, que en vez de enviar rápidamente un relato, quiso hacer nada menos que un libro propiamente dicho, para instrucción y diversión de los que querrán leerlo.

Pero... ya no me queda sino repetirle, desde lo más íntimo de mi corazón, el voto que salía continuamente de mis labios, en el mes que pasé en Gualaquiza, contemplando esas inmensas selvas llenas de vegetación exuberante del Oriente Ecuatoriano: "Señor, haz que finalmente triunfe en este gran pueblo jívaro, tu religión" Si el demonio no quiere tomarse una revancha, se puede esperar seriamente que se logre mucho más con esos pobres infelices salvajes.

Volví a Cuenca y fui llamado a Riobamba para dar sermones en la novena de las fiestas patronales de la Merced. Y en este nuevo viaje, de algunos días, aproveché, pasando por varios pueblos, para hacer la Conferencia de los Cooperadores y a los inscritos a la Cofradía de María Auxiliadora, y para reunir, donde había cómo, con el párroco, a un grupo de obreros y jóvenes para empezar una "sociedad católica".

Y desde Riobamba, aquí estoy para darle noticias, algunas consoladoras, otras tristes.

Con los esfuerzos de la piedad de este pueblo, a pesar de las calamidades de este tiempo, nuestro Inspector, poderosamente ayudado por don García, este año llevó adelante la construcción del templo, que no está acabado del todo. Esta obra no es de grandes proporciones, pero es artística, y fundamental para la necesidad de los fieles. El dibujo es del ayudante Giacinto Pancheri. El primer día de la novena, el Revmo. Vicario de la Diócesis, en ausencia de Mons. Obispo, bendijo la nueva Iglesia, con la concurrencia de numeroso clero y mucho público.

Y como esta solemnidad debíase a una de las fiestas jubilaires de la Inmaculada, predicó en la misma el conocido y apreciado orador, Can. Félix Proaño, decano Capitular y promotor de las fiestas marianas.

La concurrencia de la gente, en vez de disminuir, fue mayor conforme pasaban los días de la novena. La fiesta además salió estupenda, y sobre todo esto, se dictó más tarde un curso de Ejercicios a las señoras inscritas a la "Asociación de devotas de Maria Auxiliadora" y a las cooperadoras salesianas. Así terminaron las vacaciones, y comenzó de nuevo el año lectivo con la vuelta de nuestros chicos. El Colegio está ya lleno hasta el tope, de internos y externos, estudiantes y artesanos, que son las más bellas esperanzas de nuestros corazones.

Pero!... Amadísimo don Rua, cuántas cosas se esconden detrás de estos puntitos suspensivos! En medio de este cristianísimo pueblo, en la propia República del Sagrado Corazón, las cosas marchan mal. No le voy a describir las condiciones de este país, porque se enterará por los diarios. Tenemos la necesidad de ayuda con especiales rezos. Por lo demás, nosotros aquí estamos bien firmes: y seguiremos trabajando para el bien del prójimo, hasta que se nos conceda un palmo de terreno... Usted también amadísimo Padre, rece por nosotros, y por su Af. hijo en Jesús y Maria.

*Sac. Felice Tallachini*

## ABRAHAN AGUILERA

*Nació en Esmeralda (Chile) en 1884 y visitó Ecuador en 1903, siendo todavía seminarista. El gobierno liberal ecuatoriano, había entrado en conflicto con la Iglesia y no permitía a Mons. Costamagna tomar posesión de su sede, en el Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza. El obispo obtuvo finalmente el permiso de visitar la misión en 1902 y pudo regresar, unos meses el año siguiente, llevándose consigo al acólito Aguilera, en calidad de secretario. El joven seminarista dejó un relato del viaje riquísimo en detalles, aunque en él brilla más la preocupación por la elegancia estilística que por la información etnográfica. Es de todos modos un ejemplo de la mentalidad con la que entonces veían a los indios, no solamente los europeos, sino también los criollos americanos.*

*Más tarde Abraham Aguilera fue nombrado obispo de Magallanes en Chile y poco después fue trasladado a la sede de San Carlos de Ancud, donde murió en 1933 teniendo solo 49 años.*

*Aquí reproducimos aquella parte de su relación que se refiere al Ecuador.*



## Monseñor Costamagna en Gualaquiza\*

Revmo Sr. don Rua:

A estas horas Ud. también, amadísimo Padre, se habrá enterado de la gravísima enfermedad que sorprendió a nuestro activísimo Monseñor de vuelta de Gualaquiza, en Riobamba. Estuvimos todos preocupados, y con razón, y el Revmo. don Fussarini avisó todas las casas de la Inspectoría. Si no llegaba a Riobamba a tiempo, y se atrasaba un día o dos, el pobre Monseñor estaba perdido. Toda la ciudad se conmovió, especialmente los miembros del clero secular y regular que todos los días, llegaban para saber las noticias. Llegaron también nuestros salesianos don Valle y don Albino del Curto, de Atocha; también don Rocca y Fasciola con un alumno del nuevo Colegio de Quito; ellos tuvieron que estar seis días viajando a caballo. Se trataba, muy probablemente, de la formación de un tumor; pero gracias a Dios y a nuestra buena Madre María Auxiliadora, los excelentes médicos Drs. Cevallos y Ormaza lograron eliminar la enfermedad, y en un mes nos devolvieron a Monseñor en buena salud, aunque no tan fuerte como antes, porque, como ellos mismos avisaron, él no deberá montar si no quiere exponerse de nuevo a serios peligros. Claro que las fatigas de tres meses de cabalgatas en caminos de cabras, llenos de dificultades y peligros, y la marcha rápida e ininterrumpida, habían llevado a Monseñor a ese gravísimo estado.

---

\* B. S. 1903, pp. 175-176; 202-205.

Para él, en medio de los tremendos dolores que le procuró la operación quirúrgica, fueron fuente de gran consuelo tanto las delicadísimas atenciones de los amigos y de los salesianos, como también el cariño de los alumnos de Riobamba. Esos buenos jóvenes, están felices de repetir sus visitas a Jesús en Sacramento, y habían empezado a recoger dinero entre ellos para hacer celebrar una Misa para la salud de Monseñor. Los Superiores les aseguraron que la Misa se celebraría incluso sin limosna, y que ellos debían dedicarse solamente a merecer ese favor con sus rezos y buena conducta. La noche de Navidad, todos ofrecieron la Santa Comunión para la salud de Monseñor, que el 1 de enero, salió de su cuarto y fue al almuerzo en el comedor común, con indecible felicidad de nuestros salesianos. Esa noche, la banda incipiente, y la experta Schola Cantorum, dieron un sereno en honor de Monseñor, tan afectuoso y cordial, que a muchos se les escaparon las lágrimas.

Apenas se difundió en la ciudad la alegre noticia, las visitas de pésame se convirtieron en visitas de sinceras felicitaciones, y la primera fue la del Excmo Obispo de Riobamba, Mons. Arsenio Andrade, luego hubo las del Revdmo. Capítulo, de los Revdos Padres Jesuitas y Redentoristas, de otras Comunidades religiosas y de varias familias distinguidas, a quienes, desde este Boletín, Mons. Costamagna envía de nuevo, a nombre de la Pía Sociedad Salesiana, grandes agradecimientos.

El 12 de enero era un mes desde nuestra llegada al Chimborazo, y a pesar de que Monseñor no estaba completamente repuesto, a decir verdad, quiso viajar a Quito, donde llegó con toda felicidad, y de donde les envió esta carta. Y como espero hacer algo grato a Ud. y a los hermanos salesianos y cooperadores, permítame, amadísimo Padre, que le cuente muy brevemente, del cansadísimo viaje de Monseñor; de ese viaje que fue causa de su enfermedad.

*En 1903 un nuevo santuario a María Auxiliadora. En el Sigsig. El Calvario*

Para contarlo todo, debería comenzar desde 1903, muy atrás, a la mitad de enero, cuando, llegando de su primer viaje a Gualaquiza, Mons. Costamagna fue de vuelta a Santiago de Chile. Su breve estadía en aquella ciudad, su viaje a Lima, las grandiosas fiestas de mayo, los pocos meses

pasados en esa capital, y por último, su viaje a Panamá (aunque en realidad, tuvimos que detenemos en la Reina del Guayas, y de Guayaquil ir a Cuenca, y de Cuenca a Gualaquiza), no concedieron ni un minuto de descanso a Monseñor, que pasando por todos estos lugares, siempre aceptó todas las invitaciones a pronunciar sermones, confesar, catequizar, confirmar. Si tuviera yo que decirle todos los lugares donde hizo sermones por los Santos Ejercicios, o pronunciando conferencias, no supiera hacerlo. Baste decirle que nunca descansó.

El 1 de noviembre, fiesta de todos los santos, bendijo y colocó solemnemente la primera piedra de un nuevo Santuario dedicado a María Auxiliadora en el lugar llamado San Roque, al sur-oeste de Cuenca, y el día siguiente, día consagrado al recuerdo de nuestros muertos, se puso en viaje, para ir a la Misión de Gualaquiza. Ya era un año que había dejado a esos buenos salesianos nuestros y a los hijos de la selva: Monseñor deseaba abrazarlos, como si hubieran sido mil años que no los veía.

Pasando a lado del río Machángara y el Cuenca, formado por la confluencia de aquel con el Azogues, llegamos al Tagual, imponente por sus profundas aguas. A muchas horas de allá, se encuentra la parroquia de Gualaceo, grey afortunada del Dr. Luis Salazar, gran amigo de los salesianos. En Sigsig Monseñor tuvo una acogida de lo más agradable. El Párroco, don Luis Morales, el señor Guillermo Vega, los Moscoso, las autoridades de la ciudad y una gran cantidad de gente, salieron a recibirle subiendo a las altas colinas entre las cuales se encuentra Gualaceo. Allá descansamos un día, pero no fue un auténtico descanso para Monseñor, pues allá también atendió incansablemente a confesiones y confirmó a muchos. También en Sigsig, el anterior 7 de agosto, se había colocado la primera piedra de un nuevo Santuario a María SS. Auxiliadora.

Bajando la cuesta de esa pequeña ciudad, pasamos el río Sigsig y llegamos a las orillas del Tuchil, cuyos habitantes quedaron profundamente asombrados por nuestra inesperada llegada. Había llovido a cántaros toda la noche, y seguramente ellos ni soñaban que su Excelencia se hubiera puesto en marcha desde la mañana, y por tanto, esperaban colocar tranquilamente arcos y adornos para el día siguiente, mientras que nosotros ya estábamos llegando a su pueblo. Por casualidad un niño reconoció a Monseñor, y de inmediato llamó a todos los compañeros, que

cargados de flores, salieron a nuestro encuentro de sus casas, doliéndose de tal sorpresa, y prometiendo a Monseñor, desquitarse cuando volviera allá desde Gualaquiza, como lo hicieron realmente. Nos acompañaron por más de tres millas, derramando todo el tiempo rosas en el camino a pesar de que era un sendero feo y difícil, lleno de lodo. Por las tortuosas escaleras del Molón, llegamos a la línea del Vicariato; de allá se baja por el Churucu y el Mamachurucu (o sea, por el "Caracol" y el "Caracol Grande").

Allá arriba se hace visible desde lejos, una gran cruz de madera, y el lugar es llamado El Calvario. Se realizó allá algo patético, lleno de poesía. El Obispo de los Jívaros se tiró a los pies del Santo Madero, y mientras se oía alrededor el murmullo de la selva y el sombrío sonido del agua que precipitaba de peñasco en peñasco, él exclamó: "Señor, Esta cruz será mi herencia, así como ahora es mi esperanza. Surge en los confines de mi solitario Vicariato, y yo la plantaré donde los Cielos aún no la vieron, y ella vencerá la indómita ferocidad de mis hijos. Atráelos, tú, o Cruz Santa, y haz que abandonen sus feroces costumbres que siempre los hicieron pecar durante los siglos de su existencia".

¡Pobres Jívaros! Los visitaron, desde ya muchísimos años, los activísimos hijos de San Ignacio; pronto fueron a establecerse entre ellos también los hijos de don Bosco... Dios quiera que oigan por fin la voz que los llama a la redención.

Lo que más nos atormentó durante el viaje, no fueron ni la distancia, ni las lluvias, ni el calor, sino los caminos, realmente difíciles. Por ejemplo, la bajada del Rosario es realmente desastrosa, y para decidirse a no volver atrás, se necesita realmente un valor a toda prueba. El Rosario era un pueblito trepado sobre estos barrancos, y ahora solo recuerdos tristes quedan de todo esto. Su destrucción fue un ejemplo terrible de la justicia divina: ese pueblito se había alejado de la religión, Dios le mandó una peste, que lo borró del mapa. Solo un habitante se salvó. Hoy no queda pues más que una choza, para indicar a los viajeros el lugar donde surgía El Rosario. Ahora al lado opuesto, se están formando dos pueblitos, llamados Aguacate y San José, pero, ¡qué diferencia! Estos colonos, todos, instruidos por la experiencia del Rosario y por los Salesianos, son un verdadero modelo de lo que fueron las primitivas comunidades de

la Iglesia. Ni bien supieron de la llegada de su Pastor, se recogieron entorno a él, para escuchar la palabra de Dios y recibir los Sacramentos. Todos quisieron recibir la Comunión de sus manos. "El diablo venció aquí", les decía Monseñor", y si Uds. no quieren ser sus víctimas, recuerden siempre que hay una mano que todo lo escribe, un ojo que todo lo ve, un oído que todo lo oye, y son la mano, el ojo, el oído del Señor".

Al sexto día de la salida de Cuenca, espoleamos las mulas para que devoraran el camino. El deseo de volver a ver a sus amadísimos hijos, pareció infundir en Monseñor un insólito deseo de moverse, una gran energía; los maestros nos esperaban para el día siguiente, y a pesar de esto, temiendo que pudiéramos llegar antes, se habían quedado en casa, listos a ir a nuestro encuentro al primer aviso; no se equivocaron. Todos, Salesianos e Jívaros, corrieron hacia nosotros cuando el salesiano Miguel Avila nos alcanzó a ver y avisó a los demás. La acogida fue de lo más cordial y conmovedora. Esto pasó poco después del mediodía del 8 de noviembre.

En la fachada de la Iglesia de la Misión, lucía el retrato del Vicario Apostólico, rodeado por las banderas italiana y ecuatoriana: más arriba había el del Romano Pontífice. A la derecha del altar habían colocado la cátedra del Obispo, cubierta de pobre percal: un bastón pastoral de madera dorada, allá cerca, nos pareció el homenaje de la selva a su pastor... Entramos a la iglesia y cantamos con especial entusiasmo el himno de gracias.

Es realmente admirable el entusiasmo y empeño del Padre Francisco, de don Cadena y del clérigo de María, que siguen las huellas del P. Francisco, y es también admirable, lo mucho que se ha hecho ya, relativamente al carácter de los Jívaros.

Dije relativamente, porque Ud., queridísimo Padre, sabe bien que el más terrible obstáculo a la conversión de estos salvajes, es la Venganza, y quien ha nacido en los países civilizados, no puede formarse una idea cabal del absoluto dominio que la venganza ejerce sobre los pobres Jívaros.

La venganza, para ellos, es una virtud: algo más incluso. Es un veneno que chupan con la leche de su madre, es la primera palabra que aprenden de ella, es la gúfa de sus acciones, la compañera de toda su vida, el testamento del padre moribundo: juran venganza el momento en que él expira, y gritan "venganza" mientras que cubren sus restos mortales. Por tanto, veneradísimo Padre, no debe asombrarle lo que estoy a punto de narrarle.

"El año pasado, la visita de Monseñor terminó con la confesión y comunión de varios Jívaros, quienes sellaban así el propósito de no vengarse más; pero, ¡cosa triste! ellos mismos volvieron pronto a cometer excesos execrandos!"

*Excesos brutales. La "Venganza". La "Shantsa"*

Un capitán, acompañado por los suyos, se fue una tarde a Zamora: dos de ellos pidieron hospedaje en una choza; fueron recibidos con cortesía. La noche pasó tranquila. A las cuatro de la mañana los dos huéspedes dieron una señal: se acercaron entonces los otros, que estaban al asecho allá cerca, y armados de pies a cabeza, entraron a la choza. El capitán, en silencio, empezó a indicar una a una las seis víctimas preestablecidas, y ese mismo instante, cinco de ellas tuvieron la cabeza cortada. La sexta, que había logrado escapar al bosque, fue alcanzada y murió de la misma forma. Volvieron los asesinos a la choza, la incendiaron quemando los cadáveres, luego, llevando en sus lanzas las seis cabezas sangrientas, volvieron con cara de triunfadores a su casa.

¿Lo creería Ud., amadísimo Padre? El que hizo esta empresa de pirata, fue el capitán Cayapa, que hace un año, recibió de las manos de Mons. Costamagna la Primera Comunión...

Dije que para ellos, la venganza es una virtud. Ahora agrego, que es un deber sagrado, y dejar de hacerla, les convirtiera en hijos deshonorados. Después del crimen que le conté, los culpables se presentaron a la casa de la Misión no diré completamente tranquilos, porque temían que el Padre Francisco los reprochara, sino convencidos de no haber hecho nada malo, sino de haber hecho lo que debían. Y, cuando Monseñor reprochó durante esa visita, al capitán, diciéndole "Vos, capitán, mucho malo estando; vos

matando; Iguanchi corazón teniendo; vos mismo Iguanchi está", el capitán contestó: "Yo matando cobrando pensando. Acaso yo de gusto matando? Yo mi padre vengando. Yo cobrando; ahora mismito bueno viviendo".

Imagínese: creía que había hecho su deber. Y el 99% son así.

Pero hay algo peor. El colmo de la venganza es hacer la *shantsa*. La hacen así. Vuelven a la casa, cogen la cabeza del asesinado, se la ponen delante, y la cubren de insultos y groserías. Luego hacen salir de los cuencos los ojos, con instrumentos adecuados, rompen todos los huesos sacándolos luego pedacito por pedacito por el hueco de los ojos, orejas, nariz y cuello; ponen en la cabeza deshuesada de esta forma, una piedra redonda y candente que haciendo contraer a todos los nervios, reduce la cabeza al tamaño de una naranja. Luego, siempre con un cinismo increíble, peinan su pelo desarreglado, ponen las pupilas otra vez en su lugar, componen sus lívidos labios, y la *shantsa*, o *shansha*, está lista. La colocan en lo alto de un palo en medio de la choza, y hombres, mujeres y niños, cantan y bailan al sonido del *pinjú* y ejecutan entorno a ella orgías infernales. Uno de los nuestros, que intentó infundirles terror por la *shantsa*, se ganó la siguiente respuesta fría: "Qué temiendo? Jugando pensando".

Pero, probablemente, es también la especulación la que induce a los Jívaros a hacer la *shantsa*, porque muchos civilizados van buscando estas *shantsas*, pagando precios altísimos para obtenerlas, para colocarlas en los museos y conservarlas como curiosidades, en sus estudios. Monseñor, cuando se enteró de que persistía este vergonzoso mercado, escomulgó a cualquiera que, en el futuro, se atreviera a comprar o procurarse en cualquier forma estas *shantsas*.

#### *La actividad de Monseñor. La iglesia catedral*

Ni bien llegamos a Gualaquiza, sin concederse ni una hora de descanso, Monseñor se dedicó a dictar los Ejercicios Espirituales a las Hijas de María Auxiliadora, haciendo al mismo tiempo, obra de instrucción, cada día, a los Salesianos y alumnos. Los domingos daba sermones a la gente dos veces, por la mañana explicaba el Evangelio, y por la tarde se detenía en algún punto del Catecismo.

Cuando las circunstancias lo pedían, se sentaba encantado también al armonio, para acompañar el canto de los oficios y vísperas, porque, como decía, era hermoso que en esos lugares donde los ríos, los pájaros y las fieras cantaban himnos al Creador, el divino canto gregoriano subiera al cielo junto con la contribución de la naturaleza inanimada, como la más dulce manera de rezar, inspirada por el corazón.

Durante el día, era rodeado siempre de niños, ansiosos de recibir del "Taita Ubispu" un regalo. Y lo obtenían en efecto, pero después de una media hora abundante de catecismo, que Monseñor hacía dos veces diarias, sirviéndose de un manuscrito en lengua jíbara. A propósito, tengo que decirle que, de los auténticos progresos introducidos por Monseñor en la Misión, está el de haberse preocupado que haya un catecismo en Jívaro, y este trabajo está siendo preparado amorosamente por don Tallachini y don Cadena. Y don Tallachini llegó a ofrecernos una pequeña gramática y un diccionario, que serán, como lo afirma Monseñor, acogidos con auténtica gratitud no solo de los Misioneros, sino también de los sabios y lingüistas.

La casa de la Misión es extremadamente pobre: pobre es también la Iglesia, pero ésta, los domingos, presenta un espectáculo singular: cuatro coros rezan, cada cual por su cuenta, en distinta lenguas: en latín, en español, en Jívaro. Por un lado, don Cadena catequiza en jívaro a sus cincuenta, sesenta o más neófitos y catecúmenos; en otra esquina, una Hija de María trabaja duro para hacer entender alguna palabra a las jívaras aturcidas; los niños del Colegio recitan los rezos y oficios de la Beata Virgen; las educandas de María Auxiliadora, hacen oír sus rezos a través de una reja que las separa del altar mayor y a pocos metros, dos indios hacen bulla conversando, o un guacamayo deja oír sus graznidos... y no cesa ni un instante, el ruido de un montón de cascabeles que las indias llevan como aretes en las orejas. Parece el fin del mundo.

Alguien podrá decir, que la "catedral" de Gualaquiza es algo. He aquí lo que es: cuando llueve, un pantano, y entonces el enlucido se despega fácilmente; una vez cayó un pedazo en la cabeza de alguien que celebraba la Misa; el celebrante fue obligado a hacer una gran venia contra el altar. Pero, en realidad la Iglesia es "algo", porque en ella vive el buen Jesús, glorioso y triunfante como en el Cielo. El, así como debe estar feliz

por el entusiasmo de los Misioneros, por sus energías, deberá también reirse a veces, por las escapadas de los salvajes.

*Anécdotas. Astucia e indiferencia. Toda esperanza está en los niños. Cortesía y pretensiones*

¡Oh! Cuántas anécdotas graciosas y curiosas tendría que contarle, ¡Padre amadísimo!

El viejito Agustín nos decía: "Yo bonito Taita Dios rezando. Calzón pidiendo, mote pidiendo. Taita Dios surdu estando: no dando. Yo manos estirando... estirando... Nada cogiendo".

Y con refinada astucia agregaba: "¡Vos no surdu estando! Vos todo regalando".

Un día, mientras que un catequista explicaba el dogma del infierno, de pronto un Jívaro salió con esta objeción: "Infierno yendo, muerto quemando...¿Qué haciendo? ¿Acaso vivo quemando? Muerto quemando. ¿Qué haciendo?" (o sea: qué importa?)

Otra vez demostrábamos la existencia de Dios, y un "materialista" dijo: "¿Vos visitando? ¿Vos viendo? ¿Vos conociendo?"

Nuestras esperanzas están colocadas en los niños. Desgraciadamente, por lo pronto los internos son solamente tres; pero Ud, Sr. don Rua, comprenderá perfectamente lo difícil que es tenerlos en forma estable con nosotros. Pero, cuando han tomado cariño y están acostumbrados a una vida más regular, les gusta inmensamente la nueva vida. Joaquín Bosco, José María Rua, y el pequeño Katipi, no se alejarían más, ni a cambio de un tesoro. Me acuerdo que un día, pregunté a un jivarito ingenuo, franco y desenvuelto: "¿Vos contento Padre viviendo?"; contestó: "Sí, sí: mucho contento estando. Cristiano bueno comiendo, bueno durmiendo, bonito vistiendo. Así mucho gustando". Y efectivamente es bastante subir del Purgatorio al Cielo.

El ciego Agustín, en otra ocasión, me dijo lo mismo.

Yo le insinuaba: "Mi Guchito! Vos Padres viviendo, Padres muriendo, aquí yendo. Jívaru viviendo, vos matando, lanza barriga partiendo. Aquí, bueno viviendo...".

El contesto: "Sí, mi Padrecito. Cristiano todo teniendo, chicha teniendo, mote teniendo, calzón teniendo, camisa teniendo, espeju teniendo" ¡y era un ciego que hablaba!

"¿Nada faltando, Guchito"? pregunté yo

"Una cosa faltando", "Diciendo! Diciendo", "Gallina faltando". "Ah! Bribón estando vos, Guchito". "Chanza nomás estando, Taita Padrecito. Chanza nomás está. Chanceando, chanceando..." (o sea: bromeando).

En cuanto a cortesía, orden y limpieza los Jívaros son, por así decirlo, unos modelos de perfección. Saben peinarse con raya, hacerse el mechón, pintarse las mejillas y perfumarse como "dandies". Usan un montón de collares, anillos, pulseras. Suelen llevar en la cabeza, plumas vistosas como señoritas relamidas, pasan largas horas delante del espejo para quitarse manchas y corregir alguna deformidad. He aquí la prueba de que la moda no es hija del ... vivir civilizado! Prueba clarísima.

Un día invité al comedor a un Jívaro, y después de colocarle delante un plato, para quitarme una curiosidad le dije: "¡Comiendo! ¡Comiendo!"

"¡Cuchara trayendo!" me contestó, con marcada entonación de mando. "Manos comiendo" insistí. Y entonces me plantó en la cara dos ojos que brillaban, y resentido me repitió: "¿Acaso manos comiendo? ¿Acaso yo mono estando?" Si Darwin podía escuchar esta respuesta, quién sabe qué podía contestar.

Pero el episodio más gracioso, es el que le pasó a Don Mattana. Un indio entró en su cuarto (un cuarto tan, pero tan pobre!) para visitarle. Ocupadísimo, el Padre no podía atenderle ese momento, y siguió trabajando unos instantes y para no sé qué trabajo, salió un instante. Y cuando volvió, el indio, llevándose las manos a la cadera y casi para escupir ese infierno de rabias que se le había metido al cuerpo, torciéndose por

completo le dijo: "Vos mariposa pareciendo... Vos golondrina pareciendo, vos pájaru, pájaru estando, yo viniendo, asiento no habiendo... ¿dónde sentando? Vos yendo, yendo... nada conversando. Así yo mucha vergüenza teniendo. Vos mariposa, vos golondrina, vos pájaro pensando estando".

Oigan ahora, los fotógrafos. Se trataba de fotografiar a un Jívaro, pero antes de ponerse inmóvil, preguntó: "Mi cara vos papiru poniendo: ¿qué pagando?" "Nada, nada pagando". "Vos suri, vos miserable estando. Tza, tza! no queriendo, no queriendo".

Si no se le regalaba un espejo, ¿quién sabe cómo hacía terminar la cosa ese Jívaro! Lo menos, podía ser una lluvia en pleno verano. Porque el pobre Jívaro, cuando conversa, lanza a todo lado grandes salpicados de saliva, y parece un volcán en actividad; ¡ay del que se deja acercar demasiado!

*Malignidad del capitán Cayapa. Las visitas del pastor. Dolor por la partida*

Pero, ya es hora de que yo termine este relato.

Monseñor, para demostrar su dolor al capitán Cayapa y compañeros, no solamente les reprochó justamente, sino que les privó de su visita. Se ha escrito que el Jívaro es la encarnación de la indiferencia, pero nadie podrá negarme que entre los pueblos salvajes, no hay otro más interesado que este. En vano el capitán Cayapa intentaba disimular su disgusto por no poder recibir ningún regalo, y decía: "Taita Ubispu bravo estando... yo también bravo estando". El veneno lo tenía en el alma. Para que ninguno de los Jívaros fuera a visitar al Obispo y tuviera chance de recibir los cien y más sueres que Monseñor tenía para regalarles, supo difundir esta patraña al otro lado del Bombofza: "Taita Ubispu cajón viruela trayendo. Jívaru visitando: Taita Ubispu viruela soltando, ahí mismo Jívaru muerto quedando".

Pero los habitantes del Bomboiza no le creyeron y Monseñor tuvo el consuelo de ver a todos sus indios, incluso a los que vivían más lejos, que iban a visitarlo. Y Tuitza y Tandu, Vicente y Tantipa, siendo los únicos

que habían mantenido la promesa de no "vengarse", en compensación tuvieron la alegría de una visita del Obispo en sus propias casas.

Para llegar a la casa de Tuitza necesitamos cuatro horas a caballo. En medio de un campo rodeado y cultivado con plátano, yuca y papaya, estaba la casita ovalada, parecida a un sombrero chino. Como ésta, son todas las casas de la jivaría. Tuitza se acercó a la puerta con su familia, diciendo: "Viva Jesús" en Jívaro. Su familia estaba formada por doce personas y ese día, estaban con él también Tandu y su mujer, y el viejito ciego Agustín con el gúfa Nicolás. Nos encantó quedarnos un poco en esa casa pacífica conversando.

Pero ya había pasado el tiempo destinado a la visita, con pesar nuestro, del grupo de indios, y de los salesianos. Dos pequeños Jívaros iban diciendo a Monseñor: "Taita Ubispu yendo está! Jívaru corazón... corazón llorando. Mi corazón mucho penando. Así corazón pensando". Y como si temieran que las continuas discordias fueran la causa de la partida, añadían: "Guerra no más habiendo. Misa viniendo, mucho rezando, no más peleando, nadie matando".

Dios quiera que estas no sean promesas del lobo...

El teniente político de la zona de Gualaquiza, envió a Monseñor tres docenas de alfeñiques (panes dulces) para el viaje. La mañana del viaje, después de levantarnos temprano, vimos que los indios habían dormido cerca de la casa de la Misión para estar seguros de poder saludar a su pastor. Cuando lo vieron sobre el caballo, corrieron hacia él y se arrodillaron. Monseñor los bendijo y ellos, con notable devoción, se persignaron diciendo en voz alta: "Aparna, Uchinurna, Espíritu Sántuna najariñan. Núitiei!" (=Del padre, del hijo, del espíritu santo en el nombre. Así sea!) Otros extendieron una vez más las manos para tener regalos, pero ya no teníamos nada. Para contentarlos, había que tener una serie de regalos que llovieran como agua, del cielo, o que la tierra produjera dones como yerba... Entonces, nos vamos. Diez o doce niños, montados a caballo, nos acompañan. Las hijas de María Auxiliadora, en fila fuera de su casa, se arrodillan para recibir la última bendición...

Que las bendiga también Dios, junto con los pobres hermanos salesianos de Gualaquiza que hacen una vida llena de sacrificios, y a todos los hijos de la selva.

La vuelta desde Gualaquiza y nuestro viaje a Quito espero que será el argumento de otra carta.

Entretanto, reciba Ud. los saludos de Monseñor, que dentro de poco saldrá para Centroamérica y de allá, pasando por San Francisco y Nueva York, irá a Europa. Y Ud., amadísimo Padre, tenga la bondad de recomendar al Señor y a la caridad de los cooperadores la pobre misión de Gualaquiza. ¡Se podría hacer muchísimo más bien si no faltaran los medios! Es por esta razón, entre otras, que Monseñor vuelve a Italia.

Le beso afectuosamente las manos y me despido reverentemente.

Su hijo devotísimo en Jesús y María

*Cl. Abrahán Aguilera*  
*Secretario de Mns. Costamagna*



## CALOGERO GUSMANO

*Nació en Cesaró (Messina-Italia), en 1872. En 1900 el P. Pablo Albera fue encargado por el Superior General de visitar todas las casas salesianas de América: al emprender el viaje, escogió al joven P. Gusmano, como secretario (tenía 28 años).*

*El périplo duró tres años y quedó descrito en todos sus detalles en unas minuciosas relaciones del secretario-cronista que, de esta manera, ofreció un abundante material de publicación al "Bollettino Salesiano" de Turín.*

*Es interesante el punto de vista de quien ve la realidad desde afuera, pero conoce perfectamente los criterios de acción que deben guiar a los misioneros.*

*Aquí, como es obvio, se reproduce solo la parte que se refiere al Ecuador.*

*El P. Gusmano murió en Niza (Francia), en 1935 a los 63 años de edad.*



## La visita del P. Albera a Gualaquiza\*

*En el Cañar. Hacia Cuenca. Otro peligroso accidente*

Nuestro viaje continúa con las mismas dificultades, alternando las subidas de montañas con las bajadas, los panoramas estupendos con las horribles quebradas, los sufrimientos presentes con la esperanza de futuras felicidades.

Antes de llegar a Cañar, ciudad principal del cantón del mismo nombre, fueron al encuentro, a caballo, muchas personas distinguidas, entre los otros el hermano del ex presidente de la república, Dr. Luis Cordero, decano de los Canónigos de la ciudad de Cuenca, acompañado por el incansable apóstol de los Jívaros: nuestro don Mattana, cuya tupida, larga e imponente barba lo había hecho irreconocible para nosotros: ¡eran quince años que no le veíamos!

Imposible describir las cortesías que nos fueron brindadas en esta ciudad. Clero, municipio y pueblo parecieron levantarse, como un solo hombre, para pedir suplicando, al Visitador Salesiano, la fundación de una casa de artes y oficios con siquiera las secciones de sastres y zapateros, sombrereros, y una escuela de música instrumental. Fue una ininterrumpida serie de ruegos de personas particulares y corporaciones, de ofrecimientos de casas y demostraciones de la necesidad que tenía el pueblo de este instituto. Si hay momentos en que se siente realmente toda la pena por

---

\* B. S. de 1904, pp. 138-141; 232-237; 267-270; 334-336.

la falta de personal, ese tuvo que ser sin duda, uno de estos, para don Albera.

El día siguiente, muy temprano, estábamos en nuestros caballos; queríamos ese mismo día llegar a Cuenca, la segunda ciudad del interior de la República, la Atenas del Ecuador; una ciudad culta y gentil. Esa vez también, a unas horas de distancia, unos cincuenta jinetes, con fuertes caballos, fueron al encuentro de don Albera, y quisieron que cambiáramos caballos.

Aquí se piensa que cambiar de montura después de un largo viaje, descanse a la persona, y parece que no se trata de una ilusión, sino que se obtiene realmente el efecto benéfico. Don Albera pues estaba rodeado por tantos amigos y cooperadores, que yo creí poder correr un poco más, y en vez de quedarme como siempre en la retaguardia, me puse a la vanguardia. Pero el grupo se demoraba demasiado en alcanzarme: me surgió una sospecha, volví atrás y supe que don Albera había caído de nuevo, y peor que la vez anterior, pues la pierna izquierda se había quedado debajo del vientre del caballo y el pie había recibido un golpe tan fuerte, que se hinchó extraordinariamente y temíamos una fractura; por tres días fue obligado a quedarse en completo descanso en su cuarto. Los Padres Redentoristas quisieron tenerle de huésped, y yo no sé si se puede llegar a imaginar una ciudad tan amable, llena de delicadas atenciones, como las que nos brindaron esos buenos religiosos. Dios les pague no solamente a ellos, sino también a todos sus hermanos religiosos que muchísimas veces, en Sudamérica, nos hicieron esa caridad durante nuestro largo viaje.

#### *La obra de Don Bosco en Cuenca*

En Cuenca, la obra salesiana también ha recibido el sello de las obras de Dios. Los hermanos, desparramados durante la persecución de Alfaro, tuvieron que dejar la casa, la floreciente casa de artes y oficios, que pasó a manos poco prácticas y no siempre acostumbradas a tener trato con la juventud. Esos laboratorios pronto se convirtieron en un recuerdo; la propia casa se encuentra ahora en mal estado. Pero nos era necesaria, en Cuenca, una residencia, no importa si humilde y sencilla, porque esa ciudad es la puerta natural hacia el Oriente, sostén de la Misión de los

Jívaros, y don Rua, en Turfín, lo comprendió muy bien y mandó el dinero necesario para la adquisición de una modesta casa, en la cual pudimos acoger a unas docenas de huérfanos y los hermanos alternan su ministerio sagrado con los cuidados de la educación, celebrando los oficios en el Santuario anexo, dedicado al Corazón de María, tan venerado por los buenos cuencanos. Cuenca, a 2.580 m. de altura, tiene 30.000 habitantes; se presenta bien y satisface al visitador; se extiende en una planicie y goza de un clima templado relativamente a su altura. Incluso aquí no existe ningún edificio realmente arquitectónico, pero son bonitas las iglesias de los Redentoristas y del Sagrario; en el centro de la ciudad se ve una amplia plaza en cuya mitad una bellísima fuente salpica sus aguas. Cuenca fue patria de los más grandes escritores de la República, y merece el nombre de ciudad erudita.

En Cuenca se recuerda mucho a don Calcagno. Fue el primer superior de las casas salesianas; y sabía conquistar el afecto de todos; por su salud no pudo entrar a las selvas de los Jívaros, pero se hizo fotografiar con algunos indios: esa foto atestigua el corazón grande de aquel hombre que no pudo realizar sus generosos proyectos, pues fue sorprendido por el destierro y la muerte: pero la noble alma cuencana lo comprendió todo y esa foto adorna las paredes de tantas familias llenas de gratitud.

### *Partimos de nuevo. En el Sigsig. Entusiasmo y peligro*

Don Albera recibió, en Cuenca, muchas visitas; pero, por el problema del pie, no pudo devolver ninguna. El 11 de junio, ni bien estuvo en posibilidad de caminar, volvimos a ponernos en marcha para ir a la Misión; se trataba de una marcha forzada de unas trece horas al menos; debíamos ir a pasar la noche en Sigsig, último pueblo antes de entrar completamente en la selva... El Sigsig es una parroquia, se puede decir, de María SS. Auxiliadora. ¡Cuánta devoción le tiene a esta nuestra tierna Madre! Se cuentan por millares los que son miembros de la Archicofradía de María Auxiliadora, y en los alrededores existen numerosos pilares y capillas dedicados a la Virgen de Don Bosco: nosotros fuimos a visitar algunos. Don Mattana es un apasionado propagador de esta devoción, y sus frecuentes misiones en medio de las poblaciones en los centros campesinos más habitados, son realmente fructíferas. Para tener una idea de la actividad de nuestro Mattana, bastará con contarle que en ocho meses dio

39 misiones en las distintas parroquias, y con frecuencia, nos contaron los fieles, se le vio pasar la noche en los confesionarios.

Pero, ¡a cuántos sacrificios se someten también esas pobres poblaciones de la zona, para mantener la Misión de Gualaquiza! En el Sigsig le esperaban al Visitador de los Salesianos con un entusiasmo que nunca vi tan grande en mi vida: 150 de los principales señores, guiados por el Clero, salieron a horas de distancia de la ciudad, para ir al encuentro de don Albera, por supuesto, siempre a caballo. El caballo es el compañero inseparable del hombre de estas tierras. Hasta parece que aquí todos sepan montar por naturaleza; vi a niños de cuatro o cinco años, montar con toda tranquilidad, y llorar solamente porque el padre, por miedo de alguna caída, quería asegurarles a la silla: el amor propio incipiente quedaba ofendido; los animales montados eran muy vivaces.

Por casualidad, y justo el día anterior a nuestra llegada a Sigsig, llegó por un malentendido, una quincena de soldados, que no tenían nada que hacer, pues esas poblaciones son sumamente pacíficas. Se abandonaron, pues, al típico vicio de esas tierras: la borrachera. Es su debilidad. Cuando nosotros llegamos cerca del pueblo, era de noche, pero las casas estaban todas iluminadas a más no poder, en todas partes, y los 150 caballos, excitados por los cantos y los gritos de ¡vivan! los Salesianos, golpeaban bulliciosamente el piso haciendo un ruido increíble. Esos buenos soldados, que lo ignoraban todo, entraron en sospechas, y en su mente exaltada, quién sabe qué imaginaron que había pasado. Uno de ellos tuvo la idea infeliz de detener el caballo de un ex coronel, un hombre colosal que se consideró ofendido por ese acto, y de un puñetazo, tumbó al suelo el soldado vacilante. Entonces hubo un bullicio y una serie de amenazas que iban creciendo; algunas mujercitas asustadas gritaron, don Albera no llegó a comprender de qué se trataba, alguien nos recomendó prudencia, y nos retiramos. Mientras estábamos en la casa del Párroco, se oyeron unos tiros y un grito, luego rumores contradictorios y miedos; se supo más tarde que esos valientes negros -pues la mayoría de esos soldados eran negros- cuando vieron que estaban solos, empezaron a descargar sus fusiles contra las casas. No hubo ninguna víctima, pero las puertas de varias casas quedaron agujereadas por las balas. La misma noche una delegación del pueblo se fué a Cuenca para dar parte al Gen. Andrade, persona muy cortés, de lo que había pasado, y él ordenó una

encuesta, castigó severamente a esos soldados, que ya el día siguiente, libres de los efectos del alcohol, encontrándonos en la calle, de rodillas pedían la bendición, olvidándose que justamente contra nosotros, la noche anterior habían apuntado sus fusiles. Ese fue realmente un momento de preocupación y, digámoslo, de peligro, no solamente para nuestras personas, sino sobre todo por la institución que representábamos.

Después de agradecer de corazón a esa población que toda, desde el párroco hasta el último indio, tuvo con nosotros un afecto enternecedor; después de agradecer todavía más, a la Divina Providencia que en el desierto de tantas privaciones morales, corporales, llenos de dificultades de toda clase, nos hacía encontrar estos casos de cariño, verdadero bálsamo para el corazón de don Albera, seguimos hacia Gualaquiza. De ese momento en adelante ya no había poblaciones, sino tambos, no casas, sino ranchos, durante tres días enteros, monótonos, eternizados por la lluvia que nos impedía el intercambio de unas pocas palabras, y hasta el placer de levantar los ojos y admirar las bellezas de la naturaleza.

#### *En Gualaquiza. Aspecto de esta región*

Henos pues, en la tan suspirada Gualaquiza!

Había que verlos, a esos compañeros religiosos nuestros, con las lágrimas en los ojos y la sonrisa en el rostro, tirarse a los brazos de don Albera, y casi olvidados de que se trataba de un superior, se abandonaban en sus brazos gritando: "Viva el progreso del Oriente!" Para ellos, aquella visita era un progreso notable; durante nueve años de existencia de la Misión, nunca habían visto a un superior; y en el exceso de su dicha, seguían gritando y besando aquella mano, como si no creyeran a sus propios ojos y quisieran cerciorarse, de que era realmente la mano de don Albera, la que apretaban entre las suyas y mojaban con sus lágrimas. Varios de ellos lo habían conocido en Turfín.

Los lectores del Boletín no pueden tener idea de lo que significa llegar a Gualaquiza, especialmente con una salud delicada como don Albera. Todos nos habían aconsejado no hacer ese viaje, y pocos de los hermanos religiosos estaban al tanto de nuestra decisión. El mismo intrépido Mons. Costamagna, informado de esto, no pudo dejar de protestar

por la imprudencia del joven secretario: pero, digámoslo con el permiso de don Albera, esa imprudencia no fue solamente del secretario, si podemos realmente hablar de imprudencia!

Gualaquiza no es más que un valle no muy grande, formado por la confluencia de dos ríos pequeños que forman el que da el nombre a la Misión. No es un pueblo, sino un desierto, o mejor dicho, una selva, y se logra ver a duras penas unas diez casas de blancos, que viven allá unos meses al año, tranquilizados por la presencia de los Misioneros. Las casas de los Jívaros no son visibles, pues sus chozas hay que ir a buscarlas en medio del bosque, como se buscaría una guarida de león y un nido de gorriones, o incluso un buque perdido en las olas agitadas del Pacífico.

No tendría una idea exacta, él que creyera encontrar grandes centros de población entre los Jívaros. Sus casas están aisladas una de otra, a inmensa distancia, y quien no está acostumbrado a esos caminos tortuosos, muy parecidos a los que admiramos en las catacumbas romanas, corre peligro de recorrer tres, cuatro, diez hasta veinte km. sin encontrar una sola casa. Puede ir durante semanas enteras por la selva, sin encontrar un alma, y pierde, lo que es peor, la orientación, y no sabe ni dónde está, ni de dónde ha venido, ni hacia dónde va: es una catástrofe si el guía infiel abandona al misionero o lo traiciona! A menudo las casas de los salvajes, están rodeadas de trampas que no dejan tranquilos y pueden ser la tumba del viajero imprudente.

Pero, antes de seguir, será oportuno decir dos palabras sobre esta Misión.

#### *El vicariato de Gualaquiza. La casa de la Misión. Solemne Te Deum*

Es conocido, que el 6 de octubre de 1888, el dignísimo Presidente del Ecuador, Dr. Antonio Flores, escribió personalmente una carta rebo-sante de piedad y amor, por los pobres salvajes y devoción a la cátedra de San Pedro, participó al Santo Padre, que los representantes de la Nación, reunidos en el Congreso en las dos Cámaras, habían decretado pedir a la competente autoridad eclesiástica, la fundación de cuatro Vicariatos Apostólicos en el Territorio Oriental de la República. El primero, de Napo, el segundo, de Macas y Canelos, el tercero, de Méndez y Gualaquiza, y el

cuarto de Zamora; Antonio Flores suplicaba también, que el primero estuviera a cargo de los beneméritos padres de la Compañía de Jesús, el segundo de la Orden de los Predicadores, el tercero de los Salesianos y el cuarto de los Franciscanos.

El inmortal León XIII, que solo deseaba extender el reino de Cristo, encomió con toda justicia, al Jefe del Gobierno, por la sabia decisión. Lo aseguró que consideraría con mucho interés y cariño la propuesta, y que había sido confiado el asunto a personas competentes para su estudio; el 8 de febrero de 1893, la Secretaría de la S. Congregación para los asuntos eclesiásticos extraordinarios, formuló el decreto de fundación del nuevo Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza, y lo hizo llegar a nuestro venerado Rector Mayor justamente en los días felicísimos del Jubileo Episcopal del Santo Padre. Los límites de un nuevo Vicariato, según dicho decreto, serían al norte el río Apotemona, que entra en el Morona y éste a su vez, en el Marañón; al sur, el río Zamora, que entra en el Santiago y luego ambos entran en el Marañón; al este los ríos Morona y Marañón, al oeste, la diócesis de Cuenca y de Loja.

Gualaquiza se encuentra a 730 m. sobre el nivel del mar, y encima de una lomita que tiene unos 30 m. de altura desde la planicie, surge nuestra casa, en posición de dominio sobre todo el valle que está abajo. La casa se describe en pocas palabras: en el centro una discreta iglesita que contiene todo lo que tiene la Misión de precioso, y a los lados dos construcciones de madera, como brazos; la madera está casi toda cubierta con lodo, que de vez en cuando se despega formando notables rendijas; pero me di cuenta que ya nadie hacía caso de estas, y que estaba contento todo el mundo, si en tiempo de lluvia se podía encontrar un rinconcito de la casa donde no llegaran las molestias de la lluvia. Las ventanas, muy numerosas, no tienen todavía hojas, y esto no sería grave, porque la temperatura, incluso de noche, nunca baja de los 17 grados, pero están los vampiros, estos vagabundos de la noche, insaciables tomadores de sangre, que aprovechan esa pobreza de nuestros religiosos para ir toda la noche a chupar su sangre, dejándoles una debilidad y un malestar tal, que toda la persona se siente afectada, y muchas veces la parte picada se hincha. He observado que se alimentan preferiblemente de sangre indígena y joven y sobre todo, por suerte, aplican sus formidables mandíbulas en los animales, que varias veces mueren de debilidad por sus mordeduras.

Sin embargo, yo tomé mis buenas precauciones, a pesar del calor, que me impedía el sueño, y a decir verdad nunca tuve que experimentar sus ingratas visitas.

Entramos pues en la casa de la Misión, meta de nuestro trabajoso viaje. En el cuarto de don Albera, sin duda el mejor, en el puesto de honor lucía el retrato del Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza, Mons. Costamagna: los Jívaros lo conocían y sabían que solo por fuerza mayor tenía que quedarse lejos, y que con el corazón, se encontraba en medio de ellos.

Nosotros sacamos la ropa y los objetos usados durante el viaje, y acomodamos nuestra ropa lo mejor que pudimos, luego nuestro deseo de arrodillarnos a los pies de Jesús, para agradecerle, se satisfizo en forma poco solemne, pero muy espontánea. Salió así nuestro Te Deum de agradecimiento, directamente de nuestro corazón, y un viejo armonio intentaba acompañarlo. Yo no sé si fue un Te Deum litúrgico, o armónico: en ese momento se siente, se prueba una dicha profunda que penetra, intuye el significado, haciendo abstracción de tantas cosas accesorias: es el corazón que domina. Y mientras que los labios y el corazón repetían "salvum fac populum tuum Domine", se presentaron a nuestra mente esos millares de desgraciados salvajes que viven en la selva del Vicariato de Méndez y Gualaquiza; sus costumbres bárbaras, su triste condición; pensábamos que eran veinte siglos que la sangre de Cristo corrió casi en vano para ellos, y sin embargo ellos también son un pueblo de Dios: Oh! Si bastara nuestra entrega total para la conversión de esos millares de almas! Ojalá quisiera Dios, servirse de los pobres Salesianos como instrumentos de sus misericordias con aquellos infelices!

Mientras que estos, y otros pensamientos parecidos, se sucedían rápidos en nuestra mente, Jesús en el Sacramento nos bendijo; no se oía ni un respiro, pero Dios lee en los corazones!

Mientras nosotros estábamos en la iglesia agradeciendo a Dios por el buen viaje que nos había concedido, los Jívaros de los alrededores seguían llegando a la Misión y llevando, por medio de sus mujeres, sus regalos de yuca y plátanos que tiraban, sin pronunciar ni una palabra, a los pies de don Albera, esperando su regalo correspondiente. Don Albera les

pagó con agujas, hilos, dedales, espejos, cuchillos, imágenes, crucifijos, pañuelos de colores vivos, y objetitos por el estilo, que desean muchísimo, y que todos recibían con visible dicha.

Pero, ¿quienes son estos Jívaros? Intentaré dar una idea de esto, quedándome, si me es posible, en los estrechos límites de estos apuntes.

Muchas cosas que estoy a punto de narrar, fueron presenciadas personalmente por nosotros mismos, en las semanas que pasamos en Gualaquiza y su zona. Viajando por el Ecuador, tuvimos la suerte de toparnos con el famoso P. Lasplanas, venerado religioso dominico de unos ochenta años, que fue el primer vicario superior de Macas y Canelos entre los Jívaros; otras cosas las supe de nuestros hermanos salesianos que desde hace nueve años gastan sus fuerzas en esa misión y usé también materiales escritos por los Padres Dominicos Migalli y Vacas.

#### *El tipo Jívoro. Su retrato*

El Jívoro es el salvaje más simpático y más inteligente, pero, al mismo tiempo, el más terrible y temible. No es alto como el habitante de la Patagonia, ni como el mismo Coroado del Matto Grosso, su estatura no supera mucho la nuestra mediana, y es muy ancho de tórax. Pero su manera de caminar altiva, da la ilusión de que es más alto de lo que es realmente; la cabeza recta y majestuosa demuestra su inteligencia; los movimientos altivos e inquietos indican vivacidad y firmeza. En el Jívoro todo es natural: la manera de caminar, la vida, la misma exuberancia de vida.

La cara es ancha y redonda, a pesar de que hay algunos cuyos pómulos son muy marcados, y entonces la cara resulta ancha y aplastada, ligeramente convexa, la nariz es bastante aplastada, siempre reforzada por una base ancha.

El pelo del Jívoro es abundante y negro, del brillo de la seda negra, y él lo convierte en tal a fuerza de tratamientos y tintes; es extraordinario el cuidado que da a su cabello para cultivarlo, rizarlo y obtener que baje bonitamente a hacer corona en la raya, que deja ver la blancura de su piel en el cuero cabelludo. El color de la cara es moreno, por el clima y el

descuido, pero no negro. Se ha dicho que el Jívaro es color cobre o rojo cobrizo tendiente al amarillo: esta ilusión es producida casi siempre por el tatuaje que ellos adoran. Consiste en exprimir en la palma de la mano, ciertos granitos que contienen colores vivísimos, con los cuales se pinta la cara y todas las partes descubiertas del cuerpo, inventándose los dibujos más extraños y fantásticos. Característica del Jívaro es la falta absoluta de barba, y parece que esto le avergüenza un poco, pues se pinta unos formidables bigotes muy a menudo, y a veces se pinta completamente de negro la mandíbula inferior. Lo repito: el Jívaro es un tipo atrayente y simpático, el tipo más perfecto del indio, y tiene que envidiar poco o nada, el tipo europeo: pero es de carácter pérfido, astuto, egoísta, vengativo, amante de la ociosidad y del placer, enemigo de toda ley u obligación que impida u obstaculice su absoluta independencia. Si se da cuenta de que se quiere disminuir su libertad, contesta con arrogancia que el Jívaro es libre, que nadie le es superior, ni puede tener derecho a someterlo; no soporta ni inspecciones, ni testigos, y prefiere despreciar la vida que abandonar la idea de su libertad. Embrutecido por las cosas materiales y sensibles, no aspira sino a la utilidad de la vida presente.

### *Chozas, vestidos*

Los Jívaros, viven ordinariamente en amplias casas en forma de octágono, que varían de 12 a 25 m. de largo, con un ancho en proporción. En cada casa viven cuatro o seis familias. Se levantan en fundamentos de chonta, llamada madera-hierro por su dureza; el techo, en punta, es elegantemente trabajado y está apoyado a cinco o seis metros de altura; las casas tienen dos entradas, una para las mujeres, la otra para los hombres; duermen con la inseparable lanza a lado, y la cogen al mínimo ruido; están divididos en tribus más o menos amigas o enemigas, ocupando ciertas determinadas extensiones de bosque; a las tribus amigas los unen alianzas, parentescos y comercio; de las enemigas están separados por odios mortales llevados hasta el delirio. Normalmente toman su nombre de las orillas donde ponen sus carpas, y pasan buena parte de la noche pescando, y en las horas más calientes del día se zumbullen continuamente al agua.

Cuando una tribu es amenazada, entonces el "capitán" construye su choza en el punto más alto posible, apoyándola en palos resistentes que la selva tiene en abundancia, y rodea su casa aérea, de engaños y trampas, y

con una especie de trompeta, hace sonar su voz hasta muy lejos, para llamar al combate a sus dependientes.

Los muebles de la casa son pocos: una cama formada por una tabla separada del suelo un metro más o menos, inclinada, y tan corta, que las piernas salen y los pies se arriman a un travesaño delante del cual arde ininterrumpidamente un fuego: el Jívaro tiene gran cuidado en mantener siempre los pies secos. No conoce ni las sábanas, ni las cobijas, ni las almohadas: se recuesta como puede y duerme profundamente. Los enseres domésticos también son pocos: pocas ollas y escudillas de barro; un canasto que cargan las mujeres en los hombros; una hacha; una lanza y algunas armas para la caza; a la caza se dedica exclusivamente el hombre; un amplio pero ligerísimo escudo de madera, redondo, de 70 cm de diámetro, o cuando más 80, para la defensa personal en los combates; las lanzas, aún cuando son lanzadas con mucho ímpetu, nunca logran traspasarlo; una aljaba con flechas envenenadas; dos clases de canastos que contienen respectivamente el vestido, o mejor dicho los adornos de los hombres y de las mujeres. Este vestido es muy sencillo: para los hombres consiste en una ancha faja que rodea la cadera y llega a las rodillas; se llama *itipi*; el *tarachi* de la mujer es un poco más largo y tiene casi la forma de una camisa.

El resto del cuerpo es adornado con pinturas, y se pintan con los colores más raros y de mil maneras fantásticas y ridículas la cara, el pecho, los brazos y piernas; las mujeres se pintan con menos cuidado. La pintura, para el salvaje, es su preocupación principal; en los días de fiesta añade guirnaldas formadas con campanillas, conchas, pepas de frutas etc.

#### *Visitas y elocuencia jíbara*

Cuando el Jívaro se prepara a visitar a alguien, se cuelga del cuello el bolso que contiene el *itipi*, los ornamentos de lujo, el espejo y los colores; se zambulle en el agua antes de llegar a la casa del que desea visitar, sacude la larga cabellera, la peina y acomoda elegantemente, luego se pone como corona el *tendema*, que es una corona de plumas brillantes, coge el espejo, y con la delicadeza de una mujer se pinta la cara, el pecho, se arregla todo el cuerpo; se pone en la cadera el *itipi* nuevo y con un cuerno, que hace oír sus ecos majestuosamente en todo el bosque, anuncia

su llegada. Su saludo es el de un Rey que quiere, antes de nada, llamar la atención sobre su persona. "Llego yo" exclama enfáticamente; "Llegas tú", contesta el dueño de casa, sin moverse de su trono. Entonces el visitante va a sentarse, sin decir nada, a lado, y espera la invitación del dueño de casa, que no lo hace sino después de sacudirse la melena y arreglarla de nuevo, ponerse él también el *tendema*, cambiar el itipi y colorearse cuidadosamente la cara. Hecho lo cual se sienta frente al amigo y le concede la palabra. Drama espléndido, dice el Padre Vacas: escena que más que describirse, debería fotografiarse! Nunca se supo de elocuencia más varonil: es un gesto, una acción salvaje, claro, pero natural, patética, emocionante, sublime. No son hombres aquellos que estamos viendo conversar, sino leones: si los leones hablaran se acomodarían la melena como los Jívaros, moverían los hombros y todo el cuerpo, hablarían con la rapidez y la desenvoltura de un Jívoro, serían terribles y ensordecedores como ellos, el tono de la voz revelaría la fuerza de su espíritu y lo temible de sus proyectos. Esta pues es la oratoria y discusión del Jívoro: voz de Estentor, el cuerpo entero entra en acción, los pies y manos se mueven, el pecho amplio se ensancha, los ojos centellean, la frente brilla como la de un rey, la cabeza se sacude, la cabellera se suelta y desparrama en los hombros desnudos. Al comienzo, parece que estamos en presencia de hombres obsesionados, por la gran agitación y vehemencia, la fuerza de la voz y la potencia de la imaginación con que hablan. Y entretanto, mientras que el uno habla, el otro no hace sino contestar: sí, no, ¿qué mas? ¿Cómo? Está bien, es así; hasta que el orador ha terminado. Cuando el primero termina, comienza el segundo, que también oye las mismas respuestas continuamente: sí, no ¿qué mas? etc.

Cuando los visitantes son muchos, se delega a algunos para que hablen y eso se hace al aire libre, sin necesidad de tribuna, como O'Connel. El lector debe imaginarse a cuatro Jívaros de pie, frente a frente de dos en dos, ágiles, robustos, de miembros fuertísimos, con su vistoso ropaje, con la lanza en la mano, ardientes de venganza, circundados por un ambiente de furor, que hablan en voz muy alta sobre el porvenir de la tribu, de su familia, de su propia persona, y la destrucción del enemigo. Las lanzas vibran en las manos, rápidas y terribles, y parece que van a meterse en el pecho del compañero, que inmóvil e imperturbable mira al otro; el dueño de la lanza se la hace brillar delante, de lado, sobre la cabeza, con una destreza que sorprende. El Jívoro habla de batallas,

venganzas, asesinatos: pero no parece que habla tanto el Jívaro, como su lanza, que va dando vida a lo que él expresa. En el Océano, las corrientes agitan las grandes masas de las aguas; en la civilización moderna la electricidad parece que se ha convertido en la palanca que va a mover a todo el mundo; y la centella eléctrica será causa de tantos fenómenos físicos todavía no conocidos, o inexplicables; entre los Jívaros, todo esto lo hace la lanza y las vibraciones de la voz.

Un Misionero, el P. Delgado, que tuvo ocasión de estudiar especialmente el idioma Jívaro, nos dice que tal idioma es perfecto, filosófico, sentimental, y casi, se puede decir, más rico que el castellano y otro idioma europeo.

### *Religión. La Shantsa*

Se ha hablado mucho de la religión de los Jívaros; no tienen, es cierto, sacrificios y sacerdocio propiamente dicho, pero se encuentra algo que realmente sustituye todo esto. Digo "realmente", porque, ignorando lo relacionado con los dogmas de nuestra santa religión, están sumergidos en el materialismo, en el sensualismo, que casi no saben concebir la idea de la espiritualidad del alma. Escuchan con incrédulo asombro, la historia de la creación, de la redención, y les parecen inventos la existencia del paraíso e infierno. Creen, si se quiere, en una divinidad, pero es una divinidad inerte, que no se introduce en absoluto en los asuntos de este mundo; de manera que para ellos, principio de todo bien son las fiestas, principio de todo mal, los enemigos.

Los recién casados festejan la plantación de la yuca y del plátano; más solemne es la fiesta del tabaco, llamada así porque hacen tragar humo, y existe para obtener la multiplicación de los animales; pero su verdadera fiesta, la principal, la que absorbe todos sus cuidados y les hace perder años y años, a veces, en los preparativos, acumulando yuca, plátanos, animales como cerdos, y un gran número de ollas para poner la chicha, es la fiesta de la *shantsa*. La *shantsa*! he aquí otra característica de la barbarie del Jívaro. Parece que esta terrible venganza, es una costumbre muy antigua. Matado el enemigo, corta su cabeza, saca los huesos, introduce una piedra redonda, preparada adrede, calentada en forma muy especial, secreta, y el Jívaro es celoso conservador de este secreto; esta piedra, una

vez colocada adentro, contrae gradual y proporcionalmente los nervios, y reduce la cabeza al tamaño de una naranja, y conservando inalterados los rasgos de la cara, embellece la cabellera espesa, negra y larga. Proceso estupendo, sino fuera aplicado a un uso tan bárbaro! Antiguamente las *shantsas* se clavaban en un palo, y se colocaban en varios puntos de la selva, como nosotros lo hacemos con los bustos de nuestros grandes en los jardines más notables.

Cuando la *shantsa* se conoció en Europa, hubo una temporada en que se compraba a precios altísimos, contribuyendo así a estimular el salvaje instinto. Oportunamente el gobierno ecuatoriano, prohibió severamente este comercio, y los misioneros intentaron inspirar horror de tal comercio, a los propios salvajes; por lo menos, ahora ya no se las ve expuestas públicamente, mientras que antes, colgaban en las paredes de sus chozas como las banderas conquistadas en la guerra por los romanos. Las *shantsas* son sus trofeos. El Jívoro es tanto más bueno y valiente, cuanto mayor es el número de *shantsas* que posee: el *mandatum novum* de Nuestro Señor Jesús no ha penetrado en su corazón, devorado continuamente por un odio que no se apaga.

*Envilecimiento de la mujer jívara. No es la compañera, sino la esclava*

Se acercaba el día de nuestra salida; don Albera, que quería formarse una idea cabal de la Misión, quiso ir de visita en las mismas casas de los Jívoros. Nos metimos pues en el bosque; un Jívoro y algunos hermanos religiosos nos guiaban, y en el bosque, escondida, encontramos la primera choza. No hace falta preguntar quién es el jefe de la familia: se ve de inmediato. Allí él es el rey absoluto, dueño de vida y de muerte: un déspota. Sus hombros nunca se doblan bajo ningún peso: las manos no sostienen sino la lanza: el Jívoro ha nacido para la caza y la guerra. Los demás trabajos son para la mujer.

¡La mujer! Le debe al Cristianismo si ha sido devuelta a su dignidad de compañera del hombre. Fuera de su influencia divina, ella nunca fue más que una esclava. Su condición entre los Jívoros es sumamente digna de compasión.

Pequeña de estatura, maltrecha, con el pelo alborotado y descuidado, casi nunca se le ve una sonrisa en el rostro. Está todo el tiempo dedicada únicamente a servir a su amo. Hay de ella si cae en desgracia: para ella todo se acabó. El pensamiento de que esto puede suceder sin la mínima culpa de su parte, e incluso a pesar de su cuidadosa dedicación, es un miedo que la persigue todo el tiempo, y un miedo mortal.

Estaba reservado al salvaje, dice un autor inglés, enseñar al mundo hasta qué punto de abyección Satanás ha podido hacer llegar a las hijas de Eva, la cual él indujo a la culpa con la desobediencia. Y estaba reservado sobre todo al Jívaro, hacer pesar sobre estas desventuradas criaturas todos los males de un paganismo envejecido en la corrupción. Si el Jívaro fuera filósofo, propondría de nuevo la pregunta, como ya se lo hizo a los tiempos de Nerón, si la mujer tiene un alma, y si la tiene de la misma naturaleza que la del hombre.

Para los Jívaros la mujer no es la compañera del hombre, no es hueso de sus huesos ni carne de su carne: lo repito: una esclava. Ella no puede pretender ni los honores ni las consideraciones debidos al hombre. Haber nacido mujer ya es para ella un castigo, una marca de infamia que la hace sujeta a todas las privaciones; mejor dicho, parece que el hombre tiene la misión de hacerla sufrir y hacerle la vida lo más pesada posible. La mujer nunca puede actuar según su voluntad: niña, es pertenencia de sus padres, que pueden cederla al que les da la gana, sin ningún entendimiento; casada, se convierte en esclava del hombre, viuda, en esclava de los hijos. Para ella el marido es una especie de divinidad, a la cual le debe no solamente amor, fidelidad y obediencia, sino un auténtico culto. Preparar la comida y otras cosas necesarias, servírsela, y no comer sino sus sobras, es su vida ordinaria. Última en descansar, primera en levantarse. ¡Oh! No es posible para un europeo, acostumbrado a ver el sexo débil rodeado de todas las consideraciones que un alma bien nacida sugiere, no es posible hacerse una idea exacta de la mujer jívara, de sus martirios. El abandono, los crueles maltratos, el desprecio, nunca una sonrisa de simpatía ni una mirada de complacencia, son su pan cotidiano.

*Criados para el odio y la venganza*

Dije que la mujer es la primera en levantarse muy temprano, para preparar la chicha para el marido, quien toma varias tazas y luego comienza su diaria charla introductiva: es un largo discurso en el cual prueba la potencia de sus pulmones, con un crescendo y unos movimientos tales, que asustaría a quien no supiera de qué se trata. El tema es obligatorio: el recuento de sus glorias, la repetición de la historia de las victorias obtenidas contra los enemigos, los prodigios de valor realizados; ensalzar a los antepasados, alabar a los amigos, deprimir y aniquilar a los enemigos, y cuando los hijos están presentes, declinar los nombres, describir teóricamente los horrores cometidos contra sus perros, excitar el odio, hacer prometer venganza, decirles que esa es su obligación; llegar a demostrar que los hijos no tienen otra razón de haber nacido, sino la de ultimar las venganzas que el tiempo y las circunstancias no han permitido al padre llevar a cabo y eternizar de esta forma, esa vida de continuadas traiciones, de asesinatos ininterrumpidos, que ni las bestias más feroces realizan. Y solamente cuando los hijos han jurado odio implacable venganza total, el padre toma la palabra de nuevo y dice: "Bendito el hijo que hará así: su casa esté llena de abundancia; crezca fuerte y rica su yuca; (la yuca es parecida a nuestra papa, pero más rica) nunca le falte chicha y plátano, y bien sabrosos; su familia tenga suerte y con numerosos hijos, valientes y robustos como el padre; se multipliquen sus cerdos y los perros sean hábiles en la caza; sea terrible su lanza y su flecha, despegándose del arco, nunca caiga fuera del blanco; vuelvan todos de la caza y la pesca llenos de abundantes peces, sean el espanto y terror de sus enemigos y sean siempre victoriosos, y hasta el genio negro de la selva les sea favorable y nunca les haga daño".

Enseguida, como para confirmar mejor sus intenciones asesinas, continúa: "Malditos los hijos cobardes y de alma baja, que no sabrán glorificar las cenizas de su padre muerto, que no lo vengarán del enemigo y lo dejarán humillado y confundido con el polvo: sepan que faltarán a su deber más sagrado; queden ellos mismos sin venganza; duerman inquietas sus cenizas el sueño del eterno olvido, sin descansar jamás; pasen los enemigos pisándoles con pie inmundo y sirvan sus cabezas de trofeo para el vencedor!"

Esta charla hace pensar en la patética bendición de Isaac a Jacob, cuando, después de besarle en la frente, lo bendecía diciendo "Dios te dé el rocío del cielo y la abundancia de la tierra, y la fertilidad en la producción de trigo y vino; los pueblos sean tus siervos y las tribus se arrodillen delante de tí; sé el señor entre tus hermanos, y se arrodillen en tu presencia los hijos de tu madre. El que te maldiga, maldito sea; él que te bendiga, se llene de bendiciones". ¡Qué diferencia! Y pensar que esta idea de la venganza, el Jívaro la chupa con la leche de la madre; la leche termina pronto, pero la venganza se inculca continuamente, todas las mañanas infaliblemente, y en las circunstancias más solemnes; se llega al punto de tomar prisioneros a Jívaros chiquitos y llevarlos vivos a las chozas, para hacerlos asesinar por los hijos, para quitarles la repugnancia que se siente naturalmente, derramando la sangre de un semejante. Esto explica la causa de las eternas, empedernidas luchas de los Jívaros. Ellos no tienen altares, pero si tuvieran uno, como Anfbal desde la más tierna edad y cien veces diarias, jurarían venganza y aniquilación contra sus enemigos.

Entretanto, el Jívaro se ha tomado una docena de tazas de espumosa chicha; el sol comienza a hacer penetrar sus rayos y el rey de vida y de muerte traga varios platos de yuca humeante hasta saciarse; luego toma sus armas, y se va de caza o pesca, o a visitar a alguien.

### *Mate, mote y chicha*

Recorriendo América, varias veces habíamos tenido ocasión de vencer el asco y tomar el mate, bebida aromática, claro, pero que hay que chupar del mismo sorbete ya introducido en la boca de todos los presentes, incluso de los que, por mascar tabaco, se pasan escupiendo negro. Habíamos calmado la sed con ciertos líquidos, que no necesitaban ser examinados con el microscopio para mostrar la gran cantidad de insectos que contenían; el mote, maíz hervido, a veces hasta sin sal, nos había disminuído el hambre, y yo tenía la fama de ser uno de los menos asquientos, porque me avenía a tomar lo que los hermanos salesianos en tantos años de vivir en América, nunca había podido acercarse a los labios. Y realmente se necesita buen estómago, para poder tragar sin problemas esa sopa que las indias nos preparaban después de frotar con sus manos sucísimas todo lo que estaba hirviendo; y, descontentas del resultado, a cada rato introducían en la olla el dedo y lo chupaban para probar esa

comida que debía ser nuestra cena! Una noche, empapados, muertos de frío, estábamos alrededor del fuego donde hervía nuestra comida. Don Albera empero, viendo esa continua operación de sumergir el dedo y chuparlo, probar y reponer en la olla lo que quedaba en la cuchara después de introducirlo a la boca, me dijo: "Mi estómago no aguanta: ¡salgamos!" Sin embargo, esa sopa la comimos; pero la chicha... la chicha no pudimos tomarla. Digo la verdad: hacía alarde de ser capaz de este supremo esfuerzo; sabía que el Jívaro la ofrece siempre a los que lo visitan, y que se considera ofendido si no se acepta: pero me equivoqué.

### *Iguanichi y brujos*

Los Jívaros, en la misma proporción en que son robustos, son enemigos del trabajo; sometidos a una higiene salvaje sí, pero no condenable, se enferman raramente y casi no tienen tiempo de llegar a enfermarse, porque se destruyen mutuamente. Sin embargo, ellos también han heredado los castigos de Dios impuestos a nuestros primeros antepasados cuando los expulsó del Edén, y a veces ellos también se enferman. Creen en la influencia del *Iguanichi*, el diablo, pero piensan que este, tiene poder solamente sobre las mujeres, los niños y los cobardes; y si en cambio se enferma un joven guerrero valiente, un capitán, nunca vencido, su soberbia les hace creer que esa enfermedad solo puede ser obra de un brujo notable, o sea de un hombre sobrehumano: este es el concepto que tienen de los brujos. Los Jívaros no son capaces de imaginar que Dios, que es bueno, puede permitir, y menos desear la muerte; por eso el enfermo en su lecho de dolor, no hace más que quejarse de su mala suerte y suplicar que se encuentre un brujo capaz, que vaya a quitar de su cuerpo los maleficios, y al mismo tiempo indique a quienes los introdujeron, para tomar dura venganza.

Los brujos no son propiamente médicos: son más bien genios maléficos, o mejor dicho asesinos, de los pobres Jívaros, no porque realmente introduzcan el mal o den remedios nocivos, sino porque parece que han recibido la triste misión de atizar cada vez más el fuego de la venganza que los devora; en cada enfermedad, en cada muerte, ellos deben indicar quién fue el autor; y se sabe que entre los Jívaros, la muerte es la pena menor, y se trata de una muerte tal, que las leyes draconianas quedan atrás.

Los brujos saben que si el enfermo no se cura, la venganza cae, la mayoría de las veces sobre ellos también, y si la enfermedad es grave y no hay esperanza de curación, es raro encontrar a alguno de ellos que acepte hacer el tratamiento. Cuando no pueden escurrirse, hacen sus visitas por la noche, escondiendo arañas, flechas, moscas etc., y luego, chupando la parte enferma del paciente, dicen haber sacado esos objetos del cuerpo del enfermo, y dicen el nombre de Fulano o Zutano, afirmando que este introdujo esos bichos o flechas en el cuerpo, y que el enfermo no podrá curarse si no se toma venganza.

#### *Dificultad de convertir a un Jívaro*

Lo que he contado hasta ahora, no se refiere al Jívaro amansado y civilizado por el misionero, sino a los Jívaros hasta ahora salvajes, que según parece confirmado, viven todavía en el territorio de Méndez y Gualaquiza, siendo unos cuantos miles. Nosotros por lo pronto tenemos un solo centro de misión, en Gualaquiza, y para llegar a Méndez, hace falta un gufa y unos seis o siete días, pasando a través de selvas vírgenes, y obligados a abrirse paso lo más de las veces, con machete.

A nosotros nos faltan también los medios económicos, y sobre todo el personal. No es prudente, en efecto, exponer al furor salvaje y ciego, la vida de uno o dos misioneros; conviene siempre que en esas misiones esté un discreto número de personas, que luzcan su propia fuerza y la potencia de las armas, único argumento, o cuanto menos el mejor, que convenza a los salvajes a respetar.

Las dificultades en la evangelización de los Jívaros, son mayores de lo que se puede imaginar. Son tres siglos que se sigue luchando, cada vez con más dificultades, y basta decir que los hijos de Santo Domingo, y los de San Ignacio de Loyola, verdaderos modelos de dedicación apostólica, conocidos por su especial aptitud, prudencia, abnegación, llevadas hasta el heroísmo, han obtenido realmente muy poco con relación a los trabajos realizados.

*Vida sacrificada de los misioneros*

El sacrificio es la primera cooperación que Dios pide al misionero para la redención del salvaje. Los nuestros lo han hecho, cuando se despegaron con los ojos llenos de lágrimas, de los brazos del moribundo Padre don Bosco: lo han hecho generosamente, saliendo hacia el Ecuador. Abandonar la familia, la patria, dejar a los superiores y hermanos con los cuales se han pasado los primeros años de la juventud, renunciar a miles de esperanzas e ideales para enterrarse en una selva entre gente que no sabe apreciar el sacrificio y a menudo lo corresponde con la más negra ingratitud; todo esto es lo que siempre me ha hecho imaginar al misionero como una criatura sobrehumana, y la mejor prueba de la divinidad de nuestra santa religión.

La casa donde viven nuestros misioneros es de lo más pobre: enlucida, como ya lo dije, con lodo, a menudo este se agrieta y se cae, dejando unas grandes rendijas que, sin hablar de los inconvenientes, diré que tienen la ventaja de renovar continuamente, y hasta demasiado, el aire. Siendo muy húmeda la planta baja, hubo que construir un segundo piso, pero en algunos cuartos no es posible todavía caminar tranquilamente, hay que calcular el paso de un travesaño al otro, porque las partes entre un travesaño y otro no están rellenas; faltan aún las tablas que deberán formar el piso. La falta de puertas de madera en las ventanas, los expone al peligro de ser, durante la noche, ávido pasto de los buitres. El clima caliente, debilitador, requisiere una comida nutritiva repetida con frecuencia, como se usa en el Brasil; pero lo que les toca en esto a los hermanos salesianos, es completamente diferente. No sé cuál sea su comida durante el año: puedo asegurar empero, que durante la estadía del visitador extraordinario en Gualaquiza, nunca vimos en la mesa ni pan, ni vino; la sopa inevitablemente, estaba sazonada con plátanos cortados como lo hacemos nosotros con las patatas; entre plátanos asados desaparecía esa cantidad mínima de carne seca calentada, que no todas las dentaduras lograban quebrar; de plátanos con azúcar estaba hecho el postre de frutas, y sobre verdes hojas estaban recostados cuatro o cinco blanquísimos plátanos hervidos, para él que no podía resignarse sin la ilusión del pan. Estos salesianos nuestros, viven lejos de todo centro habitado: son tres días siquiera de camino, y solo de vez en cuando van a comprarse lo necesario; pero la harina, cuando la empapa la lluvia, se moja a menudo en

el cruce de los ríos, y la humedad misma y calor de Gualaquiza, no se sabe cómo, generan muy pronto en la harina misma, un gusano que la hace inservible. El aspecto muy poco florido de los salesianos, fue un gran dolor para don Albera: unos cuantos tenían problemas en los ojos, la vista se debilita en casi todos; son flacos y amarillos y se quedan a duras penas de pie. Don Albera me repetía todo el tiempo: "No es posible que estos hermanos nuestros, puedan aguantar largo tiempo con un clima y trato semejante; habrá que cambiarles después de un determinado número de años; esta es una necesidad".

Pero nadie ha podido ser cambiado de sede. El sacrificio de esos buenos hermanos es completo, generoso: todo pensamiento suyo, todo cuidado, tiene el único fin de mejorar a esos pobres salvajes.

#### *Los frutos del trabajo de nuestros hermanos en Gualaquiza*

Lo que los hermanos salesianos han obtenido, con la bendición de Dios, en nueve años de su estadía permanente, no son pocos. La *shantsa* ya no se exhibe públicamente; las guerras fratricidas, se han repetido solo dos veces, y han sido pronto apaciguadas. El que vive en medio de los Jívaros, se da cuenta que el estallido de las venganzas más o menos frecuentes, depende en gran parte del "capitán" que los guía, y nuestros Misioneros, con mil trabajos e intervenciones, han logrado lo que parecía imposible, o sea elegir ellos mismos a los diferentes capitanes. Esto explica la paz relativa que reina actualmente y da la idea de la autoridad que los misioneros han logrado con el salvaje. Y además, el cielo ya tiene muchas almas, que volaron allá desde la selva. Es cierto que en su mayoría, son niños, pero ellos también, sin la obra del Misionero, se habrían visto en la imposibilidad de entrar al Paraíso. Con los adultos se procede despacio en bautizarles, pues se teme, y con razón, que no lleguen a comprender su importancia; sin embargo, en las fiestas, se ve a muchos que asisten a los oficios religiosos. Y esto no es todo. La poligamia, tan usada, se puede decir que está suprimida casi completamente, y se la tolera por principio, solo en los capitanes. Pero los nuestros no se hacen ilusiones, y saben perfectamente que hay que hacer todavía muchísimo más, y que esto requiere tiempo, sacrificio, sin límites, y sobre todo, en abundancia, la misericordia de Dios: esta misericordia, esperamos que sea muy copiosa, por los rezos numerosos hechos y pedidos a los cooperadores.

*La fiesta de María Auxiliadora. La salida*

El domingo 22 de junio, último día de nuestra etapa en Gualaquiza, se celebró la fiesta de María SS. Auxiliadora, precedida por tres días de sermones durante los cuales nos turnamos. Por la mañana la Misa fue celebrada por don Albera; los Jívaros asistieron con sus mejores trajes; por la tarde, colocados en dos filas, seguían la estatua de María Auxiliadora llevada en procesión alrededor de la colina donde se encuentra la Misión. Ese día quedará inolvidable: el espectáculo era realmente conmovedor, y don Albera, cuando volvimos a entrar a la Iglesia, hizo un panegírico de la Virgen, o mejor dicho, desahogó su cariño, asegurando que ese día, lo había compensado abundantemente de las fatigas del viaje. Jesús en el Sacramento, los bendijo a todos, y se retiraron.

El día siguiente partimos. Es duro separarse de los hermanos que acaso no se vuelvan a ver jamás; que se sabe que sufren y están expuestos a peligros. Por largo trecho, pareció que no solamente nosotros nos íbamos, sino que la selva quedara desierta: los hermanos estaban todos a caballo y los Jívaros nos precedían a pie, recomendándonos mil veces que volviéramos pronto.

El viaje de vuelta fue como el de ida. Diré tan solo que la lluvia torrencial que cayó incesantemente, había tumbado ya muchos árboles, que de verticales, ahora estaban en posición horizontal y nos impedían el paso; en estos casos hay que tener la paciencia de abrirse paso con el machete.

*Las aventuras de la vuelta*

Llegamos a Cuenca tres días después, devolvimos las visitas debidamente, y nos pusimos en marcha de nuevo, para ir a Riobamba; debíamos ahora ya no pasar a lado del terrible Azuay, sino atravesarlo. Pero lo peor nos esperaba al anoecer: mientras buscábamos la casa de un cooperador, que debía hospedarnos esa noche; el guía, poco práctico, nos llevó por quebradas y barrancos espantosos. Era una noche oscura; el cansancio nos oprimía, y no llegábamos nunca al suspirado tambo. Después de varias horas de agonía y peligros continuados, que superamos con suerte, llegamos a una casa abandonada, sin ninguna comodidad: baste decir que don Albera y el secretario tuvieron que dormir acurrucados sobre un

tabique que probablemente en otros tiempos había servido de pesebre para los animales. Poco guarecidos del agua, sin cobijas, sacamos lo que tenfan nuestros animales en el lomo y nos servimos de las sillas como almohadas. Esa noche nos pareció más visible que nunca la protección divina. En efecto, don Albera hubiera debido enfermarse seriamente, y al contrario, todo fue cuestión de sentirse los huesos molidos y nada más.

Al amanecer, el gufa había desaparecido. Llamamos a un indio que estaba cuidando animales, y le rogamos que nos hiciera de gufa. El indio, que nunca dice que no, pide permiso de ir a coger no sé qué, y desaparece también: lo esperamos tres horas en vano, con las mulas listas. Fue necesario ir a sacarle de su escondite, y él se excusó, diciendo que no podía abandonar los animales. Le hicimos observar que por algunas horas, podía dejarlos al cuidado de su mujer, y que le pagaríamos bien; pero todo fue inútil y casi tuvimos que forzarle a ayudarnos. En casos parecidos, no hay otro medio; para nosotros era asunto de vida o muerte, y el indio, frente a un gesto decidido, se hace manso y no dice nada más, se vuelve como un corderito.

Las cuevas en algunos puntos eran tremendas; a veces el animal debía trepar en verdaderas losas de piedra casi sin astillas, y a menudo doblaba las rodillas, estaba a punto de resbalarse, y luego se levantaba de nuevo. Qué sustos para mí, que siempre cuidaba a don Albera y estaba siempre detrás de él, pudiendo así, ver mejor los peligros! Andar siempre a pie no era posible; sin embargo había que hacerlo con frecuencia. En uno de estos esfuerzos en plena cuesta, la mula de don Albera, se salvó, pero la mfa después de intentar tres o cuatro veces trepar, se levantó con las rodillas goteando sangre, se resbaló y se abandonó a la caída por el barranco. Tuve justo el tiempo de sacar mis pies de los estribos, y lanzarme al suelo. La mula fue salvada por un arbusto que la retuvo; todo el resto era espesa vegetación que escondía un profundo barranco.

Y por fin, después de quince días de viaje, llegamos a Riobamba, una de las principales ciudades del Ecuador, donde vive el Superior de las Casas Salesianas de esta república. El acostumbrado encuentro a caballo fue de lo más grato para un hijo de don Bosco: eran unos setenta de los más alegres jóvenes de nuestros colegios. Cerca de la ciudad, quisieron hacer una formación de dos hileras, aclamando a don Albera que pasaba

en la mitad; y luego, bien ordenados y con paso regular, lo siguieron; aquí y allá se esparcían flores, y la población llenaba las calles donde don Albera pasaba. Pido perdón por lo que recordé en ese momento: no pude menos de pensar al triunfal ingreso de Jesús en Jerusalén.

### *En Riobamba*

Riobamba, a 2798 m. de altura, tiene 16.000 habitantes, y está situada en un llano muy arenoso: cuando hay viento, cosa que sucede con mucha frecuencia, se ve uno envuelto en una nube de arena. Las calles son derechas y anchas, las casas bajas, tienen algunas iglesias bonitas, y estu-penda es la que se está construyendo, de los Padres Jesuitas. Ellos nos llevaron también a ver el lugar donde fue asesinado, durante la última revolución, su superior, el Padre Moscoso, nativo del país, y hombre de carácter sumamente manso. Los revolucionarios agregaron a la acción impía, el desprecio y la burla, poniendo en las manos de la víctima, un fusil, y divulgando cosas tales, que ni siquiera necesitaron ser desmentidas. Los asesinos profanaron las iglesias, el SS. Sacramento, pero el castigo fue inmediato y tremendo, y todos están asustados por este todavía.

Los Salesianos también, durante la revolución, tuvieron que sufrir mucho; les quitaron el Colegio, que fue convertido en cuartel, los jóvenes y los mismos religiosos fueron dispersados; pero la prudencia y tolerancia del superior local, llegó a reconquistar la casa comprándola, y ahora tiene más de 200 jóvenes en su escuela. Asistimos con satisfacción al ensayo final, al cual se acostumbra invitar a la gente importante de la ciudad. Los jóvenes, colocados todos frente a los examinadores, en una especie de escenario, curso por curso, eran interrogados sobre el programa desarrollado durante el año lectivo; el público y sobre todo los padres, llegaban numerosos a presenciar esta prueba pública de sus hijos. Gustó especialmente la disputa de los tres Jívaros de Gualaquiza, que desde hace varios años están en nuestro Colegio: llevan los nombres de Juan Bosco, Miguel Rua y Juan Cagliero.

En Riobamba se aprovechó la presencia del visitador para hacer la obligatoria conferencia a los cooperadores: y el Padre Cangas, jesuita, se demostró perfectamente informado sobre nuestra obra en la bellísima

conferencia pronunciada en presencia de los cooperadores, y después de esta, en una sala a lado, don Albera dirigió unas palabras de agradecimiento antes que nada, al Dr. Proaño, director de los cooperadores, luego a los celadores y decuriones, y a todos los presentes; luego hubo nuevas inscripciones.

Visitamos la nueva iglesia en construcción, a lado del Colegio que nuestro don Fusarini, con verdaderos sacrificios, está levantando. Los domingos, buena parte de los de la ciudad, después de hacer sus prácticas religiosas, bien ordenados y cantando alabanzas sagradas, van con sus animales, o cargando en los hombros, a coger las piedras necesarias para la construcción del templo, contribuyendo así, a construir la que deberá ser Casa del Señor, y para ellos, puerta del Cielo. Nos conmovió ver con cuanta fe y devoción lo hacían. Dios los ha de bendecir.

Después de saludar al Sr. Obispo, un poco enfermo y vuelto recién del largo destierro impuesto por la revolución, visitamos a las diferentes comunidades de religiosas, donde nuestros Salesianos dictan clases de catecismo, hacen sermones, dan los Sacramentos. Luego partimos hacia Quito.

### *Yendo a Quito*

La primera jornada de viaje, fue hasta Atocha, a caballo. En Atocha se prepara una amplia casa para los Salesianos, que les fue cedida en propiedad. Era un antiguo seminario, convertido en las últimas guerras, en cuartel, y se sabe que los soldados quieren dejar en todas partes su huella, y en esa ocasión fue una huella profunda, pues destruyeron todo lo que pudieron; baste decir que para reponer y decorar en la forma más sencilla ese edificio, no serán suficientes diez mil liras.

Los trabajos han empezado, y se espera en la ayuda de la Providencia. En la pequeña ciudad que queda cerca, Ambato, nos esperaba el Director de Quito. Los Padres Dominicos, con gran caridad, nos hospedaron y el día siguiente, muy temprano, cogimos el coche llamado diligencia y dejamos nuestros caballos, que nos habían cansado, cosa que no nos atrevimos a decir pues sabíamos que nos quedaban todavía tres o cuatro

meses, durante los cuales precisamente los animales iban a ser para nosotros el único, o cuanto menos el principal medio de transporte.

Una hora antes de llegar a Quito, fueron a nuestro encuentro los representantes de muchas autoridades civiles de la ciudad, y de las corporaciones religiosas. Era el último y más completo testimonio de afecto que recibíamos visitando el Ecuador; en la nueva iglesia el pueblo, amontonado, nos esperaba y esperaba el *Te Deum*, que por muy repetido que fuera, nos surgía espontáneo, porque siempre teníamos nuevas misericordias del Señor que cantar.

### *En la capital*

Henos pues en la capital del Ecuador. A 2850 m, en un valle muy desigual, es la más fría de las ciudades interandinas; el viajero se da cuenta enseguida, porque cuanto más se acerca, menos espesa y vistosa se hace la vegetación abundante que hasta ese rato lo había sorprendido. El aspecto de la ciudad es pintoresco, visto desde las lomas que la rodean; a pesar del terreno tan desigual, sus calles son derechas, y algunas bastante anchas y empedradas. Los mejores templos de Sudamérica, digo mejores por arte y riqueza, los encontramos aquí. Digna de ser visitada es la Compañía de Jesús, completamente cubierta de oro puro, de un estilo que no se sabe exactamente definir, y que en América es llamado estilo de los Padres. Numerosísimas son las otras iglesias: muchas, empero, han perdido buena parte de su belleza exterior por el fuerte terremoto de 1859. Numerosos e imponentes son los conventos, especialmente los de San Francisco, de la Merced, de San Agustín, del Carmen, de Santa Clara etc., y él de la Compañía de Jesús, que fue en gran parte quitado a los Padres por el gobierno, y destinado a oficinas públicas.

Pasamos, cruzando la ciudad, delante del edificio llamado Protectorado, también esta obra de García Moreno, situado al pie del delicioso Pichincha.

Es el mejor edificio de artes y oficios de la Ciudad, y los lectores del Boletín ya lo conocen: nuestros Salesianos tuvieron a cargo la dirección por nueve años, ampliando los locales, aumentando los laboratorios y perfeccionándolos, lograron transformarlo no solamente en el primer Colegio de la capital del Ecuador, sino una escuela digna de encontrarse en cual-

quier ciudad europea. Allá los jóvenes, con métodos teórico-prácticos, adquirían, en el menor tiempo posible, los conocimientos necesarios para obtener un diploma, un puesto honorable en la sociedad; y salieron tantos diplomados, que cualquier sacrificio fue compensado. Allá tantos huérfanos y abandonados, recibían la educación moral y religiosa y la comida necesaria para el sustento cotidiano; además aprendían por medio de un oficio, a ganárselo honestamente en el futuro. Cuántos jóvenes que se hubieran dado a una vida de ruina para sí mismos y desgracia y peligros para la sociedad, recogidos en aquel sagrado recinto, demostraban estar preparándose para lograr una serie de éxitos! Cuántas víctimas sustrajo el Protectorado al crimen, a menudo provocado por la ignorancia, el ocio o la miseria! La mejor prueba de la bendición de Dios sobre aquella obra, estaba en la numerosa cantidad de jóvenes, su apego lleno de constancia y gratitud que los alumnos antiguos demostraban a esa simpática institución y sus superiores. Y estos, correspondidos, arrastrados por su entusiasmo y actividad, no daban importancia a nuevos sacrificios, hacían siempre nuevos gastos y mejoras, elaboraban nuevos métodos racionales y los ponían en manos de los jóvenes. Esta obra por supuesto, no podía gustar al enemigo de todo bien ni a sus secuaces; por eso gente comprada empezó a difundir extraños rumores y protestas: que el Protectorado era de extranjeros, que hacía competencia, que hacía educación confesional, que era un lugar donde se hacía política. Esto llevó, durante la revolución alfarista, a la noche del 24 de agosto de 1896, cuando la gente menos podía sospecharlo, noche en la cual los Salesianos, sin saber la causa, fueron sacados del colegio y se los lanzó a todos los peligros por cuarenta días, en las selvas del Paylón, quitándoles hasta el consuelo de poder disculparse. Las dificultades de aquel viaje y las víctimas que hubo, son conocidos por el cuento de Francesia: "Nuestros Misioneros".

Los pobres desterrados, llegados a Guayaquil y enterándose que se hallaba en esa ciudad el General Alfaro, que en esos días era árbitro de vida y muerte, confiando en el testimonio de su conciencia, que es un poder superior a cualquier otro, una fuerza más enérgica que cualquier otra fuerza creada, capaz de resistir y vencer las lanzas de hierro de cualquier tiranía en el mundo, se apoyaron en Dios y en esta verdadera fortaleza indestructible e invulnerable como el genio, y se presentaron, en la persona de su Superior, al hombre que tenía el mando absoluto. El Superior fue acompañado por el Capitán del Puerto y el vicecónsul italiano. El

General escuchó todo, hizo alguna crítica, y luego, vencido por las respuestas de don Calcagno y no sabiendo como justificar la obra de sus emisarios, concluyó lamentando la imposibilidad de hablar con él en Quito, y prometió justicia para los Salesianos. Don Calcagno con los suyos se fue a Lima, pero los Salesianos de Riobamba, desterrados también y ya de viaje, fueron llamados de vuelta, y Dios quiso servirse de ellos para conservar la obra Salesiana en la República consagrada al Divino Corazón. Cuando llegó al Ecuador el Visitador, los Salesianos tenían seis casas, independientes del Gobierno; pero el Protectorado, con los laboratorios que habían sido su orgullo, existían solo nominalmente; los jóvenes disminuían, por el cambio continuo de directores y hasta de máquinas. Dios quiera que ese amplio edificio logre el fin para el cual, con tanto amor, lo hizo construir el Héroe del Ecuador, García Moreno!

#### *En el nuevo colegio*

Nuestra nueva casa, llamada de la Tola, se encuentra frente al Protectorado, al pie de otra deliciosa colina: allá los Salesianos han edificado un modesto Colegio donde estudian más de 200 jóvenes distribuidos en las distintas clases y laboratorios, y construyeron también una iglesita en el barrio, donde hacía falta. Don Albera bendijo un perfeccionado laboratorio de tenería, arte poco conocido allá antes de que llegaran los Salesianos. El Gobernador de la ciudad y su gentilísima esposa, fueron los padrinos, y no solamente elogiaron mucho a los Salesianos, sino que contribuyeron a la obra con generosas ofertas. Dios los compense de su caridad.

Don Albera, después de bendecir todas las secciones del amplio laboratorio, les habló diciendo más o menos así:

Señores, acabamos de asistir a un acto importante, porque grande es todo lo que la religión bendice y la caridad inspira; y ¿cuál más alto ideal que el de socorrer a los jóvenes abandonados, dejados a la merced de sí mismos, a menudo sin techo? Estos jóvenes que llevan en sí el germen de las futuras generaciones, el secreto del porvenir social, el consuelo o el terror de la Patria y la Iglesia? ¡Huérfano y abandonado! Quién no siente la tristeza de estas palabras especialmente pensando en la dulzura de disfrutar de una madre tierna y llena de cuidado y dedicación para nosotros? El

abandonado tiene entorno a sí solamente vacío, desierto, tristeza; ¿quién llenará estos vacíos? Ustedes, mis buenos colaboradores, que quieren tanto, apasionadamente, a estos pobrecillos; Ustedes que serán generosos en su benevolencia, y que con su caridad desinteresada, serán para ellos unos padres y madres; ustedes que les brindarán un porvenir tranquilo y honrado, el porvenir que viene del trabajo que robustece, del estudio que ennoblece, de la religión que consuela, santifica y eterniza la criatura del presente. Sí: ustedes serán el padre y la madre de estos huerfanitos, millares de ellos, que la caridad de sus corazones ardientes alimentará, haciendo de ellos unos hombres honrados y cristianos valientes".

En Quito la simpatía por los Salesianos es grande; todos quieren participar en la construcción de la casa de la caridad, como la llaman, que lentamente, pero cada día más, va creciendo y recibiendo un número más grande de jovencitos pobres.

El Sr. don Albera se preocupó también de obsequiar al San Francisco de Sales del Ecuador, el dulce y cariñoso Mons. González, verdadero Padre de los Salesianos especialmente durante la revolución y la temporada de destierro. Nos acogieron también gentilmente, como dije antes, el presidente de la República, el hijo de García Moreno y muchas otras personas distinguidas, que rodearon casi todas a nuestro Superior, durante el acto musical y literario estupendamente preparado, y realizado aun mejor. Los hermanos de las Escuelas Cristianas invitaron al Sr. don Albera, a celebrar una Misa, y saliendo de la Iglesia, con delicadeza, le presentaron a los 1.300 jóvenes que frecuentan sus escuelas, y estos aclamaron a don Albera; dos de ellos lo saludaron con palabras cariñosas y le agradecieron por el bien que recibieron de los Salesianos, que por tanto tiempo los ayudaron haciendo de capellanes y confesores.

Como siempre, hay abundante trabajo. El Director tenía un Colegio regular, predicaba en las iglesias públicas, atendía a muchas confesiones, y los otros seguían su ejemplo. Dios quiera que vayan allá muchos buenos obreros, porque de lo contrario, es imposible atender a ese inmenso rebaño convenientemente.

*La partida. Un temor excesivo*

Don Albera no estaba muy bien de salud. La altura de la ciudad de Quito, le produjo los mismos efectos que había sufrido en La Paz: dificultad de respiración, fuertes dolores de cabeza. No era oportuno prolongar su estadía. Y el mes de julio finalizaba y nosotros el día 30 teníamos que estar a bordo del barco de vapor que salía de Guayaquil para Colombia. Acompañados por el Director, montamos en tres caballos y en pocas horas llegamos a la última casa que nos quedaba todavía por visitar: el antiguo noviciado de Sangolquí, que la noche de la expulsión tenía más de treinta novicios. Cuántas tristes consecuencias hubo por esa noche dolorosa.

Volvimos a Quito, usando todos los medios de transporte: la diligencia, el caballo, el tren, con tal de llegar luego a tiempo a Guayaquil, hacia donde nos dirigimos viajando días enteros sin parar. El último día pasamos montados en los caballos catorce horas seguidas: el sol era fuertísimo, los caminos en cierto punto, no recuerdo por qué, estaban dañados y nos metimos en la selva, incluso para defendernos contra los rayos del sol. Una vez nos habíamos extraviado: por eso cuando vi una choza, mientras don Albera estaba un poco adelante, me acerqué y pregunté si estábamos en el camino que lleva a Huigra.

"Sí, señor" me contestó un hombre de altivo aspecto, con larga barba completamente blanca, espesa y venerable, y añadió enseguida: "¿Desea tomar algo?" "Gracias, gracias", contesté yo rehusando, pero él no me hizo caso y entró a la choza, destapó una botella y preparó un gran vaso diciendo:

"Tome esta gaseosa, que le hará bien".

Yo seguí rehusando, porque el hombre no me inspiraba mucha confianza, y me parecía raro que me ofreciera esa extraña bebida en ese lugar. Pensaba entre mí, que si realmente era una gaseosa, no había razón de no abrirla en mi presencia, y persistía en mi negativa aduciendo varios pretextos.

Don Albera entretanto, viendo que yo no estaba cerca de él volvió atrás y ese hombre le ofreció la gaseosa que yo no había aceptado. Contesté rápidamente por él, diciendo que no tenía sed, que recién había tomado algo, que beber más podía hacerle daño, etc. Don Albera empero no sospechaba nada y realmente era atormentado por la sed. A pesar de mis rebuscadas observaciones, tomó con gusto el refresco acercándolo a sus labios resecaos. No sé qué hubiera querido hacer yo en ese momento, para impedir que bebiera, sin embargo, por miedo de ofender a ese hombre, tomé yo mismo la gaseosa, para compartir así en toda ocasión el destino con el superior que acompañaba. Cuando nos alejamos, hice observar a don Albera que ese me parecía haber sido un riesgo muy grande, y que debíamos seguir confiando en Dios: y efectivamente, ese hombre, bajo ese áspero aspecto suyo, escondía un alma caritativa y gentil, y acaso había tenido ocasión de experimentar él mismo la tremenda sed que nosotros tuvimos, o, seguramente, tuvo compasión.

#### *Otro acto caritativo. En ruta hacia Colombia*

El día siguiente, otra obra de caridad nos demostró una vez más, lo amorosa que era la Divina Providencia. En Huigra habíamos dormido al amparo de una mísera carpa, y en una casa de madera aún en construcción, habíamos celebrado la Misa, auténtico consuelo para el Misionero, y más para nosotros, que no estábamos acostumbrados a esa vida tan dura.

Despedimos al gufa, nos cambiamos de traje y subimos al tren: conforme nos acercábamos a la costa, nos dábamos cuenta de que estábamos bajo los ardientes rayos del sol ecuatorial. Eran las dos de la tarde, y los vagones parecían otros tantos hornos; cuando el tren se detuvo, por una media hora, invité a don Albera a bajar y tomar algo. Me contestó que realmente no deseaba nada, en absoluto: su estómago estaba como inerte, y tan solo sentía la necesidad de una taza de caldo caliente, cosa que era inútil esperar en ese lugar. Apoyé la cabeza en mi mano derecha, y estaba devanándome los sesos intentando ver lo que era conveniente hacer, porque ya era tarde y no habíamos probado bocado, cuando de pronto alguien golpeó la puerta del tren: era una chica que nos llevaba dos tazas de caldo, mientras una señora, a lo lejos, desde la ventana, gentilmente nos invitaba a servimos. Don Albera, sonriendo, me preguntó si podía-

mos tomarlo, y yo no contesté, sino me limité a servirme yo primero: fue un verdadero alivio, un gesto maternal de la Providencia.

En Guayaquil nuestros Salesianos habían preparado a algunos jóvenes a la primera comunión, que recibieron de Don Albera. La noche siguiente, fuimos fastidiados por el estallido de varios incendios, y algunas casas cerca de nuestro Colegio desaparecieron. Como 26 cuadras y varias iglesias, habían sido reducidas a cenizas unos quince días antes.

Nos anunciaron que desde el Callao había llegado el vapor Colombia, que debía llevarnos a Panamá, y nosotros nos despedimos de nuestros Salesianos y jóvenes, y nos preparamos a viajar: era la última parte del Océano Pacífico, y el viaje debía durar solamente tres días: todos nos desearon que el Pacífico se portara realmente tal, y nosotros agitamos por última vez nuestros pañuelos, nos alejamos de esa República que nos había hospedado dos meses, y que había costado ya tantos sudores, sacrificios económicos y hasta víctimas, a la Pfa Sociedad Salesiana. Sean estos los vínculos eternos, que nos aten siempre a esa generosa nación, a la cual don Bosco moribundo bendijo enviándole sus obreros evangélicos.

## LUIS GIACCARDI

*Lo poco que se conoce de él se refiere a las circunstancias de su muerte. Fue en efecto uno de los cuatro Salesianos barridos por una epidemia de fiebre amarilla en junio de 1912, en la ciudad de Guayaquil. Tenía 50 años.*

*Tuvieron de veras muy mala suerte el P. Giaccardi y sus compañeros, porque murieron exactamente en la época en que el sabio japonés Hideyo Noguchi estaba por liberar a la Costa ecuatoriana del terrible flagelo.*

*El texto aquí reproducido no presenta grandes novedades pero es un aporte más para conocer los criterios con que trabajaron los primeros misioneros salesianos.*



## La vida en medio de los Jívaros\*

Gualaquiza, 16-03-1902

Revmto Padre:

Aquí estoy, después de tanto tiempo, para darle algunas noticias de su predilecta Gualaquiza. En esta época de paz incluso entre los salvajes de Gualaquiza, la Misión está tomando fuerzas y se puede hacer más bien con mayor tranquilidad. El Director Don Mattana, durante el mes de agosto del año pasado, aprovechó esta paz y reunió a todos los Jívaros de Gualaquiza, hasta donde pudo, y a los colonos. Después de explicar las razones de tal reunión, con la aprobación de ambos grupos eligió, entre los salvajes, a dos de los más pacíficos y los llamó jefes o capitanes de los Jívaros que viven y tienen casa en la zona de la Misión. Luego les exhortó a ir todos los domingos a Misa, en la Misión, y a vender en la plaza los productos de sus artes y de la cacería. Esta propuesta fue aceptada por unanimidad, y entonces el Director regaló a cada capitán una camisa de lana roja y un pantalón, como "uniforme", y así los despidió. Sin embargo algunos Jívaros, los que mataron al pobre Ramón, y sus familias, quedaron descontentos, porque habrían deseado que sea elegido un jefe de su familia, para poder seguir con la enemistad que tienen con los parientes de Ramón. Entonces este grupo, para vengarse, ni asoma a Misa ni llega a la Misión. Esto nos aflige mucho, y tal vez se haga necesario elegir a un tercer capitán.

---

\* B. S. 1902, p. 274.

Los Jívaros de Gualaquiza están en paz, pero los de los alrededores no: Zamora, Chuchumbeza, Pongo, Provedurfa, Méndez, etc., siempre tienen ganas de azusarse entre sí. En Méndez, hace un mes, fue matada una familia de Jívaros, pariente de los de Indanza y Gualaquiza. Estos pensaron enseguida en vengarse, pero con un poco de regalos, y explicándoles el catecismo donde se habla del perdón, logramos amansarlos.

Algunos del Pongo, llamados Patacumas, pertenecientes a nuestro Vicariato, mataron a otros del Chuchumbeza, cuyos parientes fueron furiosos a Gualaquiza y pidieron ayuda a otros Jívaros para realizar su venganza. Pero, con la ayuda de Dios, esta vez también se pudo calmar los ánimos, y ninguno de los de Gualaquiza tomó parte en la cosa, de manera que los ofendidos tampoco pudieron tener su venganza porque (a pesar de su decisión de combatir solos) viendo una horda de Patacumas listos a defenderse y a hacer daños peores, se retiraron en espera de una ocasión más favorable.

En estos días tuve también una notable satisfacción de parte de los Jívaros. Se enfermó gravemente uno de ellos, llamado José María Yugma, y su mal se hizo tan grave que todos los hombres y mujeres de las casas empezaron a llorar desesperadamente, y corrieron al Colegio para rogarme que acudiera a atenderlo. Me fui enseguida llevando conmigo algunos remedios y los objetos del rito, etc. Me acerqué al enfermo, su pulso estaba muy débil, y procuré incitarlo a tener confianza en María Auxiliadora, que tanto quiere a sus pobres Jívaros. Le di luego la bendición de María Auxiliadora y la que les corresponde a los enfermos adultos, le hice tomar unos remedios y le dejé otros para que los tomara después de unas horas... El día siguiente el pobre moribundo fue al Colegio a agradecer a la Reina del Cielo y los misioneros, y me pidió una manta para ampararse del viento.

Hace cinco días, oyendo nuevos desgarradores lamentos cerca de la jivarfa, corrí enseguida y poco después di con un Jívoro, llamado Antonio Nantipa, con los ojos llenos de lágrimas. Le pregunté qué tenía. "Padre, Padre, pronto viniendo; mi hijito muriendo pensando, mucho enfermado, mucha disenterfa teniendo, un remedio darás". Di un remedio con las indicaciones correspondientes y el pobre padre volvió a su casa. Una hora después, otro Jívoro lloroso y sin aliento llega y grita: "Padre, pronto

viniedo vos mismo, mi sobrino, Nantipa hijo, ya muriendo pensando". Y, casi para empujarme a irme allá más pronto, añadió: "¿Acaso vos otro día no curando mi Yugma? ¡Vos rezando, remedio dando! Mi guambra sanando. Oh Padre, ve, yo te traigo yuca para vos" y siguió así hasta que me vio decidido a ir de inmediato, a pesar de que ya eran las cinco de la tarde. Entré en aquella casa, donde entre los ladridos de los perros y los llantos de los Jívaros, especialmente de la madre del niño enfermo, me pareció que había un caos tan grande que recordaba el fin del mundo, y me cogió un dolor de cabeza tan fuerte, que a duras penas podía quedarme de pie. Bendije al chico enfermo, hice rezar a los parientes, di algunos remedios, y consolé a los padres dándoles algunos regalitos y unas indicaciones para el cuidado del enfermo, y volví al Colegio cansado, sí, pero contento de haber hecho un poco de bien. Quise contarle a Ud. estos dos acontecimientos, entre los miles que nos suceden, para que tengan una idea de lo penosa que es esta Misión, particularmente porque los hermanos religiosos no pueden estar reunidos, pues siempre, uno de nosotros debe ir de diócesis en diócesis del Ecuador en busca de limosnas para la Misión.

Bendiga, Padre, nuestra Misión; se despide su hijo en J. y M.

*Sac. Luigi Giaccardi*



## JUAN DE MARIA

*Es poco lo que se sabe de él, porque dejó la Congregación Salesiana muy temprano.*

*Siendo aún seminarista fue enviado a la misión de Gualaquiza y, probablemente, fue el primer salesiano que se dedicó con total determinación al estudio de la lengua shuar. Pero eran años de enormes dificultades, agravadas por la expulsión de los Salesianos de parte del gobierno del General Eloy Alfaro: solo los de Gualaquiza pudieron quedar, aprovechando el aislamiento. Pero la lejanía, el clima, las desilusiones por la aparente falta de resultados en el trabajo catequístico y educativo deben haber minado la resistencia del joven misionero que acabó abandonando el campo. El hecho que haya elegido vivir un tiempo en una familia shuar para estudiar la lengua proyectó cierta sombra de desconfianza hacia quienes demostraban particular entusiasmo por la cultura shuar.*

*Murió a los 25 años en Atocha (Ambato-Ecuador).*



## El bautizo de un Jívaro\*

Gualaquiza 16-08-1904

Excmo. Mns. Costamagna:

La mañana del miércoles 10 de agosto, llegaron a la misión dos jóvenes de Pachicosa acompañados por el Capitán Cayapa, para avisarnos que cierto Yangura estaba moribundo, porque había sido asaltado y desgarrado por un tigre. El pobrecillo no había sido bautizado aún. Cogí rápidamente los remedios, el catecismo Jívaro y me fui con los dos salvajes, encomendándome a los rezos de los hermanos religiosos y los jóvenes. En el camino me encontré con el joven Francisco López, nuestro ex alumno, que ofreció acompañarme y esa fue una gran ayuda. Tuvimos que cruzar a nado un brazo del río Bombofza, que salido de su lecho normal, se había convertido en río bastante grande e impetuoso; el Bombofza lo cruzamos con una pequeña canoa tan vieja, que dejaba entrar agua por todas partes.

Ya era tarde cuando llegamos a la casa del viejo Naranza. Nos saludó cordialmente, nos ofreció yuca y plátanos, pero seguimos viaje hasta la casa del Jívaro Juan Chiriapa, que con la mujer y una hija estaba sentado en el suelo; los tres estaban tristes, angustiados, canturreando una letanía tristísima. Les pregunté la razón y me contestaron que pocos días antes había muerto su hijito, su dicha, su delicia, que lo habían enterrado allá, en el interior de la casa misma, le habían colocado encima la olla de la

---

\* B. S. 1905, p. 23.

chicha, una canasta de yuca, y ahora llamaban a la "almita blanca" para que saliendo de las selvas de la zona, se dignara volver a la casa para saciarse con el néctar dulce, y a revolotear sobre las cabezas de sus queridos, que inconsolablemente lloraban su pérdida. Tanto dolor me conmovió y les hice entender que esa almita blanca, no estaba dándose vuelta por la selva, sino gozando ya de la dicha celestial, y que desde allá los ayudaría mucho.

Se animaron bastante, me ofrecieron hospedarme, me dieron comida, que acepté con gusto, y después de muchos ruegos, me recosté a lado de ellos. La mañana siguiente llegó temprano el hijo de Naranza, Miguel Ignacio Tayuta, enviado por el padre para que me acompañara y sirviera de intérprete. Nos pusimos en marcha enseguida y a eso del mediodía, estábamos en la playa del río Chuchumbleza, muy crecido por las lluvias ininterrumpidas; no había canoa y tuvimos que cruzarlo a nado. Eran las cinco de la tarde cuando mis compañeros, llegando a un riachuelo, se detuvieron, se lavaron en las límpidas aguas, se peinaron bien, se pintaron la cara con extraños dibujos: en una palabra, se prepararon bien, y yo entendí que nuestra meta estaba cerca, y efectivamente, después de unos pasos, el ladrido de los perros anunció que estaba cerca una casa. Salimos de la selva y entramos en una huerta cuidadosamente cultivada con yuca. Había tres chozas: una del viejo Ungucha, otra del médico Cayucha, y la tercera del Jávaro Natipa. En el centro había un claro sobre el cual estaban preparando unos palos para fabricar una casa grande y reunir allá a las tres familias.

Me acerqué a la choza donde yacía el enfermo. Cuando me vieron, todos fueron a mi encuentro, saludándome y mostrando una inigualable satisfacción. Yo también los saludé, y los hice arrodillar allá en el patio, para rezar. Luego entré en la choza construida expresamente para Yungura, que a pesar de los crueles dolores, demostró lo mejor que pudo la dicha de verme. El pobrecillo estaba en su dura cama, lamentándose dolorosamente. Le descubrí el cuerpo, y ¡hay horror! estaba realmente desgarrado. El brazo derecho estaba completamente destruido; debajo de la axila colgaba las carnes desgarradas y podridas; el hueso estaba quebrado en diferentes puntos y hecho astillas; a lo largo del brazo, hasta la mano, se contaban quince mordiscos que traspasaban las carnes, y el conjunto era una masa de carne hinchada y llena de materia podrida; en la pierna iz-

quierda también se contaban seis mordeduras; otras cuatro en el brazo izquierdo, y de cada hoyo producido por la mordedura salía continuamente materia podrida con un hedor insoportable. Lo lavé con aguardiente, apliqué en las heridas ácido fénico, le colgué al cuello la medalla de María SS. Auxiliadora, le hice recitar una breve oración y comencé a prepararlo para que recibiera el Bautizo porque, salvo por un eventual milagro de la Virgen, su próxima muerte era segura. Fui a visitarle por la noche y por la mañana, después de catequizar un poco a los salvajes, puse de nuevo remedios sobre las heridas del enfermo, y me fui a otra jivarfa a un par de horas de marcha, hacia el occidente.

Volví luego a la jivarfa del Ungucha, pasé el día haciendo un poco de bien a esos salvajes, y preparando al enfermo, para que recibiera pronto las aguas purificadoras del bautizo, que prometí darle el día siguiente.

En efecto, la mañana del sábado me levanté más temprano que de costumbre y corrí donde el querido Yangura; le volví a repetir en idioma Jívaro todas las cosas más necesarias, como la unidad y trinidad de Dios, la justicia divina, la llegada, muerte y resurrección de Cristo; la necesidad del Bautizo; todos los Jívaros se reunieron alrededor, recitamos el Padre-nuestro y el Credo, dándole el nombre de José María; dejé entonces caer en su espalda las aguas purificadoras; las aguas que debían lavar su alma y romper las cadenas del demonio que lo tenían envuelto desde hacía más de treinta años. La ceremonia solemne estaba terminada, y el pobrecillo muy conmovido, demostraba bien conocer el favor grande de Dios, que había recibido en ese momento...

El día siguiente, domingo, me interesaba encontrarme temprano en Gualaquiza y después de dar un poco de catecismo a aquellos indios, les distribuí unos regalitos, saludé por última vez al enfermo, saqué muy apurado, pero por varios inconvenientes no pude llegar a Gualaquiza antes del domingo por la noche. Paciencia; ¡siempre es un gran consuelo haber encaminado a un alma al Paraíso!

## Milagrosamente salvo\*

Gualaquiza, 9-05-1905

Revmo. Sr. Dn Rua:

Acabo de regresar de la Misión de Pachicosa a donde viajé juntamente con tres carpinteros para levantar una capillita y una pequeña casa; me acompañó el Sr. Reinaldo Moscoso, hijo de un excelente bienhechor nuestro. Muchas fueron las dificultades que nos opuso el enemigo de todo bien, pero, gracias a Dios y a María Santísima, la obra está terminada y cuando regresemos la próxima vez encontraremos una casita para guarecer y una capilla para rezar.

En el camino nos acompañó un lluvia continua y torrencial, que hizo crecer desmesuradamente los ríos, tanto que no se los podía cruzar sin grave peligro. Y, de veras, corrimos el riesgo de perder la vida. Al regreso intentamos cruzar con la canoa el río Chuchumbeza que por las muchas aguas, era muy torrencioso. Intenté pasarlo yo primero, con los carpinteros, pero llegamos al centro de la corriente, la fuerza de las aguas nos venció y, torciendo la proa, nos empujó abruptamente hacia abajo. De nada servía el esfuerzo de remar. Volábamos precipitadamente en las aguas turbulentas. Me dirigí a María Auxiliadora y a San José, los invoqué con todo el corazón y empezamos a remar con fuerza renovada; pero todo esfuerzo era inútil. De improviso un nuevo y más impetuoso torrente de

---

\* B. S. 1905, pp. 266-267.

agua se adueñó de la canoa y en un instante vimos que se dirigía contra una roca; me estremecí, cerré involuntariamente los ojos y en seguida se escuchó un golpe formidable.

La canoa debía despedazarse, pero la SS. Virgen y San José nos protejieron y se quebró tan solo la proa; pero empezó a entrar agua. Los dos compañeros que ocupaban la proa, de un brinco se pusieron a salvo en la orilla mientras que yo, que me encontraba en la popa, no tuve tiempo de hacerlo y la canoa empezó nuevamente a correr enloquecida. Pero el cielo me auxilió sin saber cómo, pude agarrarme de la raíz de una planta y me quedé suspendido, mientras la canoa seguía arrastrada por la corriente.

Acudieron los compañeros y me sacaron afuera, uno por una mano y otro por las piernas. Pero ¡qué situación! Las raíces a las que me había aferrado estaban llenas de espinas, que me dejaron muchos recuerdos; pero esto no fue nada: lo que nos esperaba era la pérdida de todas nuestras cosas, que habían quedado en la canoa. Pero ¿qué se podía hacer? Tuvimos que regresar. Tuvimos una pérdida de 106 escudos, pero salvamos la vida.

Pero aquella noche tuvimos que dormir mojados, así como nos encontrábamos, sin descansar nada, en la orilla del río. El día siguiente, no teniendo ya nada que cargar, nos resultó fácil cruzar el río a nado y seguir caminando hasta las jivarías de Gualaquiza. Querido Padre, ¡si hubiera visto qué caravana tan chistosa! Todos habíamos perdido algo de nuestro vestido, quien una cosa, quien otra. Uno estaba en calzoncillos, otro sin camisa, todos sin sombrero; sin poncho y sin zapatos; imagínese qué espectáculo.

En esta situación nos tocó pasar unos días entre los Jívaros de Gualaquiza porque el río Bombofza y un ramal suyo estaban muy crecidos. Cuando Dios quiso, con la ayuda de nuestra querida Virgen, superamos los últimos obstáculos y llegamos a la casa de la Misión.

El ingreso fue triunfal: descalzos, con la cabeza descubierta y la sotana hecha girones.

Bendíganos, Padre a nosotros y a la misión de Pachicosa, para que produzca frutos abundantes.

*Clérigo Juan de María  
Misionero Salesiano*

## ANTONIO FUSARINI

*Nació en 1848 en Paderno d'Asolo (Treviso-Italia). Fue miembro de la última expedición misionera enviada por Don Bosco a América, la misma que llegó a Ecuador a fines de 1887.*

*Fundó la casa de Riobamba y, por nueve años (1899-1908), fue superior de todos los Salesianos del país. En 1912 una epidemia de fiebre amarilla se lo llevó con otros 3 cohermanos, causando una crisis no pequeña en la comunidad, que se recuperaba lentamente de la expulsión y de los demás golpes causados por la revolución liberal. No fue misionero en la región amazónica, pero tuvo que visitar la zona, a causa de su cargo de superior provincial.*



## La vida en Gualaquiza\*

El Rev. don Antonio Fusarini, Inspector de las Casas Salesianas en el Ecuador, en junio pasado fue a visitar la casa-misión de Gualaquiza, donde algunos de los nuestros, por un lado mantienen una escuelita de artes y oficios y agricultura para los hijos de los blancos, y por otros atienden como pueden, a los Jívaros de los alrededores, que poco a poco van amansando su terrible carácter.

En efecto (citamos de un relato enviado al Sr. don Rua) "no pocos Jívaros se avinieron a vivir unidos en matrimonio religioso, hacen bautizar a sus hijos escogiendo a los padrinos y madrinas entre los blancos que viven cerca de la misión; reciben los SS. Sacramentos, se demuestran muy encariñados y obedientes a los Misioneros y los días de fiesta, asisten a la Santa Misa y Catecismo, que se les hace en idioma Jívoro no solamente los domingos, sino también entre semana, cada vez que familias enteras se presentan a la Casa-Misión. El Inspector, don Fusarini, el día de su santo, 13 de junio, tuvo la satisfacción de bautizar a una niñita de pocos meses y a otra de unos seis años. La primera se agitaba y gritaba como si estuviera presa del demonio, la otra, guiada por su papá Jívoro, con las manitos juntas y muy piadosamente recibió el aceite sagrado y presentó su cabecita al sagrado lavado, con tanta devoción, que conmovió a los presentes.

---

\* El relato es de 1905. Publicado en el *Bollettino Salesiano* de 1906, pp. 15-16.

Los niños Jívaros también podrían educarse a fondo, pero es difícil obtener que las familias los confíen a los misioneros, que podrían hacerlos educar debidamente en las varias casas de la República.

Seguramente, se pudiera lograr mucho más si se pudiera penetrar más adentro en la selva, catequizar regularmente a los Jívaros en sus chozas, y construir siquiera unas capillas en los centros más remotos y poblados. Pero para hacer esto, hay que abrir caminos, especialmente para llegar a Indanza y Méndez, donde los salvajes son más numerosos, y donde sería indispensable otra residencia de Misioneros.

¿Cómo hacer? Actualmente, los pobres Misioneros ya no saben cómo lograr satisfacer las más urgentes necesidades de la vida... No tienen subsidios, y las ofertas mismas de los cooperadores, disminuyen considerablemente. De ahí la necesidad de que uno de ellos, viva casi todo el año lejos de la misión, en busca de limosnas. ¡Oh! ¡Cuántas veces los pobres misioneros, se ven obligados a satisfacer su hambre con algunos plátanos y un poco de yuca, cuando no deben forzosamente regalarlos, quitándoseles a sí mismos, a familias enteras de Jívaros, que se presentan en la Misión pidiendo comida y regalos! No darles gusto significaría querer que no se presentaran nunca más a la Misión.

En pocas palabras, habría que ver, para hacerse una idea de la vida sacrificada que llevan los pocos Misioneros de Gualaquiza..."

A pesar de esto, esos generosos hermanos salesianos, siempre están animados por un entusiasmo cada vez más fuerte, para la redención de los pobres salvajes. El superior de la Misión, don Francesco Mattana, el 20 de septiembre pasado, escribió a don Rua: "Actualmente, amadísimo Padre, mucho más que en cualquier otra época sentimos la necesidad de poderosas ayudas de buen personal y dinero, porque el inmenso campo evangélico nos presenta, gracias a Dios, la esperanza probable de salvar a un número mayor de estos pobres salvajes.

Hasta la fecha, en Gualaquiza hemos trabajado para crear buenas bases, haciéndonos amar y apreciar por los salvajes, y conocer entretanto sus costumbres y las zonas más pobladas.

Ahora, habría que fundar nuevas residencias y al mismo tiempo, abrir caminos para poderlos visitar más a menudo y con más facilidad en sus casas, porque visitarles en sus bosques, es la mejor manera para que sean nuestros amigos y lograr encaminarlos a abandonar su ferocidad e inducirlos a ir de vez en cuando a la casa de la Misión.

Por esto, en estos días estamos abriendo un camino de Gualaquiza a Indanza, o sea hacia Méndez y el Pongo, donde tendremos dentro de poco, una colonia de buenos cristianos del católico pueblo de Gualaceo.

Ya formamos otro centro entre las tribus de los Jívaros Pachicosas y Chuchumbleza, en la orilla izquierda del gran río Zamora y en la derecha del río Chuchumbleza, donde ya empezamos a fabricar una casa con una capillita. Otro centro ha sido fundado en la orilla derecha del río Bombofoza, entre las tribus de los Naranza, donde incluso marcamos el terreno para construir, allá también, una capilla y una casita. Así mismo, entre los dos ríos Cuchipamba y Cuyes, estamos formando un centro y haremos otra capillita entre las tribus de los Jívaros de Tuledu... Y pensamos formar muchos, muchos ceniros más con la ayuda de Dios, por ej. en el punto de unión del gran río Zamora con el Bombofoza, etc. De todos los centros ya establecidos, los dos puntos, de Indanza y Pachicosa, necesitan la estadía ininterrumpida de un Misionero, y por tanto, la formación de dos casas de Misión, tanto por la lejanía, como por lo numerosas que son aquellas tribus.

¿Qué dice de todo esto, queridísimo Padre? Habría que realizar estas dos fundaciones en el transcurso del próximo año, 1906... Entretanto, nosotros seguiremos abriendo los dos caminos... fabricando en los dos puntos establecidos, unas chozas, poniendo unas plantaciones para poder preparar, para los futuros misioneros, algo de lo necesario para su sustento. Nos parece que llegó la hora de ampliar nuestra acción en favor de estas tribus, hasta ahora rebeldes contra la luz del Evangelio, envolviendo sus selvas en una red de centros misioneros, enseñándoles a acudir periódicamente a estos, seguros de encontrar allá a los Misioneros. Pero, para todo eso, esta única residencia de Gualaquiza es insuficiente..."



## MIGUEL ALLIONI

*Nacido en 1880, cursó en Turín estudios de ciencias naturales, especialmente de botánica, lo que dejó una huella muy visible en el estilo de sus relatos.*

*Es, sin lugar a dudas, el salesiano que se dedicó con más rigor al estudio de la cultura shuar. De haber vivido, hubiera dado un aporte decisivo al conocimiento de la etnia.*

*Lamentablemente se fue muy pronto; durante una breve estadía en Guayaquil en 1912, la fiebre amarilla se lo llevó. Tenía 32.*



## Dos excursiones a los Jívaros\*

Gualaquiza, 9-07-1909

Revmo. Sr. D. Miguel Rúa:

Satisfaciendo los deseos de mi Superior el P. Santinelli ,he realizado una excursión por las poblaciones cristianas del alto valle del Bomboiza, para darles a todos facilidad de cumplir con el precepto pascual, y lo verifiqué a los principios de Junio entre el Domingo de la Sma. Trinidad y el Jueves de Corpus. Ayer volví de otra excursión por las tierras de los Shuáras, habiendo avanzado hasta unos márgenes del Chuchumbeza y visitado todas las jivarías distribuidas entre los ríos Bomboiza, el Chuchumbeza y el Zamora. Conociendo el interés con que V. R. mira esta misión, voy a describirle lo más importante de mis correrías.

### *Primera excursión*

#### **Caminos pesados. En la Hacienda Samaniego interesantes ruinas**

El 6 de junio, víspera de la Sma. Trinidad emprendí el camino de Aguacate en compañía de un valiente joven. Los días anteriores había llovido bastante, y ese mismo día amagaban los temporales; puede V. R.

---

\* Este texto y el siguiente han sido reproducidos, sin citar la fuente, por el P. Elías Brito en la *Apoteosis de San Juan Bosco en el Ecuador* Tomo III. Las Misiones Salesianas, Quito, 1938, p. 651 ss.

figurarse en qué estado se hallaría el paso del Cután, ya tan espantoso en tiempo de sequía. Habían caído muchos árboles, lianas obstruían el camino, y el fango, consistente entre las raíces de los árboles, llegaba al vientre de las caballerías. Varias veces me vino la tentación de retroceder y lo hubiera hecho si no hubiese sido por el pensamiento de quién sabe cuándo se presentaría de nuevo con ocasión de realizar esa visita. Después de dos horas de continuo bregar, estábamos en Portón, mientras ordinariamente se hace ese camino en una hora.

Aquí el camino siguió relativamente bien. La lluvia nos sorprendió mientras estábamos en Sococha y nos guió por la tarde, insistente, molesta, haciendo difíciles y peligrosas las subidas y bajadas. Es un camino infestado de serpientes, y la compañía de peones que limpia el camino encuentra una o más cada día. Uno fue hace poco mordido por un *machanchi*;<sup>1</sup> lo transportaron en brazos hasta nuestra Casa-misión donde fue curado y puesto fuera de peligro en tres días. También nosotros encontramos no pocas: mi mula pude refrenarla. El verde reptil, se desenvolvió tranquilamente y huyó a esconderse en la hojarasca: medía más de tres metros de largo.

Al atardecer llegamos a la hacienda de D. Alberto Samaniego, en donde, según antigua costumbre, hay siempre preparado un aposento para los Misioneros. D. David, padre de D. Alberto, había dispuesto ya todo para edificar una linda capilla, pero la muerte le atajó en tan hermosos planes, y el material acumulado por el padre tan solo espera la ocasión en que el hijo halle proporción para realizar la obra.

Faltaba D. Alberto esa tarde, y nos hizo los honores su mayordomo, antiguo y buen amigo de los Misioneros. En el puesto de honor se halla el cuadro de María Auxiliadora, que es la Protectora de la hacienda; allí hay también un altar. A la hora conveniente nos reunimos todos al pie del altar y rezamos el Rosario y las Oraciones de la noche.

Pensaba madrugar para ir hasta la capilla pública de Rosario y celebrar allí la santa Misa; pero la lluvia caía más abundante que nunca.

---

1 Es la más venenosa de las serpientes. No curada a tiempo, su mordedura es siempre mortal.

Entonces convocamos a son de cuerno, que hace de trompeta y de campana, a todos los habitantes de la montaña. A pesar de la lluvia se reunieron todos los que podían hacerlo; confesé, dije Misa, prediqué y les di la Santa Comunión.

Estas montañas, hoy despobladas casi por completo, fueron un tiempo densas poblaciones. Antes de la invasión española, los indios Cañaris y Quichuas y más tarde los Incas habían edificado lindas ciudades, rodeadas de murallas, cuyas ruinas se ven hoy dispersas en medio de los bosques. Yo vi ruinas de una ciudad en la confluencia del S. José, con el Remate, y vi que dan todavía idea de las ciudades, situadas en posición estratégica, con puentes de piedra sobre los ríos, con muros de circunvalación, que ocupan un perímetro de dos kilómetros y medio, que se enlazan con otros muros naturales formados por las escarpas, hábilmente aprovechadas, de los ríos; con la gran plaza donde seguramente se levantaba el templo del sol, según costumbre incaica. Las calles eran rectas, de más de cuatro metros de anchas; las casas colocadas simétricamente, dan a conocer que esa ciudad (probablemente la famosa Logroño) era una plaza fuerte, colocada en la entrada del valle para defenderlo de los asaltos de los Jívaros.

En medio de las ruinas se encuentran muchas armas del tiempo de los incas, como hachas de piedra y seguros de cobre como también piedras de moler maíz, las cuales se usan todavía en las haciendas: pero nada se encuentra del tiempo de los Españoles, lo que demuestra que la ciudad fue destruida antes de la Conquista o tal vez por los mismos Españoles durante la misma. No pude disponer sino de muy breve tiempo para observar esos restos; pero estoy resuelto a dedicarles, apenas pueda, siquiera un día entero, y a levantar su planta. Ciertamente que el trabajo de reconocimiento lo dificulta una vegetación al menos tres veces secular, en donde hay árboles colosales cuyos troncos llegan a tener metro y medio de diámetro, y lianas y bejucos y trepadoras que han cubierto lo que no han podido destruir. El cemento o argamasa con que trabaron los bloques de las murallas hacia el Noroeste, eran tan resistentes, que apenas pocas lianas crecen de ese lado.

También encontré restos de poblaciones a orillas de Cuchipamba, y se me dijo que en la cresta de la montaña se hallan escombros de una gran

ciudad bastante conservados. Sobre las crestas del Leonurco también se encuentran en una extensión de leguas y leguas, pero no son de ciudades incaicas, sino de los Quichuas, y se conocen porque las murallas estaban adheridas no con cemento sino con fango; por eso hoy apenas se ven los fundamentos. Los nombres mismos de los ríos, de las montañas, de las aldeas, de las plantas, son quichuas y casi nada se resiente en estos lugares de la influencia española. ¡Cuánto material para el estudio de la primitiva raza que habitó estos valles y que no desapareció en ellos hasta bien entrada la conquista, cuando en la altiplanicie modificaron mucho su tipo los Incas primero, y los Españoles después!

Perdóneme la digresión, que cuando menos sirve para indicar el último punto avanzado de las primitivas poblaciones de la altiplanicie. Es cierto que existen otros vestigios de poblaciones, o mejor dicho, de Colonias, en las llanuras del Paute, del Santiago, del Pastaza; pero éstas ya pertenecen a la época española, y no desaparecieron sino cuando la raza jívara se levantó en masa contra los españoles que querían reducirlos como lo habían hecho con las tribus de la altiplanicie. Y es bien probable que a este tiempo deba referirse la destrucción de la ciudad que se alzaba entre los Ríos Remate y S. José, en que debieron de ser pasados a cuchillo la mayor parte de los habitantes, mientras los supervivientes, según una tradición que se conserva entre los Quichuas, y los Jívaros, repasaron el Matanga. Hago observar también que está históricamente admitido que entonces tuvo lugar la fundación de Jima en la altiplanicie junto a los manantiales del Samar, por los indios que habitan las orillas del Cuyes, los cuales llevaron consigo un cuadro de la Virgen del Rosario muy venerado.

*En Rosario y en Cuchipamba. Flora maravillosa. La piedad de una familia*

Volviendo a mi excursión, aquel mismo día, habiendo amainado algún tanto la lluvia, proseguí mi camino y llegué a la capilla del Rosario junto a la casa de D. Jesús Brito, buen cooperador salesiano. Habíase ya corrido la voz de mi llegada y por lo mismo toda la gente se reunió en aquella capilla, fabricada toda de perfumado cedro (*Cedrela odorata*). Había más de 40 personas. Rezamos el rosario y me senté a confesar hasta bien entrada la noche, para continuar el día siguiente hasta las nueve. Luego dije misa, prediqué, les distribuí la sagrada Comunión y por último bendije sus casas y sus plantaciones de paja toquilla, de yuca, caña de

azúcar, bananos. Aquella buena gente, había pasado la noche en el estrecho pórtico de la iglesia y en el solar de la casa del señor Brito, desafiando la intemperie, para poder cumplir con sus deberes religiosos.

De ahí partí para Cuchipamba, distante unas tres horas a caballo, al otro lado del Remate. Cuchipamba, más bien que una montaña, parece una escalera que sube poco a poco hasta las cumbres del Chucurrillo. En este viaje fue cuando atravesé las ruinas, pero el mal tiempo no me permitió detenerme. Apenas entré en Cuchipamba, me dirigí a la casa del Sr. Quintanilla, y allí encontré a D. Carlos Ochoa a quien había conocido en Gualaquiza, y ahora me trató con una cortesía imponderable. El principal trabajo de estas grandes haciendas es la fabricación de aguardiente con la caña de azúcar. Cada una tiene constantemente unos 20 trabajadores, los cuales se cambian trimestralmente con otros venidos de la altiplanicie, porque el trabajo es pesado y el clima enervante.

Admirable es la flora de estas regiones. La temperatura es igual a la de Gualaquiza, pero la tierra mucho más fértil y mayor la variedad de las plantas. Entre otros productos notables, figuran las naranjas, las más gordas que en mi vida he visto; son mejores y más hermosas que las de Curacao y Jamaica. Iguales las hay solamente en Colombia. Y sin embargo aquí como en Colombia, nadie se cura de ellas. Los pésimos caminos impiden que se saque partido de estas riquezas.

Si me fuera lícito exponer un deseo y un plan, diría que el camino para venir a Gualaquiza no es el actual de Granadillas, sino más bien el que tenían los Incas por la cadena del Chucurrillo y que, arrancando del propio banco de Matanga, viene a caer precisamente al punto de confluencia del Cuyes con el Cuchipamba; evitando mil vueltas y revueltas, subidas y bajadas, ofrece también la ventaja de poderse conservar mejor. Sería menester un solo puente en la jivara de Thuisha, y en dos días se bajaría a Gualaquiza, tanto desde Jima, como de Sigsig. Este proyecto no es mío, pero es Salesiano, pues fue presentado por el hermano Jacinto Pancheri antes de la revolución del 95.

En Chuchipamba es notable la cantidad de helechos gigantes. Precisamente para llegar a la posesión del Señor Quintanilla se pasa por una alameda de ellos, de un efecto prodigioso.

Detúveme dos días, dando a los habitantes todas las facilidades para satisfacer los deseos de su piedad. Casi un año hacía que ningún sacerdote pasaba por allí, porque no se había podido. La población no pasa de 70 personas, debido al rigor del clima. El primer día celebré en casa del Sr. Quintanilla y el segundo en la del Señor Vega, donde D. Alberto nos trató con la más exquisita amabilidad. En Cuchipamba encontré varios antiguos conocedores de la selva -cascarilleros-, o sea recogedores de la corteza de la quina, los cuales acababan de recorrer las selvas y llanuras hasta el Río Pastaza y moran con los Jívaros. Ellos me dieron preciosos datos sobre la vida, costumbres, historias de estos salvajes que, se (quiera o no, son todavía hoy un pueblo misterioso. Aquí vi por primera vez y se me regalaron hachas de piedra, empleadas en tiempo de los salvajes; raras hoy aun entre los mismos salvajes, pues ellos compran las hachas que usan los cristianos. Estos colonos y sus peones son gente excelente, y nada me rogaban tanto, como que me quedara con ellos. Mas no siendo posible, les prometí que vendría el mes entrante, y, Dios mediante, cumpliré su deseo y el mío. Era la vigilia del Corpus y había prometido a D. Belisario Avila que me hallaría en su hacienda para celebrar la fiesta y festejar a María Auxiliadora en la capilla que el ha edificado en su honor. El tiempo era mejor y pude cumplir mi palabra, atravesando las ruinas de la ciudad antigua y los plantíos de caña y paja toquilla hasta salir a la casa de D. Belisario.

La hacienda del Sr. Avila está a 1.800 metros de elevación; desde ella, como de un mirador excelso, se descubren perfectamente las tres cadenas de montañas que cierran el valle y es facilísimo formarse una idea de la clara topografía del país. La capilla tiene la forma de una cruz latina: se ve de lejos; también es de cedro y cuando esté acabada competirá en belleza con nuestra iglesia de Gualaquiza. D. Belisario, hombre práctico y robusto de alma y cuerpo a pesar de sus 60, me contó por qué había emprendido levantar la capilla a María Auxiliadora. "Todo se lo debo a María Auxiliadora, dice. Hace 15 años cuando los salesianos vinieron aquí por la primera vez, yo no poseía sino una chocita en el extremo del valle y lloraba de pena por no poder ofrecer hospitalidad conveniente a los misioneros. Pero ellos me trajeron una imagen de la Virgen de D. Bosco; me encomendé a Ella, y la segunda vez que vinieron los Misioneros pude ofrecerles mejor hospitalidad sin tener que acudir a los vecinos. La Sma. Virgen continuó ayudándome; pude comprarle al Gobierno un terreno de

20 hectáreas por 1.000 sucres; he fabricado mi casa, roturado el terreno y erigido la capilla. He gastado ya 500 sucres y estoy dispuesto a gastar otros tantos y mi casa será siempre la casa de los Misioneros de D. Bosco".

D. Belisario es teniente del Gobierno en Aguacate; hizo educar a sus hijos por nosotros y más de una vez nos ha prestado eficaz apoyo en la Misión.

El altar de la capilla estaba adornado con ramos de *Begonia flagrans*, cuya florescencia alcanza 70 y a veces 80 centímetros de diámetro; los manteles, los recamos, los cuadros, todo atestiguaba la piedad de aquella familia y su devoción a la Virgen de D. Bosco.

Así pues, al Jueves de Corpus se hallaban allí reunidos todos los habitantes de la hacienda y muchos otros venidos de Rosario, San José y Cuchipamba. Confesé hasta las 9 y media, dije la Misa, prediqué y di la santa Comunión admirando siempre las buenas disposiciones de esta piadosa gente.

Hubiera querido pasar el viernes en S. José, pero los que de esa población habían venido, me disuadieron diciéndome que no era oportuna esa idea: estaban de jarana... Naturalmente atendí la observación y en lugar de bajar a S. José me dirigí a Sada-Yaicu, ya en la confluencia del Rosario y el Remate, para hospedarme en la hacienda de D. Camilo Samaniego, otro excelente cooperador Salesiano. A S. José iré muy pronto.

Al igual que en los anteriores sitios, también aquí encontré gente muy devota de María Auxiliadora: también aquí ejercí mi ministerio y bendije casas y campos. Así estaba terminada mi excursión y favoreciéndome el tiempo, en un día de caballo pude volver a Gualaquiza.

*Segunda Excursión***Temores para una ida a Chuchumbleza  
Invitación de Naranza. A orillas del Bomboiza**

La gira descrita ordinariamente es fácil, porque se hace entre gente y sitios conocidos y se puede ir de una parte a otra a caballo; pero la segunda a que me preparaba, ofrecía serias dificultades. A Chuchumbleza había ido Mons. Costamagna en 1902 y había podido hacerlo a caballo; más tarde fueron otros para comenzar la residencia, pero desgraciadamente perdieron la canoa, los instrumentos, los vestidos y a duras penas pudieron regresar a Gualaquiza. El último sacerdote que estuvo allí fue el P. Cadena, cuando hace tres años fue a confesar al viejo capitán Ungucha. El viejo murió poco tiempo después y los indios dijeron que el P. lo había envenenado por instigación del partido de Ramón Huá y porque Ungucha había sido uno de los asesinos de la familia Vega en la hacienda que ésta poseía en Cuchipamba. Además, hasta los rastros del hermoso camino de herradura habían desaparecido y por añadidura nos hallábamos todavía en la época de las lluvias; de modo que a más de la lluvias había fangales profundos y ríos impetuosos que vadear.

Por causa de la avenida del Bomboiza,<sup>2</sup> que ni siquiera los salvajes osaban pasar, tuvimos que esperar una semana; pero el domingo 4 de julio llegaron a la Misión el Capitán Juan Kayapa y su yerno Domingo Tuyasa y me avisaron que el viejo capitán Naranza los había invitado a una fiesta a la cual me quería tener también a mí, y que esperaba le diera un remedio para su enfermedad. Decidí ir y de ahí a Chuchumbleza.

Partí, el 5 en compañía de un bizarro joven de Gualaquiza, llamado Juan Loyola y de su hijo, que iban allá para sus negocios. Vamos cada cual con su respectivo fardo, en el mío el altar portátil y los regalos indispensables para los indios. El tiempo prometía ser bueno y lo fue.

Dejando a nuestra espalda las tierras cultivadas y el terreno desmontado, entramos en la selva que nos separaba del Bomboiza, donde las

---

2 El Bomboiza y el Paute forman el Santiago, el cual desemboca en el Marañón o Amazonas.

dificultades del camino son tantas que ni tiempo dejan para mirar por dónde se va y a lo mejor se desorienta uno, pues los puercos salvajes han abierto mil senderos, y así es que o tienes brújula, o necesitas el sentido de la dirección, como los salvajes.

A la orilla derecha del Bomboiza se encuentra la casa de Tendeza, hijo de Naranza. Allí encontramos al joven Máximo Katipi, quien nos acompañó y guió al través de cañaverales y las selvas pobladas de bambú. Su compañía fue una bendición para nosotros.

Allí se divide el río en dos brazos, formando una isla; el primero tiene 40 metros de ancho y pudimos esguazarlo diagonalmente, con el agua a la cintura; el segundo es mucho mayor, y sus aguas cenagosas y profundas nos impusieron miedo. Esperábamos que, según la promesa, estaría esperándonos Pinchu, otro hijo de Naranza; pero no había nadie. Katipi pasó al otro lado, fue a casa de Naranza y después de dos horas regresó con Pinchú, en cuya canoa pasamos el río. A las 3 de la tarde estábamos en la casa del Capitán.

*El capitán de 120 años. Una madriguera de asesinos. ¿Se podrá decir misa?*

Sentado en un escaño de madera junto a la *peaka*,<sup>3</sup> en el centro de la habitación, triste y abatido por los años, el viejo esperaba a sus hijos y familias para un festín. Por la noche su hijo Chumbira, de 16 años, mataría el puerco más grande de la piara y esa misma noche lo cocinarían. Sentados en la *peaka* a lo largo de la palizada que sirve de pared, estaban los invitados; a mi llegada suspendieron la conversación, pero la reanudaron apenas me senté en la *peaka* del viejo y severo capitán.

Naranza me dijo que hacía tiempo me esperaba, que su salud era mala, que las piernas no le servían, que la garganta se le había inflamado, que no sabía usar las medicinas que le mandara el P. Joaquín (Spinelli). No pudiendo detenerme sino hasta la mañana siguiente, híceme traer las

3 Es un cañizo de tres palmas de altura que usan para cama. No tiene más de un metro de largo. Al mismo nivel del cañizo hay un madero horizontal sobre el cual se suspenden los pies; el fuego está encendido debajo.

medicinas, las preparé, y le enseñé el modo exacto de la cura. ¿Curará? Quizá experimente algún alivio momentáneo; pero curar es imposible. 120 años pesan demasiado sobre un hombre; y ese viejo Jívaro, a pesar del bautismo, a pesar de todos los pesares, es bien posible que muera mandando a su hijos realizar alguna venganza más.

¡Pobres Jívaros! Su vida es puramente material; su único fin es comer, beber y vengarse. Todos los que me rodeaban, eran culpados de asesinatos. Pinchu ("buitre") ha muerto tres de Méndez Tendeza, su hermano, dos de Junganza, en las cercanías de la misión Tuyasa mató al brujo (sacerdote y adivino) de la familia de Ramón, en su misma casa. Chuncho se había refugiado allí, después de haber muerto a un primo suyo, Sandú de Pachicosa y sobre su conciencia de 70 años tiene también dos *shanzhas* y otros tres homicidios. Estaba yo en una madriguera de asesinos.

Por la noche los hice rezar y les hablé de la necesidad de dejar para siempre esa sed de venganza que los abrasa. Me escucharon con religioso silencio; pero cuando hube terminado emprendieron nuevamente su conversación para concertar los medios de vengar los muertos de Junganza (diciembre 1908), que eran parientes de Juan Chiriapa.

Esa noche no fue posible cerrar ojo; los espíritus de los invitados, exitados con las abundantes libaciones de vino y *nihamanchi* no pararon un momento y el diapasón tocó la nota más aguda cuando, poco después de la media noche, Chumbira y Chuncho estrangularon el puerco, junto a la puerta de la mujeres.<sup>4</sup> Descuartizarlo y poner una porción a asar en una especie de parrilla de madera y la otra cocer en grandes ollas de barro crudo, fue cuestión de menos de media hora. Yo permanecí en mi vasija hasta cerca de las 4 de la mañana, pensando siempre si podría celebrar en ese lugar. Me recomendé a Kayapa, el más serio de todos, y me prometió que ninguno osaría hacer ruido durante la celebración del Santo Sacrificio; y en efecto, hizo salir a los más enredones y él mismo dio el ejemplo, si no de devoción, sí de seriedad y respeto. Así, calmados los ánimos, la

---

4 Toda choza jíbara tiene dos puertas; una para los hombres, la otra exclusivamente reservada a las mujeres; si un hombre se acercara a ésta, inmediatamente se le gritaría: ¡Ahí no, que es la puerta de las mujeres!

Hostia Santa bajó sobre el ara colocada en un telar para bendecir también a esos infelícísimos hijos de la floresta.

Al primer rayar del alba partí. Demasiado me repugnaba asistir al festín, que seguramente terminaría con una mona general.

*Hacia Chuchumbleza. El capitán Auaki. Una tarde en casa de Chuindia. En casa de Sanimba*

El camino que lleva a Tres Cruces por una cresta es difícil solamente por estar en medio de una selva completamente virgen. Superada la cresta y ya en llano, hallamos el fango profundo y pegajoso en todas partes y tuvimos que pasar el Río Cunguchi (serpiente) a lo menos doce veces, cuyas orillas están cubiertas de gigantescos bambús que con sus raíces dificultan el paso y lo hacen peligroso.

A medio día habíamos ganado la segunda cresta y estábamos en frente del valle de Chuchumbleza y Pachicosa, todavía más cálido, fértil y hermoso que el del Bomboiza. Dicho valle se distingue por su enorme abundancia de cacao silvestre; de una palma gigantesca del género *Euterpe*, que los indígenas llaman *achu*, de fruto pulposo, del tamaño de una pera, tiene el gusto de su congénere la chonta,<sup>5</sup> y del árbol de la cera (*Coopernicia cerifera*) que cubre las orillas de varios ríos.

En el tope de la colina hay tres casas jíbaras; bien distanciadas entre sí; la de Ungucha, la de Chupi, y la del Capitán Auaki. Las dos primeras estaban vacías; de sus habitantes unos habían ido a la recolección del cacao; los otros a la pesca con barbasco en el río Chuchumbleza.

En la tercera hallamos al capitán hablando con Chupi y Santiago Wisuma. Pocos días antes se había herido un pie con el hacha, trabajando en la selva.

---

5 Especie de palma, cuya corteza tiene las propiedades del ébano. A diferencia de los demás árboles tropicales, la chonta da fruto una vez al año: de aquí las frases jíbaras: muchas chontas, muchas lunas, por muchos años, muchos meses.

Auaki es un hombre que no representa 25 años, de aspecto atractivo, lampiño, pero en sus ojos negros y profundos revela una energía no común. Su padre fue muerto por la familia Ramón en los alrededores de Gualaquiza, mas él no lo ha vengado ni piensa vengarlo.

Tiene una familia numerosa y su nombre es respetado y atendido su consejo. Chupi hermano suyo, tiene ya tres asesinatos sobre su conciencia. Wisuma es el mayor enemigo que tiene la familia de Naranza; su hermano fue asesinado por ellos, y él ha tomado su nombre y lo ha vengado atrozmente y cree haber cumplido con su deber.

Se me recibió muy bien. En las casas jívaras ninguno sale al encuentro del forastero. A la izquierda del que entra está la *peaka* del dueño de casa, el cual, sentado sobre la *kutangká* (escaño de madera), al saludo del huésped responde solamente "Wiñita" ("¡Ven!") y al misionero que le alarga la mano, se la estrecha con seriedad, cosa que no hacen entre sí. Probé la *nihamanchi* (chicha), y acto seguido, me hizo traer carne, yuca y bananos, cosas que le agradecí y acepté de corazón. Le hice algunos regalitos, le prometí volver, y nos dirigimos a casa de Chuindia. Todos estos indios suelen tener grandes manadas de cerdos, que durante el día vagan por la floresta; ahora, si ya el camino es horrible de suyo, imagine quien pueda cual será cerca de las casas, debida a los animales.

Tras buenos sufrimientos llegamos a casa Chuindia. También es familia numerosa, como habían sido prevenidos de nuestra visita, hallamos la casa llena y la cena aderezada, es decir, extendida en la tierra, en medio de la choza y sin condimento alguno. Cenado que hubimos, toda aquella gente me circunda, comprendidas también las mujeres, deseosos de recibir noticias; y emprendimos una larga conversación en que jugó gran parte la mímica y nos contamos muchas cosas. Querían preguntarme muchas nuevas, querían saber cuáles eran las intenciones de los otros Jívaros, pues los infelices viven en continua zozobra, y deseaban también admirar y hablar de los regalos que les había yo llevado. Aunque también culpables de homicidio, son dóciles a las instrucciones y de buen corazón. Después los hice rezar y les hablé de la vida futura, escuchándome ellos con gran atención. Cansado me tendí finalmente en mi *peaka* y me dormí con los pies sobre el fuego.

Por la mañana celebré, mientras las cuarenta personas que habitan aquella casa rezaban las oraciones, dirigidas por el buen compañero de viaje. Enseguida bauticé solemnemente dos niños. También estaba presente Joaquín Huspa, de la casa de Sanimba, que está más allá, de la otra banda del Chuchumbleza, y a donde me trasladé ese mismo día, tranquilizado por las buenas disposiciones de Huspa, porque me constata que allá se había celebrado pocos años hacía, la última *shanzha*, siendo los héroes de la fiesta el propio Huspa, y Sanimba, habiendo oficiado el brujo Kayuka, de la casa de Sandu. Este brujo es el único que se niega resueltamente a rezar, rara vez viene a Gualaquiza, y fue quien aconsejó el asesinato cometido en Junganza el p. p. diciembre. No estaba presente y yo catequicé la familia, bauticé cinco chiquillos y me convencí de la necesidad de establecer ahí un centro de misión para catequizar y bautizar a los adultos que lo deseen y no pueden quedarse en Gualaquiza.

*Objeto de la excursión. De vuelta Juan Chiriapa. ¡Oremos!*

El objeto de la misión había sido obtenido, pues era conocer de cerca las intenciones de los salvajes para con los misioneros, estudiar la posibilidad de un buen camino y escoger el punto para una residencia.

Cuando el Gobierno del Ecuador se decidiera a colonizar el Oriente, este valle sería uno de los mejores, no solamente por su fertilidad, sino también por el clima y la facilidad de comunicarlo con la altiplanicie.

A la vuelta me detuve muy poco en casa de Chuindía a pesar de sus vivas insistencias. Debía hallarme ese mismo día en la casa de Auaki, y cuando ya entrada la noche llegué, encontré a toda la familia esperándome. Estuvimos hablando más de una hora con gran animación. Habían tenido una pesca abundante; al fuego tenían un gran perril de cerdo, y las piñingas (especie de tazas de barro) estaban llenas de chicha blanca espumosa. También aquí prediqué y bauticé varios niños, y tuve que prometer que en el próximo viaje me detendría varios días. Hay allí varios adultos que quieren bautizarse y chicos que aman el Catecismo.

En mi camino, volví a pasar por las casas de Chupi y Unghucha; muchos me acompañaron hasta la orilla del Zamora, donde está la casa de Juan Chiriapa; casi una jornada de camino.

Chiriapa será con toda probabilidad el futuro capitán a la muerte de Naranza; tiene 35 años y posee una inteligencia, energía y seriedad admirables. El encarna perfectamente el tipo Jívaro. Inteligente y laborioso ha sabido fabricarse una casa grande que ha convertido en fortaleza; junto a su *peaka* y cerca del huso con que se hila el algodón, tiene dos rifles y una carabina de último modelo, y esa carabina ha quitado ya la vida a cuatro de sus compatriotas. Siempre en movimiento, ha recorrido todas las selvas y conoce todas las familias jívaras; estuvo ya en Loja, Cuenca, Gualaceo y es seguro que, a no ser por fuerza mayor, celebrará otras veces la fiesta de la *shanzha*.

Me detuve en su casa y se mostró muy generoso conmigo. Asándose estaba un puerco salvaje, muerto por él, el día anterior; tomó una costilla que hubiera bastado para diez personas, y la extendió con el resto de la cena, en una grande hoja de banano, como había visto hacer en casa de los civilizados. Al despedirme, dióme dos de los suyos para que me pasaran en su canoa en el río y me prometió devolverme la visita en Gualaquiza. Dios quiera que este indio tan influyente entre los suyos, se decida por la vida cristiana; con su autoridad y su carácter podría contribuir mucho a la civilización de estos pobres salvajes, y especialmente a poner término a las guerras civiles que van destruyendo la tribu. ¡Oremos!

Ahi tiene, amado Padre, la relación de la segunda excursión que, con el auxilio de Dios será seguida de otra, en que espero internarme bastante.

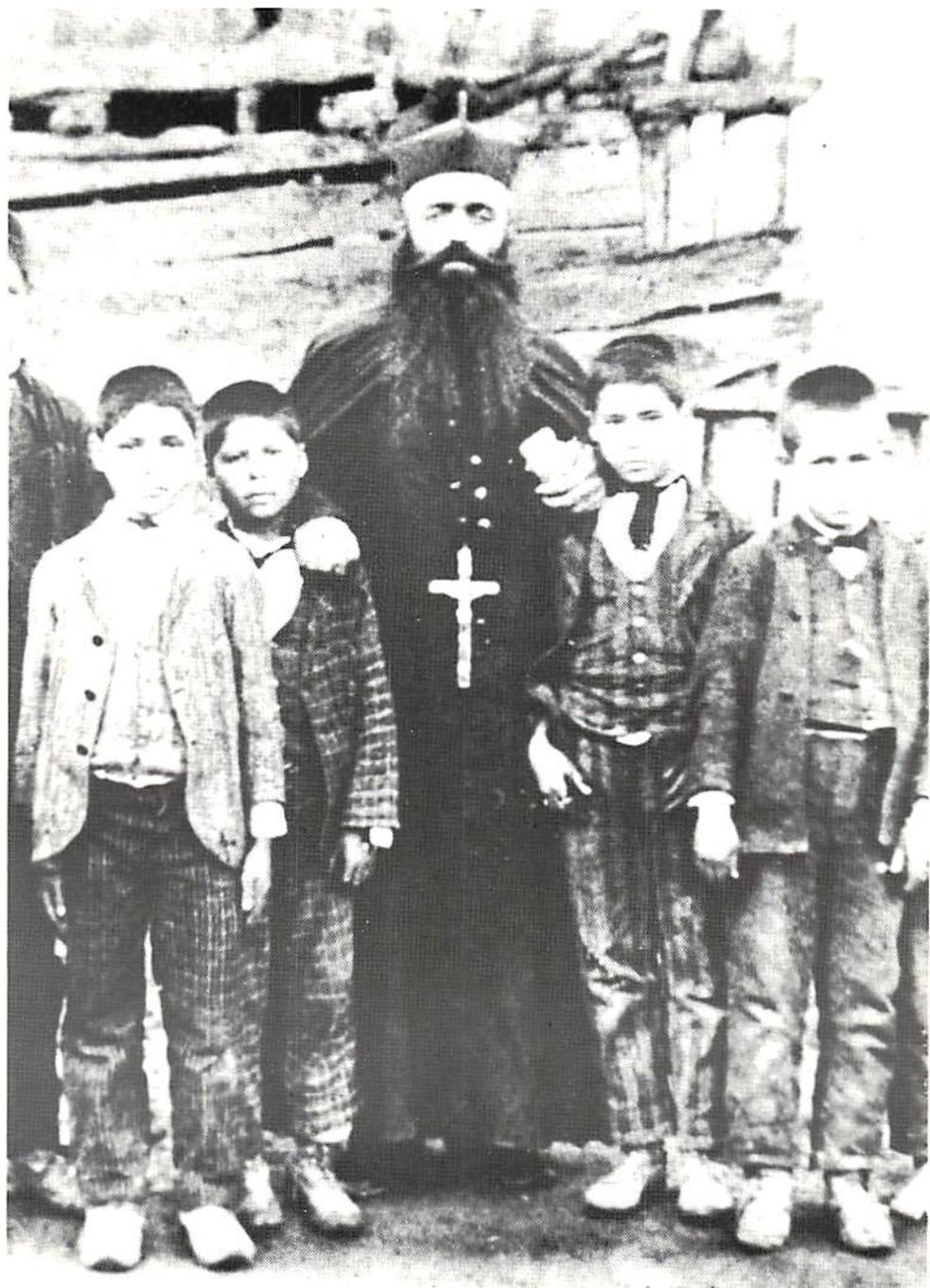
Ruege y haga rogar para que Dios N. S. haga fructuosas nuestras fatigas, y entre tanto, denos su bendición.

*Affmo hijo in Corde J.*  
*MIGUEL ALLIONI, Pbro.*  
*Misionero Salesiano.*



1. Jacinto Pancheri. Foto: Anónimo  
© Taller Visual





2. P. Francisco Mattana con niños colonos de Gualaquiza  
Foto: E. Festa 1898. © Taller Visual





3. Mons. Santiago Costamagna. Foto: Anónimo





4. Tipos shuar de Gualaquiza. Foto: E. Festa 1898  
© Taller Visual





5. Guerrero shuar. Foto: J. Sánchez, ca. 1935  
© Taller Visual





6. Shuar de Gualaquiza, tocando el pinkiui  
Foto: J. Sánchez, ca. 1925. © Taller Visual





7. Hombre shuar con tentem y karis. Foto: J. Sánchez 1940  
© Taller Visual





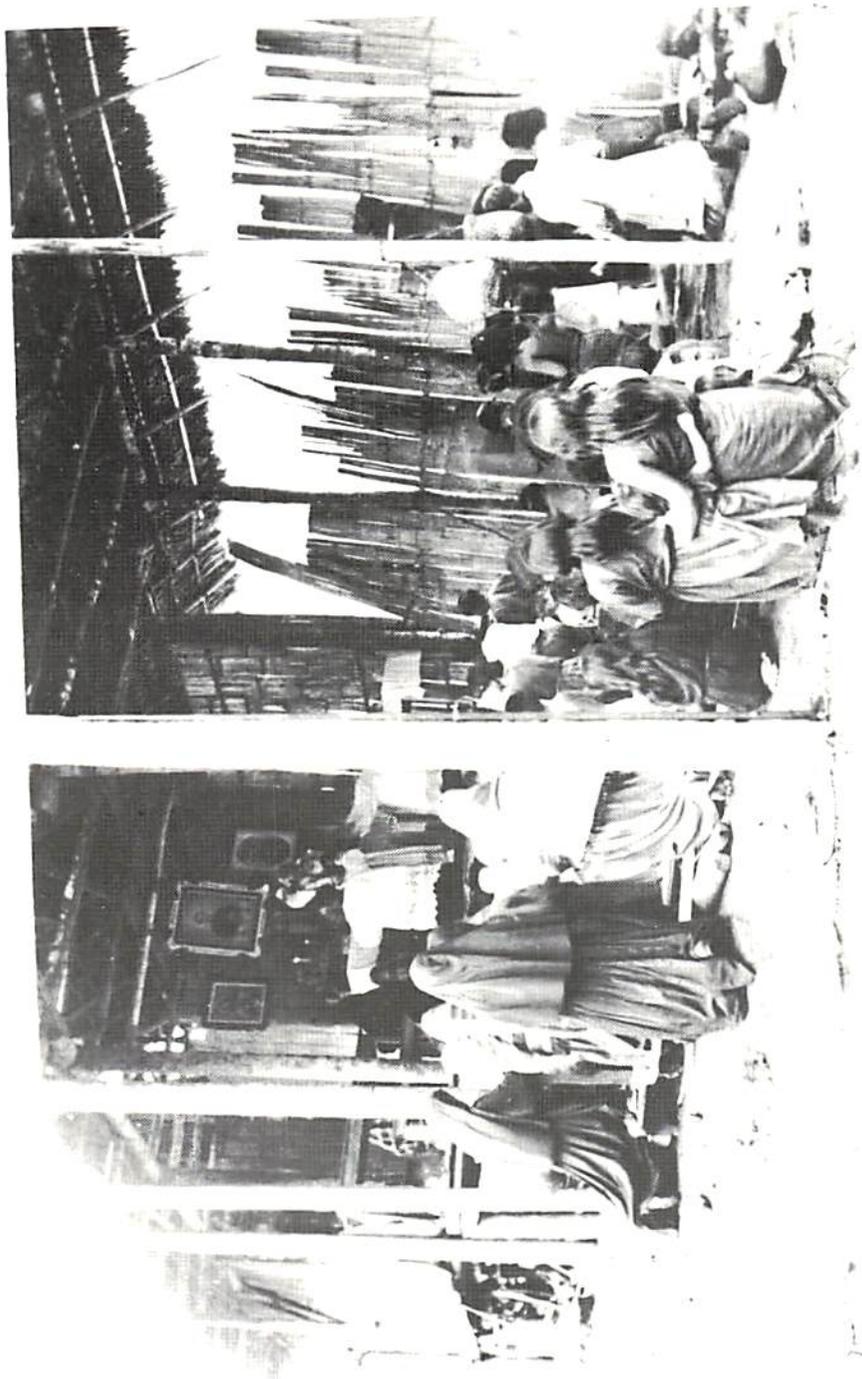
8. Mujeres shuar, probablemente de Gualaquiza  
Foto: M. Serrano, ca. 1910. © Taller Visual





9. Mujer shuar de Gualaquiza. Foto: E. Festa 1898  
© Taller Visual





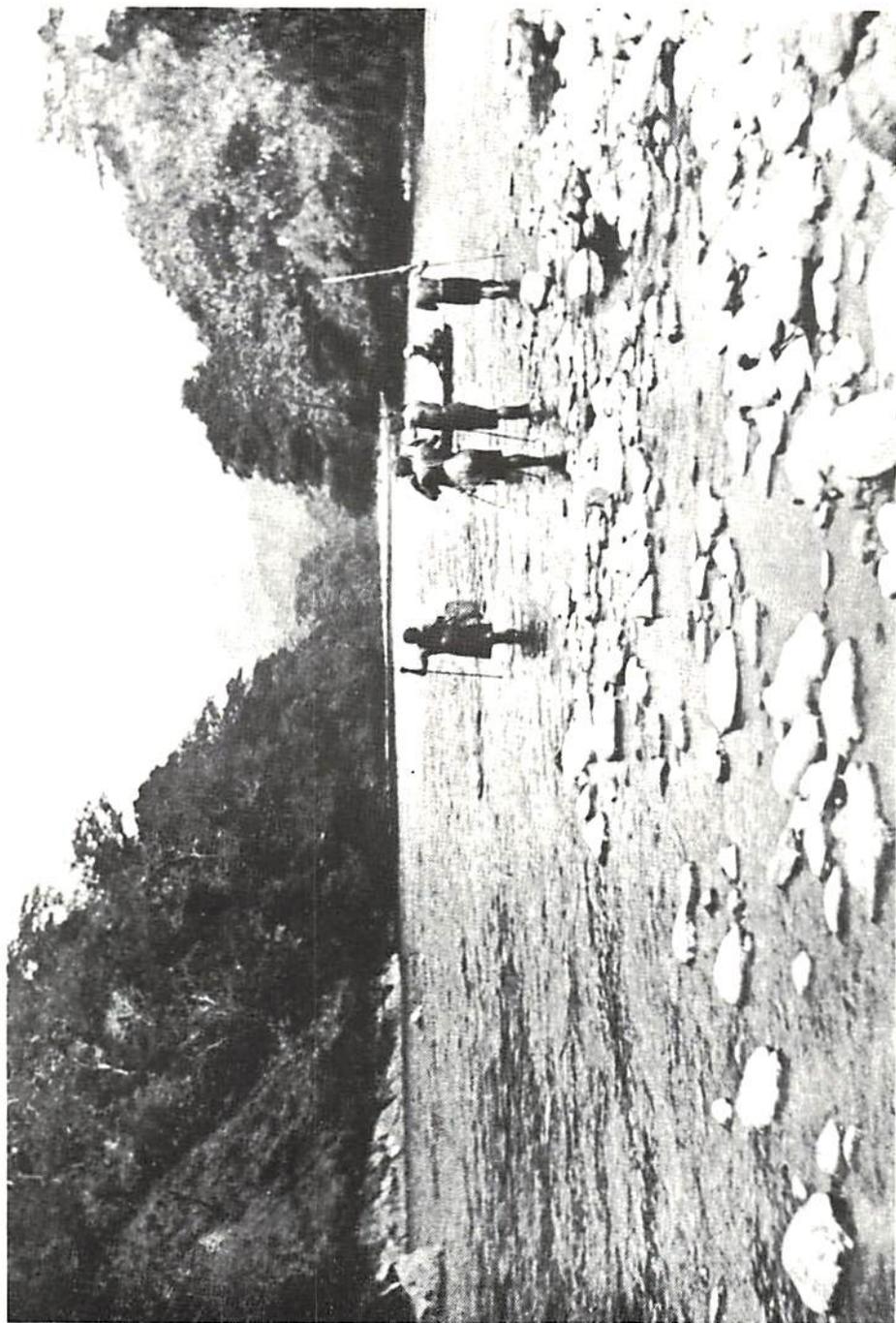
10. Misa en una misión incipiente. Foto: Anónimo ca. 1935  
© Taller Visual





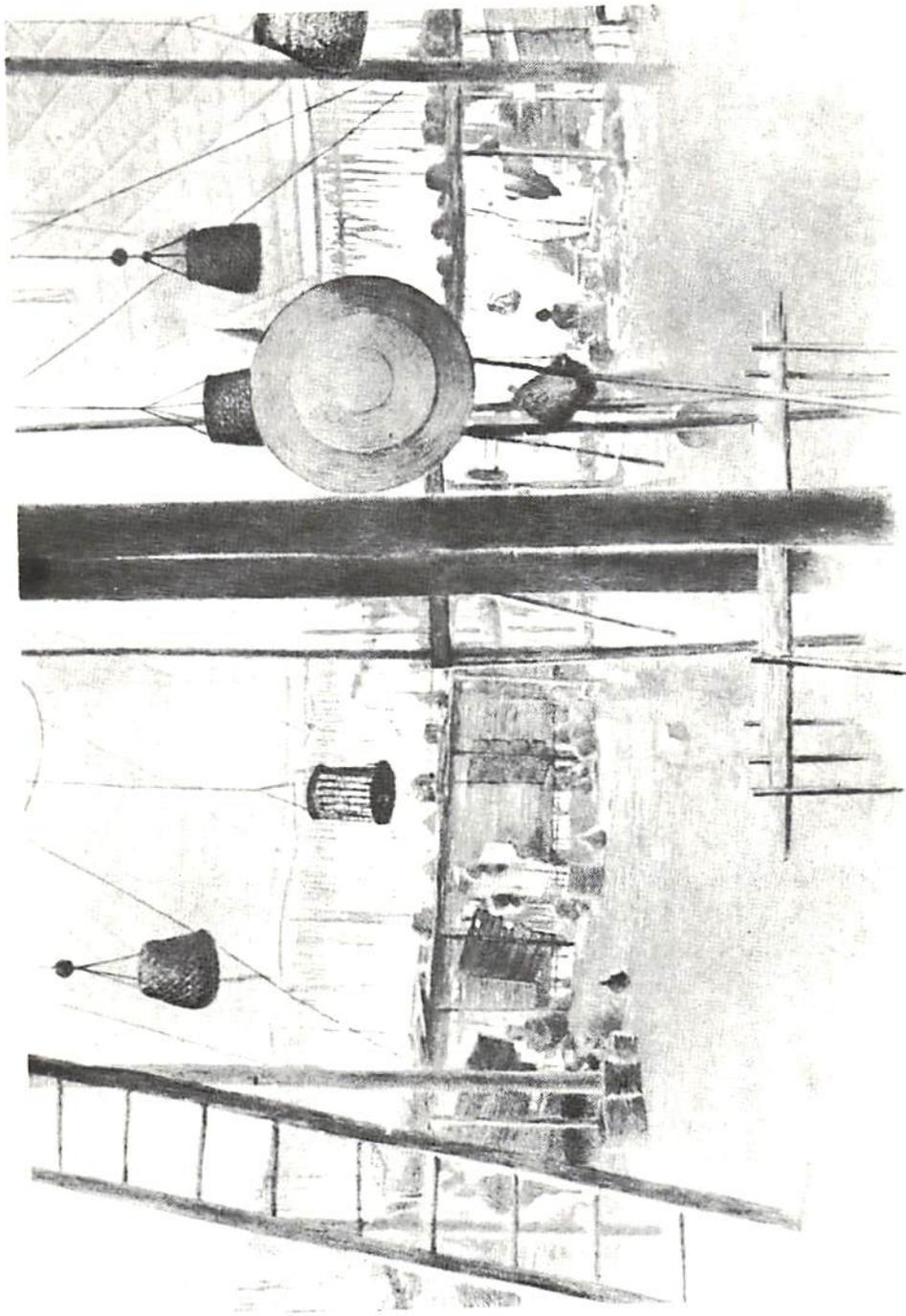
11. Presidente Antonio Flores. Foto: C. Pérez 1888  
Colección: J.Moreno. © Taller Visual





12. Río Bomboiza. Foto E. Festa 1898  
© Taller Visual





13 . Interior de una casa shuar. Foto: E. Festa 1898  
© Taller Visual





14. Mujer Shuar. Foto: E. Festa 1898  
© Taller Visual





15 . Tipo Shuar. Foto: Anónimo, ca. 1900  
Colección: M. Díaz Cueva © Taller Visual





16. Guerrero Shuar. Foto: S.Sánchez, ca. 1930  
Colección: L. Sánchez © Taller Visual



## ANEXOS



I

SOLICITUD DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA  
PARA LA CREACION DE CUATRO VICARIATOS  
EN LA AMAZONIA ECUATORIANA\*

Antonio Flores, Presidente de la República del Ecuador  
a S. S. el Papa León XIII.

Uno de los principales pensamientos que siempre han preocupado al Gobierno del Ecuador ha sido el de esforzarse por la civilización y evangelización de los innumerables tribus salvajes que pueblan las lejanas y vastas florestas de los territorios amazónicos, parte de la República, donde desgraciadamente aún no ha penetrado la civilización. Con este fin, tan útil como cristiano, nuestro tesoro público, aunque pequeño, jamás escatimó gastos a fin de establecer en esta región a los RR. PP. Dominicanos y Jesuitas y a las Monjas del Buen Pastor.

Como fruto de estos saludables esfuerzos se obtuvo las florecientes misiones del Napo, de Canelos y de Macas, donde, gracias a las constantes prédicas de los obreros de Cristo y a las escuelas infantiles de ambos sexos, la civilización evangélica va tomando incremento, donde hasta ahora no reinó más que la ignorancia y la barbarie.

La actual administración desea, por su parte y al alcance de sus fuerzas, contribuir de la manera más eficaz a la pronta y universal difusión de nuestra Santa Fe Católica en aquellas lejanas soledades.

---

\* Archivo de la S. Congregación de los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, Eq 277

Con este fin, la misma recurre a la benevolencia de la Santa Sede para que prodigue una parte de sus terrenos apostólicos a estos desheredados hijos de la América, quienes, después de poco, llegarán a ser, como yo lo espero, dóciles hijos de la Cruz.

Suplico, por consiguiente, a Vuestra Santidad que se digne concederme, conforme a la ley aquí incluida y votada por el último Congreso de nuestra República los siguientes favores:

I. Que todo el territorio Oriental del Ecuador sea dividido en cuatro vicariatos Apostólicos: del Napo; de Canelos y Macas; de Méndez y Gualaquiza; de Zamora.

II. Que los dos primeros continúen bajo el amparo de los RR.PP. Jesuitas y Dominicanos que son los poseedores; que el tercer sea confiado a los padres de la Pfa Sociedad Salesiana de Don Bosco, de feliz memoria, y el de Zamora a los Religiosos Franciscanos, últimamente establecidos en la ciudad de Loja.

III. Que, con excepción hecha de la misión del Napo, de la que está encargada la Compañía de Jesús, las otras tres queden bajo la dependencia de la Sagrada Congregación de Propaganda y sometidas en todo a las saludables y sabias leyes eclesiásticas que rigen las Misiones puestas bajo tan alta Patrocinio.

IV. Finalmente que la responsabilidad del Vicariato Apostólico de estos países sea siempre confiada a Misioneros revestidos del carácter episcopal, quienes sin duda, en virtud de la plenitud de los favores sacerdotales de que gozan, comunicarán al apóstol un poder y una fuerza irresistible.

Con la más grande confianza espero que Vuestra Santidad se dignará conceder en toda su extensión los favores solicitados, puesto que la Santa Sede Apostólica jamás recusará al Ecuador esta inexhaustible caridad con que en todos los tiempos, y especialmente en nuestros días, abraza a todos los pueblos para que todos entren en el esplendor de la Fe y de la civilización.

En esta ocasión tengo el honor y el contento de presentar a Vuestra Santidad los respetuosos homenajes de mi veneración y de mis sentimientos personales, y la promesa de que, como Magistrado católico de un pueblo sinceramente católico, no escatimaré sacrificio alguno para dar testimonio de mi filial adhesión a la Santa Iglesia Católica y la devoción con que, oh SS. Padre, tengo el honor y la fortuna de profesarme de Vuestra Santidad.

Obedientísimo Hijo,

*(f.) Antonio Flores*

Palacio de Gobierno en Quito, a seis de octubre de mil ochocientos ochenta y ocho.



2

RESPUESTA DE LEON XIII AL PRESIDENTE  
DE LA REPUBLICA, ANTONIO FLORES\*

Querido hijo, noble e ilustre Presidente:

Salud y bendición Apostólica:

Vuestra Carta. En efecto, Nos, hemos encargado ya el que el influjo saludable de la Religión se extienda más y más entre los habitantes del pueblo de vuestro mando, se ponen de relieve en la carta que nos habéis dirigido el seis de Octubre. Esta carta nos ha alegrado en gran manera, máxime al ver que los sentimientos y deseos que se expresan en ella no son únicamente vuestros sino de los miembros de ambas Cámaras. No cabía, pues, duda que la carta contuviese la expresión de los sentimientos y deseos de toda la Nación.

El pensamiento uniforme de que, por medio de Vicariatos Apostólicos establecidos en la región del Amazonas, se agrande el reino de Jesucristo sobre la tierra, no es de menos consuelo para Nosotros, que meritorio y glorioso para Vos. El prueba, en efecto, claramente la vivacidad de fe que anima al pueblo, como también que en Vos y en vuestros auxiliares en el Gobierno existe una piedad unida a la sabiduría, cual es menester a vuestro cargo y al grado de honor al que habéis sido levantado.

Seguramente, nada hay más digno de cristianos y Jefes de Estado verdaderamente sabios, nada es asimismo más provechoso a la cosa

---

\* Archivo de la S. Congregación de los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, Eq. 227

pública que consagrar vuestros esfuerzos a que la multitud de habitantes de los alrededores de vuestras villa y ciudades, saliendo de las tinieblas de la ignorancia y despojándose de la rudeza salvaje de sus costumbres, se dejen iluminar por la luz de la doctrina evangélica e iniciarse en las prácticas de la civilización.

Por esto no debéis dudar, querido Hijo, noble e ilustre Presidente, que, conforme a Nuestro deber, hayamos tenido muy en cuenta vuestro deseo y hayan sido objeto de Nuestra solicitud las peticiones contendidas en Vuestra Carta. En efecto, Nos hemos encargado ya el estudio del medio más a propósito de llevar a cabo y se según vuestro deseo este negocio, a varones prudentes y escogidos, de cuyas luces y concurso nos aprovechamos en los asuntos de este género. De modo que abrigamos la esperanza de que vuestros deseos serán realizados y que su realización será fecunda en frutos abundantes de salvación. Además. Nos creemos que la recompensa del bien cumplido no faltará ni a Vos ni al pueblo que gobernáis. Estas tribus salvajes y su posteridad que se despojarán, gracias a Vos, de su antigua barbarie y, con la religión, recibirán todas las artes de la civilización, no podrán menos que sentir una gratitud eterna y solicitarán y obtendrán de Dios, el soberano dispensador de todo bien, la recompensa merecida por el don tan excelente que les habréis proporcionando.

Entre tanto, querido Hijo, noble e ilustre Presidente. Nos os felicitamos del fondo del corazón por haber entrado, con el celo que manifestáis por la religión, en el sendero que conduce a la verdadera y sólida gloria y estamos convencidos que no desmentiréis jamás y siempre os mostraréis como hijo sumiso de la Iglesia y su devoto auxiliador. Para terminar, como testimonio de nuestra paternal benevolencia damos la bendición apostólica a Vos, a ambas Cámaras y a todo el pueblo que gobernáis.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el treinta de Enero de mil ochocientos ochenta y nueve, el año once de Nuestro pontificado.

*LEON XIII, PAPA.*

3

CARTA DE JULIO MATOVELLE  
AL DELEGADO APOSTOLICO\*

Quito 4 de Junio de 1890

Al Excmo Señor Delegado Apostólico

Exmo Señor:

Confiando en la bondad de Vuestra Señoría y en el gran compromiso y esmero religioso que se brinda a los asuntos religiosos de esta República, no dudo en suplicarle para que influya con toda su influencia sobre la Santa Sede para que cuanto antes se erijan los Vicariatos Apostólicos en nuestras Selvas Orientales. Las dificultades que antes se oponían por la cuestión limítrofe entre Ecuador y Perú puede decirse que ya están superadas gracias al tratado Internacional que se dio entre las dos Repúblicas: gracias a eso además de los territorios del Vicariato confiados a los Padres Jesuitas y Dominicos queda para el Ecuador una inmensa región poblada por tribus salvajes bastante numerosas; y éstas necesariamente reclaman uno o dos vicariatos más para ser evangelizadas convenientemente.

De estos nuevos Vicariatos dicen que uno ya fue confiado a los Padres Franciscanos de Loja, y el otro, el de Méndez y Gualaquiza estando a la Ley que sancionó el Congreso pasado se debe pedir a la Santa Sede para que se lo adjudique a los Padres Salesianos.

Después de estas premisas, sería necesario que los Padres Salesianos se encargaran enseguida de las misiones de Méndez y Gualaquiza porque sea el superior Gobierno como los consejos Municipales de Cuenca y

---

\* Archivo de la S. Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, Eq. 278

de Azogues están muy comprometidos a que los beneméritos hijos de don Bosco establezcan en la antigua provincia del Azuay Institutos Salesianos; para eso el segundo de los mencionados municipios ofrece a las misiones una casa lindísima en Azogues y una suma anual de 2000 pesos. La municipalidad de Cuenca por su parte, tiene ya adquirido un local bellísimo y dispone de un subsidio de 20.000 sucres para el mismo Instituto. También el Superior Gobierno desea fundar en Cuenca confiándola a los Padres Salesianos una casa central de *corrección*, donde los delitos de la embriaguez de toda la República estén reprimidos, moralizados e instruidos en algún oficio.

Finalmente el ilustrísimo Monseñor Obispo de Cuenca y su Venerable Capítulo están generosamente disponibles para enfrentar cualquier sacrificio con tal de lograr establecer un Instituto Salesiano en aquella ciudad.

De tal modo se presenta todo tipo de facilidades para las Misiones Salesianas cercanas a la Providencia del Azuay; facilidades y subsidios que ninguna otra congregación podría esperar.

Por estas graves razones, y para proveer cuanto antes a la salvación de tantos idólatras, vuelvo a suplicar a la conocida bondad de su excelencia para que antes de dejar esta República, consiga de la Santa Sede la organización del Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza, confiándolo a los Padres Salesianos.

He creído fuera mi deber dirigir esta humilde petición a Su Excelencia, no solamente en nombre mío, sino también en nombre de toda la importante Providencia del Azuay, que en calidad de Senador tengo el honor de representar en esta Asamblea.

Me declaro etc.

*Julio Matovelle*  
*Senador de la República*

4

COMUNICACION POSTERIOR DE LA SANTA SEDE  
A LA CONGREGACION SALESIANA\*

Rvdm. P. Miguel Rúa,  
Superior general de los Salesianos.

Rvmos. Padre:

Como tuve ya ocasión de comunicar, a viva voz, a Vuestra Reverencia, Su Santidad se ha dignado confirmar al benemérito Instituto, que tan dignamente preside Usted, la Misión en los territorios de Méndez y Gualaquiza en la República del Ecuador. Al reiterarle ahora el soberano encargo, me es grato transmitirle aquí incluido el Rescrito con que Su Santidad misma concede las facultades que por acaso necesitaran los Religiosos Misioneros en el cumplimiento de su apostólico ministerio.

Intereso también a vuestra Reverencia de hacerme enviar a su tiempo todos aquellos datos necesarios encaminados a realizar el análogo Decreto para elevar a Prefectura o Vicariato apostólico dicha Misión.

Con la más profunda estima, me profeso de Vuestra Reverencia Afmo, en el Señor.

Roma, seis de Julio de mil ochocientos noventa y dos.

*Mons. Card. RAMPOLLA.*

---

\* Transcrito por el P. Elías Brito en la Apoteosis de S. Juan Bosco en el Ecuador, T. III. Quito 1938, p. 448



## 5

**DECRETO DE ERECCION DEL VICARIATO  
APOSTOLICO DE MENDEZ Y GUALAQUIZA\***

De la audiencia del Santísimo Padre en el día 8 de Febrero de 1893.

A fin de que se difunda la fe católica entre las tribus salvajes de los Indios que están dominados todavía por las tinieblas de la superstición en los términos de la República Ecuatoriana, nos suplicó el Gobierno de esta misma República, que en el territorio de Méndez y Gualaquiza, se instituyese un nuevo Vicariato Apostólico, y que la administración de él se confiase a la Congregación religiosa de San Francisco de Sales, comúnmente llamada de los Salesianos.

En esta virtud, por ante mí el Secretario de la Sagrada Congregación de Negocios eclesiásticos extraordinarios, Nuestro Santísimo Papa León XIII, por la Divina Providencia, considerando con atención y cuidado todas las circunstancias del asunto y accediendo benignamente a la Petición del Gobierno, se dignó constituir, en la forma solicitada, el Vicariato sobredicho y encomendarlo a la expresada Congregación. Quiso, además, nuestro Beatísimo Padre que los límites de tal Vicariato sean: por la parte septentrional, el río llamado Apotemona; por la meridional el río denominado Zamora; por la oriental, los ríos Morona y Marañón; por la occidental, finalmente, las diócesis de Cuenca y Loja. Acerca de lo cual mandó que se expidiese este decreto y se dejase constancia en el acta de la misma Congregación; sin que pueda prevalecer cosa alguna en contrario.

---

\* Archivo de la S. Congregación de los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. Eq. 278.

Dado en Roma, en la Secretaría de la expresada Congregación el día, mes y año sobredichos.

6

COMUNICACION AL GOBIERNO DEL ECUADOR  
SOBRE EL NOMBRAMIENTO DE MONSEÑOR  
SANTIAGO COSTAMAGNA, COMO VICARIO  
APOSTOLICO DE MENDEZ Y GUALAQUIZA\*

Legación del Ecuador ante la Santa Sede-Nº 866- Roma, 3 de Abril de 1895 -Señor Ministro: -Tengo a honra comunicar a Us. H. que en el Consistorio secreto celebrado por su Santidad el 18 del próximo pasado, fue preconizado Obispo titular de Colonia Monseñor Santiago Costamagna, y nombrado de acuerdo con la solicitud de esta Legación, Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza.- Por este mismo correo se le envían las correspondientes Bulas, a fin de que, verificada la consagración, pueda cuanto antes el muy digno y celoso misionero entrar en ejercicio de sus penosas y difíciles tareas- Dios guarde a Us. H.

*L. A. LARREA.*

---

\* Transcrito por el P. Elías Brito en la Apoteosis de S. Juan Bosco en el Ecuador. T. III. Quito 1938, p. 448









**E**n 1893 los primeros dos salesianos entraron a la Amazonía Ecuatoriana para fundar una misión entre los Shuar. Muchos otros los siguieron hasta nuestros días.

Este tomo contiene relaciones de los viajes que se sucedieron entre 1893 y 1909.

Son páginas apasionadas, llenas de descripciones minuciosas.

A veces el tono resulta ingenuo, muchas apreciaciones causan incomodidad y los Shuar que quieran leerlas deberán armarse de comprensión y paciencia.

Pero no se puede dejar de admirar la dedicación, la rectitud y la capacidad de sacrificio de unos hombres que consumieron literalmente su vida en la selva.

